



La Casa del Espíritu  
Dorado

El tercer caso de la detective Mei Wang

DIANE WEI LIANG

Siruela/ Policiaca

**DIANE WEI LIANG**

**La Casa del Espíritu  
Dorado**



Ediciones Siruela

**DIANE WEI LIANG**

**La Casa del Espíritu  
Dorado**



## Índice

[Cubierta](#)

[La Casa del Espíritu Dorado](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Diane Wei Liang

**La Casa del Espíritu Dorado**  
El tercer caso de la detective Mei Wang

Traducción del inglés de  
Lola Diez

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela



# **La Casa del Espiritu Dorado**

Para A. con amor

A Mei le habían dicho que la Píldora del Espíritu Dorado podía curar los corazones rotos. Ella no se lo había creído. Eso era un cuento, una historia de las que les gusta contar a las viejas mientras comen pipas de girasol a la puerta de sus casas con patio. Mei no podía creer una cosa como aquella más de lo que podía creer que el aliento de Duhuang había creado el universo. Ella era una mujer de treinta y dos años, moderna, con estudios, racional. Si los desengaños amorosos del pasado le habían enseñado algo, era que sólo el tiempo puede curar un corazón roto.

Y en eso era en lo que se equivocaba.

# 1

Sonó el teléfono, despertando a Mei. Las 7:28 AM estaban iluminadas en el aparato de música del apartamento de cortinas echadas.

–¿Estás durmiendo? –la voz de su hermana Lu brotó del auricular en cuanto Mei lo descolgó.

–Ayer salí hasta tarde.

–¿A hacer qué?

–Estaba trabajando en un caso en el Barrio Sur.

–¿Quién vive en el Barrio Sur?

–La gente que no tiene dinero para vivir en ningún otro sitio.

–¿Y qué hacías tú allí?

–Iba siguiendo al marido de una clienta y a su amante.

–Creí que tenías un ayudante para que te hiciera ese tipo de cosas.

–Gupin no conduce. No tiene coche.

–Pues menudo inútil.

–A mí no me importa. Se suponía que no iba a estar hasta tan tarde. Pensé que iban a cenar.

–¿En el Barrio Sur?

–Al final resultó que a lo que habían ido era a encontrarse allí con más gente. Uno de ellos era el Subsecretario Liang Jiabao.

–¡Pero Mei!

–Yo creo que no me reconoció –Mei sólo se había cruzado con él una o dos veces en el Ministerio de Seguridad Pública, hacía ya años, cuando ella era una agente subalterna.

–Pues tampoco sería raro, con lo famosa que te hiciste al dejar el Ministerio. Ten cuidado.

–No te preocupes, estoy bien. ¿Para qué me llamabas?

–Tenemos que hablar de mamá.

–¿Está bien?

–En el hospital no está, si es a eso a lo que te refieres.

–¿Entonces qué pasa?

–Mejor nos vemos. Voy para el Club de Golf Changping, puedo recogerte al pasar.

–Pero Lu, ya sabes que yo no juego al golf.

–Es viernes, no va a pasar nada hasta la semana que viene. Déjale el trabajo a tu secretario... algo tiene que hacer el pobre.

–Gupin tiene ya un montón de cosas que hacer.

–Eres demasiado blanda. Voy a darme una ducha y paso a recogerte en tres cuartos de hora.

–¿O sea que tú también te acabas de levantar?

Mei pensó que su hermana debía de haber ido otra vez a alguna de esas fiestas glamourosas suyas.

–Qué va. Me acabo de pasar una hora nadando –dijo Lu con acento triunfal.

Colgaron.

Mei abrió la cortina y luego la ventana. La luz del sol se derramó dentro, calentándole la cara.

Por debajo, la Segunda Vía de Circunvalación era un mar de tráfico. Un vendedor de verduras con los pantalones remangados hasta las rodillas iba accionando los pedales de un triciclo de reparto por la calle de delante de su *xiaoqu* (el conjunto residencial en el que Mei vivía). A su paso gritaba: «¡Vendo maíz! ¡Vendo pepinos y cebollino! ¡No llevo un *jin* que no sea de calidad!».

Los ciclistas, en una cola detrás del triciclo, impacientes por pasar, hacían sonar los timbres.

Mei se asomó por la ventana y bajó la vista al patio de delante de su edificio. Como de costumbre, allí estaba el grupo de hombres y mujeres mayores haciendo taichí. Pensó sobresaltada en lo que Lu había dicho del Subsecretario Liang. ¿Y si la había reconocido? ¿Seguía allí el coche blanco cuando ella se marchó la noche anterior? ¿Y el coche negro? Mei intentó acordarse. Por alguna ventana que debía estar abierta en algún lugar, se

oían en la radio las noticias de la mañana.

Era un bonito día de primavera, se dijo a sí misma, sin nada que se saliera de lo normal.

Cerró la ventana y fue al salón. Su bolso estaba sobre la mesa del comedor, con la correa sobresaliendo por el borde. Su chaqueta estaba abandonada en el respaldo de una silla. El correo de ayer, que había soltado sobre la mesa al entrar la noche anterior, seguía allí esparcido en un pequeño montón. Pasó los dedos por encima... facturas, propaganda, una postal. La cogió y leyó:

Queridísima Mei, mi billete de avión para Pekín acaba de llegar. Ya está todo. Nos veremos dentro de tres semanas y por fin estaremos juntos. He venido a Banff a la boda de Jeff. ¡Esto es precioso! Te quiere, Yaping.

Mei le dio la vuelta a la postal y miró hipnotizada el palacio que se alzaba en mitad de un bosque, con altos montes detrás. Se imaginó que aquél debía de ser el lugar donde se celebraba la boda. ¿Quién era Jeff? ¿Sería un socio de la empresa de Yaping, o algún compañero de la escuela de Empresariales? Ella no lo recordaba. Y ¿dónde estaba Banff? Leyó lo que ponía en letra más pequeña: «Hotel Banff Springs, Banff, Canadá».

Dejó la postal en la mesa. Faltaban tres semanas para el verano.

Las flores se estaban muriendo en el jarrón. Mei pensó que quizá podría salvarlas cambiándoles el agua. Se las había regalado Tang Rong, un detective privado de Shanghai. Se conocieron en la conferencia anual de «Consultores de Información y Seguridad»: una clave que usaban para vadear el problema de que los detectives privados estaban prohibidos en China.

Hacia unos días, Tang Rong había venido a Pekín por asuntos de trabajo. Mei quedó con él en la recepción de su hotel. Le sorprendió que Tang Rong le regalara unas flores: le gustó ese toque de sofisticación al estilo de Shanghai. Fueron a un restaurante tailandés. No había mucha gente, pero la comida estaba buena. Hablaron de lo que había pasado desde la última vez que se habían visto y de la gente que conocían y de los casos en los que estaban trabajando. En algún punto entre la sopa de Tom Yom y la lubina crujiente, la conversación entre ellos decayó. Tang Rong pareció perder el interés. Mei puso más empeño y habló más, con la esperanza de arreglar los errores que hubiera podido cometer y volver a conectar con él. No hubo forma. Se separaron en la puerta del restaurante, Mei con las flores en la mano. Ninguno de los dos dijo nada de volver a verse.

Mei colocó la kettle sobre la estufa. ¿Qué había pasado aquella noche? No conseguía entenderlo. ¿Habría hablado demasiado de sí misma, como Lu le aconsejó que no hiciera? Mei recordó que su hermana le había dicho por teléfono: «A los hombres, te digan lo que te digan, lo único que les interesa son ellos mismos».

El agua empezó a hervir. Mei se la sirvió en una taza con café instantáneo. Una fina espuma se elevó hasta la superficie. Mei volvió a mirar las flores agonizantes. Seguía sin poder entenderlo. Se terminó el café y se fue a darse una ducha. El agua tardaba mucho rato en calentarse. Se dio una ducha templada y salió tiritando. Sonó su teléfono móvil. Lu estaba abajo.

—Como vengas en sandalias no te van a dejar entrar —le había advertido su hermana.

Mei buscó algo un poco mejor que ponerse. El club de golf debía de estar lleno de gente rica como su hermana. Rebuscó por su armario y eligió una chaqueta Burberry de las que se fabricaban para el extranjero y ahora compraban los chinos, del Mercado de la Seda.

Al salir del edificio, Mei hizo un reconocimiento rápido. El coche blanco ya no estaba. En el coche negro no había nadie. Dos niñas mayores pasaron agarradas del brazo, soltando risitas. En mitad del patio iluminado por el sol estaba el Mercedes de Lu, espléndido, plateado.

Mei se metió por la puerta de atrás y saludó al conductor. Su hermana estaba hablando por el teléfono móvil. Le echó a Mei una sonrisa y le hizo un gesto de bienvenida. Llevaba un polo blanco, un jersey, pantalones y zapatos de golf. El pelo se lo había teñido de castaño y lo llevaba recogido en una coleta alta. En los lóbulos de sus orejas destelleaba un par de broches de diamantes.

El conductor sacó el coche del *xiaoqu*. Pasaron ante un mercadillo callejero. La gente se levantaba y se quedaba mirando, intentando ver quién iba sentado detrás de los cristales ahumados. El coche avanzaba despacio. Había puestos de verduras, vendedores ambulantes con triciclos y mujeres que llevaban cestos. A la puerta de una tienda de ultramarinos, un grupo de jóvenes, con la espalda doblada, discutían y fumaban.

En la Segunda Vía de Circunvalación, la luz resultaba deslumbrante. Las fachadas de cristal de los rascacielos despedían reflejos. Lu apagó el teléfono. Iban a toda velocidad hacia la Autopista de Badaling.

–¿Qué era eso de mamá de lo que querías que habláramos? –preguntó Mei.

–Más tarde –dijo Lu, señalando con un gesto al conductor.

Mei comprendió y asintió con la cabeza. Lu se ajustó la correa de la gorra.

–¿Estás preparada para el torneo? –preguntó Mei. Lu iba a participar en el Torneo de Golf de los Famosos en un par de semanas.

–No. He quedado con mi profesor en el campo.

–¿Quién va a jugar?

–Tian Tian, Richard Liang, de Hong Kong, Li Hui, Zhang Ming y Ma Yuan: el marido y la mujer de la Inmobiliaria SUHU.

Sonó el teléfono de Lu. Ella lo cogió.

–Lo siento, es mi productor –susurró.

Durante los treinta minutos que siguieron estuvo discutiendo con su productor los siguientes episodios de su programa de televisión. Mei miraba pasar la ciudad por la ventana.

Enclavada en una ladera ondulada, la terraza del Club Internacional de Golf Changping tenía una vista panorámica de las Montañas del Oeste. Unos pocos lagos minúsculos salpicaban aquel verde lleno de sol. Sus colores parecían variar con cada toque de brisa.

–Bonito, ¿eh? –dijo Lu, poniéndose su guante de golf.

–Impresionante.

–Pues disfrútalo. Tómate algo en la terraza. Relájate. Yo vuelvo enseguida.

–¿Pero qué le pasa a mamá?

–Lo hablamos en la comida. Mira, ahí veo a mi profesor –Lu se largó pitando.

Un camarero condujo a Mei a una mesa debajo de una sombrilla. Ella se puso a darle sorbos a una CocaCola en un vaso lleno de cubitos de hielo y contempló a los golfistas moviéndose por el campo, con sus colores amarillo pastel, azul y rosa. Un grupo salía ya del campo, tirando de sus carritos de golf.

Pensó en su madre. Le pasara lo que le pasara, no debía de ser muy grave cuando Lu se había puesto a jugar al golf. Igual Lu y su madre se habían peleado, se atrevió a especular Mei. Siempre había pensado que su madre no discutiría por nada del mundo con su guapa y apreciada hermana menor. Pero tampoco era imposible.

Llegaron más golfistas. El restaurante se estaba llenando.

Mei pensó en el secreto de su madre. Era algo que Mei tenía miedo de que Lu llegara a descubrir.

En lo más crudo de la Revolución Cultural, veintisiete años atrás, el padre de Mei fue enviado a un campo de trabajo por criticar al Presidente Mao. Se fueron todos con él, Mei con cuatro años, Lu acababa de cumplir uno. A los pocos meses su hermana se puso gravemente enferma. Ling Bai, su madre, se la llevó de vuelta a Pekín. A Mei la dejó.

Se pasó el año siguiente en el campo de trabajo, hasta que un día su madre mandó a buscarla. Cuando se despidió de su padre, el día en que se fue, ella no sabía ni tenía modo de saber que aquélla iba a ser la última vez. Después de volver a Pekín se pasó años esperando a que él volviera a casa. Se aferraba a esa idea y al recuerdo de su padre igual que se aferra un niño a sus tesoros escondidos, acordándose de cómo los encontró.

Cuando le dijeron que su padre había muerto, Mei tenía catorce años. En aquella época estaba en el internado. Se refugió en un mundo privado, un lugar de recuerdos, sufrimiento y decepción, apartado de su familia.

Se peleaba siempre con su madre.

–¿Sabes cuál es tu problema? –gritaba su madre, desesperada–. Que eres exactamente igual que él. ¡Y tú mira lo que le pasó por ser así!

Mei pasó un tiempo sin volver a casa.

Aun así, nunca había sospechado de su madre, ni siquiera cuando ella quemó todas las fotos de él y sus libros.

Dos años atrás, cuando Mei estaba trabajando en el caso de un jade perdido, descubrió que había sido su madre quien había denunciado a su padre ante el Partido. Esa revelación había dejado a Mei hecha añicos, como si toda su vida hubiera sido una mentira y los recuerdos que con tanto cuidado había ido montando fueran mentira también. Le dieron ganas de enfrentarse con su madre, de gritarle todo aquello y echárselo en cara.

Pero a Ling Bai le dio una embolia, y llegó a estar en coma. Mei la estuvo cuidando hasta que se recuperó. Luego, en los meses que siguieron, Mei podía haber hablado de lo que le pasó a su padre. No lo hizo.

Había comprendido que si su madre entregó a su padre fue para salvar a sus hijas. Aquélla fue la condición que le impuso el Partido. El mismo destino habían sufrido muchas otras familias en la Revolución Cultural. La gente tuvo que decidir de qué lado se ponía. Y la deslealtad al Partido estaba penada con la muerte.

Eran culpables todos ellos, incluso Mei y Lu, niñas que aún no iban ni a la escuela.

Tratando de distraerse, Mei pidió un periódico. El camarero le trajo un ejemplar de las *Noticias de la Mañana de Pekín*. En la primera página leyó un artículo sobre el último episodio del Movimiento de Limpieza de lo Amarillo<sup>1</sup>. La policía había conseguido cerrar más de mil antros de prostitución. En la sección de negocios se encontró con un editorial sobre la recientemente anunciada política de permitir que las empresas extranjeras

invirtieran directamente en la industria china. Había una foto de Lu con su marido, el industrial Lining, en las páginas de espectáculos. La foto la habían hecho en la ceremonia de los premios de la televisión del año anterior. El premio era anual y se iba a volver a celebrar la semana siguiente.

–Discúlpeme, señorita –el camarero se acercó haciendo una inclinación–. Siento molestarla. Normalmente no hacemos estas cosas. El restaurante está lleno, como puede ver. Este caballero tiene prisa por volverse a la ciudad. Quiere saber si a usted le importaría dejarle que se sentara a su mesa.

–Tampoco me voy a ofender si dices que no –dijo el joven. Tenía veintimuchos años, la piel morena y una mirada asentada en lo profundo. Llevaba una sonrisa tímida puesta y una gorra en la mano. Hablaba con un acento suave y sugerente.

Piel morena, frente ancha, labios carnosos... «Es del sur», pensó Mei. «Y guapo.»

–No, no me importa –dijo, doblando el periódico.

–Gracias –el joven se quitó el guante de golf y se pasó la mano por el pelo. Una fina capa de sudor brillaba en su frente.

–Me llamo Wudan –dijo mientras se sentaba.

–Yo soy Mei Wang.

Se dieron la mano.

–Te he estado observando. ¿Estás esperando a alguien? –preguntó Wudan.

O sea que la había estado observando, pensó Mei. La había escogido. Sonrió.

–Estoy esperando a mi hermana para comer –y añadió–: Yo no juego al golf.

–Vale la pena venir sólo por la vista y el aire puro –Wudan cruzó las piernas–. ¿Trabajas aquí o estás casada con un hombre rico?

–¿Cómo dices?

–Este sitio es caro, por no mencionar que no dejan entrar a cualquiera. Todo el que está sentado en esta terraza o lo ha ganado él mismo o consigue el dinero de otra persona.

–La rica es mi hermana. Yo no gano gran cosa.

–¿A qué te dedicas, si no te importa que te lo pregunte?

–Soy... consultora de información.

–¿Qué es eso, algo de informática?

–Consigo información para mis clientes.

–¡Eres detective privado!

–Eh...

¿Cómo lo sabía?

–No te preocupes, no lo voy a ir gritando por ahí. Nosotros usamos detectives todo el tiempo. Es más barato y da mejor resultado que hacer las investigaciones nosotros mismos. Yo soy abogado.

–Bueno.

–En Pekín la gente todavía se asusta de estas cosas, pero allí en Cantón las agencias de detectives se están forrando.

«Es de Cantón, del Sur Profundo», pensó Mei.

Wudan sonrió, apoyando los codos en la mesa.

–¿Y qué clase de investigaciones haces?

Parecía sincero. Parecía de confianza. Estaban sentados en la terraza del Club de Golf Changping. Los ojos le brillaban de emoción e interés.

–Pues hacemos maridos infieles, deudas de juego... no es muy interesante, pero pagan bien –dijo Mei. Pensó que era mejor ir sobre seguro. Después de todo, se acababan de conocer.

–Seguro que tienes un montón de historias interesantes. Pero ¿no te da miedo? Puede ser peligroso algunas veces.

–¿Peligroso de verdad? Igual alguna vez...

Wudan pidió una hamburguesa y compartió las patatas fritas con Mei. Ella averiguó que había estudiado Derecho en la Universidad de Pekín y que era socio del Despacho de Abogados Buena Esperanza, en el distrito de Chaoyang.

Mei le contó a Wudan que antes trabajaba en el Ministerio de Seguridad Pública y que había montado su negocio hacía tres años. Wudan le contó de su trabajo y sus clientes. Le habló de la Casa del Espíritu Dorado y

sus famosas píldoras, que supuestamente curaban los corazones rotos.

–¿Estás segura de que nunca has oído hablar de ellas?

–Segurísima –dijo Mei.

–Yo creo que son muy conocidas, especialmente entre las mujeres.

–¿Es que a los hombres no se les rompe el corazón?

–No quiero decir eso... Sólo digo que... –levantó el extremo de una ceja–. Puede que a ti nunca te lo hayan roto.

–Pues claro que me lo han roto –dijo Mei con una sonrisa. Le hacía gracia que la halagara, y hasta que coqueteara con ella. Se volvió hacia el campo de golf, sin dejar de sonreír en un rato. El paisaje verde se difuminaba suavemente hacia las colinas azuladas de Changping.

–Pues no sé cómo debió ser –oyó decir a Wudan–, pero no me puedo imaginar que te dejes vencer fácilmente. Mei le lanzó una mirada rápida, con su nariz poderosa delineándose de perfil.

–Tú no me conoces.

–Pues no –dijo Wudan. Sonrió él también y miró hacia el golf.

Algo le llamó la atención. Mei siguió su mirada. Lu se acercaba a grandes pasos desde el césped, blanca y pura como la luz del sol. La gente se daba la vuelta para mirarla.

Se acercó a la mesa en la que estaban ellos, se desabrochó el botón del guante y se lo quitó.

–Hace casi demasiado calor –dijo, desplomándose en una silla.

–¿Qué tal te ha ido con tu profesor?

–Muy bien.

El camarero corrió hacia ella.

–¡Señorita Wang!

–Agua helada por favor. Sin hielo.

–¿Está bien Evian?

–Sí, tráigala rápido.

–Ahora mismo –el camarero hizo una inclinación y se fue a toda prisa.

–Éste es Wudan –dijo Mei, presentándolos–. Es abogado. Ésta es mi hermana Lu.

–¡Lu Wang, qué placer tan grande conocerte!

Lu miró a Wudan como si hasta ese momento no se hubiera percatado de que estaba allí.

–Me encanta tu programa –añadió Wudan.

–Gracias –murmuró Lu.

–La psicología es fascinante. Nosotros estamos en contacto con ella todo el rato. A veces tenemos casos que a primera vista no tienen ningún sentido. Luego te enteras de los motivos de la gente y de su forma de pensar, y todo encaja.

Lu miró a su alrededor buscando su agua.

Mei estaba callada.

El camarero apareció con una botella de Evian y sirvió el agua en un vaso alto. Lu le dio varios tragos.

–Espero que no estés diciendo que la psicología es irracional –dijo por fin.

–Todos somos irracionales. Los delincuentes nunca piensan que los van a coger. Nos enamoramos por la vista y nos casamos por el instinto. Tomamos decisiones rápidas porque no tenemos los medios o la energía para averiguar todos los hechos. Hacemos juicios. Los juicios no son racionales. Son respuestas aprendidas.

–Igual debería hacer un programa sobre psicología criminal.

–Eso sería muy interesante. Yo te podría proporcionar un montón de casos.

A eso Lu no respondió.

–¿De dónde saca un abogado tan ocupado tiempo para jugar al golf? –le preguntó.

–Para las cosas que a uno le gustan siempre se saca tiempo.

–En el golf también hay mucha psicología.

–Por eso el golf es difícil. Parece que el juego consiste en darle a una pelotita blanca. Pero en realidad la pelota es lo de menos, una pura distracción. Aunque por supuesto la experta eres tú.

–Hay que olvidarse de la pelota y pensar sólo en el swing.

–No somos capaces. Estamos obsesionados.

Mei estaba contenta de que a su hermana no le hubiera dado por ignorar a Wudan, aunque no tenía ni idea de

sobre qué estaban hablando. Alrededor de ellos, la gente les echaba miradas y los observaba. Mei se sintió fuera de lugar, como un niño al que sacan de la fila para ponerlo en ridículo, como un rojo violento en el mar de pastel que marcaba su guapa hermana.

Tres mujeres de mediana edad se acercaron a ella. Soltaban risitas y se apretaban unas a otras las manos. Llevaban pantalones cortos de color beige, viseras blancas y chalecos de rombos. Cuando se acercaron, Mei les vio las venas azules en los muslos. El maquillaje había empezado a corrérseles del calor.

–¿Es usted la señorita Lu Wang? –rodearon a Lu.

Ella asintió con la cabeza.

–¡Es ella! –exclamó una de las señoras–. ¡Qué os había dicho!

Se pusieron a hablar todas a la vez.

–Se lo estaba diciendo a mi marido, que está ahí –dijo una de ellas lanzándole un saludo con la mano a un tipo bajito y medio calvo, que se lo devolvió con una sonrisa de oreja a oreja–. Digo: ésa parece la presentadora del programa famoso de la tele. Él no se lo creía. Decía que no tenía que venir a molestarla ni aunque usted fuera usted. Pero a usted no le importa, ¿a que no?

–Nos encanta verla en la tele. No sabe usted qué personaje es mi suegra. Tendría que hacer un programa con ella.

–¡Y el programa aquel que hizo sobre los niños mimados! A mí se me rompía el corazón. ¡Todas malcriamos a nuestros hijos únicos!

–¿Nos podemos hacer una foto con usted?

Sacaron las cámaras.

–Sí, claro.

Mei se levantó. Wudan la siguió. Bajaron unos escalones hasta el césped.

–¿Le ocurre esto muy a menudo a tu hermana? –dijo Wudan, señalando a las fans.

–Sí. A veces la gente saca la cámara en mitad de la calle y se pone a hacerle fotos.

–En persona es más guapa.

–Eso dice la gente.

Wudan se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

–No me habías dicho que eres hermana de Lu Wang.

–Pues qué quieres que te diga.

–Sólo pienso que podrías estar orgullosa de serlo. Tienes una familia interesante.

–Pero que mi hermana sea famosa tampoco me hace a mí más interesante.

–Tú eres interesante por ti misma. Si me hubieras dicho que eras abogada o empresaria, o incluso actriz, no me habría sorprendido. Habría dicho: claro, por supuesto. Pero ¿detective privada?

–Es raro.

–Raro no. Poco frecuente.

Sus miradas se encontraron. No solía ocurrir que nadie siguiera encontrándola interesante después de conocer a Lu.

–¿Te puedo llamar alguna vez? –dijo Wudan–. Nunca se sabe cuándo puedo necesitar un detective, o tú un abogado.

Intercambiaron tarjetas.

–Se han ido –Lu se acercó. Apoyó un brazo en el hombro de Mei–. Me temo que me voy a tener que llevar a mi hermana –le dijo a Wudan–. Necesitamos hablar de un asunto importante.

–Por supuesto. Ha sido un placer conocerte, Lu Wang –se despidió Wudan–. Por favor, si necesitas material para psicología criminal, házmelo saber.

–Adiós –dijo Mei.

Wudan subió los escalones. Mei contempló cómo atravesaba la luz dorada de la tarde hacia el edificio del club. Al instante, su rostro empezó a desdibujarse en su mente. Pero su voz permaneció, con aquellos suaves tonos redondeados del sur.

–No me parece mal que cojas alguna tarjeta de vez en cuando, para hacerte *guanxi* –dijo Lu, entrelazando el brazo con el de Mei–. Todos necesitamos más contactos. Un abogado como él te puede venir muy bien algún día. Pero ten cuidado –fueron andando hacia el restaurante.

–Pensé que te había caído bien –dijo Mei.

- Y es verdad.
- ¿Entonces por qué lo dices?
- Lo veo demasiado deseoso de gustar.
- No te preocupes. Lo más probable es que no le vuelva a ver.

Entraron en el restaurante, en el que no había nadie más, y las condujeron a una mesa.

–¿Dónde está ahora Lining? –dijo Mei, interesándose por su cuñado.

–Pues no estoy segura. ¿Qué hora es ahora en Estados Unidos? No sé si estará en Washington o ya de camino hacia la Costa Oeste.

–¿Cuánto tiempo va a estar fuera esta vez?

–Dos semanas. Han ido a reunirse con los inversores. Quiere meterse en el mundo de la tecnología.

–¿Quieres decir de los ordenadores?

Mei estudió el menú.

–Comunicaciones inalámbricas. No me preguntes los detalles. Se supone que es un secreto. En todo caso yo tampoco entiendo qué es. Pensé que se refería a teléfonos móviles, pero me ha dicho que es mucho más complicado que eso. Lo va a anunciar dentro de unas semanas, si todo va bien. Va a ser un fiestón. Y por supuesto estás invitada.

–Vale. ¿Es en plan elegante?

–En plan elegante, moderno, guay... lo que más te apetezca, pero ven de rojo para que nos dé buena suerte.

–Lining no necesita buena suerte. Todo lo que toca lo convierte en oro.

–Todo el mundo necesita buena suerte.

Pidieron sopa de aleta de tiburón, un surtido de empanadillas al vapor: vieiras, cerdo, cebollino, y verduras estofadas con tofu: los Tres Tesoros del Monje.

–Mamá ha conocido a una persona –dijo Lu cuando les trajeron el té.

–¿Qué quieres decir?

–Que tiene un novio.

Mei soltó una carcajada.

–¿Y eso era? Creí que había ocurrido alguna cosa horrible.

–Es terrible.

–¿Quién es? ¿No será alguien que yo conozca?

–Afortunadamente, no. Se conocieron en el Club de Baile para Camaradas Jubilados. Él era contable. Su mujer murió hace cuatro años. Mamá dice que es un encanto, claro.

El camarero sirvió el té en tazas ribeteadas de oro. La fragancia de las hojas de Wulong ascendía con el vapor.

–Pues si a ella le gusta, qué le vamos a hacer.

–Está muy bien eso de «si a ella le gusta», pero es nuestra madre. Tenemos una responsabilidad. ¿Tú crees que sabe lo que hace? Tiene sesenta y dos años y no ha estado con un hombre desde hace, buf, veintiséis años. No sé por qué tiene que empezar ahora.

–Igual se siente sola.

–Todos nos sentimos solos. Yo estoy tan ocupada que casi no me da tiempo ni de vivir.

–Ella está sola.

–Nosotras la llamamos por teléfono. Vamos a verla.

–A lo mejor eso no es suficiente. Nosotras somos sus hijas. No la entendemos.

Llegó la comida, las blancas empanadillas en sus cestillos de bambú, los vistosos Tres Tesoros del Monje con sus verduras verde jade y el tofu frito amarillo, la sopa de aleta de tiburón servida en finos cuencos de porcelana decorados con dragones entrelazados.

–Yo le compro todo lo que necesita. La invito a mis fiestas. Hasta se vino a Canadá con nosotros de vacaciones. ¿Qué más puedo hacer?

–Puede que sea un efecto retardado de lo de la embolia –dijo Mei–. A lo mejor le ha cambiado la forma de ver la vida.

–Pero si eso fue hace dos años.

–Pero es posible.

–Quiero averiguar más de ese novio suyo. ¿Te importaría echarle un ojillo?

–¿Por qué no le preguntamos a mamá sin más?

–No me fío de ella. El amor es ciego.

–Le podemos decir que nos lo presente.

–No.

–Te pasas un poco.

–Todo esto no me da buena espina. El tipo tiene setenta y dos años. No me importa ocuparme de mamá cuando sea vieja, pero no me apetece cargar con nadie más.

–Lo dices como si se fueran a casar.

–Mamá estaba haciendo preguntas sobre eso.

–¿Te lo ha preguntado? ¿Cuándo ha sido eso? Yo la llamé la semana pasada y no me dijo nada.

–Ella sabe que hablamos entre nosotras.

–Ya, pero no es eso. Yo soy su hija también.

–Anda, venga. No exageres. Lo que nos debería preocupar es que esté hablando de matrimonio, no con quién lo ha hablado o lo ha dejado de hablar.

–Para ti es muy fácil decirlo. No me puedo creer que a mí no se haya atrevido a contármelo.

–Se me ha ocurrido que si yo tuviera un niño, mamá me podría ayudar a ocuparme de él, y así estaría feliz.

–¿Qué tal va la cosa?

–No da resultado. No paramos de intentarlo, pero parece que no soy capaz de quedarme embarazada. Está claro que culpa de Lining no es. Él tiene una hija con su ex mujer.

–Según dicen a veces se tarda un poco.

–Puede que sea que yo estoy muy estresada con el trabajo. O puede que algo no me funcione bien. O que sea demasiado vieja.

–Tienes veintinueve años.

–Lining quiere que sea niño.

Se quedaron calladas.

–Iré a ver a mamá.

Comieron y hablaron de otras cosas: de un viaje que pensaba hacer Lu ese verano y de algunos amigos.

–Cuéntame qué pasa con Yaping –Lu fijó sus grandes ojos en su hermana.

–Se viene a vivir a Pekín en tres semanas.

–Pues te lo puedes traer a la fiesta. Le vendrá muy bien conocer a los empresarios de por aquí.

–Claro.

–Mamá está muy contenta. Dice que por fin has puesto los pies en la tierra. No me mires así. A mí nunca me ha parecido un problema lo de que sigas soltera. Pero vamos, tienes que admitir que a nadie le amarga que Yaping haya tenido éxito y se haya hecho rico. Mamá hasta está empezando a decir que le vas a dar nietos.

A Mei se le borró la sonrisa.

–¡Cielos!

Compartieron el postre: una bola de arroz rellena de dulce de alubias rojas.

–¿Significa eso que entre Yaping y tú se ha arreglado todo? ¿Está todo perdonado?

–¿El qué está perdonado?

–Él te hizo una promesa cuando se marchó a Chicago. Se suponía que iba a volver y se iba a casar contigo.

–De eso hace muchos años. Éramos jóvenes, estábamos en la universidad. Se enamoró de otra chica.

–Entonces, como yo decía, está todo perdonado.

Mei no dijo nada. El pasado se había ido hacia mucho para desvanecerse en un espacio gris donde el dolor no era ya más que una palabra, o un recuerdo de años olvidados.

–¿Estás feliz? –le preguntó Lu.

–Creo que sí.

Mei se había imaginado que cuando volviera a encontrarse con Yaping, su amor se encendería como el fuego, con toda la intensidad y la pasión tanto tiempo contenidas. Pero en realidad no había ocurrido así. Lo que sentían el uno por el otro, la alegría de estar juntos otra vez, todo resultó atenuado. Era como si algo invisible pero sólido se interpusiera entre ellos.

–¿Y tú estás feliz? –le preguntó Mei a su hermana.

–Completamente –dijo Lu.

Cuando salieron del club, la luminosa tarde se había oscurecido. Mei sintió el roce de una brisa cálida. Miró a su alrededor para ver de dónde venía. Los árboles, las flores y la tarde estaban inmóviles. Era el soplo de las montañas.

–¿Te apetece venir a una fiesta conmigo esta noche? –preguntó Lu cuando estuvieron sentadas en su coche–. Es la fiesta de lanzamiento de una revista. La revista no sé de qué va. Pero no me quiero quedar en casa sola.

–Ya sabes que no me gustan las fiestas.

–Tómalo como parte de tu trabajo. Así te haces *guanxi*.

–Esas cosas se me dan fatal.

–Te presto uno de mis vestidos, vas a estar guapísima.

Sonó un teléfono. Mei reconoció la música del suyo. Revolvió su bolso buscando el aparato.

–¿Diga?

–Soy yo, Gupin –le llegó la voz de su secretario–. Hay un hombre en el despacho que quiere verte. Dice que es de la Oficina para la Inspección y Supervisión de Empresas Privadas.

–¿La oficina de qué?

Gupin repitió el nombre.

–No lo he oído en mi vida. Es viernes por la tarde y estoy a muchos kilómetros de la ciudad.

Gupin dijo con voz contenida pero grave:

–Dice que tiene que verte.

Mei hizo una pausa, sopesando la cuestión.

–No puedo llegar en menos de cuarenta minutos, si es que no hay tráfico.

Lu asintió para expresar que estaba de acuerdo.

Mei oyó a Gupin preguntar al visitante.

–Dice que te espera.

–Intentaré estar ahí lo antes posible.

Colgaron.

–¿Vá todo bien? –preguntó Lu.

–Hay un inspector en mi oficina.

–¿Y qué quiere?

Mei le dijo el nombre del organismo.

–No sé qué querrá, pero es insistente.

–¿Significa eso que no vas a venir conmigo a la fiesta?

–¡Pero Lu!

–Te dejo al pasar –dijo ella.

–Gracias.

Mei se volvió a mirar por la ventana. Había un montón de tráfico en la autopista de Badaling. Los autobuses que llevaban turistas a la Gran Muralla estaban de vuelta, esperando para pagar el peaje y meterse otra vez en la ciudad.

Esperaron en una larga cola hasta llegar al puesto de peaje de la autopista de Badaling. Lu iba hablando por teléfono, con su secretario, con su productor, con su relaciones públicas, con su mánager. Mei reflexionó sobre el inspector. Tenía miedo de que el gobierno hubiera decidido tomar medidas especiales contra las agencias de detectives privados, pero el nombre de su departamento le sonaba raro. A lo mejor estaba allí por alguno de sus clientes, pensó Mei, por algo que hubieran hecho ellos.

Después de pasar el peaje el tráfico empezó a fluir otra vez. Giraron en círculo hacia el este de la ciudad, pasando el Centro Lufthansa por la Tercera Vía de Circunvalación, y salieron al distrito de oficinas de Chaoyang en Sanlitun. Las calles se volvieron estrechas y polvorientas.

–¿Tú crees que ese coche nos está siguiendo? –preguntó Mei, volviéndose a mirar por la ventanilla trasera.

–¿Qué coche? –preguntó Lu.

–Ese Volkswagen blanco. Me parece que lo he visto cuando estábamos en el peaje de la autopista de Badaling.

–¿Estás segura?

–No.

–Chang Shifu –llamó Lu al conductor–. ¿Ve el coche blanco que viene detrás, el Volkswagen? ¿Se acuerda de si lo ha visto en el club?

–No, no me suena –dijo el conductor.

Lu se encogió de hombros.

–Igual te estás imaginando cosas. Paranoia profesional.

–Puede ser –dijo Mei, mirando otra vez al Volkswagen blanco.

–¿Estás bien?

Mei sonrió.

–Perfectamente.

Por dentro, la voz de su secretario repetía: «Hay un inspector en la oficina... dice que tiene que verte».

El despacho de Mei estaba en el Viejo Chaoyang, en el primer piso de un edificio construido hacía treinta años al estilo del realismo soviético: una caja de cerillas gris. En principio lo habían construido para alojar a los trabajadores. En el patio delantero, un vetusto roble paría todas las primaveras hojas nuevas.

Mei le dijo al conductor que parara junto al bordillo. Lu salió con ella del coche. El Volkswagen blanco pasó de largo. Lo miraron torcer al final de la calle y desaparecer.

–Habrá dado la casualidad de que iban por el mismo camino que nosotros –dijo Lu.

–Eso será –dijo Mei, insegura.

–¿Qué pasa ahí? –su hermana señaló a una zona de tierra removida que había en el otro lado de la calle. En mitad de un solar, junto a un montón de cascotes, se alzaba una excavadora vacía.

–Van a construir un edificio nuevo. Han derribado las casas viejas.

–Mejor para ti. Por fin un poco de acción en este barrio.

–Peor para mí. Subirán los alquileres.

–¿Qué van a hacer?, ¿lo sabes? ¿Un edificio de apartamentos o un hotel?

–Nadie lo sabe. Ni siquiera sabemos si de la construcción se va a encargar el gobierno o una empresa privada. De vez en cuando viene un tipo a trabajar con la excavadora.

La escena que tenían ante ellas hizo que Mei se acordara del Barrio Sur. ¿Tendría algo que ver aquel inspector con lo de la noche anterior y el Subsecretario Liang?

–¿Y aquello? –Lu señaló hacia una fila de casetas improvisadas que había en el borde del solar.

–Tiendas provisionales. Aparecieron en cuanto demolieron las casas viejas. Aquéllas venden cemento.

–¿A quién?

–A equipos de albañiles que hacen reformas en los *hutong*. Deben de ser semilegales, seguro.

–¿Cuándo vas a ir a ver a mamá? –preguntó Lu.

–Pronto.

Lu se metió en el coche. Mei le dijo adiós con la mano mientras el coche se ponía suavemente en marcha y se alejaba.

Eran cerca de las siete de la tarde. La gente estaba empezando a salir del trabajo. Mei pasó junto a un grupo de chicas jóvenes de la empresa de publicidad. Subió a toda prisa por la escalera hasta su despacho.

Gupin, su secretario, estaba sentado detrás de su mesa en la antesala, afilando lápices. Los cuatro años que llevaba viviendo en la ciudad le habían suavizado el físico, aunque seguía teniendo los brazos fuertes de los años de trabajo en el campo. Su acento de Henan se había hecho más tenue. Estaba en su asiento con las mangas remangadas, aburrido y con la mirada apagada.

El visitante estaba sentado en el sofá. Ante él, en la mesita, había una pila de papeles.

Mei le tendió la mano.

–*Nihao*, disculpe que le haya hecho esperar. No sabía que iba usted a venir.

Él se levantó, alto, pálido y delgado. Tenía una cara que parecía joven, pero con una expresión severa. Le dio a Mei la mano.

–Soy Tanyi Fu, de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas.

–Mejor hablamos en mi despacho. Pase, por favor.

El señor Fu cogió su maletín de debajo de la mesita. Al abrirlo brotaron de él varias carpetas de plástico, de varios colores. Tiró de una roja hacia fuera. Los movimientos de sus manos eran medidos y cuidadosos. Cerró el maletín con dos sonoros clics y siguió a Mei a su despacho.

Se sentaron. Habló el señor Fu:

–La Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas es un organismo nuevo. Pertenecemos a la Comisión para la Reforma y el Desarrollo, que depende de la Oficina de Reestructuración Económica. Nuestra misión es asegurarnos de que las empresas privadas cumplen con el reglamento. Yo antes trabajaba en el Equipo de Coordinación para la Higiene en la Carne y las Verduras, así que como es lógico estoy familiarizado con estas cuestiones.

Le tendió a Mei la tarjeta de su unidad de trabajo.

Mei cogió la tarjeta.

–¿Cómo ha dicho?

–Es lo mismo, señorita Wang, carne, verduras o cualquier otro negocio. La gente intenta jugársela al sistema. Cuando fijamos el porcentaje de proteínas que debía contener la leche, la gente distorsionaba las mediciones con aditivos. Cuando pusimos en marcha medidas para garantizar que la carne fuera fresca, le ponían colorante. Había que estar todo el tiempo vigilando.

–Qué horror –dijo ella, y le devolvió al señor Fu la tarjeta de su unidad de trabajo.

–¿Se da usted cuenta de la dificultad de nuestro trabajo? Apenas hemos conseguido visitar a una décima parte de nuestros objetivos. Tenemos que trabajar día y noche.

Gupin trajo un té y lo sirvió de la tetera de hierro en las frágiles tacitas de flores. Mei bebió un sorbo. Gupin había dejado en infusión las hojas de Wulong el tiempo suficiente para que el té adquiriera un color de nuez y un denso aroma.

El señor Fu no miró a su taza. Abrió un cuaderno.

–Déjeme que confirme, posee usted una consultoría de información llamada Consultoría del Loto. Lleva en este mismo local tres años.

–Correcto.

–¿Qué tipo de negocio es en realidad?

«Ya está», pensó Mei, «las medidas especiales».

–¿Qué quiere decir? –intentó mantener la voz calmada–. Proporcionamos información a nuestros clientes, ¿qué iba a ser si no?

–¿Qué tipo de información?

–La que nuestros clientes nos piden.

–Señorita Wang, será mejor que colabore.

–Pero si estoy colaborando, Inspector.

El señor Fu garrapateó algo en su cuaderno, haciendo con la pluma un ruido rasposo. Su cuerpo delgado

pareció estirarse del esfuerzo.

–Necesito ver sus libros –dijo.

Mei se dirigió al archivador y sacó su libro de contabilidad. Se lo tendió al señor Fu.

–¿Sólo esto? ¿En tres años que lleva usted en este negocio no ha tenido más trabajos que éstos? ¿Cómo consigue mantenerse?

–A duras penas –dijo Mei. Muchos de sus casos se liquidaban en metálico y en negro, sin pasar por los libros. Sus clientes lo preferían así.

El señor Fu depositó el libro de cuentas en su maletín.

–Esto me lo llevo.

–¿Cuándo me lo van a devolver?

–Cuando terminemos con nuestra investigación.

–¿Su investigación? ¿Sobre qué?

–Lo siento. No puedo decírselo –el señor Fu cerró el maletín.

–¿Por qué no?

–Porque eso sería divulgar información confidencial.

–Pero es a mí a quien están investigando.

El señor Fu se puso de pie. Su té seguía intacto en la taza.

–Adiós –dijo.

Mei se quedó allí de pie sin moverse hasta que el Inspector Fu se hubo marchado.

Un soplo frío entró por la ventana y le tocó la espalda. Se acordó de aquella antigua historia de la niña Nube Blanca, a quien su novio había tratado de un modo injusto; se tiró desde un puente de piedra y se ahogó en un río helado. Un día su fantasma surgió de las aguas profundas y se vengó del joven, que iba cruzando el puente. Mei se dio la vuelta. No había, por supuesto, ningún fantasma, sólo la brisa del atardecer que entraba por su ventana.

–Ese tipo me da mala espina –la voz de Gupin sorprendió a Mei. Había entrado a recoger las tazas de té–. No me ha dirigido la palabra en todo el tiempo que ha estado esperándote... escalofriante.

–Tampoco a mí me ha dicho de qué se trata.

–Son idiotas, esos burócratas de tres al cuarto. Lo que quieren es asustarnos. Así se sienten más fuertes.

–Puede ser.

–No te preocupes, Mei. Vás a ver. El señor Fu trae sólo truenos, pero no lluvia.

Pero Mei sospechaba que detrás de aquel inspector había algo más. Su aparición por sorpresa y su insistencia tenían todas las características de algo más peligroso. «Hay que pillar al enemigo desprevenido», decía Sunzi en *El arte de la guerra*, el antiguo tratado que tanto apreciaba el Presidente Mao. Pero no quiso alarmar a Gupin. Estaba cansada: la noche anterior en el Barrio Sur y el día en Changping, muy pocas horas de sueño, demasiado sol, el aire fresco, la conversación con su hermana...

–Es hora de irse a casa –dijo.

Fueron andando juntos por la calle, Gupin empujando su bicicleta. El aroma del polvo al posarse y de las lilas florecidas llenaba el aire del atardecer. Los mercadillos nocturnos y los puestos de comida se iban abriendo. La ciudad empezaba su otra vida después del crepúsculo.

Pasaron ante los restaurantes que había en la acera, todos iluminados, las camareras dando la bienvenida en la puerta.

En los carricoches de comida rápida crepitaban la cebolleta, el huevo y la salsa de trigo picante. «¡Tortas de Tianjin!», gritaban sus dueños.

Algunos vecinos de los *xiaoqu* de los alrededores habían salido de sus recintos vallados para darse un paseo al atardecer. Muchas de las comunidades residenciales de aquella zona tenían el rojo en el nombre, conmemorando el pasado revolucionario de la ciudad: *Xiaoqu* de la Bandera Roja, *Xiaoqu* de la Aldea Roja, *Xiaoqu* del Oriente Rojo. Había un grupo de hombres de mediana edad, con los cigarrillos colgándoles de la boca, acuclillados junto al taller de reparación de bicicletas.

–Dicen que este fin de semana va a hacer más calor –dijo Gupin, con las ruedas de la bicicleta girando ruidosamente a su lado.

–Con el calor que hace ya.

–Pues en mi tierra están a cuarenta grados.

–¿Qué tal sigue tu madre? –preguntó Mei.

La madre de Gupin se había quedado parálitica y se ocupaban de ella su hermano y su cuñada. Gupin mandaba dinero a su casa para atenderla.

–La nueva medicina la ayuda a mantener a raya el dolor, según me ha dicho mi hermano.

Esperaron en el cruce a que el semáforo cambiara.

–Mi cuñada está embarazada –dijo Gupin cuando hubieron cruzado.

–¿No tenían ya un niño?

–Una niña.

–¿Y pueden tener otro? –preguntó Mei.

Sabía la respuesta. La Política del Hijo Único lo prohibía.

–No. Pero quieren un niño. El Comité de Planificación Familiar de nuestro pueblo le ha dicho a mi cuñada que aborte. Mi hermano intentó sobornar a la presidenta, pero ella le dijo que como mi cuñada no lo hiciera voluntariamente la iban a coger y se lo iban a hacer ellos. Mi cuñada se ha escapado. Se va a quedar con unos parientes del sur hasta que haya tenido el bebé.

–¿Y qué pasa si no es un niño?

–Ellos tienen la esperanza de que lo sea. Los campesinos no cobran pensiones. Mi sobrina se casará cuando llegue la edad y se irá de casa. Si mi madre no hubiera tenido hijos, habría muerto hace mucho tiempo.

Llegaron a la calle Tianchuyang, que era donde debían separarse.

–¿Y qué pasará cuando tu cuñada vuelva a su casa con el bebé?

–Mi hermano cree que el comité les pondrá sólo una multa, pero no les obligará a renunciar al niño.

–¿Cuánto es la multa?

–No sabemos, puede que veinte mil yuanes.

–Eso es muchísimo.

–Tendremos que conseguirlo de algún modo.

–¿Y qué pasa si es una niña? ¿Pagarán igual la multa para poder quedarse con ella?

Gupin esperó unos segundos antes de responder, como si hasta entonces no se le hubiera ocurrido considerar esa posibilidad.

–No lo sé –dijo al final.

Se dijeron adiós. Gupin se encaramó en su bicicleta y se alejó pedaleando.

Mei se encaminó hacia la estación del metro. Las farolas de la calle ya estaban encendidas. A lo largo del

ancho bulevar las vallas publicitarias anunciaban iniciativas del gobierno y urbanizaciones nuevas. «Escucha al Partido», «Mantén limpio Pekín», «Compre en Manantiales de Oro. Diseño estadounidense, calidad internacional».

Mei se acordó del padre de un amigo de la universidad que estaba en la cárcel cumpliendo una condena de veinte años sin acusación ni juicio. La familia nunca logró averiguar por qué se lo habían llevado de aquella manera de su casa de lujo en el distrito de Haidian. Se especuló con que sus operaciones comerciales podían haber incomodado a alguien poderoso. Algunos dijeron que había triunfado y se había enriquecido demasiado.

Hacía un año, cuando ella estaba investigando el asesinato de la estrella del pop Kaili, el director de la compañía discográfica, el señor Peng, había mandado a un par de «inspectores» para amenazarla. Mei se preguntó si el señor Fu estaría también actuando de parte de alguien que, como el señor Peng, pretendía intimidarla.

Subió a un puente peatonal para cruzar la calle. Los ocho años que había pasado trabajando en el Ministerio de Seguridad Pública le habían enseñado que en China nada es lo que parece. La política podía ser tan intrincada y tan peligrosa como la ciudad que se extendía ante ella, la opulencia moderna entrecruzándose con vetustos callejones, alcantarillas abiertas y secretos escondidos.

No debía hacer juicios precipitados, decidió Mei. Había un edificio en obras en mitad de un viejo barrio de *hutongs*. Dos grúas se elevaban junto a un agujero gigantesco, con montones de madera y vigas de acero apiladas al borde. Había una fila de viviendas provisionales para los inmigrantes de otras provincias que habían venido a trabajar en las obras.

A lo mejor podía tirar un poco de sus *guanxi*, pensó Mei. Pero tenía que tener mucho cuidado y asegurarse de que podía confiar en la gente. Se acordó de cómo a su padre le habían traicionado todas las personas en las que confiaba: le denunciaron sus colegas, escritores como él, sus amigos y, lo peor de todo, su familia.

Mei llegó al otro lado del puente para peatones. Los trabajadores de provincias descansaban al final de la jornada en una pequeña plaza. Había algunos sentados en los escalones de piedra mirando pasar el tráfico. Otros charlaban en los dialectos de su tierra, con las piernas dobladas debajo del cuerpo. Tenían la piel tostada, los rostros envejecidos. Los más jóvenes, recién salidos del campo, adolescentes casi, jugaban al corre que te pilló, persiguiéndose unos a otros, riéndose como niños. Mei pasó junto a ellos, incómoda por sus miradas directas.

A la entrada de un *hutong*, una joven pareja salía enseñando un bebé. Al ver a la minúscula criatura los vecinos se pusieron a cacarear, cogiéndole los mofletes y riéndose al verla llorar.

Mei pensó que quizá debería empezar a sacar archivos de su despacho.

Aparecieron ante ella tiendas y restaurantes. Las aceras empezaron a llenarse de oleadas de gente. Los altavoces atronaban con música y publicidad. Mei quería dejar de pensar en el señor Fu. Estaba cansada y se estaba empezando a inquietar. Miró a su alrededor. La señal *Ditiezhhan* [estación de metro] brillaba en la lejanía. A su lado vio el cartel negro y dorado del Tongren Tang, suspendido en la brisa del atardecer. Mei se acordó de lo que le había dicho Wudan de la Píldora del Espíritu Dorado y decidió comprobarlo.

Tras el mostrador de plantas medicinales de la farmacia, hombres y mujeres con batas blancas abrían y cerraban el mueble en el que se guardaban los medicamentos chinos, que se extendía de una pared a otra y parecía tener más de cien cajones. Cortezas secas, raíces de árboles, semillas de muchos tipos, insectos y polvo de colores encendidos eran extraídos de los cajones y pesados en básculas de mano. Los clientes hacían cola delante del mostrador, poniéndose de puntillas, los ojos a la altura del mostrador, esperando a que les despacharan sus recetas.

La zona de medicamentos ya preparados estaba fuertemente iluminada, con pósters de estrellas de cine y otros famosos anunciando tés adelgazantes y fármacos de belleza. Parejas de jóvenes se inclinaban sobre la vitrina.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó una dependienta. Tenía la cara redonda, la sonrisa tranquila.

—¿Venden ustedes la Píldora del Espíritu Dorado?

—Sí, la vendemos —sacó una cajita gris, del tamaño de un naipe, adornada con un letrero rojo.

—Es de la Casa del Espíritu Dorado, nuestra marca más conocida.

Mei cogió la caja y la estudió.

—¿Y cuáles son las otras?

—Hay unas doce Píldoras del Espíritu Dorado distintas en el mercado.

—¿Cómo? Creí que la fórmula era un secreto total.

—Exactamente. En los medicamentos chinos es difícil acertar con las cantidades incluso cuando conoce uno la

fórmula. Imagínese un medicamento cuya fórmula no conoce nadie... puede hacerlo cualquiera. Los medicamentos chinos son como las mezclas de té. Trabajamos con combinaciones aproximadas de ingredientes. Algunas de las marcas probablemente ni se molestan en comprobar que las proporciones sean las adecuadas. Una cosa que sabemos de la Píldora del Espíritu Dorado es que contiene un hongo llamado cordiceps. La mayor parte de las marcas lo tienen, pero lo que no sabemos es en qué cantidad, o en qué proporción con los otros ingredientes. Necesitamos que mejore el reglamento. Por eso el nombre de una marca es importante. En el Tongren Tang recomendamos sólo las de más confianza.

–¿Son más efectivas estas píldoras que las otras? –Mei agitó la caja.

–La medicina china no cura las enfermedades, sino a la gente. La potencia de una medicina depende de quién la tome. Las personas pueden ser distintas y tener distinta experiencia de la vida y en consecuencia responder de forma diferente al tratamiento.

–¿Es usted médico?

–Sí, soy una de las doctoras que estamos de guardia esta noche.

–¿Es ésta la más cara, doctora?

–Caras son todas. Uno no puede cultivar cordiceps en su casa. Es un hongo natural del caracol de montaña que en China sólo se encuentra en el Tíbet. Los recolectores se tienen que meter por encima de la línea de nieve para encontrarlos. Luego hay que esperar más de una temporada para que el cordiceps vuelva a desarrollarse, así que se está volviendo más escaso. Nuestra marca de la casa es un poco más barata. Si no ha perdido del todo la esperanza, podría empezar con ella.

–¿Cura de verdad los corazones rotos?

–Eso es lo que dicen. Sabemos que el cordiceps tiene propiedades asombrosas. Puede curar las enfermedades del prana y de la bilis sin hacer aumentar la flema, cosa que en medicina es ni más ni menos que un milagro. También ayuda a fortalecer el sistema inmunitario y a enriquecer el esperma.

–Un milagro en una cajita.

La doctora sonrió.

–Pero el milagro tiene su pequeña pega. Las píldoras son muy amargas. He oído que hay gente que renuncia a tomárselas porque no lo puede soportar.

–¿Cuánto cuesta la caja?

–Cada caja contiene diez dosis y cuesta cuatro mil yuanes.

–¡No!

La doctora asintió con la cabeza.

–Hay que masticarlas bien antes de tragárselas, y hay que tragárselas en seco, sin agua.

–¿Venden ustedes muchas?

–Muchas tampoco le voy a decir, pero venderse se venden.

Mei le devolvió la cajita a la doctora y dijo:

–Gracias.

–No hay problema. Hoy es mi cumpleaños.

–¡Felicidades!

–Gracias. Vá a venir mi marido a recogerme a la salida del trabajo, para llevarme a cenar caldero a medianoche –y, con la cajita en la mano, añadió–: Si alguna vez le hace falta...

–No.

–Nunca se sabe –dijo la doctora, con un brillo en los ojos–. Si cambia de opinión, venga a verme –volvió a sonreír, se dio la vuelta y se alejó con la cajita, dejando un vacío iluminado en el lugar donde había estado.

Mei no podía concentrarse. Gupin y ella parecían decididos a no mencionar al señor Fu. Se cruzaban el uno con el otro en medio de un tenso silencio o un exceso de cortesía, intercambiándose tazas de té, carpetas, mensajes de teléfono y miradas. Mei se empeñó en sentarse ante su escritorio, revolviendo papeles o tecleando en el ordenador, pero cada vez que se distraía pensaba en el señor Fu. Escuchó a Gupin afilando los lápices y yendo, otra vez, a la minicocina a hacer té, con un repiqueteo de porcelana y botes de hojalata.

Mei recordó las palabras de su antiguo jefe del Ministerio de Seguridad Pública: «Los organismos gubernamentales no mueven un dedo si no es por una razón política».

Gupin le trajo una tetera de té nuevo, una mezcla ligera llamada Peonía Nocturna.

–Pensé que igual te apetecía algo que no fuera Wulong –dijo.

–Gracias.

Iba ya por la tercera tetera. Y la mañana aún era joven.

Gupin recogió el juego de té usado y salió.

El nuevo té estaba ardiendo y tenía una fragancia sutil. Mei se preguntó si el objetivo del señor Fu podría ser alguno de sus clientes. «Matar al pollo para asustar al mono» había sido una práctica muy extendida en la China feudal, y uno de los métodos preferidos de Mao. «El sacrificio de soldados rasos es un imperativo de la revolución» era uno de sus dichos famosos.

Su padre fue uno de aquellos soldados rasos.

Mei inició la sesión en su ordenador. Quería examinar todos sus casos y la vida y milagros de sus clientes.

El señor Chen, el señor Guo, la señora Li... ¿Qué conexión política había entre ellos?

Clasificándolos por apellido, por tipo de caso, por profesión, por título oficial, por ministerio, por empresa, por valor del activo...

Entró Gupin con una carta en la mano.

–Acaba de llegar –le tendió a Mei el sobre.

Era de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas. Parte de la carta era un informe oficial de la visita del señor Fu; el resto era para informar a Mei de que era necesario que presentase más documentación a la Oficina. No especificaba qué documentación querían ni cuándo debía entregarla. Mei leyó y releyó la carta sin encontrar nada.

La metió en el cajón de su escritorio y cogió el teléfono. Era el momento de llamar a su amigo el inspector Zhao.

Mei había conocido al inspector Zhao un año antes, cuando estaba investigando la desaparición de Kaili, la estrella del pop. El cadáver de Kaili fue descubierto en un almacén abandonado en Dashanzi, donde Zhao trabajaba como detective de homicidios. El inspector Zhao había sido ascendido recientemente a la Comisaría del Distrito de Chaoyang.

No habría sonado ni dos veces el teléfono cuando se oyó la voz ronca del inspector Zhao.

–Sí, aquí estoy. Últimamente estoy siempre aquí. Dicen que en eso consiste mi trabajo, en dirigir. Pero a la hora de la verdad de lo que tengo que ocuparme es de la oficina.

–La mayor parte de la gente no se quejaría.

–No me estoy quejando. ¿Por qué me iba a quejar? ¿No es esto lo que queremos todos en la vida, dejar de trabajar de verdad?

–Ten cuidado. Como te pongas así de cascarrabias no creo que te vuelvan a ascender –dijo Mei.

–Si todavía me estoy preguntando por qué me han ascendido.

–Pues porque eres buen detective, está claro.

–Lo dudo.

–Sí que lo eres.

–Pero no creo que me hayan puesto aquí por eso. Lo que querían era sacarme de Dashanzi.

Eso también era cierto.

–¿Puedo ir a verte? Necesito hablar contigo de una cosa –pidió Mei.

–Por supuesto. Así te enseñé mi nueva oficina.

–Ya he estado, ¿no te acuerdas?

–Ah, sí; entonces puedo enseñarte... La nueva carpa para renovar el carné de identidad: la tienes que ver. Y ese sofá nuevo tan bonito de la sala de espera...

–Para. Te veo en un momento –dijo Mei, y colgó.

Había poco tráfico en las avenidas grises. Mei dejó la ventanilla abierta. Se empezaba a oler el calor acumulándose en el aire de la mañana.

Cuando llegó a la Comisaría del Distrito de Chaoyang, se sorprendió de encontrar la estrecha calle taponada de tráfico. Las bocinas de los coches retumbaban. Los conductores, acalorados de tanto sudar, luchaban entre ellos por un sitio para aparcar junto a la acera. Los ciclistas daban timbrazos y proferían insultos. Estalló una pelea entre dos grupos. Mei dio media vuelta y aparcó unas cuantas calles más allá.

La comisaría era un edificio de cemento compacto como un búnker, con el emblema nacional en rojo y dorado sobre la entrada. En el patio delantero habían instalado una gran carpa verde. Ésa debía ser la que decía el inspector Zhao, para renovar el carné de identidad. A aquella carpa mandaban ahora a casi toda la gente que iba entrando de la calle.

A un lado de la puerta principal había una larga pizarra blanca. En ella, en caligrafía roja, se leía: «Comisaría de Policía y Comité Revolucionario del Distrito de Chaoyang». El cartel necesitaba una limpieza. Mei subió las escaleras y abrió la puerta.

Había tres policías, dos hombres y una mujer, sentados en el pasillo, tomando té de unos tarros de cristal. Levantaron la vista hacia ella, severos los hombres y ceñuda la mujer.

–¿Busca a alguien? –preguntó la mujer con voz fuerte. Las lámparas del techo, casi inexistentes, proyectaban sombras por su cara–. Aquí sólo pueden entrar los miembros del cuerpo. ¿Viene por algún asunto oficial? Porque si no, tiene que marcharse inmediatamente –avanzó hacia Mei con la soltura de quien está acostumbrado a hablar sobre la marcha.

–Estoy buscando al inspector Zhao, del Departamento de Homicidios y Crímenes en Serie –dijo Mei. Al ver la mirada inexpresiva de la mujer añadió–: Es nuevo, de Dashanzi.

Los ojos de la mujer policía se animaron, se aflojaron las arrugas que se los rodeaban. Se dio la vuelta y les gritó a sus colegas:

–¡El inspector Zhao, de Dashanzi!

Uno de los hombres se levantó y se alejó, arrastrando los pies por el suelo.

–Diles que llamen a ver si está en su oficina –gritó la mujer mientras el hombre se abría paso ruidosamente hacia un cuarto de la otra punta del pasillo.

–Sí que está. Acabo de hablar con él –intentó explicar Mei. No le hicieron caso.

–Usted espérese aquí –le ordenó la mujer. Se volvió a su silla, apretando entre las manos el tarro con sus hojas de té.

Mei se apuntaló sobre sus pies. En el techo, un ventilador daba vueltas lentamente.

Le llegó la voz de la mujer, aunque estaba intentando hablar bajito.

–El muy huevo de tortuga... «Oye, idiota», le he dicho, «si quieres te cuento a qué se dedica tu madre».

Mei se acordó del día en que conoció al inspector Zhao, en una pequeña comisaría de una zona deprimida en los límites de la ciudad. Era la quinta vez que nevaba aquel invierno. «Aquella pequeña comisaría», pensó Mei, «no resultaba ni tan imponente ni tan tétrica como ésta».

El policía emergió del cuarto en el que había entrado. No dijo nada a sus compañeros de charla sino que continuó arrastrando los zapatos en dirección contraria hasta desaparecer al fondo del pasillo.

Por el mismo pasillo vino una figura alta, casi a la carrera.

–¡Estás aquí! –el inspector Zhao sonrió ampliamente, frotándose las manos–. ¡Ven arriba! –dijo, alzando un brazo por encima del hombro de Mei. Luego se lo pensó mejor y bajó el brazo sin tocarla.

–¿Los conoces? –susurró Mei según se alejaban de los dos policías.

–No sé cómo se llaman, y no me gusta cómo nos están mirando –le respondió el inspector Zhao también en susurros.

Zhao y Mei subieron las anchas escaleras hasta el segundo piso. De más arriba bajaba una mujer joven y atractiva, toda abotonada en su uniforme impecable. Llevaba en los brazos una pila de carpetas. El inspector Zhao

la siguió con la mirada.

El despacho del inspector Zhao daba al patio delantero. Se asomaron a la ventana y contemplaron el flujo constante de gente que entraba y salía de la carpa verde.

–Es como un sapo gigante, ¿no te parece? –dijo el inspector Zhao señalando a la carpa.

Mei soltó una risita.

–¿Qué es todo eso del nuevo carné de identidad? –preguntó Mei.

–Códigos de barras. Los nuevos carnés tienen un código de barras y los puede leer un ordenador. Los jóvenes han renunciado al carné viejo sin pensárselo. Entienden la tecnología. Pero las personas mayores se aferran a él. Tienen miedo. ¿Qué pasa si necesitan ir al hospital, o si el Comité de la Calle les pide que se identifiquen; y cómo van a cobrar su pensión sin él? Tenemos que asegurarles que mientras conserven el resguardo no hay ningún problema. Pero los viejos son cada vez más difíciles de convencer. Se sienten desorientados.

–Ha habido demasiados cambios –dijo Mei–. A mi madre le cuesta mantenerse al día: ordenadores, teléfonos móviles, lo de ser propietario de tu propio apartamento, los seguros médicos privados... La gente mayor no se maneja con tanta cosa nueva.

Se sentó en una de las dos sillas que había enfrente del escritorio del inspector Zhao.

El inspector Zhao le tendió a Mei una taza.

–Es *liangbaikai*. Los médicos dicen que el agua hervida fría es lo mejor para la salud.

–¿Mejor que el agua mineral?

–Eso dicen. Está llena de sustancias naturales.

Mei le dio un trago al agua. Sabía un poco como el fondillo de una kettle vieja. Volvió a apoyar la taza.

–¿Qué tal la vida en la gran ciudad? –preguntó.

–Muy bien. No es tan distinta de la vida en el campo, salvo porque ya no nos despertamos al amanecer.

–¿Cómo está tu *laopo*?

–Muy bien también. Le gusta su trabajo en la fábrica de zapatos. Dice que ya no le huelen las manos.

El inspector Zhao bebió ruidosamente su agua hervida fría.

–¿Has tenido alguna noticia sobre lo de que te den un apartamento propio?

–No hay cupo. De momento tendremos que seguir de alquiler –el inspector Zhao sacudió la cabeza y pasó a otro tema–. Estoy leyendo un libro. Sí, ya sé que te vas a reír, ¿yo leyendo? La verdad es que estoy leyendo mucho últimamente, documentos que nos mandan de arriba, normas, informes... A veces acabo harto de todo eso y leo algo distinto, como este libro que se llama *El camino de la felicidad*. Habla un montón de budismo. ¿Tú sabes mucho de budismo?

–No –dijo Mei, frunciendo ligeramente el ceño. Nunca le habían hecho esa pregunta, que en sí misma era un interesante descubrimiento. Por primera vez se sintió incómoda por no saber casi nada de una religión que había sido guía dominante en China durante siglos.

–Antes de leer este libro yo no sabía que el budismo hacía tanto hincapié en el ahora. Siempre nos estamos preocupando de la vida pasada y la vida futura. Pero realmente la felicidad es el presente.

–¿Qué quieres decir?

–La felicidad es un estado de ánimo. No estamos hablando de la mente que tú y yo llamamos «el cerebro». Esta mente dejará nuestro cuerpo al morir y se atará a otro cuerpo en cualquier otro lugar, que es lo que hace que renazcamos. La felicidad no consiste en poseer cosas, sino en tener la mente en paz. Y para tenerla en paz tenemos que dejar de preocuparnos del pasado y del futuro. Necesitamos despejarnos la mente de los espejismos y los problemas de la vida y concentrarnos en el ahora, en el día a día.

–Muy bien pero, a la hora de la verdad, ¿cómo haces para conseguir ese grado de concentración?

–Tampoco he llegado tan lejos. Cuando lo descubra te lo contaré –el inspector Zhao giró para sentarse de lado y estiró sus largas piernas–. Les doy demasiadas vueltas a las cosas. Me siento aquí a leerme los documentos y los informes como un jefe de verdad. Ahora soy inspector, que es algo que antes deseaba y con lo que hasta fantaseaba... aunque me moleste reconocerlo. Pero no puedo parar de pensar en Dashanzi. Estábamos siempre en la calle y dando vueltas por el barrio, pillando a bandas de jóvenes delincuentes, mediando en las disputas... hasta que ocurrió lo del asesinato de Kaili.

–Tampoco tiene nada de malo acordarse del pasado. A ti te han ascendido gracias a él. Trabajaste mucho y te involucraste a fondo en Dashanzi.

–No es por eso por lo que me acuerdo de aquellos tiempos. Para serte sincero, no estoy seguro de saber qué

estoy haciendo aquí. Yo lo que soy es detective, no administrador.

–Eres la dirección.

–¡Ah! –exclamó el inspector Zhao, como si esa simple palabra le resultara tan odiosa que no pudiera usarse más que como prueba en su contra.

–¿Sabes lo que te pasa? –dijo Mei–. Que te crees que eres el único que tiene problemas.

El inspector Zhao dejó de sonreír y se incorporó en el asiento.

–¿Ha pasado algo, Mei?

Mei le contó lo del señor Fu.

–Parece peligroso. Da la impresión de que está tramando algo. Pero no entiendo por qué va a por mí. O puede que no vaya a por mí. Puede que vaya a por alguno de mis clientes. Me temo que podría haber algún personaje poderoso y malvado metido en esto. ¿Puedes investigar lo que está pasando? Tú tienes amigos que trabajan en el Ayuntamiento.

–Son casi todos policías.

–Perfecto.

–¿Has hablado de esto con tu hermana? –preguntó el inspector Zhao–. Me parece a mí que igual ella sí que tiene el tipo de *guanxi* que puede conocer a gente poderosa y malvada.

–No la quiero meter en esto, por lo menos de momento. Ella tiene una carrera en la televisión y un marido rico. Tiene mucho que perder. Está intentando quedarse embarazada.

Mei se acordó del Volkswagen blanco que iba detrás del Mercedes de Lu el viernes. ¿Y si de verdad las estaba siguiendo?

–Además, Lu se lo contaría a mi madre, y eso no lo puedo permitir. Mi madre trabajaba para la Policía Secreta y vio lo que le pasó a mi padre en la Revolución Cultural. Si se enterara de que me están investigando le entraría el pánico.

–Pues no me lo cuentes a mí tampoco. Oficialmente, lo único que sé es que eres consultora de información.

Llamaron a la puerta. Antes de que el inspector Zhao pudiera responder, entró una joven policía con un montón de carpetas.

–Papeleo de arriba –anunció, haciéndolas rebotar sobre sus grandes pechos.

–Déjalas en mi mesa –suspiró el inspector Zhao.

Su secretaria puso las carpetas sobre la mesa, le lanzó a Mei una mirada suspicaz y se fue.

El inspector Zhao estalló.

–¡Estoy harto de estos documentos!

–Chissst, que te va a oír.

–¡Me da igual!

–Vámonos a comer y a respirar un poco de aire fresco –dijo Mei–. Invito yo.

Bajaron las escaleras. El pasillo estaba vacío y fresco, las paredes calladas. Por el camino el inspector le enseñó a Mei un cuarto en el que había dos policías sentados frente a una pared forrada de pantallas de televisión comiéndose una caja de tallarines. Uno de ellos le hizo un gesto con la cabeza al inspector Zhao, con un tallarín colgándole de la boca. El otro, que estaba de espaldas a ellos, no se volvió. El cuarto era pequeño, estaba abarrotado y olía a cebolleta y a salsa de soja.

–Supervisión –dijo el inspector Zhao cuando estuvieron fuera de la comisaría–. Eso era lo que faltaba en Dashanzi.

–Ahora todo el mundo te tiene más respeto.

–Eso seguro. Pero ¿por qué demonios estoy deprimido? ¿Y por qué sigo esperando para tener un lugar que pueda llamar «mi casa»? –el inspector Zhao miró acusadoramente al cielo.

Desde la visita del señor Fu, Mei andaba con la cabeza llena de cosas. A veces llegaban a marearla los muchos hilos de su pensamiento que la arrastraban en una u otra dirección. En mitad de semejante caos había un pensamiento tranquilizador, la estampa del joven abogado sentado a su lado en la terraza del Club de Golf Changping. Mei se preguntaba si él se habría olvidado de ella. Cuando Wudan por fin la llamó, respiró aliviada y recuperó la moral. Quedaron para comer juntos.

Cuando Mei llegó al restaurante Wudan estaba sentado a la mesa, vestido con traje oscuro, camisa blanca y una corbata azul clarito. Estaba más elegante de lo que lo recordaba. El pelo revuelto de la semana anterior lo llevaba ahora lacio y brillante y con raya a un lado.

Wudan le dio a Mei la mano con una sonrisa.

–Hola. Me alegro de volver a verte.

Mei llevaba su traje de chaqueta preferido, verde manzana, con un broche de plata en la solapa.

–Siento llegar tarde. El tráfico. Ya sabes cómo se pone.

–No te preocupes. Así me ha dado tiempo de disfrutar del té.

Wudan encajó a Mei en su silla y volvió a sentarse.

–¿Qué te apetece beber?

–Me parece bien lo del té.

–Yo estoy tomando Wulong.

–Es lo que suelo beber yo.

Él le sirvió un té.

–El Wulong sólo le gusta a la gente del sur.

–Mi abuelo era de la provincia de Cantón –dijo Mei.

–¿De qué parte?

–Mi madre nunca nos lo ha dicho –dijo Mei.

–Yo soy de Shunde.

–La familia de mi madre llevaba en Shanghai un par de generaciones.

–Da lo mismo. Casi podríamos ser *laoxiang* [paisanos]. Podemos confiar el uno en el otro.

Mei sonrió. Le gustaba esa idea.

La carta del restaurante tenía más de treinta páginas. Se rindieron y aceptaron las recomendaciones del camarero cuando vino a tomarles el pedido.

–Gracias por quedar conmigo –dijo Wudan en cuanto se marchó el camarero–. ¿Te acuerdas de que en el club de golf estuvimos hablando de la Píldora del Espíritu Dorado?

–Sí.

–¿Y te dije que la Casa del Espíritu Dorado es uno de mis clientes?

–Sí, me lo dijiste. Y también me dijiste que tienen la receta original.

–La Casa del Espíritu Dorado es el negocio familiar más próspero de Shunde. La familia Song lleva más de quinientos años dedicándose a las plantas medicinales tradicionales chinas. Uno de sus antepasados viajó por la Ruta de la Seda para comerciar con los jinetes de las llanuras de Qinghai y del Tíbet<sup>2</sup>. Descubrió los beneficios del cordiceps que crecía por encima de la línea de nieve en los Himalayas. Fue el tatarabuelo del señor Song el que empezó a hacer la Píldora del Espíritu Dorado. El señor Song es ahora el cabeza de familia. Tiene setenta y dos años y es prácticamente una leyenda en nuestra ciudad. Todo el mundo le llama el Anciano Maestro. El Anciano Maestro y la señora de Song tenían tres hijos y una hija.

–¿Tenían?

–A dos de sus hijos los mataron los Guardias Rojos en la Revolución Cultural. El tercer hijo es Beihe. Lleva el negocio con su padre. Fue uno de los jóvenes enviados a la cárcel en la Revolución Cultural. Cuando volvieron a abrir las universidades en 1977, ya era demasiado mayor para matricularse. La menor de los hijos es su hermana

Beili. Vive en Tejas.

–¿En Tejas? ¿Por qué?

–Cuando Beili estaba en la universidad conoció a un sacerdote tejano y se casó con él.

–¿Ella es cristiana?

–Antes no lo era; pero supongo que ahora sí lo será.

Volvió a aparecer el camarero, seguido por dos ayudantes.

–Nuestra famosa lubina hervida –anunció.

Cogió un cuenco grande que le tendía el primer ayudante y lo colocó sobre la mesa. El cuenco parecía estar lleno hasta el borde de guindilla. El segundo ayudante le alcanzó un colador. Revolvió el caldo en el cuenco, le quitó toda la guindilla y lo vació en un segundo cuenco. Aparecieron los filetes de pescado blanco. El camarero escogió unos cuantos trozos de pescado y con sus largos palillos los depositó en los platos de Mei y Wudan.

Luego hizo una inclinación.

–Buen provecho.

El pescado estaba tierno pero bien condimentado. Después de unos cuantos bocados Mei tuvo que lavarse la lengua con té para que dejara de arderle. Se llenó de arroz la boca.

Wudan parecía acostumbrado a la comida picante. Seguía teniendo la cara del mismo color y la voz tranquila.

–Hace cinco años, Beihe decidió que la Casa del Espíritu Dorado tenía que expandirse y abrir una sucursal en Pekín. Al Anciano Maestro no le gustaba la idea. Pensaba que resultaba demasiado caro. Al final llegaron a un acuerdo. En lugar de montar una sucursal en toda regla, contratarían a un representante comercial. Me pidieron a mí que les ayudara. Beihe vino a Pekín y estuvimos mirando varias opciones. Al final, contrataron los servicios del señor Li, que tiene un negocio de márketing y mucha experiencia en la venta de medicamentos chinos. Es un antiguo militar de Pekín que tiene buenas *guanxi* con los medios de comunicación y con el gobierno.

»La Casa del Espíritu Dorado le dio dinero al señor Li para que pusiera la Píldora del Espíritu Dorado en el mercado. Con el señor Li pilotando las aguas comerciales y políticas de Pekín, tenían grandes esperanzas de que su producto se hiciera conocido. Si lograban afrontar la inversión, ascenderían un escalón y se convertirían en una marca nacional.

–He visto esas píldoras en el Tongren Tang. ¿Quién tiene dinero para comprarlas?

–La Píldora del Espíritu Dorado tiene otros beneficios conocidos. Sirve para el tratamiento de enfermedades del pulmón, para problemas de inmunodeficiencia y puede que hasta para el cáncer. Una de las cosas que el señor Li había dicho era que podía introducir el fármaco en clínicas y hospitales. Eso habría supuesto una gran diferencia.

El camarero les trajo más platos: Filete de Pulmón al Marido y la Mujer, mitad blanco y mitad rojo; flores de riñón flambeadas; judías verdes tostadas en aceite de guindilla. Mei tenía ya la lengua insensible y el estómago lleno de arroz y de té. No sabía cómo se las iba a arreglar para seguir comiendo.

Wudan le puso en el plato un trozo de filete de pulmón y unas judías y continuó:

–En tres años no ocurrió nada. No sólo no mejoraron las ventas, sino que cada vez aparecían más marcas en el mercado.

–¿De cuánto dinero estamos hablando?

–De millones. Tampoco es que yo estuviera muy metido en el día a día de la empresa. A veces los negocios familiares son poco estrictos consigo mismos. Se toman los contratos más como líneas generales que como documentos legales y basan los negocios en su confianza en la palabra del otro. Por ejemplo, cuando el señor Li les pidió dinero para anuncios en la radio o en la televisión o para promociones en las tiendas, se lo dieron sin ningún recibo. Y luego había que sumar siempre sus honorarios y las comisiones que decía que tenía que pagar a sus *guanxi*.

–¿Por qué no prescindieron de él?

–No sabían cómo funcionan las cosas en la capital y por eso dependían de él. Pero después de tres años de no ver más que cómo desaparecía el dinero, le plantaron cara.

–¿Y?

–Naturalmente tenía excusas para todo. Dijo que él había hecho todo lo que prometió. Que no sabía por qué no había funcionado. En algunos casos sus contactos no habían cumplido sus promesas o no tenían ya el mismo cargo. Prometió que iba a hacer más. Le contó a la familia que ahora tenía una nueva *guanxi* que era un tipo importantísimo y que otro contacto que tenía en el gobierno acababa de acceder por fin a hacer algo. Prometió

que esta vez no iba a pasar lo mismo. El camino para meterse en los hospitales, dijo, eran los coordinadores, no los suministradores como él había pensado. Y él conocía precisamente a la persona que podía hacerlo. Los Song le dieron más dinero. Seis meses más tarde, el tipo les dijo que seguía esperando respuesta. Pasaron ocho meses: nada.

El camarero se acercó al ver la tapa de la tetera colocada del revés.

–¿Les traigo otro té?

–Sí, por favor –dijo Wudan.

El camarero se alejó con la tetera.

–La comida está muy picante –dijo Wudan.

–Está bien. Me gusta. Lo que pasa es que he comido demasiado.

–Me encanta la comida de Sichuan. La descubrí gracias a mi ex novia. Una vez hasta nos fuimos de viaje a Sichuan para probarla in situ. Créeme, esto es una versión aguada.

Mei miró a Wudan y se preguntó si habría tenido muchas novias. No es que fuera un bellezón de volverse por la calle, pero era agradable e inteligente. Su voz transmitía calma y confianza. Tampoco la habría extrañado que en aquel momento tuviera una relación con alguien, puede que alguna mujer de su despacho de abogados, alguna pasante o alguna abogada. Intentó imaginarse cómo sería su ex novia. Tenía que haber sido una relación seria para que se fueran juntos de viaje a Sichuan.

–Como te estaba diciendo, después de muchos años sin fruto los Song decidieron disolver su sociedad con el señor Li. El señor Li los amenazó con echarles encima a los coordinadores de venta de medicamentos chinos y de la publicidad. Hace tres meses, Beihe vino a Pekín para arreglar las cosas.

–¿Y lo consiguió?

–Me temo que no.

–No me extraña. El señor Li es un militar retirado, y es pekinés. Un mimado heredero de una ciudad de provincias no es adversario para él.

–Por eso a la Casa del Espíritu Dorado le gustaría contratarte para que investigaras al señor Li. Tú eres una profesional. Pekín es tu ciudad. Tienes una agencia de detectives que va viento en popa. He hecho algunas comprobaciones. Trabajaste durante ocho años en el Ministerio de Seguridad Pública. Puedes averiguar muchas más cosas que Beihe.

El camarero les trajo un nuevo té y sirvió las dos tazas.

–¿Le has contado esto a Beihe? ¿Qué te ha dicho? –preguntó Mei, dándole un sorbo a su té.

–Todavía no lo sabe.

–Pues no creo que sea buena idea.

–Se lo diré si accedes a hacer el trabajo. Seguro que le parece bien. No tiene elección... lo que cuenta es lo que diga la familia. Su mujer, Jin, es la que lleva en realidad la empresa, aunque oficialmente no tiene ningún cargo ni participación en el negocio.

–¿Cómo es eso?

–Porque no es una Song... ya sabes cómo funcionan algunos de esos negocios familiares. Jin se casó con Beihe a los dieciocho años. Ella era guapa. Él tenía dinero.

–Lo dices como si ella no te cayera bien.

–Tampoco me cae mal. Para no haber ido a la universidad, es muy inteligente. En todos estos años ha hecho más que suficiente para conocer el negocio.

–¿Y por qué ha mandado la familia a Beihe a Pekín si no creen que sea capaz de resolver el problema?

–Beihe quería venir. Le gusta encargarse de las cosas. Él es el heredero.

Mei bebió el té.

–¿Qué tendría que hacer yo?

–Les gustaría que lo averiguaras todo del señor Li: a dónde va, a quién ve, en qué se gasta el dinero y dónde lo esconde. Quieren que encuentres algo que puedan usar contra él, ya sea para obligarle a que les devuelva el dinero o para llevarlo a los tribunales.

Mei reflexionó. No veía motivo para decir que no. La Casa del Espíritu Dorado era un negocio floreciente. Podía esperar que le pagaran bien. El trabajo no parecía demasiado difícil. Una incursión en el Registro de Actividades Comerciales podía desvelar parte del tinglado de los negocios del señor Li. Y unos pocos días de vigilancia podían bastar para averiguar a qué se dedicaba.

–Déjame que lo piense hasta mañana.

–Te he traído esto para que lo leas –Wudan le tendió a Mei una carpeta de documentos.

Wudan pagó la cuenta. Salieron del restaurante.

Se había formado una larga cola delante del aparcamiento del Centro del Comercio Mundial de China y en la calle que llevaba a Jianguomenwai Dajie. Los conductores hacían rugir sus cláxones. Había un camión de reparto atascado en un ángulo raro, incapaz de girar o dar marcha atrás.

–¿Dónde has aparcado? –preguntó Wudan.

Mei señaló a la larga cola.

–En ese aparcamiento.

–Me da la impresión de que vas a tener que esperar para sacar tu coche.

Se puso unas gafas de sol.

–Llámame cuando tomes una decisión.

–Eso haré.

–Adiós.

Se dieron la mano.

Mei decidió esperar hasta que se despejara el tráfico. Cruzó la calle. Una rebanada de cielo blanco brillaba entre las torres del Centro del Comercio Mundial de China. Cerró con fuerza los ojos. Cuando volvió a abrirlos, una huella verde alargada como una espada centelleaba en sus párpados.

En el centro comercial de la Torre Oeste el aire acondicionado estaba demasiado frío. A Mei le dieron escalofríos de gusto. Aflojó el paso para que sus tacones se adaptaran al suelo de mármol.

Un grupo de jovencitas, puede que modelos, fluctuaban de tienda en tienda. Eran muy guapas y tenían la misma actitud indiferente que las maniqués de Chanel. Mei pasó por delante de Louis Vuitton y miró los bolsos del escaparate. Lu no compraba Vuitton porque había ya demasiadas imitaciones. Mei se preguntó en qué se distinguirían los auténticos de las imitaciones. Una dependienta con traje de chaqueta negro y tacones de aguja la contemplaba desde dentro de la tienda con los brazos cruzados. Mei le echó una sonrisa, pero ella no se la devolvió.

Mei subió por la escalera mecánica hasta el tercer piso. Nada más salir de la escalera la detuvo una dependienta que llevaba un banderín rosa y la condujo a una tienda llamada Young Fashion.

La tienda vendía vestidos cortos, camisetas modernas y vaqueros: nada que una mujer de treinta y dos años pudiera ponerse. La chica aparentaba dieciséis años con sus mejillas sonrosadas y su maquillaje de purpurina, y llevaba una fila de pendientes en cada oreja. Tenía paciencia: no se cansaba nunca de sonreír ni se le acababan las sugerencias. Mei le compró un collar.

Se sentó en la cafetería Starbucks con una taza de café de moca y contempló su adquisición. Era una cadena dorada con dos colgantes: una hoja dorada y un jade verde. Pensó que podía ponérselo para la fiesta de Lu. Se preguntó si a Yáping le gustaría.

Faltaban sólo tres semanas para que él volviera. Se iban a casar, si no ese año el siguiente, y se iban a comprar un apartamento cerca del Parque de Chaoyang. Saldrían a trabajar por la mañana y volverían por la noche. Irían a fiestas y a restaurantes y a Tailandia de vacaciones. Sus hijos tendrían pasaporte estadounidense y estudiarían en un colegio internacional. Yáping lo tenía todo planeado.

–Si te apetece, tú te puedes quedar en casa –le había dicho.

Mei volvió a meter el collar en su caja y cerró la tapa.

Sacó la carpeta de Wudan y leyó los documentos. Había dos folletos publicitarios, un montón de fichas de contabilidad y un informe mecanografiado. La tarjeta de visita del señor Li estaba sujeta con un clip a la primera hoja del informe. La dirección que había en la tarjeta le llamó la atención. No era lejos de su oficina, en el Nuevo Distrito de Negocios de Chaoyang.

Mei miró su reloj. Puede que aún le diera tiempo de hacer una parada en el despacho del señor Li. Se terminó el café.

Mei encontró su Mitsubishi rojo en la segunda planta del aparcamiento. Incluso a la luz mortecina de aquel lugar se veían las abolladuras de su coche. Se lo había regalado su hermana tres años antes, cuando su marido le compró el Mercedes. Era un coche pequeño, un modelo hecho para el mercado chino.

Mei abrió la puerta. Por todo el borde, la pintura se había desconchado y había óxido en el metal. Se metió en el asiento del conductor e hizo girar la llave. El motor rechinó antes de encenderse. Sacó el coche marcha atrás y dio varias vueltas buscando la salida. No había ninguna indicación para orientarla. Siguió conduciendo en círculos un rato y después de un par de giros en falso encontró el camino que llevaba hacia fuera.

El tráfico estaba pesado en Jianguomenwai Dajie. Mei cruzó la Tercera Vía de Circunvalación por el puente de Guomao. Por la ventanilla abierta le entraba el olor de los tubos de escape y el aire caliente de la ciudad. Se paró en un semáforo. El taxi que había a su lado llevaba la radio a todo trapo: era un programa de esos en los que el público participa en directo. El conductor chupaba un fino cigarrillo y tamborileaba con los dedos en el volante.

El Centro Comercial Dawei centelleaba, casi oculto por las hojas de los álamos, en la calle Sur del Estadio de los Trabajadores. Como en la mayor parte de las construcciones nuevas, el aparcamiento era de uso exclusivo. Mei aparcó su coche en los Almacenes Cien Océanos y siguió a pie. Dos turistas extranjeros, jóvenes altos de

pelo oscuro y rizado, venían en dirección contraria, con pesadas mochilas. Llevaban camisetas y pantalones cortos, pero no como los llevan los chinos, como con poco entusiasmo, sino con convicción, haciendo uso de todo el espacio que aquellas prendas holgadas les ofrecían. Llevaban un mapa y lo consultaban constantemente. Una señora de pelo blanco escarbaba en los cubos de basura buscando latas vacías y botellas de plástico.

Del vestíbulo del Centro Comercial Dawei partían repartidores en todas las direcciones. Los visitantes asediaban a los transeúntes y a la aturullada recepcionista con preguntas. Los oficinistas trajeados se movían por allí como animales en su propio territorio, unos con un café en la mano, otros con carpetas, indiferentes al caos que los rodeaba.

La recepcionista mandó a Mei a la tercera planta, donde encontró la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra del señor Li. El pasillo estaba enmoquetado y silencioso. Una mampara decorada con el nombre de la empresa le tapaba la vista. Delante de la mampara había un escritorio, pero no había nadie en él.

A los lados de la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra había un despacho de abogados especializado en emigración a Estados Unidos y una empresa de telecomunicaciones. En el mismo pasillo Mei encontró varios negocios cuyos nombres no daban ninguna pista sobre a qué se dedicaban: Grupo Estrella Roja, Gran Dirección S. L.... China GE ocupaba un tercio de la planta, incluyendo una gran oficina principal en todo un extremo del pasillo.

¿Cómo se las arreglaba el señor Li para tener una oficina como aquélla, en un gran centro comercial, al lado de empresas prósperas y respetables? Aquello no era lo que Mei se esperaba.

Al llegar al final del pasillo, Mei se detuvo. Desde detrás de una esquina vio una sombra y el perfil de un hombre. Estaba haciendo fotos con una cámara de lente larga. Dejó la cámara en cuanto vio a Mei. Pasaron uno junto al otro. El tipo aparentaba apenas veinte años. Llevaba unas sandalias de tirillas con hebillas plateadas, cosa que Mei no le había visto nunca a un hombre en Pekín, ni en el mes más caluroso del verano.

Seguro que acababa de llegar de un lugar cálido, pensó Mei, del sur.

Mei se acercó al sitio donde antes estaba el chico. Se veía de lleno la recepción de la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra.

Ahora había una mujer sentada al escritorio. El joven se acercó a ella y le dijo algo. Poco después salió una mujer de mediana edad. Se agarraba las manos como si quisiera hacérselas un nudo. Estuvieron un rato hablando. Luego el joven se marchó hacia el ascensor. Al minuto llegó el ascensor con un sonido de campanilla, y él desapareció dentro.

Por lo visto no era ella la única que se interesaba por el señor Li, pensó Mei. Se preguntó en qué otros problemas se habría metido.

Mei entró en el lavabo de señoras. Estaba vacío. Abrió el grifo. En el espejo vio un nudo entre sus propias cejas. Se lavó las manos. El agua salía con fuerza. Una hilera de luces blancas brillaba en el techo, iluminando las marcas del agua en el lavabo. Un pensamiento fue tomando forma en su mente.

Salió de los lavabos y se dirigió a la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra. La recepcionista estaba sentada a su escritorio al pie del logo de la empresa. Tenía las mejillas jóvenes y regordetas y se estaba limpiando la mugre de debajo de las uñas.

—¿Está el señor Li? —preguntó Mei, deteniéndose ante ella.

La mujer levantó la vista y estudió la expresión de Mei y su traje. Escondió las manos bajo la mesa.

—Soy de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas —dijo Mei—. Necesito ver al señor Li.

—Lo siento. El jefe ha salido y va a estar todo el día fuera.

—¿Y quién está al cargo? ¿Dónde está el responsable de la oficina?

—Se ha ido a casa también.

—¿Trabaja alguien en este sitio?

—Lo siento. El ayudante personal del señor Li sí que está. ¿Quiere usted que...?

—No, no quiero hablar con su secretario. Dile al señor Li que se vaya preparando para la inspección. Escríbelo. Es la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas.

Mei giró sobre sus talones y se alejó. A su espalda oyó ruido de movimiento de sillas y supo que la recepcionista iba a entrar en el despacho. Luego oyó voces apagadas. Sonrió.

Se acordó del dicho «da golpes en la hierba para asustar a las serpientes» mientras bajaba en el ascensor a la planta baja. Fuera, el aire estaba cálido. La agonizante luz del día había espolvoreado sobre el Centro Comercial

Dawei un brillo dorado.

El señor Li hizo girar su silla. ¿Qué tipo de idiota pondría el aire acondicionado tan fuerte ya a aquellas alturas del año? Tenía frío en los dedos, en las puntas de los pies, hasta en el cerebro tenía frío... aunque cuando no lo tenía congelado tampoco podía pensar bien.

No le gustaba nada llevar traje. Le hacía parecer más bajo de lo que era. Tampoco soportaba las camisas, con sus cuellos duros y las arrugas que se les hacían en cuanto uno se las ponía. Intentó encontrarse las manos. Las mangas de la chaqueta eran demasiado largas. «No querrá usted que las mangas le queden cortas», le había dicho la dependienta, enseñando sus bonitos dientes. Pero un hombre necesita verse las manos. Él las necesitaba para su autodefensa, para golpear cuando pensaba que podía tener algo que ganar.

Le gustaba ver siempre las manos de su oponente: se podía saber mucho de un hombre por sus manos, o de una mujer, si era la persona contra la que combatía. Las manos tenían un algo muy especial. Él no había visto nunca una persona gorda con la cara flaca, o una persona flaca con la cara gorda, pero con las manos no se podía estar seguro. A veces pegaban con la persona y a veces no... y entonces era cuando había que mantenerse en guardia. Las manos eran la parte del cuerpo que no engañaba. Decían la verdad de la gente y la delataban.

Se frotó las manos una contra otra y luego las abrió como un libro. Contempló las toscas líneas de sus palmas y la piel seca que se extendía hasta la punta de los dedos. Al contrario que en el resto de su cuerpo, en las manos tenía fuerza y confianza. Cuando andaba de aquí para allá en aquellos tiempos de «subida al monte y descenso al campo», fueron sus manos las que lo sacaron adelante: manos fuertes capaces de arar campos. Se agarró una con otra.

Encendió un cigarrillo. Fumaba Montaña de la Pagoda Roja, no 555 ni Marlboro. Montaña de la Pagoda Roja solía ser la mejor marca, antes de que hubiera tabaco de importación. No había forma de echarle mano como no tuviera uno alguna puñetera *guanxi* de las buenas. Era la marca que fumaban los comandantes y los generales. Con el Montaña de la Pagoda Roja se podían conseguir muchas cosas, un cartón de seis paquetes valía su peso en oro.

Últimamente todo el mundo quería tabaco extranjero, japonés o, mejor aún, estadounidense. Y se acabaron la lealtad y la camaradería. Antes los regalos significaban algo. Eran una cosa especial. Ahora eran sólo artículos de consumo, dinero. Le regalabas a alguien un cartón de tabaco y la vez siguiente te pedía más. Y en cuanto cualquier otro le diera lo que pedía, te volvía la espalda. La gente estaba hipnotizada con el dinero. Eran capaces de hacer cualquier cosa con tal de que les pagaran bien.

Buscó el cenicero. En su mesa no estaba. Pero ¿no era ahí donde tenía que estar? ¿De qué le servía tener una secretaria si no había nada en su sitio? ¿A qué se dedicaba durante todo el día? ¿A qué se dedicaba todo el mundo en aquel sitio? El tipo de la informática, vale, ése sí que había hecho algo. Desde que llegó él, la empresa no había vuelto a tener que comprar un solo producto genuino. Había puesto al día los ordenadores y los había actualizado por cuatro perras con software que le había comprado a un tipo de la calle. También era verdad que las descargas gratuitas ya no funcionaban y que el programa de tres yuanes se había fagocitado a los que costaban tres mil yuanes. Pero aun así; los agujeros los tapó con más programas pirateados. Ahora tenían una bonita red de ordenadores que sólo él podía hacer funcionar. El señor Li se imaginaba el interior de su ordenador como un jersey mal tejido de los de su abuela, que amenazaban con deshacerse en cualquier momento.

Por lo menos el tipo de la informática hacía algo, aunque fuera cualquier desastre. Pero ¿a qué se dedicaban las dos guapas dependientas? ¿Y el jefe de ventas? Lo había contratado porque se suponía que se le daban bien las ventas: se había pasado años vendiendo leche en polvo falsa. Y, lo mismo que las dependientas, debería estar de aquí para allá, no sentado en la oficina con el aire acondicionado comiendo sandía.

Contempló por la ventana el brumoso desorden de la metrópoli («metrópoli», ésa era una bonita palabra que se le había pegado de aquellos cabrones poderosos e importantes de los ministerios que le cogían el dinero y luego nunca hacían nada). Había distribuido más dinero del que nunca podría volver a ganar: cenas, bebidas, regalos, mensualidades de los clubs, sobornos y gastos de publicidad. Las empresas a las que representaba eran demasiado pequeñas o demasiado oscuras o demasiado cutres o demasiado pobres para meterse en algo grande.

Había mucha competencia: empresas con el bolsillo más lleno, firmas extranjeras con infinitos dólares... Cuanto más trabajaba, más perdía.

El cigarrillo se le apagó en el camino a la boca. Se encendió otro. Se acordó del ejército. Él había sido el mejor soldado, el más canalla. Era capaz de hacer más flexiones y de correr más *li* que nadie. Podía tirar al suelo de un puñetazo a un soldado que le sacara la cabeza. Cuando el uniforme del Ejército de Liberación Popular dejó de ser símbolo de glamour y de poder, se perdió el fervor revolucionario y todo el mundo empezó a correr tras el dinero, él dejó el ejército y se marchó a casa.

Había pasado algunos años fuera. Estaba sorprendido con los cambios y desorientado con las normas del recientemente enriquecido Pekín. Los negocios no eran algo de lo que él entendiera gran cosa, pero en todo caso estaba decidido a probar suerte. Se hizo conductor de taxi porque se ganaba bastante dinero pero abandonó cuando sus ganancias tocaron techo. Y además aquello no tenía glamour suficiente. Continuó con algunas otras cosas, vendiendo cosméticos baratos y artículos de exportación defectuosos, y al cabo de un tiempo lo dejó. Eran todos asuntos de poca monta, no estaban a la altura de su talento.

Empezó a trabajar como intermediario porque un antiguo compadre del ejército le pidió que representara a una empresa de productos farmacéuticos chinos. Era fácil. Se fue a ver a una vieja *guanxi* suya, el padre de un amigo del colegio, y le pidió que comprara el medicamento para su hospital. Se llevó una tajada sustanciosa por hacer muy poca cosa. Pero el negocio empezó a ponerse difícil cuando el gobierno comenzó a regular la atención sanitaria, y los hospitales tuvieron que rendir cuentas de lo que gastaban y en qué lo gastaban. Su vieja *guanxi* se jubiló. Empezó a utilizar nuevas *guanxi* que resultaban mucho más difíciles de manejar. Aquello se convirtió en un trabajo de verdad. Tenía que hacerse publicidad, y pagar. La gente siempre quería más dinero.

—¡Xiao Jia! —llamó a su secretaria. Estaba cansado de tener que apañarse con lo que fuera saliendo. «No más asuntos de poca monta», bufó; pronto el dinero empezaría a entrar a espuertas y podría hacerle un corte de mangas a aquel despacho.

Xiao Jia entró sacando pecho, la cara replegada en una sonrisa. Cuando la contrató pensaba que una mujer de mediana edad haría mejor el trabajo. Ella tenía más de veinte años de experiencia en una fábrica textil propiedad del estado que se cerró. Seguro que no se iba a marchar de un día para otro a otra empresa y, al contrario que una veinteañera, no les distraería, ni a él ni a los demás.

—¿Dónde están mis ceniceros?

—Los he quitado.

—¿Qué?

—Pero si me dijo usted que lo hiciera.

—¿Y por qué iba yo a decirte eso? ¿Tú crees que estoy loco?

—Dijo que lo iba a dejar.

—Eso lo digo todo el rato. No deberías creerte lo que digo.

—Pero me dijo que esta vez era de verdad.

—Xiao Jia, deberías tener un poco de iniciativa, y no limitarte a hacer lo que se te dice.

Su secretaria le echó una mirada inexpresiva.

Li suspiró. Aquel lugar era una estupidez. Su gente era estúpida. Él era estúpido. ¿Qué hacía perdiendo el tiempo por un cenicero? Por la gracia de Huangdi, necesitaba un cambio.

—Olvidalo, cómprame otro cenicero. Ya no lo voy a volver a dejar.

Xiao Jia no se movió.

—Qué.

—Ha venido una inspectora de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas. Quería verle.

—No me irás a decir que hay un organismo que se llama así.

—No soy capaz de encontrar ninguna información sobre él.

—Estoy seguro de que no eres capaz. ¿Y qué quería?

—Ha dicho que se vaya usted preparando para la inspección.

—¿Qué inspección?

—No lo ha dicho.

El señor Li se puso de pie, sacudiendo la cabeza. Se quedó parado. Fijó la vista en una mancha oscura de la pared. ¿Por qué había venido esa inspectora justo ahora? ¿Sería una coincidencia?

Xiao Jia le estaba observando.

–Limpia este despacho –le dijo él.

De camino hacia la salida volvió a darle un repaso a aquel lugar. El tipo de la informática, el jefe de ventas y las dos dependientas, sentados a sus mesas, clavaron la vista en sus ordenadores con fingida concentración.

–Sanguijuelas –se lamentó.

Una vez fuera, en la tarde cálida, se le levantó el ánimo. El sonido del tráfico inyectaba energía en sus pasos. Hinchó el pecho y se abrió la chaqueta del traje, con la barriga sobresaliendo hacia fuera. Se había olvidado de la inspectora. Sonrió a unas chicas guapas que se acercaban por la calle. Algunas le echaron miradas de disgusto. Otras levantaron la nariz e hicieron como si no existiera. «Qué se habrán creído, las zorras de ellas», pensó, parando con la mano un taxi. Dentro de muy poco le iban a mirar con otros ojos.

–Qianmen Dajie –gritó mientras se metía en el asiento del pasajero.

El conductor escupió por la ventanilla abierta y giró el volante para meter el coche entre el tráfico.

Li sacó el teléfono móvil e hizo una llamada.

–Oye, hermano, ¿tienes el dinero? Muy bien. Date prisa.

Se guardó el teléfono y miró pasar la ciudad. Antes eran los anchos bulevares de Pekín los que le hechizaban. Ahora eran los rascacielos los que prevalecían en su capacidad de asombro. Él ya no era un jovencito ingenuo con el uniforme del ejército descolorido. Él era parte de aquella ciudad y de lo que la hacía grande. Él quería aquel Mercedes plateado de cristales ahumados, aquel BMW de importación.

Se acordó de sus padres, ya muertos. De lo orgullosos que se pusieron cuando se alistó en el ejército. Su madre le tocaba el uniforme, entrecerrando los ojos y murmurando: «Qué gloria, qué gloria». Le buscaron una novia para casarse en el pueblo. Él no quería eso. Él quería una chica de la ciudad que viviera en un bloque de apartamentos y cuyos padres no fueran campesinos. Su padre murió cuando él todavía era un militar. Cuando dejó el ejército para meterse en los negocios, su madre murió también, pero de vergüenza. Ella no entendía que el capitalismo era la nueva revolución.

Se encendió un cigarrillo y le dio una calada, soltando el chorro de humo por la ventana. Él siempre había sido consciente de las limitaciones de sus padres. Hasta el Presidente Mao era consciente de sus limitaciones... y por eso dejó de confiar en los campesinos en cuanto el partido comunista se trasladó a las ciudades. Cuando el Presidente Mao lo sacó de un pueblo de las afueras de la ciudad y lo mandó con la juventud de su época al campo de verdad para aprender de la auténtica clase campesina, él vio las cosas con tanta claridad como aquel gran hombre: los campesinos eran torpes de mollera. Se juró que iba a dejar la clase campesina en cuanto tuviera ocasión. Sobornó al secretario del Partido en el pueblo, se alistó y fue ascendiendo de rango. Cuando ser un revolucionario rojo dejó de resultar interesante, él volvió a cambiar.

Se había casado con una chica de la ciudad. Más tarde ella le dejó para casarse con otro más rico, pero eso tampoco venía al caso. Él iba por buen camino, y ahora ya era sólo una cuestión de tiempo.

–Aquí, ése es el restaurante.

El conductor detuvo el coche ante la amplia entrada. Li le pagó y salió del taxi. El olor de la comida, de los guisos y la salsa de soja con azúcar se le metió por las narices. Li tosió, tiró al suelo la colilla y la machacó con la suela del zapato.

Una camarera joven, de unos dieciocho años, le saludó en la puerta.

–Bienvenido a Detiandi –se inclinó con su apretado *qipao* rojo. Li siguió la línea de sus piernas por la alta abertura lateral del vestido–. ¿Viene usted al *baojian*?

–Sí –dijo él, y le dio el número de su teléfono móvil. Ella lo buscó en una lista.

–El señor Li, sala reservada de la segunda planta –le hizo gesto de que siguiera a otra mujer igualmente delgada vestida con un *qipao* rosa.

–¡Ha llegado un invitado! *Baojian*!

–¡*Baojian* 201, segunda planta!

–¡Bienvenido a Detiandi! –dos mujeres con *qipao* rosa hacían reverencias a la puerta del ascensor. Li entró en él siguiendo a su escolta, embriagado del dulce perfume. Ella le sonrió entreabriendo los labios rojos. El señor Li sintió un estremecimiento dentro de los pantalones. El ascensor llegó enseguida, con un sonido de campanilla.

Las camareras que trabajaban arriba no eran tan guapas. Llevaban blusas holgadas de seda y pantalones anchos también de seda, prendas que las hacían parecer campesinas cuando se arreglan para venir a la ciudad. Una de ellas le tendió una toalla caliente y la carta del restaurante.

–¿Quiere ir pidiendo nuestro famoso pato? Tarda tres cuartos de hora en asarse.

El señor Li detectó el acento de Changping y se dio cuenta de que campesinas disfrazadas era precisamente lo que eran aquellas camareras. Respondió que pusieran en marcha lo del pato y se pasó la toalla caliente por la cara.

Llegaron sus invitados.

–¿Qué te ha pasado? Te has vuelto flojo –dijo Mao, su viejo compadre del ejército, dándole unas palmadas en el hombro–. Debe de ser la buena vida.

Li sonrió abiertamente.

–Hermano Mayor –Li levantó los puños entrelazados al ver al que entraba detrás–. *Gongxi* Comandante. ¡Enhorabuena por haber sido ascendido y haberse hecho rico!<sup>3</sup>

–Rico no es la palabra. Si el Partido nos dice que vayamos a un sitio, es ahí adonde vamos –el Hermano Mayor se erguía por encima de Li, estirado, sin que sus ojos revelaran ningún pensamiento. Li tembló, igual que le había pasado hacía años, de miedo.

–El Hermano Mayor no ha cambiado.

–Eso es porque los soldados nos alimentamos de arroz y de pan, no como tú, hermano, que te alimentas de carne.

–¡Sentaos! –Mao llamó con la mano–: Camarera, tráenos una botella del mejor Wuliangye que tengáis. Hermano Mayor, ven aquí, siéntate a la cabecera de la mesa.

–Pero si es redonda.

–Ya lo sé, Li, pero hasta las mesas redondas tienen una cabecera: el asiento que está en el lado norte, mirando al sur.

Se sentaron y se pasaron la carta. La camarera les sirvió Wuliangye en vasitos de licor.

–Vamos a pedir pez *lu* hervido –dijo Mao.

–El pescado va por peso: siete, nueve o trece *ji*.

–Pues el más grande.

–Una ración de garras de oso –dijo el Hermano Mayor.

–Las Siete Setas Sagradas.

Esas ratas del ejército tenían el corazón negro, pensó Li. Iban a reventar a base de comerse los fondos públicos.

–El Hermano Mayor se ha convertido en la estrella del ministerio –dijo Mao, vaciando su vasito de licor.

–Los tiempos están cambiando y los militares debemos cambiar también –dijo el Hermano Mayor–. El ejército necesita ser emprendedor. El gobierno ha dicho que nos hagamos todos ricos; y los militares también tenemos que poner nuestro granito de arena.

–¿Por qué íbamos a tener que apretarnos el cinturón y quedarnos mirando mientras esos tipos con cara de cerdo y cola de perro se lo están llevando crudo? –dijo Mao–. Y no me refiero a ti, Li. Tú eres amigo nuestro.

–No deberías haberte marchado –dijo el Hermano Mayor, lanzándole a Li una mirada fría–. Podíamos haber usado a alguien que tuviera cabeza para los negocios.

Llegaron sus platos.

–La cabeza del pescado es para el invitado de honor, el Hermano Mayor –dijo Mao, y la cortó con un movimiento de tijera de sus palillos.

En cuanto tuvo la cabeza del pescado en su plato, el Hermano Mayor le extrajo con los palillos los protuberantes ojos blancos y los reventó en su boca.

Trajeron el pato asado en un carrito, con la piel chisporroteante. El chef empuñó un gran cuchillo y cortó en rodajas la carne. Trinchó el pato: la piel era para comerla con azúcar, la carne se separaba según la parte del pato, los huesos se los llevaban para hacer una sopa.

–El mes pasado estuve en Pakistán. No he visto en mi vida un país más pobre y más sucio. Es peor que lo que había aquí en la Revolución Cultural –el Hermano Mayor sacudió la cabeza como si el banquete que se había desplegado ante él, en su honor, le entristeciera–. Me di cuenta de lo bueno que ha sido con China el Partido Comunista. No se da cuenta uno mientras no tiene con qué comparar.

–¿Pakistán es amigo nuestro?

–Siempre lo ha sido.

–Pero la India no.

–En estos tiempos la amistad es lo de menos. Mientras ellos paguen, nosotros comerciamos.

- La venta de armas es lo que mueve dinero.
  - Eso sí que es cosa seria.
  - La inmobiliaria, de ahí es de donde sale ahora el dinero.
  - Dicen que los negocios con Rusia se están multiplicando.
  - La forma de ganar dinero es importar y exportar.
  - La gente que más vale sigue estando en el ejército.
  - En un hermano del ejército siempre se puede confiar.
  - Los civiles son ciudadanos de segunda. No tienen agallas ni cerebro.
  - Por el ejército.
  - Por la amistad.
  - Es glorioso hacerse rico.
- La puerta se abrió y la camarera hizo pasar al último invitado.  
Li se puso de pie haciendo un gesto con la mano.
- Hermanos, permitidme que os presente a mi socio en este negocio: Beihe Song.

–Averigua todo lo que puedas de los negocios del señor Li –dijo Mei tendiéndole a Gupin la tarjeta del señor Li. Le explicó quién era el señor Li y de qué trataba el caso.

–Su oficina me ha parecido demasiado lujosa para un tipo que no ha conseguido vender sus productos. O está mintiendo, o tiene otras fuentes de ingresos, o las dos cosas. Tú puedes empezar por los canales oficiales (el Registro Mercantil y la Administración de la Pequeña Empresa de Chaoyang), y yo indagaré en los extraoficiales.

–Voy para allá ahora mismo.

Gupin recogió su vieja bolsa de lona del ejército y se marchó.

Por la ventana Mei contempló cómo Gupin se encaramaba a su bicicleta Paloma Voladora y se adentraba en la calle. Se preguntó si no lo estaría mandando a la caza del ganso silvestre. Aquellos despachos oficiales eran famosos por no soltar la información, por mucho que ése fuera su principal cometido.

Mei se pasó las dos horas siguientes terminando el informe sobre el caso del Barrio Sur. Incluyó prueba fotográfica de la existencia de la amante, pero no hizo referencia al encuentro en el restaurante con el Subsecretario Liang. Le dejó a Gupin una nota con instrucciones para que hiciera la factura. Sintió que se quitaba un peso de encima al salir por la puerta, desterrando aquel caso y al Subsecretario Liang de sus pensamientos.

Mei comió con Shiyi, una antigua compañera suya del Ministerio de Seguridad Pública. Shiyi acababa de dar a luz a una niña y había conseguido un puesto en el Comité de Gobierno de la Ciudad de Pekín para poder estar más cerca de su casa.

Comieron a gusto y sin prisas. Shiyi le enseñó a Mei una cantidad imposible de fotos de un bebé que no tenía más que dos meses. Por la tarde Mei se dirigió en su coche a su despacho. El calor que llevaba acumulándose todo el día se había puesto ahora pesado y pegajoso. Le empezó a entrar la modorra y encendió la radio para mantenerse despierta. En cuanto llegó al despacho se fue derecha a su escritorio, apoyó en él la cabeza y sucumbió al sueño. La ventana estaba abierta y entraba por ella una brisa ligera. A lo lejos se oía el ruido de una perforadora. Luego la tarde se quedó en calma.

Algo más tarde, Mei se despertó. Al principio pensó que sólo se había quedado traspuesta unos minutos. La tarde no parecía haber cambiado. Pero al fijarse mejor se dio cuenta de que la luz se había vuelto más tenue. Habían aparecido sombras alrededor de los muebles. Se incorporó en el asiento y notó cómo el calor del día se deslizaba por sus brazos hacia fuera.

No alcanzaba a ver muy lejos por su ventana. La polución había ennegrecido por arriba los edificios. Pero ella sabía que unas manzanas más allá estaba la calle del señor Li. Acarició la idea de presentarse allí en aquel mismo instante y encontrárselo sentado a su mesa.

Sonó el teléfono. Cogió el auricular. Era Wudan.

–¿Cómo estás?

¿Qué decir? Mei pensó rápidamente en algo que resultara profesional y expresivo.

–Muy bien, gracias –dijo.

–Gracias por hacerte cargo del caso. Mi secretaria me ha dado el mensaje.

–Haré todo lo que pueda. Mi ayudante ha ido esta tarde a comprobar la inscripción del señor Li en el Registro Mercantil.

–Eso sí que es trabajar deprisa.

–Ya veremos si por ahí sale algo.

Mei decidió no hablarle a Wudan del tipo que andaba husmeando por el Centro Comercial Dawei hasta que consiguiera averiguar más. Tampoco quería complicar el caso si no era necesario.

–Voy a cenar esta noche con Beihe. ¿Puedes tomarte algo con nosotros después de la cena? Me gustaría que le conocieras.

–¿Le has hablado de mí?

–Se lo voy a contar esta noche. Me gustaría que vinieras.

–A tomar algo, perfecto.

–¿Nos vemos entonces en el Susie Wong, el club nocturno que hay junto a la Puerta Oeste del Parque de Chaoyang, a las nueve y media?

–A las nueve y media, muy bien.

–Estoy deseando verte –el tono de Wudan se hizo más suave.

–Yo también –dijo Mei.

Colgó y se quedó un momento con el auricular en la mano.

Necesitaba ir a su casa, darse una ducha y cambiarse. Mei se debatió entre marcharse inmediatamente o esperar a que hubiera pasado la hora punta. El tráfico de Pekín era difícil de predecir. A veces las calles seguían congestionadas hasta pasadas las siete de la tarde. Al final decidió esperar leyendo las *Noticias de la Tarde de Pekín* que había comprado en el quiosco de periódicos de la esquina.

Oyó las llaves girar en la cerradura. Entró Gupin. Llevaba algunos botones de la camisa abiertos. Tenía la cara roja del calor.

–¡Creía que habías salido! –exclamó sorprendido al ver a Mei.

Una corriente de aire pasó en círculo por los cuartos, entrando y saliendo por la ventana abierta, y murió en cuanto la puerta se cerró otra vez.

–He preferido esperar hasta que mejore un poco el tráfico.

–Pues espera un poco más, porque está tremendo. La Tercera Vía de Circunvalación está parada. No sabes lo que me he alegrado de ir en bicicleta –Gupin dejó caer su bolsa sobre el escritorio de Mei–. Mira lo que he conseguido sobre el señor Li. Hoy es mi día de suerte.

–Es imposible tener suerte con el Registro Mercantil de Chaoyang –dijo Mei.

Gupin desplegó los papeles sobre el escritorio de Mei y la miró con ojos pícaros:

–¿A que no sabías que yo allí tengo *guanxi*?

–¿De verdad?

–No lo había pensado al salir para allá, pero luego me he acordado.

Mei no pudo hacer otra cosa que sonreír: era muy típico de él eso de ir pensando sobre la marcha, sin haber hecho ningún plan de antemano.

Se sentaron los dos a su mesa.

–Primero me puse a la cola como todo el mundo. En el Departamento de Reclamaciones me dijeron que iban a dar curso a mi solicitud y que me contestarían dentro de dos meses. En el Departamento de Archivos me pidieron todo tipo de autorizaciones. Entonces me acordé de una prima mía que había venido a Pekín hace años a trabajar en una casa. La señora de la casa murió, y mi prima se casó con el marido. Yo estuve en la boda. Cuando estaba haciendo cola en una de las ventillas me he acordado de que el marido de mi prima trabajaba en el Registro.

Una gran sonrisa se abrió en su cara. Mei conocía bien esa expresión, mezcla de orgullo y picardía, en la que se le notaba que era de provincias.

–He pedido que me dejen verme. Al cabo de un rato ha salido. Es un tipo mayor, de sesenta años o más, está a punto de jubilarse. Se puso muy contento de verme, como si fuera un familiar suyo o algo.

–Bueno, es que lo eres.

–El viejo está encantado, sabes, ha tenido suerte... ¡se ha casado con una mujer de veintinueve años! Es como una segunda vida. Quería impresionarme, se le notaba. Se ha desvivido por ayudarme, respondiendo de esto, averiguando lo otro. Quiere que vuelva a casa contando lo importante que es.

–¿Y lo es?

–No está mal. Por lo menos es sincero. Me ha dicho que cuando murió su mujer se casó rápido porque quería tener compañía. Le vino bien que anduviera por allí mi prima. Pero ha dicho que se preocupa por ella. Dice que por lo único por lo que lo siente es por sus hijos. No les hace ninguna gracia ese matrimonio. Ahora no quieren verle.

–Eso es una pena.

Mei no conocía al tipo pero aun así lo sintió por él. Se lo imaginaba como alguno de los amigos de su madre, calvo y con el estómago abombado. Se imaginó que era tímido y puede que hasta torpe. Probablemente no tenía muchos amigos, y los que tenía seguramente lo habían sido mucho más de su difunta esposa. Sus hijos debían de tener la edad de Mei.

Los niños son jueces rigurosos de los merecimientos de sus padres. Les exigen mucho amor pero les dan muy poco a cambio. Se niegan a tolerar la menor muestra de egoísmo de los padres. «Qué implacables somos los

niños», pensó Mei, acordándose de su madre.

–Perdona, me estaba acordando de otra persona –dijo Mei al notar que Gupin se había quedado mirándola.

Gupin debía encontrar irritante aquel hábito suyo. Probablemente habría pensado que a ella no le interesaba lo que le estaba contando o que la estaba aburriendo. A veces era verdad. Gupin podía llegar a extenderse mucho. Pero la mayor parte de las veces era sólo una palabra o algo de lo que se había dicho lo que catapultaba sus pensamientos a crecer sin su ayuda y adueñarse de ella.

Avergonzada, Mei se apresuró a añadir:

–Vamos a ver los papeles.

Gupin los fue poniendo delante de Mei uno por uno.

–El señor Li es dueño de dos empresas. Una es la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra, en el Centro Comercial Dawei. Antes era un negocio de marketing y ventas. La empresa se trasladó al distrito de Chaoyang hace seis años y se convirtió en una asesoría de mercado. Hace dieciocho meses trasladaron la oficina al Centro Comercial Dawei.

–¿Y la segunda?

–Hace dos semanas el señor Li inscribió en el Registro una empresa de exportación, Bao Gui S. L., según el asiento del registro, para el comercio de medicamentos chinos.

–¿A dónde manda los medicamentos?

–A que no lo adivinas.

–A Japón, a Corea, a los países del sudeste de Asia, a Estados Unidos...

–A Rusia.

Ahora que ya lo había soltado, Gupin sonrió.

–¿A Rusia?

–El almacén lo tiene en el Barrio Ruso.

–¿En qué calle?

–Caoyuanlu número 11.

Curioso negocio ese de exportar medicamentos chinos a Rusia. A Mei le costaba creer que allí hubiera mucha demanda. Y uno no se mete en negocios con un país extranjero así sin más. ¿Qué conexión tenía el señor Li con Rusia?

–Mañana iremos a investigarlo.

–Muy bien.

–Muchas gracias –dijo Mei, juntando los papeles–. Buen trabajo.

Gupin estaba contento.

–Hasta mañana por la mañana.

Un minuto más tarde Mei oyó cerrarse la puerta de la calle. Gupin se marchó. Volvía a estar sola, encerrada en el silencio de sus recelos. No estaba convencida de lo que le decían aquellos papeles. El señor Li estaba metido en algo, que podía tener o no tener que ver con los medicamentos chinos.

Necesitaba averiguarlo.

Miró su reloj, esperando que no fuera demasiado tarde.

–Diga –el inspector Zhao cogió inmediatamente el teléfono, con voz apremiante.

–Soy Mei.

–Ah.

–Suenas decepcionado.

–Perdona, es que estaba esperando una llamada importante. Nos estamos preparando para una redada grande: una Limpieza de lo Amarillo.

–Enhorabuena. Por fin un poco de acción.

–Estoy deseándolo, y hasta un poco nervioso.

–Todo irá bien. No será más que una panda de asquerosos pervertidos.

–Vá a ser la primera vez que salgo aquí en la ciudad.

–Un pequeño aperitivo para nuestro Inspector de Homicidios y Crímenes Serios.

–Pues me imagino que sí. ¿Y tú qué tal?

–¿Me harías el favor de investigarme a una persona?

–Depende de quién sea.

Mei le dio los detalles del señor Li.

–¿Están los rusos implicados?

–Al parecer sí. Me gustaría saber qué tipo de conexión tiene con ellos.

–Conseguir información sobre extranjeros no va a ser fácil. Pertenece a Asuntos Exteriores.

–Mira a ver lo que puedes conseguir.

–Lo miraré después de la redada, ¿te parece bien?

–Muchas gracias.

Colgaron.

Mei miró su reloj: las ocho menos veinte. Agarró su bolso y salió disparada por la puerta.

La Tercera Vía de Circunvalación seguía congestionada. Mei apretó los dientes y se metió por los bulevares que cruzaban la ciudad. La tarde estaba gris y llena del clamor de los coches, los autobuses y los timbres de las bicicletas. Mei encendió la radio. En la emisora de música clásica estaban poniendo un concierto para piano de Greig: fuerte, optimista, apremiante. Dejó que la música se apoderara de su ánimo. Por la acera avanzaba a paso de marcha una columna de policías antidisturbios que volvían a sus barracones después de haberse pasado el día montando guardia en las embajadas de Sanlitun.

Mei paró el coche en la calle Oeste del Parque de Chaoyang y se bajó de él. Se veían brillar ventanas amarillas dentro de las siluetas moradas de las Torres de Apartamentos de Lujo Internacional. Había una hilera de restaurantes en la franja que rodeaba la Puerta Oeste del Parque de Chaoyang. Un letrero de neón rojo («Restaurante del Pescado Hervido de la Abuela») resplandecía sobre uno de ellos.

Mei recorrió de arriba abajo la calle buscando el Club Susie Wong. No consiguió encontrarlo. Aparte de los restaurantes y de un puestecillo nocturno de tabaco allí no había nada que se pareciera a un club nocturno pijo. A cien metros hacia el sur de los restaurantes había una oscura fila de casas de tres pisos deshabitadas. Se quedó parada en la calle sin saber qué hacer, preguntándose si no se habría equivocado de sitio.

Delante de la fila de casas oscuras se detuvo un taxi. Salió de él un grupo de turistas occidentales, haciendo retumbar el aire con sus alegres voces. Subieron un tramo de escaleras y se metieron en una de las casas. Mei se apresuró a seguirlos. Miró si había alguna placa o algún letrero pero no vio ninguno. Oyó que alguien hablaba en inglés a su espalda y se dio la vuelta. Aparecieron más occidentales. Pasaron a su lado sin mirarla y empujaron una puerta negra en la que no había nada escrito. Un relámpago de claridad rasgó la noche oscura.

Mei subió las escaleras y se asombró de la facilidad con que se abría la puerta del mundo de Susie Wong. Unas escaleras estrechas la llevaron al primer piso. Una voz sensual de mujer cantaba jazz en francés.

Sobre mesitas bajas de laca resplandecían faroles rojos. Cuerpos jóvenes envueltos en seda se recostaban sobre camas de matrimonio chinas. En el techo estaban proyectando fotografías de fiestas que se habían celebrado en el club.

Preguntó por la terraza y la condujeron, atravesando una puerta de cristal, hasta un oasis de muros veteados con una vista del cielo nocturno tan amplia como la que recordaba de su infancia en las afueras de Pekín.

Mei buscó a Wudan. Él la vio y le hizo señas con la mano. Había otras tres personas sentadas a la mesa con él, un hombre de mediana edad y dos mujeres jóvenes y guapas. Mei sintió cómo la emoción abandonaba sus pasos.

–¡Hola, Mei! –dijo Wudan.

–Siento llegar tarde –dijo Mei, sujetando el bolso delante de la falda. ¿Por qué se habría pasado tanto tiempo arreglándose? Mei se sintió ridícula por el cuidado que había dedicado a su aspecto. Aquel pelo que con tanto cuidado se había secado, aquel maquillaje que se había puesto en la cara con delicados cepillitos, se le hicieron de pronto falsos y agobiantes.

Wudan hizo las presentaciones.

–La señorita Wang es una colega mía; éste es el señor Beihe Song.

Beihe extendió la mano.

–Encantado de conocerte.

Tenía una voz segura de sí misma y acento de la lengua de Cantón. Aun así, parecía robusto como un norteño, con la mandíbula angulosa y la mirada arrogante. Su belleza era de esas que brotan espontáneamente y sin complicaciones.

Mei se sentó. Beihe le presentó a las mujeres. Anna era alta, angulosa y ancha de hombros, con unos grandes ojos pintados con raya negra. Leila era más bajita y más joven, de unos diecisiete o dieciocho años, y tenía los ojos rasgados, las cejas finas y arqueadas y un mohín inocente. Saludaron con la mano a Mei y le dijeron un «Hola» indiferente. Mei se preguntó cuál de ellas estaría con Wudan.

–¿Qué te apetece tomar? –le preguntó Wudan.

–¿Qué estáis bebiendo vosotros?

–Yo un *gin-tonic*, Beihe una cerveza y las señoritas champán.

–Yo me tomaré un Manhattan –dijo Mei. Le había hablado de esa bebida su hermana.

Wudan llamó con la mano a un camarero, que se acercó y le tomó el pedido. De las mesas más cercanas llegaban flotando voces y fragmentos de conversación. Mei pilló una retahíla de palabras de la mesa de al lado sobre algún gran negocio que se estaba acordando o celebrando.

–¿De verdad eres abogada? –preguntó Anna, con un pitillo entre los dedos. Tenía un ligero acento de Henan, parecido al de Gupin.

Por el raballo del ojo Mei vio que Wudan asentía con la cabeza.

–Sí –dijo ella.

–¿Qué tal es trabajar para un despacho de abogados? –preguntó Leila. Tenía más acento que Anna.

–Hay que echarle muchas horas –dijo Mei.

Leila le puso a Wudan la mano en la rodilla y sonrió.

–¿A qué os dedicáis vosotras? –preguntó Mei a las dos mujeres.

–Yo trabajo en un salón de belleza. Leila y yo trabajamos juntas –dijo Anna.

Beihe se inclinó hacia delante, elevando la voz para sobreponerse a las voces que daban los de la mesa de al lado.

–Pregúntales por sus clientes, verás las historias tan graciosas que te pueden contar. Nos conocimos la semana pasada. Lo pasamos muy bien, ¿verdad? Así que le he dicho a Wudan, venga, vamos al Susie Wong, que quiero que conozcas a unas amigas –se volvió hacia Wudan–. ¿Verdad que te lo he dicho, Wudan?: «Son guapísimas».

Le dio un trago a la botella de cerveza y sonrió a las mujeres. Él era el que llevaba la voz cantante, el que pagaba la cuenta.

–Y tenías razón –dijo Wudan, levantando el vaso hacia Anna y Leila.

–¿Adónde habéis ido a cenar? –preguntó Mei, tratando de no mirar a las dos mujeres.

–Al restaurante Siete Océanos.

–Para ser sincero, tampoco es que me haya parecido nada del otro mundo –dijo Beihe–. ¿Conoces ese sitio? Es famoso por un molusco que traen de Australia, con un nombre raro: «oreja de mar» me parece que le llaman, no sé. El encargado decía que las reciben frescas todos los días. Yo no veo qué tienen de especial. Vale, la carne está tierna, pero a mí me sabe igual que cualquier otro marisco al vapor. En Pekín hay cosas que no llevo a comprender. ¿Por qué marisco pagaría la gente quinientos yuanes el *ji*? A mí no me ha gustado, y además aquí el amigo no paraba de pasarme papeles para que los mirara... dinero, dinero y más dinero. Me estaba dando dolor de cabeza –les guiñó un ojo a Anna y Leila–. Los abogados son lo peor. No paran nunca, siempre te están metiendo miedo con una cosa o con la otra.

Las esteticistas se rieron. A Wudan al parecer también le hizo gracia la broma. Cuando la gente miraba hacia la mesa en la que estaban, Mei sentía que la estaban juzgando, su falda de flores, su torpeza.

Anna se levantó. Los reflejos rubios de su pelo resultaban llamativos a la luz de las lámparas de las paredes.

–Voy al lavabo.

Leila se levantó también.

–No tardéis –les rogó Beihe.

Las dos mujeres se alejaron cogidas de la mano. La blusa blanca de Anna, con un escote profundo en la espalda, revelaba al moverse la curva de su columna. El camarero que le traía a Mei el Manhattan lo depositó distraídamente sobre la mesa, con la atención puesta en la visión de la espalda desnuda de Anna.

Mei le dio un trago a su cóctel. Era amargo. Alargó una mano y tocó las lianas verdes que cubrían el muro de la terraza. Eran de plástico. Encima del más alto de los edificios de apartamentos del otro lado de la calle Oeste del Parque de Chaoyang brillaba entre la contaminación un letrero de neón que anunciaba pastillas para la garganta.

–Beihe, tengo que decirte una cosa –dijo Wudan–. Mei no es abogada. Es detective privada. Va a investigar al señor Li.

–¿Por encargo de quién?

–Beihe, tu familia necesita saber en qué ha despilarrado el señor Li vuestro dinero.

–El señor Li es un buen tipo –dijo Beihe en voz más bien alta–. Ha hecho muchos esfuerzos por la Casa del Espíritu Dorado.

–Te ha amenazado.

–Porque estaba disgustado. Ya se lo he dicho al viejo: debajo del puente hay agua. Li tiene grandes planes. Las cosas van a cambiar.

–¿Qué planes tiene? –preguntó Mei.

–Ha dado con alguien del Ministerio de Sanidad y Medicina que nos puede ayudar. Si el ministerio nos da el visto bueno, no hay mejor sello de aprobación que ése.

–No estoy yo seguro de que nos vayan a dar ese sello de aprobación –dijo Wudan.

–En eso es en lo que no coincido con el resto de la familia. Yo creo que deberíamos darle un poco más de tiempo. Si la cosa no resulta, ya me ocuparé yo de salir del atolladero. Pero por el momento, si no confiamos en el señor Li, ¿en quién vamos a confiar? ¿O es que el viejo no confía en mí? ¿O Jin?

–Jin lo único que quiere es estar segura. Después de todo, la Casa del Espiritu Dorado lleva un montón de dinero gastado en el señor Li.

Beihe le pegó un trago a la cerveza.

–¡O sea que es mi mujer!

–Tu padre también quiere que se investigue este asunto. Ya lo hemos hablado antes.

–¡Mi padre! ¡Mi mujer! ¡La empresa! No me voy a poner en contra... además, para el caso que me hacen... ¿Pero para qué me dicen que venga si creen que no soy capaz de ocuparme del problema? ¿Sabes una cosa? Apuesto a que el viejo no ha sido. Está senil. Me costaría creerlo. Sé que ha sido Jin. No soy tan estúpido como ella se piensa. ¿Pero quién se habrá creído que es? Ella no entró en el negocio hasta que se casó conmigo. Se cree más lista que nadie. Pero si fuera tan lista, ¿por qué iba a ser Ben Ben un niño tan tonto? Ella no lo quiere nada, a mi hijo. Es una chupasangres. Chupa y chupa, lo quiere todo para ella –Beihe estampó la botella de cerveza sobre la mesa y se puso de pie–. ¿Dónde están esas chicas? ¿Se habrán caído por el retrete? –y se alejó.

Wudan se disculpó.

–Ha sido culpa mía. Se lo tenía que haber dicho en la cena. Tenía miedo de que reaccionase de esta forma y se negara a conocerte. Se pone muy sensible cuando se habla de su familia. Han depositado en él un montón de expectativas. Hay que decir en su favor que él se esfuerza...

–Tampoco da la impresión de que se esfuerce demasiado.

–Beihe no se lleva bien con su mujer. Jin viene de una familia pobre. Su madre era costurera. Su padre murió en un accidente en el molino en el que trabajaba cuando Jin tenía doce años. Beihe era el soltero más deseado de la ciudad, rico, guapo y de una familia con tradición. Por la puerta de los Song habían pasado ya muchos casamenteros. Una vez se empezó a rumorear que Beihe se iba a casar con la hija del alcalde. Cuando se casó con Jin, la gente no se lo podía creer, aunque ella era famosa por lo guapa que era. Se dijo que la Anciana Señora Song se había puesto furiosa al enterarse de que estaban comprometidos y le había dicho a Beihe que deshiciera el compromiso.

–Debía de estar muy enamorado de ella.

–Eso parecía. Pero cuando nació Ben Ben las cosas cambiaron.

–¿Cuántos años tiene Ben Ben?

–Ben Ben tiene trece años. Desde el momento en que nació, la Anciana Señora Song tomó las riendas y empezó a malcriarlo. Al mismo tiempo, Beihe empezó a alejarse y a pasar cada vez más tiempo fuera de casa.

–¿Cómo es que sabes tanto de ellos?

–Estuve trabajando con Beihe y con Jin cuando vinieron a Pekín a montar la sociedad con el señor Li. No conozco demasiado bien a la señora Song, en el sentido de que sólo he ido unas cuantas veces de visita a la Residencia de los Song. Creo que en cierto modo entiendo por qué cree que tiene que manejar su familia con mano de hierro. Ella fue quien mantuvo a la familia unida durante todos aquellos años y sufrió mucho al perder a sus dos hijos en la Revolución Cultural. Es una mujer dura. A veces puede resultar cruel. Quizá ésa haya sido su forma de sobrevivir. Como probablemente habrás supuesto, las relaciones entre Jin y la Anciana Señora Song son más que frías.

–El viejo proverbio dice que las nueras tienen que sufrir para poder, el día que ellas sean suegras, hacer sufrir a otras.

–Pues por la forma en que la Anciana Señora Song trata a Jin, se diría que ella sufrió enormemente cuando era nuera.

Beihe volvió a emerger, con un cóctel en vaso largo con hojas de albahaca en la mano.

–Las chicas se quieren quedar dentro porque con el aire acondicionado se está más fresquito. ¿Por qué no pagas la cuenta y os venís también?

–Muy bien. ¿Qué es eso que estás bebiendo? –preguntó Wudan.

–No lo sé. Me han hecho pedirlo las chicas. Dicen que es la especialidad del Susie Wong: se llama Noches de Verano del Susie Wong o algo así. Está malísimo.

–Desde luego le echan imaginación.

Beihe se encogió de hombros. Mei estaba segura de que seguía disgustado.

–Pago la cuenta y vamos para allá –dijo Wudan.

–Vale –Beihe dio media vuelta y se alejó. Su polo blanco contorneaba los músculos bien definidos de su espalda. Mei se preguntó si pasaría muchas horas en el gimnasio. Para tener cuarenta años, se le veía en forma.

Wudan no pidió la cuenta. Se recostó en su silla y se estiró.

–Qué noche tan bonita. Sólo con que no hubiera mosquitos, sería perfecta.

–Y contaminación.

–Sí, mosquitos y carbonilla. Pero aun así me gusta estar aquí fuera... En Pekín no es fácil encontrar un trozo de cielo tan grande como éste. Últimamente, vayas a donde vayas, siempre hay algún rascacielos que te tapa la vista.

–A mí me recuerda a cuando era niña. En verano, la unidad de trabajo de mi madre solía montar una pantalla en el recinto en el que vivíamos, nuestro propio cine al aire libre. Recuerdo que el cielo estaba igual de cerca.

–Nosotros en Shunde también teníamos un cine al aire libre, no en el sitio donde vivíamos sino en el recinto del gobierno comarcal. Teníamos que recorrer un buen trecho en bicicleta para llegar hasta allí.

–Casi todas las películas eran soviéticas. Me acuerdo de una de ellas. El protagonista era muy guapo, rubio y con los ojos azules. Creo que lo torturaban. La película empezaba en una iglesia. Luego el actor descubría que el arzobispo era su padre, así que se unía a los revolucionarios. También estaban las películas de Corea del Norte, que eran unos dramones tremendos.

–Me acuerdo de una que iba de una niña que vendía flores. Era ciega; o ella o su hermana pequeña. Era muy triste.

–De ésa me acuerdo yo también. Debimos verla muchas veces. Claro que en aquellos tiempos no había más que un par de películas al año, así que las ponían una y otra vez. Pero nos daba lo mismo. Los adultos se ponían a chismorrear y los niños a jugar. Recuerdo que cazábamos luciérnagas.

–No se ven muchas luciérnagas últimamente en Pekín.

–Me imagino que no. Ya no quedan espacios abiertos.

–Allí en mi tierra sigue habiendo luciérnagas en verano. Yo voy con mi sobrino a buscarlas. Cuando logramos coger alguna, la metemos en un botecito de cristal. A él le encanta ver la luz que dan. Las luciérnagas son criaturas interesantes. A veces me pregunto qué objetivo tendrá su vida. ¿Lo has pensado alguna vez? ¿O es que su vida se limita a volar y dar luz?

–Eso creo yo. Son luciérnagas, viven, dan luz y son bonitas de mirar. ¿Qué más objetivo quieres que tengan?

–Eso es como decir que nuestro objetivo es vivir sin más, sin aspirar a nada.

–¿Y a qué te parece que deberían aspirar las luciérnagas? ¿A convertirse en superluciérnagas?

–Puede ser. Puede que sea eso lo que quieren todas las luciérnagas. Puede que hasta tengan todo un sistema, con sus recompensas y todo, sólo que nosotros no lo sabemos.

No había estrellas en la noche. Las siluetas de los rascacielos se desdibujaban a lo lejos en la oscuridad. Los sonidos de la ciudad parecían haberse ahogado, hundiéndose en el fondo de la noche. Mei sentía aún su ritmo, en las voces que flotaban en la terraza, en los latidos de su corazón y en los giros de su memoria.

–Es mejor que vayamos dentro para que no se disguste Beihe –dijo Wudan, pidiendo por gestos la cuenta.

–Resultaría útil averiguar lo que sabe Beihe del señor Li.

–Por eso no te preocupes. Me sorprendería que sepa algo que nos pueda servir. Sólo quería que lo conocieras para que te hagas una idea de cómo es.

–Le he pedido a un amigo policía de la Comisaría del Distrito de Chaoyang que me investigue al señor Li –le contó Mei a Wudan.

Vino el camarero con la cuenta. Wudan le pagó en metálico.

Se metieron dentro. Beihe y las chicas habían encontrado una cama, Anna y Leila estaban medio recostadas sobre ella. La música estaba alta y las voces más todavía. Wudan pidió más bebidas. Mei pidió un vaso de zumo de *lichí* y se disculpó para ir al lavabo.

Nada más entrar en el estrecho pasillo de paredes forradas de madera oyó una voz que la llamaba por su nombre. Se dio la vuelta y vio a Steve, un barman al que conocía de otro club nocturno.

–¿Qué haces tú aquí?

–He cambiado de club –dijo Steve.

–¿Por qué?

–Porque en el Susie Wong es muchísimo más fácil ver a algún famoso. Soy el nuevo encargado del bar.

–Enhorabuena.

–¿Y tú qué haces aquí? Creía que no te gustaban estos sitios. Ah, ya, ni me lo cuentes: estás trabajando en algún caso –Steve se apretó los labios con un dedo.

Mei sonrió.

–El otro día vi aquí a tu hermana –dijo Steve–. Es aún más guapa en persona.

–Mucha gente lo dice.

–Porque no nos está permitido molestar a las celebridades que vienen por aquí, que si no le habría pedido una invitación para ir a ver el programa –Steve batió las pestañas–. ¿No me harías tú el favor de pedírsela?

–Yo no...

–Por favor.

–Vale.

–Muchas gracias. Si alguna vez puedo ayudarte en algo...

Mei asintió.

–No me olvidaré.

Volvió a la mesa. El zumo de *lichi*, opaco y con trocitos oscuros flotando, la esperaba en un vaso alto. Se sentó y de pronto se sintió cansada.

–Será mejor que me vaya pronto a casa –bostezó.

–Yo también me tengo que ir –dijo Wudan–. Mañana a primera hora tengo una reunión.

–Tú no te puedes marchar. Pero si no son más que las doce –dijo Beihe. Estaba borracho.

–Quieres que me encargue de tu dinero, ¿verdad? –dijo Wudan–. Quédate tú.

Wudan y Mei bajaron las escaleras. Mei lanzó una mirada a las fotografías que había en la pared: Tian Tian, el rey del pop, estrellas de cine, Lu y Lining, Kenny G.

–Esas mujeres no son esteticistas –dijo Wudan, haciendo una pausa en la escalera y bajando la voz.

–¿Qué quieres decir? –Mei vio el color de sus ojos, marrón oscuro.

–Son prostitutas. Vienen muchas a este sitio porque es donde están los extranjeros y los ricos.

–¿Lo sabe Beihe?

–No estoy seguro. Tampoco creo que le importe.

Emergieron en la noche. El mundo de Susie Wong se desvaneció. Había una fila de taxis esperando junto al bordillo. Se les acercó un joven de provincias y le metió a Wudan unas rosas rojas debajo de la nariz, suplicándole que le comprara una. En el club seguía entrando gente. En la misma franja de calle, más allá, uno de los restaurantes, que abría las 24 horas, estaba iluminado y lleno de clientes.

–¿Puedes conducir? –preguntó Wudan.

–Estoy perfectamente –dijo Mei.

Wudan se encaminó hacia los taxis y se detuvo.

–¿Qué vas a hacer mañana por la noche? Tengo unas entradas para el teatro...

–Mañana me parece que va a ser complicado –dijo ella.

–Comprendo. Era sólo una idea. Buenas noches –dio media vuelta y llamó con la mano al primer taxi de la fila. El conductor, que estaba en la acera fumando, tiró el pitillo a medio fumar a la alcantarilla. Se despidió con un berrido de los otros conductores y le abrió a Wudan la puerta del taxi.

Mei se quedó parada. La noche le pareció vacía. Las altas farolas resplandecían somnolientas en la calima. La velocidad de sus pensamientos había dejado sin sonido a los rojos taxis y sus conductores. Todo le resultaba muy complicado, sus sentimientos, su vida. Le dio la sensación de que Yaping, en quien no había pensado en toda la noche, estaba de pronto ahí, incorpóreo. Puede que «complicado» no fuera la palabra exacta. Quizá «lamentable» o «inalcanzable» resultaban más precisas.

Wudan desapareció en el asiento de atrás del taxi. Mei dio un paso hacia delante. El motor arrancó, las luces se encendieron. Contempló cómo se alejaba el taxi, desapareciendo en la noche. El momento había pasado. Un grupo de occidentales salían riéndose del Susie Wong. El joven que vendía rosas se les echó inmediatamente encima, todo sonrisas y súplicas para que le compraran una. Los turistas se alejaron a paso rápido, ignorándolo de forma más que ostensible.

Mei se despertó. Apartó de una patada el edredón y se quedó tumbada en la cama, cubierta a medias, escuchando el silencio que se había apoderado del apartamento. Su dormitorio era pequeño. No tenía espacio más que para una cama individual, un armario y un viejo baúl que había sido de su madre. Pero a ella le gustaba su dormitorio. Era suyo.

Se levantó y tiró de la cortina para abrirla. La luz del sol entraba pálida. Era sábado. En la Segunda Vía de Circunvalación el tráfico era fluido.

Arrastró su sombra hasta la cocina y se hizo un té. Le había dicho a su madre que iba a ir hoy a verla.

Fue al salón y encendió la radio. El té tenía un regusto amargo. Dejó que su cuerpo se hundiera en el sofá. En la radio ponían las *Baladas para piano* de Chopin. Aquella música le hizo pensar en las montañas de Changping, el verde paisaje que se iba desvaneciendo suavemente. Se acordó de Wudan, sentado de lado, con las piernas oscilando hacia ella. Le molestaba que Lu le encargara aquellas labores filiales. Pensó en su agencia. ¿Qué iba a pasar con su vida? ¿Lo iba a perder todo?

No había demasiado tráfico en ninguna de las vías de circunvalación, por ser fin de semana. Mientras pasaba ante los nuevos edificios que habían brotado en la última semana, Mei se imaginó a su madre moviéndose por su viejo apartamento, de la cocina a la sala de estar y al dormitorio, sola. Recordó el apartamento en sus tiempos de adolescente, cuando volvía del colegio. Ayudaba a su madre lavando las verduras que hubiera que cortar. Hablaban de cómo les había ido el día. A veces las historias que Mei contaba hacían sonreír a su madre. Recordó la pequeña ventana, la luz del día apagándose al atardecer, el resplandor amarillo de la lámpara del techo. El paso del tiempo había encadenado a su madre a aquellas mismas paredes y ventanas, envejeciéndola y marchitándola, pero había dejado a Mei a la deriva, hasta el día en que el propio apartamento en el que se había criado empezó a resultarle deprimente. Y ya no quiso volver.

El guardia la detuvo en la entrada al recinto.

—¿A qué viene? —inquirió, negándose a levantar la barrera.

—Vengo a mi casa.

—¿Y cómo es que hasta ahora no la he visto nunca? —el guardia era un joven con un fuerte acento provinciano. Llevaba un uniforme marrón y estaba sudando con aquel calor.

Los viejos guardias la habrían reconocido, si no de los tiempos en que vivía allí, al menos de otras visitas que había hecho a su madre.

A Mei no le quedó más remedio que parar el coche a un lado y entrar en la garita del guardia a rellenar un impreso para visitantes. Cuando salió y le tendió el impreso al guardia, él levantó la barrera. Ella pasó con su coche. El joven la saludó.

En el recinto vivían empleados de cuatro unidades de trabajo: la editorial Bandera Roja, la Unión de trabajadores del Transporte de Pekín, la Biblioteca del Distrito de Haidian y la *Revista de la Vida de las Mujeres*, para la que solía trabajar la madre de Mei. Hacía quince años, cuando se mudaron a vivir allí, había seis edificios de apartamentos, un bosquecillo de manzanos y un trozo de tierra llamado Gran Campo Verde en el que cada familia tenía un trozo asignado para plantar sus propias verduras. Hoy aquel descampado había sido tomado por doce edificios más de apartamentos. Habían admitido a nuevos empleados, reacomodando a los viejos residentes de acuerdo con su importancia en el partido y su puesto de trabajo. La clínica del recinto había cambiado de sitio tres veces.

Enfrente del Edificio Trece, un grupo de niñas de primaria jugaba a la rayuela en el camino de piedra. Gritaban al saltar, con las faldas llenas de vida. Mei pasó junto a ellas recordando por un breve instante su infancia, los tiempos de los placeres inocentes.

La entrada estaba oscura y bloqueada por las bicicletas. Pasó como pudo entre ellas y subió aquellas escaleras llenas de pintadas que deslucían las paredes. Pequeños ventanucos cuadrados despedían luz del día.

En el último piso, llamó a la puerta número 10. Estaba decidida a mostrarse animada.

La puerta se abrió. Tras una reja de barrotes de hierro apareció su madre, secándose las manos en el delantal.

–¿Para qué es esto? –Mei señaló a los barrotos.

–Los ha puesto la unidad de trabajo, por seguridad.

–¿Pero qué peligro puede haber en el recinto? Aquí sólo vive gente que trabaja en las unidades de trabajo y no puede entrar nadie sin rellenar un impreso de esos.

–¡Pues los delincuentes entran! –su madre la agarró por la cintura y tiró de ella hacia dentro. Cerró la puerta con fuerza.

–Hace unas semanas entraron a robar en casa de Lao Zhang, y antes en la de Lao Li. Hasta hace un tiempo el recinto era seguro. Pero ahora cada cual es propietario de su propio apartamento, y se lo pueden alquilar a quien quieran, o dejárselo a sus hijos. Ya no sabe uno quién vive en el piso de abajo. Cuando vienen los ladrones, se lo llevan todo sin que nadie les pregunte nada. La gente piensa que igual el vecino se está mudando.

Condujo a Mei por el estrecho pasillo hasta el salón. Mei observó que había una nueva mesita baja con el tablero de cristal.

–¿Y esto qué es?

–Me la ha traído tu hermana. Es un regalo de un empresario amigo de Lining. El tipo tiene una fábrica de muebles en consorcio con unos italianos.

Se sentaron en el sofá. Mei pasó los dedos por su fresca superficie.

–Y esta tele tan grande también me la ha regalado Lu –su madre señaló a un rincón del cuarto–. Es de pantalla plana. Pero a mí no me gusta, es demasiado grande. Me da dolor de cabeza cuando la veo.

–¿Qué has hecho con tu tele vieja? –Mei recordaba habérsela comprado hacía varios años a su madre.

–La regalé. A un joven que trabaja en el departamento de mantenimiento. A veces me arregla alguna cosilla, más de lo que le correspondería normalmente: me pone un gancho en la pared, o me arregla el calentador del agua. Es un chico majísimo, de la provincia de Xian<sup>4</sup>. Vino a conectarme la televisión nueva y le pregunté si quería llevarse la vieja. Me dijo que sí, así que se la di.

Unos años antes, cuando Mei vivía allí, los suelos eran de cemento desnudo. Tenían el mobiliario habitual y corriente: mesas y sillas y camas que proporcionaba la unidad de trabajo. La ropa se guardaba en baúles de madera y los libros en estantes caseros clavados a la pared. Hoy una librería de pared a pared con una puerta de cristal albergaba las posesiones de su madre. El salón tenía el suelo de vinilo y cortinas de terciopelo, y un frigorífico Haier. Mei se quedó de pie en mitad de la sala, poco convencida.

Su madre había estado cocinando. El aroma teñía el aire del cuarto. Mei intentó adivinar qué sería: algo cremoso, con agudas notas de Especia Estrellada [anís], Flor de Huanglian y ajo. El olor le trajo un recuerdo de su niñez. Se acordó de cuando estaban las tres, ella y Lu, jovencitas de ojos chispeantes, y su madre, tristemente bella, encorvadas sobre una mesa baja cuadrada, con la tenue lámpara del techo suspendida sobre sus cabezas.

–Ma, deja que te saque a un restaurante, para ahorrarte la lata de cocinar –dijo Mei.

–¿Para qué vas a gastar dinero? Los restaurantes se están poniendo muy caros. Tengo al fuego unos huesos de la parte del pescuezo. Vámonos a buscar el resto al mercado y a comer a gusto. Te voy a hacer tu comida preferida: sopa de calabaza de agua con tallarines de cristal<sup>5</sup>.

Mei ayudó a su madre a levantarse del sofá. El pelo, más blanco de lo que Mei recordaba, lo tenía seco como un haz de ramas.

–Hoy hace más humedad que en una olla de vapor –dijo su madre, recobrando el aliento–. ¿Me puedes traer el cesto de la compra? Está en el sitio de siempre.

Mei cogió la cesta de bambú de debajo del fregadero.

Salieron juntas hacia el mercado.

El sol estaba ya alto en el cielo y encendía las copas de los árboles y el tejado de hojalata de la caseta donde se guardaban las bicicletas.

–Te veo un poco pálida –dijo su madre–. ¿Te alimentas bien?

–Estoy perfectamente. He estado ocupada con el trabajo.

–Con ese trabajo tuyo algún día te vas a buscar un problema.

–El gobierno tendrá que cambiar de política. Hay demasiadas agencias privadas de detectives por todo el país. No va a castigar la ley a una mayoría.

–Ni siquiera así estás segura. Te estás haciendo enemigos.

Mei no dijo nada. Tenía que haberse hecho enemigos. Si no no le habrían mandado al señor Fu.

Las cigarras chirriaban dentro de los castaños, en oleadas, como haciéndose la corte. Mei se peinó con la

mano el largo pelo negro. El sol proyectaba una delgada sombra delante de ella.

–¿A qué te dedicas últimamente? –le preguntó Mei a su madre, con la esperanza de llevar la conversación hacia lo del novio.

–Estoy aprendiendo inglés.

–¿Y qué pasa con el ruso? ¿No te gustaría perfeccionarlo un poco?

–Estudié ruso en la universidad porque en los años cincuenta y los sesenta todo el mundo tenía que aprender ruso. Rusia era nuestro Hermano Mayor. Pero hoy ¿para qué sirve? Antes Estados Unidos era nuestro enemigo. Hoy en día lo que quiere saber todo el mundo es inglés.

–Pues los negocios con Rusia están aumentando otra vez.

–Eso he oído. ¿Te acuerdas de Ning Ning, de la escuela primaria, la hija de la Tita Zhang? Pues ahora vive en Moscú. Me han contado que le va bastante bien.

Llegaron a la entrada trasera del recinto. Los viejos árboles de la infancia de Mei habían sido talados para hacer sitio para la nueva caseta del guardia. Había un guardia, vestido sólo con el pantalón del uniforme y una camiseta de tirantes, sentado en una silla plegable. Saludó a las vecinas que entraban agitando un raído abanico de paja.

–¡Buenos días Anciana Bai! –dijo a voces–. De compras, ¿eh?

–Me faltaban unas verduras para la comida, que ha venido mi hija a verme.

–¿Es ésta tu famosa hija? –el guardia se puso de pie.

–No. Ésta es la mayor, la que tiene una consultoría de información.

El guardia se acercó a ellas y le dijo hola.

–¿Qué tal va el negocio? –preguntó.

–Bien.

–Ahora está trabajando con los rusos.

Mei se preguntó por qué habría dicho su madre eso. Le habría gustado corregirla pero, al verla a ella toda resplandeciente, no lo hizo.

–¡Los antiguos soviéticos! Antes pensábamos que eran los mejores. ¿Te acuerdas, Anciana Bai? Iban por delante de nosotros hacia el Paraíso Comunista.

El guardia apuntó a Mei con su abanico.

–Vosotros los jóvenes oíd lo que os digo, no es que me esté quejando del Partido, pero ¡hay que ver las cosas que nos contaban! Decían que Estados Unidos estaba podrido de raíz y que tenía los días contados. Y no era verdad, ¿a que no? ¡En realidad Estados Unidos era un país rico y fuerte!

–Los rusos se están enriqueciendo –dijo Mei.

–Eso no me lo creo.

–El mundo está cambiando –asintió Ling Bai.

–Qué encanto de hija. ¿Cómo es que todavía no está casada?

Mei apretó el asa de bambú de la cesta de la compra.

–Las hijas se hacen mayores y dejan de hacer caso a su madre, ¿qué le voy a hacer yo?

–Hoy la gente joven quiere vivir a su manera.

El guardia fue andando con ellas hasta pasar la verja.

–Es asqueroso –dijo señalando al cielo–. Este calor húmedo se te pega a la piel.

–Se quedará mejor si llueve.

–Pero no va a llover, al menos hasta por la tarde.

–Tenemos que irnos –dijo Ling Bai.

El guardia agitó el abanico y le dijo a Mei:

–Te veo cuando salgas.

Mei y su madre fueron andando por una calle flanqueada de árboles.

–Le encanta hablar a este guardia –dijo Ling Bai.

–¿Por qué le has dicho que trabajo con los rusos?

–Pues porque en cierto modo es verdad, ¿no?

–No, no es verdad.

–Quiero estar orgullosa de ti.

–¿Qué más le andas contando de mí a la gente?

–Nada.

Mei estaba en el instituto cuando montaron por primera vez aquel mercado. Al principio fueron los granjeros de por allí cerca los que vinieron a vender sus excedentes de verduras en la acera. Más tarde empezaron a venir de mucho más lejos otros granjeros que traían sus hortalizas en carretas. Las cuatro unidades de trabajo se habían pasado los tres últimos años en negociaciones para construir un mercado cubierto. El proyecto había quedado terminado hacía un par de meses, de modo que aunque lloviera los vecinos podían ir al mercado a comprar frutas y verduras frescas.

Mei y su madre merodearon entre los puestos. Los blancos brotes de soja, extraídos al alba de oscuros sótanos, tenían un olor puro. Una mujer mayor se machacó unos granos de pimienta de Sichuan en la palma de la mano para dárselos a oler a Mei. El olor agudo la hizo estornudar. La madre de Mei daba golpecitos con los nudillos en las calabazas, atenta a ese sonido a hueco que significa que están en su punto. Se tropezaron con unos viejos vecinos.

—¿De lo del Anciano Tang te has enterado? Sus hijos han contratado a una *ayi* [una criada] para que se ocupe de él, una chiquilla flacucha. ¡Y va él y se le echa a la chica encima! El muy vivo y el muy sinvergüenza.

—Se sentía solo.

—¿A su edad?

—¿Con la chica cuidándole?

—Yo lo conozco desde mucho antes de que se echara a perder.

—Sus hijos no iban nunca a verle.

—Lo metieron en un manicomio.

—Los hijos... siempre están trabajando, o yendo a algún sitio. A una madre lo que la hace feliz es que a sus hijos les vaya bien.

—Esta Mei tuya es estupenda. Ha venido a verte.

—¿Qué tal está Lu? Tienes unas hijas maravillosas.

Siguieron adelante. Ling Bai cogió un bloque de tofu fresco de una olla de barro y se puso a regatear el precio con el desdentado anciano. Le compraron calabaza de agua a un joven horticultor. Cuando tuvieron la cesta llena de cosas, se encaminaron hacia su casa.

El día se estaba poniendo muy caluroso. Por el camino Ling Bai le dio la mano a Mei durante unos segundos. El guardia que habían encontrado antes ya no estaba allí. Había uno nuevo sentado en la silla plegable.

Una vez en casa, Ling Bai se metió en la cocina a preparar la comida. Era un espacio demasiado pequeño para que cupieran las dos, así que Mei se dio una vuelta por el estudio de su madre, el cuarto que había sido su dormitorio y el de Lu. Mei recordó que se peleaba con su hermana y siempre la regañaban a ella porque era la mayor y debería ser más sensata.

—¿Desde cuándo pintas acuarelas? —le gritó Mei a su madre.

—Acabo de empezar —respondió ella desde la cocina—. Estoy yendo a un curso.

Su madre, en la última etapa de su vida laboral, había sido ilustradora de propaganda para la *Revista de la Vida de las Mujeres*. Pintaba con tinta negra pinturas tradicionales chinas. En sus nuevas acuarelas se repetían los mismos temas: un estanque con lotos o una aldea fluvial del sur con un puente de piedra. Quizá porque su madre era novata con las acuarelas, o porque había encontrado un medio de expresión moderno, sus nuevas pinturas resultaban más abstractas que sus hábiles, definidas y a veces elaboradas pinturas de tinta china.

Mei no entró en el dormitorio de su madre. Sospechaba que también allí había hecho su madre cambios. Se volvió a la cocina, el único lugar que no había cambiado demasiado desde que instalaron el gas cinco años antes. Tenía una ventanita que daba al norte y por la que al parecer la luz del sol no daba jamás.

Mei oyó el restallar de las guindillas en la sartén caliente y vio las nubes de humo acre que salían por la puerta. Se volvió a alejar de allí tosiendo.

Desde detrás de la humareda, su madre dijo:

—Pon la mesa, Mei. Enseguida está la comida.

Mei colocó los cuencos y los palillos sobre la mesa del comedor. Buscó algo de beber pero no encontró ningún refresco en la nevera. Había unas cuantas botellas de cerveza. A su madre nunca le había gustado la cerveza; Mei se preguntó si serían para el novio.

Ling Bai salió de la cocina con una sopera de sopa de calabaza de agua con tallarines de cristal. Mei fue a buscar los otros platos: flores de cerdo con verduras en escabeche dulce, ternera con guindilla, arroz al vapor.

—Vamos a beber agua hervida fría. Está en el termo —dijo su madre.

Mei sirvió agua en dos tazas y le tendió una a su madre.

–¿Hay hielo?

–No. El hielo es malo para la salud –dijo su madre.

–Me ha contado Lu que has conocido a una persona –dijo Mei, poniéndose con la cuchara el arroz en el cuenco y evitando mirar a su madre.

–Ya sabía yo que Lu te lo iba a contar –dijo su madre, revolviendo las verduras en escabeche con el cerdo.

–Lu me ha dicho que estabas pensando en casarte.

–Yo no. El que lo está pensando es él. Le pregunté a tu hermana qué le parece que debo hacer –su madre bebía la sopa con una cuchara de porcelana blanca, encorvándose sobre el cuenco.

–¿Qué te apetece hacer a ti?

–Pues no lo sé. Sus hijos piensan que somos demasiado viejos para andarnos con tantos rodeos. A ellos les gustaría que se casara.

–A lo mejor lo único que quieren es encontrar a alguien que lo cuide en su vejez.

–No hables así.

–Puede que sea por eso por lo que él tiene tantas ganas.

Ling Bai sorbió con fuerza la sopa. Mei se arrepintió de sus palabras.

–Eso es muy típico de ti. Ni siquiera lo conoces y ya lo estás juzgando.

–No lo estoy juzgando. Sólo digo que es posible.

Si ocurriera cualquier cosa con el señor Fu, ella no iba a poder ocuparse de su madre en un tiempo. Quería decirle que por favor tuviera cuidado.

–Y también es posible que queramos estar juntos. ¿En eso has pensado? –dijo su madre–. A lo mejor los dos estamos cansados de estar todo el tiempo solos.

–Tú no estás sola. Nos tienes a nosotras –las palabras le salieron sin cuestionárselas; luego se detuvo, dándose cuenta de lo frágiles que eran.

–Apenas os veo.

–Eso no es verdad. Tú vienes a vernos y yo vengo a verte a ti. Salimos a comer juntas. Vamos de tiendas.

–Un día de cada muchos, ¿y eso qué resuelve? Lu está casada y lleva una vida muy ajetreada. Tú sólo vienes cuando hay algún problema –Ling Bai dejó los palillos cruzados sobre el cuenco–. Siempre he estado haciendo cosas por otros, el marido, las hijas, el Partido... Puede que haya llegado el momento de que piense en mí misma.

–Puedes hacer cosas por ti misma sin necesidad de casarte.

–¿Por qué estás tan en contra?

–No lo sé. Has estado tanto tiempo feliz tú sola que no entiendo por qué quieres cambiar de pronto –Mei se imaginó una foto de familia; en ella estaban los cuatro: su padre y su madre, Lu y ella. Más que nunca, deseó que el mundo siguiera siendo así, como debió haber sido.

–Puede que yo no haya estado tan feliz todos estos años –dijo Ling Bai, levantándose de la silla. Empezó a recoger la mesa. Mei la ayudó y se llevó los platos vacíos a la cocina.

–Déjalos en el fregadero. Ya fregaré más tarde –dijo su madre.

La tarde estaba demasiado calurosa para tomar té. Se sentaron en el balcón a comer sandía. Era la hora de la siesta, en el patio de abajo no había un alma. Durante un rato no se oyó más sonido que el de las pepitas al chocar contra el fondo del cuenco. Su madre tenía el ceño fruncido y Mei deseó que no estuviera pensando en contarle lo infeliz que había sido. Mei bajó la vista al recinto vacío. La blanca luz del sol destelleaba en el tejado de hojalata de la caseta de las bicicletas. No quería dejarse enredar por los sentimientos de su madre. No le apetecía verla llorar. Estaban las dos demasiado mayores para andarse con lágrimas.

A Mei los colegas del Ministerio de Seguridad Pública solían decirle que era «fría como un pez». Sus amigos de la universidad la llamaban «la bella de hielo». Yaping decía que la sentía muy distante. Que cuando estaban juntos se había sentido poco querido porque ella nunca le necesitaba, nunca dependía de él ni le dejaba depender de ella. ¿Pero tan mal estaba no querer llevar las cargas de otras personas, en la misma medida en que ella tampoco les molestaba a ellos? Que no mostrara sus sentimientos no quería decir que no los tuviera. Yaping decía que el amor significaba que podían bajar la guardia y estar más cerca el uno del otro. Mei no entendía de qué se quejaba. Ella de hecho había bajado la guardia. Le quiso y le entregó su corazón. Ése era el problema. ¿Qué había obtenido a cambio?

–Deberíais casaros en cuanto Yaping vuelva –dijo su madre.

–Pero Ma, si a Yaping y a mí todavía no nos ha dado tiempo ni de escribir el primer trazo de la palabra *ba*<sup>6</sup>... es demasiado temprano.

–Ya es hora de que formes una familia. Te estás haciendo vieja. Cuando una mujer ha pasado de los treinta y cinco, no resulta fácil quedarse embarazada.

–Eso no es verdad, por lo menos hoy en día. En todo caso yo no quiero tener niños.

–Las mujeres tenemos que tener niños. Si no los tienes te vas a arrepentir.

A Mei no le apetecía discutir.

–Me gustaría conocer a mis nietos antes de morir.

–Pues si yo te decepciono siempre puedes contar con Lu.

–Ella lo tiene bastante difícil.

–¿Qué es lo que tiene difícil?

–Lo de ser perfecta en todo.

Mei se levantó, recogiendo los dos cuencos de pepitas y pieles de sandía.

–Me voy a tener que ir pronto.

–Espero que tenga un niño –dijo su madre.

Cuando Mei volvió de la cocina, Ling Bai seguía sentada en su silla, mirando en la dirección de la pista de tenis que se estaba construyendo. Sus ojos decaían por la parte del raballo, aplastados por el peso de las arrugas. Las penalidades le habían dejado un encaje de venas azules en la cara.

Se dijeron adiós en la puerta. Mei le tocó a su madre la mano y se la notó fría para el calor que hacía. Hablaron de volver a verse, la familia entera. Mei dijo que ella lo organizaría con Lu.

–Hasta la próxima vez –Mei dijo adiós con la mano y empezó a bajar las escaleras.

En el rellano siguiente se detuvo y miró hacia atrás. Su madre estaba de pie en la puerta, sujetándola todavía, con sus anchos pantalones de seda y sus pantuflas de plástico.

–Métete en casa –le gritó Mei.

–Conduce con cuidado.

–No te preocupes, Ma.

Haciendo un último saludo con la mano, Mei bajó las escaleras que tantas veces había recorrido en su juventud.

El inspector Zhao se acomodó de lado en su silla, estirando aquellas piernas que se había visto obligado a tener encogidas en un ángulo apretado. Su colega la inspectora Hua le lanzó una mirada desde el otro lado de la mesa. Él clavó los ojos en el rostro de ella para hacer ver que le estaba prestando toda su atención.

La boca de la inspectora Hua formaba un aro perfecto al hablar.

–Esta redada va a ser una de las operaciones más importantes del Movimiento de Limpieza de lo Amarillo que tenemos en marcha. El miércoles por la noche se van a reunir tres cuadrillas que tienen intereses en el juego y la prostitución de nuestro distrito.

–¿Dónde es la cita?

–En los subterráneos de la Estación de Tren del Este de Pekín –dijo la inspectora Hua, lanzando hacia arriba una copia del plano, que se abrió en el aire antes de aterrizar sobre la mesa. Le pasó la mano por encima para alisarla.

–Nosotros entramos por aquí –señaló, siguiendo con el dedo unas flechas que había dibujadas–. Los cogemos por sorpresa. No tienen adónde escaparse.

El inspector Zhao ladeó la cabeza, tratando de leer el mapa del revés.

–¿Ellos cuántos serán?

–Según nuestros cálculos, unos treinta o cuarenta.

–¿Tienen armas?

–No creo.

–No te preocupes –dijo una voz espesa desde detrás de un muro de humo de tabaco. La estrella roja brillaba en su gorra–. Va a ser una redada normal y corriente.

–No estoy preocupado, comisario Chen. Estoy deseando aprender de mis colegas de la ciudad –dijo el inspector Zhao, recogiendo las piernas debajo de la mesa.

Desde donde estaba no veía la expresión de la cara del comisario Chen. La mayor parte de las veces no habría sabido decir en qué estaba pensando el comisario Chen. Era un hombre eternamente oculto tras un velo de humo. El inspector Zhao miró a la inspectora Hua. Ella había posado la mirada en el espacio vacío que había entre los dos hombres y el labio superior le sobresalía hacia abajo.

Desde que el inspector Zhao llegó a la comisaría del distrito, Hua había dejado bien claro que a ella no le caía bien. El inspector Zhao especulaba sobre sus razones. La inspectora Hua tenía más años que él y era veterana en la comisaría. Era lógico que viera en él, que tenía su mismo rango, un nuevo rival, y que eso la molestara. Como la mayor parte de los pekinéses, lo más probable es que se creyera superior a él porque él venía de las comarcas de fuera de la ciudad. Al principio se había sentido ofendido. Más tarde se dio cuenta de que con ella tenía la seguridad de saber a qué atenerse. Los que le preocupaban eran los que no le decían lo que de verdad pensaban de él.

–Trabajad juntos. Vais a aprender los dos –dijo el comisario Chen.

Llamaron a la puerta.

–¡Adelante!

La puerta se abrió. Entró en el cuarto una mujer de veintipocos años. Llevaba un uniforme nuevecito y una pulcra sonrisa. Hizo el saludo como si lo hubiera ensayado ante el espejo cientos de veces.

–Ésta es la camarada Dong. Trabaja en el Departamento de Asuntos Externos –dijo el comisario Chen.

Dong les dio la mano a la inspectora Hua, a la que ya conocía, y al inspector Zhao.

–Ya le había visto por aquí, Inspector. Me alegro de conocerle por fin.

El inspector Zhao también la había visto a ella por allí y se acordaba de todas y cada una de las veces que se habían cruzado, en las escaleras o en la cafetería. Al principio le había sorprendido ver a una mujer tan guapa en una comisaría y pensó que habría venido sólo de visita, de la Central o puede que hasta de la Brigada de Cantos y Danzas. Tenía una fragilidad que no parecía ajustarse a lo que la rodeaba. Luego había vuelto a verla en otras partes de la comisaría, a veces en compañía de otros policías, y había comprendido que trabajaba allí. No se

había atrevido a informarse sobre ella, pero se preguntaba en silencio cuál sería su cometido. El uniforme lo llevaba siempre impecable.

Le dio con suavidad la mano y escuchó su nombre. Se sintió reanimado y reafirmado. Tenía razón en sospechar que ella no era en realidad policía: las relaciones públicas no son un trabajo propiamente policial. En su antigua comisaría de Dashanzi no tenían relaciones públicas. El inspector Zhao contempló aquellos ojos solícitos que batían hacia él sus largas pestañas negras.

–La camarada Dong ha hecho por nuestra comisaría una cosa estupenda. Ha creado una serie de materiales para promocionar nuestro trabajo. Dentro de poco se va a publicar una recopilación de actuaciones ejemplares de la policía. ¿Por qué no se lo cuentas tú a ellos?

Dong hizo gesto de ruborizarse, pero dijo con voz desvuelta:

–Hemos recogido más de cien casos de las comisarías de todo el distrito. Muchos de los artículos los han escrito los propios agentes. Esos casos son el testimonio del espíritu de lealtad y el amor a la profesión de nuestras fuerzas policiales. Nos pueden ayudar a mejorar nuestras relaciones con los medios de comunicación y a promocionar nuestro distrito. Algunos de los artículos los han seleccionado para publicarlos en *Policía de la Capital* y *La Revista del Pájaro Carpintero*.

Su forma de hablar, bastante formal y pronunciando perfectamente cada palabra, le recordó al inspector a las locutoras del telediario. En Dong había algo con lo que él nunca se había encontrado: sofisticación ciudadana, un mundo distinto.

–La camarada Dong me pidió que escribiera el prólogo. Lo hice porque creo que el libro es importante. Pero está sólo *mamahuhu* [regulín regulán]. Al fin y al cabo yo no soy escritor –dijo el comisario Chen con una risita breve.

–Pero señor, si ha escrito usted un prólogo maravilloso.

–Escritores no somos, pero tampoco era de eso de lo que se trataba. Estamos orgullosos de nuestro trabajo. Queremos que la gente se dé cuenta de lo mucho que hemos hecho para combatir la delincuencia. Deberíamos darles el libro de regalo de Año Nuevo chino a los policías que están a pie de calle, para animarlos a aprender durante las guardias.

Dong sonrió.

–Nos han felicitado los medios de comunicación y la alta jefatura del partido. Eso para nosotros ha sido un estímulo. Queremos hacer más cosas, crear un archivo de vídeos de nuestros valientes hombres y mujeres policías combatiendo el delito. Yo creo que va a tener mucho gancho –a Dong le brillaban los ojos de entusiasmo–. Llevaba meses suplicándole al comisario Chen que nos dejara acompañaros en una redada. Estoy emocionada de que nos haya dado esta oportunidad. Prometo que no vamos a estorbar.

–Espera un momento, ¿qué quieres decir con eso de acompañarnos? –preguntó la inspectora Hua.

–Vamos a cubrir la redada con una cámara, vamos a grabar la pelea contra los delincuentes en vivo y en directo.

–No. Es demasiado arriesgado.

–Nosotros no tenemos miedo.

–Es arriesgado para la operación. Tendría que prescindir de algunos agentes para que os protegieran a vosotros.

–Podemos cuidarnos nosotros solos.

–¿Cuánta gente llevas en el equipo de rodaje? –preguntó el inspector Zhao, tratando de desviar la tensión.

–Tres o cuatro personas, pero eso lo podemos discutir más tarde.

–Yo no puedo arriesgar la operación ni poner en peligro a mi equipo –dijo la inspectora Hua.

–No va a haber ningún riesgo. Nosotros también somos policías cualificados.

–¿Has estado alguna vez en una redada? ¿Sabes lo que es eso? No se trata sólo de lo valiente que seas o dejes de ser.

–He salido de patrulla por la calle.

–No tiene nada que ver.

–¿Usted qué piensa, inspector Zhao? –preguntó de pronto el comisario Chen.

El inspector Zhao miró sobresaltado al comisario Chen. Le pareció que tenía algo duro atascado en la garganta. Tosió, tratando de aclarársela. Se frotó las cejas. El nudo que tenía en el entrecejo se resistía a aflojarse.

–Yo...

Vio que Dong le estaba mirando. Sintió que le ardía la cara. Al otro lado de la mesa, la inspectora Hua parecía disgustada y tragaba aire como un pez agonizante.

–Yo... pienso lo mismo que la inspectora Hua. No me parece buena idea –dijo el inspector Zhao. Dejó caer las manos sobre las rodillas, que ya le estaban doliendo.

El comisario Chen se puso de pie.

–Los camaradas de Asuntos Externos están deseosos de correr ese riesgo por el bien de nuestra comisaría. Son unos valientes. Y nosotros tenemos que apoyarles. Inspector Zhao, usted va a aprender que aquí hacemos las cosas de otra manera. La inspectora Hua se encargará de la coordinación. Camarada Dong, le sugiero que lleve a la menor cantidad de gente posible. Camaradas, estamos en tiempos modernos. La policía tendrá que modernizarse. Eso es lo que nos pide la jefatura del Partido.

Los hicieron salir. En la puerta, Dong le dio un apretón de manos rápido. El repiqueteo de sus tacones delataba su irritación al alejarse de los inspectores. Hua y Zhao se encaminaron hacia sus respectivas oficinas, compartiendo por un instante una camaradería sin palabras y un tramo de oscuro pasillo.

Se detuvieron al pie de las escaleras. La inspectora Hua tamborileó con los zapatos en el suelo.

–Gracias –dijo, levantando los ojos hacia el inspector Zhao–. Dicen que eres un buen policía.

El inspector Zhao se encogió de hombros. En aquel momento no estaba muy seguro de que le importara estar a buenas con ella. Se acordó de la sonrisa de Dong. Se había cargado la ocasión de mostrarse amable con ella, y total, ¿para qué? «Idiota», se dijo a sí mismo. Sólo un tonto se las arreglaría para molestar al mismo tiempo a su jefe y a la mujer más atractiva de la comisaría.

Asintió mirando a la inspectora Hua. Tampoco se hacía ilusiones de haberse ganado su apoyo. La inspectora Hua no era el tipo de persona que cambia de opinión sólo por un gesto. Él sabía que iba a tener que demostrarles, a ella y a otros de la comisaría, que de verdad era, como al parecer decían, un buen policía.

El inspector Zhao subió las escaleras hasta su despacho. Era evidente que el comisario Chen quería que Dong grabara la redada en vídeo: si no no le habría pedido que acudiera a aquella reunión. Todo hombre tiene su vanidad y quiere que lo glorifiquen; ¿por qué iba el comisario Chen a ser distinto? El inspector Zhao se desplomó en su silla. La energía que le había recorrido las venas cuando tenía a Dong sentada a su lado, toda fragante, se apagó.

Entró su secretaria.

–¿Se ha terminado ya la reunión, inspector Zhao? –sonrió, despegándose de la pechera un informe.

–Se ha terminado –suspiró el inspector Zhao. Cogió el informe que ella le tendía y leyó el título: «Informe sobre los Nidos Amarillos del Distrito de Chaoyang».

La secretaria se acercó más.

–Parece usted molesto, Inspector. ¿Está bien?

–¿Yo? Perfectamente.

Ella se puso aún más cerca. Sus pechos, silueteados por el uniforme, crecieron y se abombaron en su campo de visión. En voz baja, dijo:

–Xiao Li, la de la segunda planta, ha tenido un bebé. Un niño.

–¡Estupendo! –exclamó el inspector Zhao, aunque no tenía ni idea de quién era Xiao Li.

–Es muy triste –suspiró su secretaria–. El niño ha nacido desfigurado, con labio leporino.

–Lo siento. No lo sabía.

–Estamos haciendo una colecta de dinero de la suerte para ayudarla. ¿Le gustaría contribuir?

–Por supuesto –sacó de su cartera un billete de diez yuanes.

–Otras personas han dado más.

El inspector Zhao añadió otros diez. Alzó la mirada y vio un destello en los ojos de ella. Comprendió que el daño ya estaba hecho. Su secretaria le iba a contar la historia a la comisaría entera. Algunos pensarían que era un tacaño. Otros dirían de él *tuchi*: que olía a tierra, que es a lo que huele la gente de los pueblos que piensa que diez yuanes son un montón de dinero.

Ella dobló los billetes y cerró la mano.

–Gracias, Inspector. Xiao Li se alegrará. Su marido ha perdido el trabajo que tenía en la fábrica de tintes.

–¡No!

–Es lo que suele ocurrir hoy en día con las fábricas que son del estado.

–Bueno...

–El dinero de la suerte algo hará –dijo su secretaria, dejando escapar otro tenue suspiro lleno de sentimiento, y salió.

El inspector Zhao se hundió en su asiento.

El reloj que había sobre su mesa hacía tic-tac. Al cabo de unos minutos, ordenó sus pensamientos y se puso de pie. Se sirvió del termo una taza de agua hervida fría. Volvió a sentarse con la taza y se puso a leer el informe.

Tenía más de cincuenta páginas y enumeraba los burdeles del distrito, cómo estaban encubiertos y cómo operaban. La mayor parte de ellos se hacían pasar por salones de masaje. Otros eran karaokes, agencias matrimoniales y hasta casas privadas. Las prostitutas venían de las provincias, secuestradas por las bandas o engañadas con la falsa promesa de una vida mejor en la capital. En uno de los casos, un karaoke de la calle Liangma, había dos chicas, traídas de un mismo pueblo de la provincia de Henan, de doce y trece años. Se habían hecho amigas de un chico de dieciséis años de su pueblo, miembro de una banda, que les propuso que salieran con él una noche a divertirse. Las chicas dijeron que sí y por la noche se escabulleron en pijama para encontrarse con él y con sus amigos. Los tipos de la banda se llevaron a las chicas en tren a Pekín y las obligaron a trabajar como chicas de alterne. Cuando ellas intentaron negarse, les dieron una paliza y las violaron. Todas las noches los tipos de la banda llevaban a las chicas en coche al karaoke y después se las volvían a llevar a un piso alquilado. No las dejaban ir a ningún sitio. El mes pasado la policía había hecho una redada en el karaoke y habían detenido a las chicas. Lo confesaron todo. Se detuvo a la banda. Se informó a los padres de las chicas, que ya pensaban que nunca iban a volver a ver a sus hijas.

El inspector Zhao tiró el informe sobre su mesa. Sabía que aunque esta vez habían podido encontrar a las niñas y devolverlas a sus padres, más temprano que tarde volverían a aparecer otras en Pekín. Una vez al año la policía llevaba a cabo un Movimiento de Limpieza de lo Amarillo. Pero tan pronto como habían limpiado la ciudad, allí estaba de vuelta el porno amarillo. Tenía la esperanza de que la redada del miércoles supusiera de verdad un cambio.

El inspector Zhao decidió irse a su casa. Se deslizó el libro *El camino de la felicidad* en el bolsillo, sacó de un cajón una bolsa de la compra de red roja y se marchó.

En la caseta para bicicletas que había a la puerta de la comisaría, el inspector Zhao extrajo su bicicleta nueva de entre el enmarañado desorden. Era una Paloma Voladora, la primera cosa que su mujer le había comprado cuando se mudaron a la ciudad. Le sacudió el polvo de la barra. En las pocas semanas que hacía que la tenía, la bicicleta se había puesto toda sucia y llena de arañazos.

–¿Se viene a tomarse una cerveza con nosotros, Inspector? –le preguntaron dos jóvenes cadetes del Departamento de Tráfico que estaban también recogiendo sus bicicletas.

Al inspector Zhao le caían bien aquellos policías jóvenes. A ellos no les parecía tan importante que él fuera de un pueblo o de la ciudad. Vivían la vida con más ligereza que sus mayores, hasta en la forma de andar o de hablar se les notaba la despreocupación. Se sentía más a gusto relacionándose con ellos, aunque no pudiera decir que supiera quiénes eran ni, lamentablemente en aquel momento, cómo se llamaban.

–Lo siento, hoy no puedo. Me ha mandado mi mujer que vaya a comprar verduras<sup>7</sup>.

–Sólo un ratillo, media hora o veinte minutos, ¿no?

–A lo mejor mañana –dijo el inspector Zhao.

El inspector Zhao bajó pedaleando por la calle Dian-Qiao, saboreando el toque fresco del atardecer temprano. El polvo de la ciudad se elevaba como una bruma que apestaba a desechos, sudor y humo de motores. No quería volver demasiado temprano a casa. El apartamento que tenían alquilado no estaba lejos de la comisaría. Se suponía que era provisional, hasta que el ayuntamiento proporcionara a la comisaría nuevas viviendas y le asignaran a él una. Aquel apartamento de dos dormitorios, que en ningún caso era nuevo, le había gustado a su mujer, que llevaba mucho tiempo soñando con retretes que funcionaban y agua corriente. Pero el alquiler resultaba caro, incluso con la ayuda del pequeño complemento para alojamiento que cobraba. Se había convertido en un peso, para sus gastos y para su armonía doméstica. De hecho el inspector Zhao no recordaba ya la época en la que su mujer y él no discutían. Si había existido una época así, tenía que haber sido hacía mucho tiempo, antes de que Ren naciera. En Dashanzi su pesadilla eran los cerdos, que vivían con sus suegros, y las letrinas comunitarias, que estaban fuera de las casas. Ahora la ciudad proporcionaba nuevos motivos de queja: el trabajo, la escuela, el dinero.

Los vendedores de verduras se habían instalado a la puerta de la Clínica para Emergencias de la Comunidad. El Anciano Ciego estaba, como todos los días, sentado en su silla plegable, con sus pájaros parlantes en una jaula de bambú, divirtiendo a los niños de la escuela. Pequeñas *ayi* de las provincias, ellas mismas niñas de dieciséis o diecisiete años, andaban como locas tras los torpes pasos de los niñitos que se encargaban de cuidar, para que no se les escaparan.

–Dame los dos mejores manojos que tengas –le dijo el inspector Zhao al joven campesino que vendía espinacas.

–Los mejores son todos, los acabo de arrancar del campo. Mire, barro fresco.

–Otra vez comprando verduras, Inspector. ¿Y su mujer dónde está? No se la ve mucho por aquí de compras.

–A mí no me molesta. Me pilla de camino a casa.

–¿Se ha enterado usted? Esta mañana han atracado a la señora Chen en el cruce. Dos vándalos la han tirado de un golpe al suelo y le han quitado el bolso. Ahora ya no le queda un solo diente de verdad.

–Ella misma se lo ha buscado. ¡Que hay que ver cómo se emperifolla, con la edad que tiene! –exclamó uno de los que estaban comprando.

–¿Dónde está la policía cuando uno la necesita? Ni que decir tiene que no me refiero a usted, Inspector. Me refiero a esos idiotas que se supone que deberían mantener el orden en esta zona.

–¿El atraco lo vio alguien?

–Lo vio un montón de gente, pero nadie movió un dedo.

–Estos delitos que se cometen al azar son difíciles de resolver.

–Lo que querían era el dinero, eso está claro.

–Es gente sin principios, inspector Zhao, yo siempre digo que no hay que quitarles ojo a esos trabajadores de provincias. ¿A qué se dedican cuando no encuentran trabajo, eh? Estoy seguro de que muchos de ellos eran delincuentes ya en su tierra.

–Las bandas, que están por todas partes. ¿Leyó usted ayer en el *Diario de Pekín* que ha habido otro secuestro?

–Deja de correr, culillo al aire<sup>8</sup>. Mira, este policía te va a dar unos buenos azotes.

–Lo único que puedo decir es que lo mejor es que tengamos todos más cuidado.

–Hala, a comprar las verduras y a hacer la cena. Y a no meternos en cosas que no son problema nuestro.

–Hasta mañana.

El inspector Zhao colgó su cargada bolsa de la compra del manillar de su bicicleta y se fue pedaleando a su casa.

Cuando entró por la puerta su mujer estaba cortando en trozos un gran bloque de cuajada de soja [tofu]. Un aroma a especia estrellada y a carne guisándose llenaba el apartamento. Fue a la cocina, dejó lo que había

comprado a los pies de su mujer y levantó la tapa de la olla grande.

–¿Qué es esto?

–Espinazo de cerdo. ¿Has comprado calabacines como te dije?

–Sí, pero sólo dos. Hoy estaban muy caros. ¿Qué vas a hacer con ellos?

–Una sopa.

–¿Y qué más?

–Tiras de cuajada de soja fritas.

–¿Y nada más? ¿Sin carne?

–Los huesos del espinazo tienen carne. Los puedes dejar limpios.

–Yo necesito algo más que la carne que queda pegada al hueso.

–Las verduras son muy sanas.

–Pero mujer, tú míranos. Estamos en la raspa.

–No te quejes. Te comes lo que he hecho y ya está.

–¿Dónde está Ren?

–En su cuarto.

–Voy a verla.

–No vayas, que está haciendo los deberes.

–A decirle hola sólo.

Su mujer bajó la voz:

–Han tenido un examen de matemáticas y ha vuelto a suspender. ¿Tú crees que deberíamos meterla en una de esas academias de matemáticas a la salida del colegio?

–Eso ya lo hemos hablado. No tenemos dinero.

–Pero van todos los demás de su clase. No me extraña que ella vaya atrasada.

–Vá atrasada porque no trabaja lo suficiente.

–No levantes la voz.

Su mujer se puso a picar ajo.

–¿Ha habido alguna noticia de lo del alojamiento? ¿Cuánto tiempo se supone que tenemos que estar de alquiler?

–Estoy esperando a que los de la comisaría me digan algo.

–Todos los demás tienen una vivienda asignada por su unidad de trabajo. ¿Por qué tenemos que pagar nosotros? Tú eres policía. Se supone que el gobierno debería mirar por ti –echó unos cuantos trozos de ajo dentro de la sopa–. Entérate. Por eso es por lo que no tenemos dinero. Se nos va todo en el alquiler.

El inspector Zhao restregó la suela del zapato por el suelo.

Ella se metió el último trozo de ajo en la boca.

–He pensado que igual podría ofrecirme voluntaria para hacer el turno de noche en la fábrica. Las horas nocturnas las pagan mejor.

–No.

–¿Por qué no? Las chicas de provincias que vienen aquí a trabajar lo hacen todo el rato. Yo he criado cerdos. No tengo problema con el turno de noche.

–¿Y qué pasa con Ren? ¿Quién se va a ocupar de ella, y quién va a hacer la comida?

–No tendría que irme hasta tarde por la noche. Podría hacer yo la cena. Ren ya es lo bastante mayor como para ocuparse de sí misma. Venga, si se puede hacer. Tú ahora trabajas en una oficina. Vuelves a casa siempre a la misma hora. Puedes estar tú con Ren mientras yo esté fuera.

–Pero todo eso va a cambiar. Voy a volver a trabajar en la calle, vamos a hacer una redada.

–¿Por qué? ¿No lo habrás pedido? Muchos no se quejarían de tener un trabajo cómodo sentados en un despacho.

–Yo soy policía. Necesito acción.

Su mujer sacudió la cabeza con aire de exasperación. Revolvió la sopa con los palillos.

–Quiero una olla automática para hacer el arroz –dijo sin levantar la vista.

–¿Para qué quieres una cosa tan complicada? ¿Qué tiene de malo hacer el arroz al fuego como se ha hecho siempre?

–Los tiempos han cambiado. Tampoco hace falta que la compremos de una marca importada como Xiao Yu, la de la puerta de al lado.

–Oh, no –dijo el inspector Zhao–. ¡Las mujeres! Siempre necesitáis algo, no tenéis límites. Os dan el cielo y pedís también las estrellas.

Fue al dormitorio de su hija y llamó a la puerta. Del otro lado no llegó ningún sonido. Empujó para abrir una rendija y vio a Ren, no haciendo los deberes, como había dicho su madre, sino tumbada en la cama, contemplando el techo.

Ren tenía once años y era alta y espigada como sus padres. Cuando ascendieron al inspector, él se había alegrado sobre todo por Ren, porque eso significaba que podría estudiar en un buen colegio de los de la ciudad. El pensamiento de que quizá su hija pudiera ir un día a la universidad le llenaba de orgullo. Su mujer y él habían prometido, cuando hablaron de aquel sueño audaz, que se endeudarían y trabajarían lo que hiciera falta con tal de mandar a Ren a una de esas instituciones de altos muros en las que ellos nunca habían entrado.

En cuanto llegaron a la ciudad, Ren cambió. Tampoco es que en su antigua escuela fuera la mejor de la clase, pero en su nueva escuela era la peor. Su profesora les dijo que en clase Ren se negaba a hablar.

El inspector Zhao se sintió desconcertado. ¿Qué le pasaba a su dulce niñita? Intentaron hablar con Ren.

–¿No te gusta el nuevo colegio?

–Sí me gusta –dijo Ren.

–¿Es muy difícil lo que os hacen estudiar?

–Está bien.

–¿Entonces cuál es el problema?

Ella no respondía y miraba hacia el techo.

El inspector Zhao y su mujer le explicaron las ventajas que le estaban dando. Su mujer le dijo:

–Esto es el fruto de los logros de tu padre.

–Yo sé que eres inteligente –dijo el inspector Zhao–, sé que eres capaz de hacerlo. Lo que hace falta es que tengas ganas de intentarlo. Sabemos que el traslado ha sido difícil para ti. Has dejado allí a tus amigos. Pero tienes que superarlo. No te puedes dejar vencer por tan poca cosa. No te pienso dejar –afirmó el inspector Zhao.

–Tienes que apreciar la oportunidad que tu padre te está dando –dijo su mujer.

Pero al parecer nada de lo que le dijeron surtió efecto. Pasadas unas semanas su mujer dijo que los once años eran una edad difícil, la preadolescencia, y que habría que esperar a que pasaran. El inspector Zhao deseó que tuviera razón.

Abrió más la puerta y entró en el cuarto de Ren.

–Tu *ma* me ha dicho que estabas haciendo los deberes –dijo, tratando de que el tono no fuera de regañina, sino relajado.

Ren no respondió ni se movió.

–¿Por qué no los haces? Falta poco para los exámenes.

Ella contemplaba el techo.

El inspector Zhao se acercó al escritorio, en el que estaban desplegados un cuaderno vacío y unas hojas de hacer los deberes en blanco.

–¿Cómo vas a aprobar los exámenes si no estudias? Ya sabes que vas a tener que competir con muchos niños inteligentes. Es importante que vayas a un buen instituto. Si no no podrás entrar en la universidad.

Ren se dio la vuelta para tumbarse boca abajo. Cogió una revista del estante de madera que su padre le había puesto en la pared.

¿Por qué no le hablaba?

–¡Ren! –dijo el inspector Zhao, levantando la voz–. Tus padres trabajamos mucho y te lo damos todo... tú ni siquiera mueves un dedo para limpiar o ir a la compra. ¿Y en esto, en esta mierda de revista para adolescentes, es en lo que te gastas la paga?

Sólo con que ella le hubiera hablado, con que se hubiera puesto seria y le hubiera mirado, pensó el inspector Zhao, habría podido controlar su genio. ¡Ah, su genio! Eso era lo que le estaba haciendo la ciudad. Le estaba destrozando día a día: prostitutas de doce años, jefes de bandas de dieciséis, jóvenes sin trabajo que robaban a ancianas, asesinos...

Le arrancó a Ren la revista de las manos.

–¡Haz los deberes! Eres la peor de tu clase. ¿Es que eres tonta?

–¡No! –Ren levantó la vista. Tenía lágrimas en los ojos.

–¿Entonces de qué tienes miedo? No son más que unos deberes.

–Es demasiado complicado.

–Nosotros te vamos a ayudar. Tienes que ponerte al día en muchas cosas. No puedes ser tan vaga.

Ren enterró la cara en la almohada bordada con dos fénix voladores que les habían regalado sus padres por su boda, hacía trece años.

–¡Ren!

Ella no se movió.

El inspector Zhao sintió que le ardía la cara. Habría querido gritar, pero no sabía qué decir. Le temblaban las manos. Cerró el puño y lo apretó con fuerza. Estaba enfadado con Ren, pero también consigo mismo. Él no era un hombre que gritara a su hija. La culpa de todo la tenían la fricción y el desgaste de la ciudad. La ciudad los había hecho cambiar a los dos. Ren en Dashanzi no era así. Era una niña buena y cariñosa a la que le encantaba ayudar en la granja y dar de comer a los cerdos. En Dashanzi a nadie le preocupaban los estudios ni las capacidades de otros niños ni el dinero.

En Dashanzi él no tenía que demostrar nada a nadie. Era el más respetado, por no decir temido, de la comisaría. Y en la calle era el rey. Si al menos le dejaran llevar un caso, pensó, iba a hacer que se enteraran aquellos tipos de la capital, aquella panda de envidiosos de medio pelo con zapatos de cuero.

Pero aquellos retorcidos operarios de la ciudad no pensaban permitirselo. Lo habían sacado de las calles y lo habían encerrado entre informes y archivos. Le habían quitado la luz del sol y, como una planta de raíces viejas, se estaba marchitando. Y luego le pedían que demostrase lo que valía. «¿Es de verdad tan bueno como dicen?» «Viene de un lago pequeño y de pronto se ha visto nadando en el mar, ahí es nada.» Lo habían reducido a unas rodillas doloridas y una bolsa de red de plástico... verduras arrancadas del campo ese mismo día, húmedas de barro, más frescas que él mismo. Él era una hormiga que ha perdido el sentido del olfato y sería capaz de creer a cualquiera que le prometiera comida.

Salió del dormitorio de Ren dando un portazo. De una cosa estaba seguro: el camino de la felicidad no lo iba a encontrar allí, ni en aquella hija arisca y desagradecida ni en aquella mujer que masticaba ajo y quería una olla automática para hacer el arroz.

Cuando las cosas van bien, del cielo llueven tortas rellenas de carne. El señor Li, sentado en la oficina de su almacén del Barrio Ruso, saboreó la sabiduría de ese proverbio. El aroma de lo que se cocinaba en la calle mezclado con el olor a verduras podridas de un montón de basura que había allí cerca le parecía una delicia. Se frotó la punta de la nariz respingona y escuchó el chisporroteo de la carne al freírse.

La oficina era estrecha. Le recordaba a las madrigueras secretas que usaban los comunistas para esconderse bajo las propias narices del enemigo en las películas de guerra antijaponesas, que a su vez le recordaban a su abuela. Aquella vieja loca desdentada y estúpida con los pies vendados. Él escupía sobre su tumba.

El señor Li se puso de pie y se colocó junto a la ventana. Por entre los barrotes oxidados vio cómo cargaban cajas y sacos en triciclos de reparto y camionetas. Sonrió. Sí, dinero del gordo, del ejército y en efectivo, que iba a viajar al extranjero para luego volver multiplicado.

Sacó su teléfono móvil y marcó bruscamente el número.

–*Wei?* –le respondió la voz de Beihe.

–Soy yo, Li.

–Hermano. Qué te cuentas.

–¿Que qué me cuento? Espero que no se te haya olvidado que hemos quedado para cenar con los rusos.

–¿Tengo que ir yo? Tú eres muy listo, ¿por qué no te encargas tú?

«Siempre soy yo el que se encarga», pensó el señor Li. «Hago yo todo el trabajo.»

–Ya sabes la clase de gente con la que estamos tratando. No están para aguantar gilipolces.

–Me va a costar escaparme –Beihe tenía voz de borracho.

El señor Li oyó risitas de mujer de fondo.

–Supongo que te habrás puesto de acuerdo con tu padre como habíamos dicho.

–Mi madre me ha dado todas sus acciones –dijo Beihe.

–Que no, que necesitamos que sean todas. Ésta es la gran ocasión. No te puedes andar con tres corazones y dos deseos. Hay que darlo todo.

–Te prometo que estoy en esto sin reservas.

–No me jodas, Beihe. Mis hermanos del ejército puede que te parezcan simpáticos, pero no lo son. Nos matarán, no, te matarán a ti, como les fallemos.

El señor Li colgó. «¡Huevo turbio!», le insultó.

–¡Jefe! –la puerta se abrió de golpe. Entró el capataz corriendo.

–No grites, que no estoy sordo.

–El tipo ese está aquí otra vez –dijo el capataz, dibujando con la mano un semicírculo delante de su pecho.

–¿Un tipo gordo?

–No, el tipo de la cámara grande. Se acuerda, que ayer anduvo husmeando por aquí.

–¿Y ahora dónde está?

–En el restaurante de Yo, haciendo preguntas.

–¿No te dije que te deshicieras de él?

–Y me he deshecho. Le he dicho que no vuelva más por aquí.

–¿Y le has invitado también a tomar el té?

–¿Eh?

Lo que es no distinguir un Buda de un cerdo con camisa. El señor Li puso cara de hartura.

–Eres un matón, ¿no? Pues haz algo. ¡Tráemelo aquí!

El capataz se escurrió fuera.

El señor Li se acordó del chaval: un yogurino lampiño y flacucho que no paraba de darse el cante sacando fotos como si fuera un turista. ¿Y aquellas sandalias de tirillas que llevaba? Igual era un periodista, pensó. Pues si lo era, desde luego no debía de ser muy bueno. O a lo mejor estaba intentando dárselas de investigador. Cómo se llama eso... periodismo de investigación. Pero no engañaba a nadie más que a sí mismo. Esos tipos estaban

ciegos. Por mucho que abrieran los ojos no eran capaces de encontrar una pepita de oro en una pila de carbón.

El señor Li se encendió un pitillo. El sabor conocido del tabaco lo tranquilizó. El Presidente Mao había dicho: «Las armas confieren autoridad». ¡Qué cierto era eso! Él no le tenía miedo a ningún periódico.

Por la ventana abierta irrumpían el ruido del tráfico, los gritos de los vendedores callejeros y la campana de latón del trapero. Al señor Li le cambió el humor. Empezó a preocuparse otra vez. Por idiota que fuera aquel chaval, tenía que haber venido de algún sitio. Alguien lo tenía que haber contratado para que anduviera husmeando por allí.

Se acordó de lo que le había dicho su secretaria del inspector que se había presentado en su oficina del Centro Comercial Dawei. ¿De dónde dijo? ¿De la Oficina para el Seguimiento de la Empresa Privada? Le empezaron a asaltar las sospechas y se puso en guardia, con el sudor formándosele en la piel. Alguien le estaba vigilando. Sintió el peligro.

Se oyó un alboroto fuera. Cerró los ojos, intentando aislarse de los sonidos. Siempre tenía que haber alguna pelea allí delante, normalmente por alguna estupidez. A él tampoco es que le importara, siempre que no fueran sus chicos los que estaban recibiendo. A veces se emocionaba con aquellas broncas, oyendo aquellos gritos salvajes y sabiendo que los puños eran el poder que restaura el orden.

Pero hoy los ruidos le irritaban. Interrumpían sus pensamientos, le estaban poniendo nervioso. Y, como un dolor de cabeza de los que no se van, cuanto más trataba de aislarse de ellos, más fuertes se iban haciendo, hasta que acabaron metiéndose dentro de su oficina.

—¡Dejadme! ¡Yo no he hecho nada!

—¡Cállate!

—¡Socorro!

—Jefe.

El capataz y dos de los peones traían a rastras a un joven que se debatía entre sus capturadores, con una cámara balanceándose del cuello. El señor Li fijó la vista en las sandalias de tirillas con hebillas plateadas. Eran de lo más raro, pensó.

—¿Esto qué es? ¿Yo qué he hecho? —protestaba el joven. Tenía un acento fuerte. El señor Li se preguntó dónde lo había oído antes.

—¡Cállate! —gritó el capataz.

El señor Li se puso de pie. Sin mediar palabra, le lanzó un puñetazo al joven. Éste se calló.

—Ya te advertimos que no volvieras por aquí —dijo el señor Li. Se sentía tranquilo, rey de su propia cuadrilla.

—No estoy haciendo nada. Déjenme que me vaya.

—Estás sacando fotos y haciendo preguntas. ¿Por qué?

—Me gusta hacer fotos.

—No me tomes el pelo, chaval. Se te ha visto demasiado el plumero —dijo el señor Li. Escupió en el suelo para que se notara que lo decía en serio—. Has tenido suerte. Hoy me siento generoso. Te voy a dar la ocasión de que respondas por ti mismo. Una ocasión así no se la dan a todo el mundo.

—Eso —ladró el capataz.

El perro loco de él, pensó el señor Li, que sólo era valiente cuando estaba el amo cerca.

—Dadle un buen repaso y esperaos a que yo vuelva —dijo.

Los peones y el capataz empujaron al joven hacia el almacén.

El señor Li miró su reloj. Era ya hora de que fuera a encontrarse con los rusos en su hotel. Se levantó y se puso una chaqueta. Cuando abrió la puerta, la ciudad estaba en pleno ruido.

El señor Li salió del taxi. La noche iba descendiendo despacio, con matices cambiantes. En el aire había una calima demasiado ligera para posarse. Una por una se fueron encendiendo las luces de los restaurantes. A la entrada de los salones de masaje se alzaban farolillos rojos. La cena con los rusos había ido bien. Pensaban acercarse al día siguiente a ver la mercancía.

En el Barrio Ruso el trabajo había terminado, los peones se había marchado a casa. El señor Li paseó la mirada por la calle. Todos los almacenes tenían la persiana bajada. Se encaminó a su oficina y entró en ella. Sobre su escritorio brillaba una pequeña lámpara de resplandor amarillo. El capataz estaba dormitando en una silla y se incorporó al oír que la puerta se abría.

El señor Li le echó el cerrojo a la puerta y se quitó la chaqueta.

–¿Dónde está el gusano ese?

–Dentro –respondió el capataz.

–Pues vamos.

Entraron en el almacén por una puertecilla lateral, el señor Li en cabeza.

Allí no había aire y hacía calor. De unos cables del techo colgaban dos bombillas. Los peones, tipos grandes de brazos fornidos, estaban sentados sobre los montones y las cajas de mercancías con toallas alrededor del cuello y el sudor brillándoles en el pecho desnudo. Algunos fumaban. Otros se hurgaban la boca con un mondadientes. Uno jugueteaba con una tira de cinta adhesiva, pegándola y despegándola. El joven al que el señor Li había dejado allí unas horas antes estaba encogido en el suelo, al pie de una pila de cajones.

El capataz trajo una silla y ordenó que lo levantaran del suelo.

–Te dijimos que te mantuvieras apartado... ¿por qué no nos hiciste caso? –le preguntó el señor Li, sentándose.

El joven se tambaleó. Intentó levantar la cara, toda magullada y llena de sangre.

El capataz le pasó al señor Li la cámara. El señor Li apuntó con la lente hacia el joven y vio rasgos infantiles: una nariz pequeña, cejas poco pobladas, pecas. El chaval tenía la cara pálida en contraste con la sangre que llevaba encima. En los ojos se le veía el miedo. «Un poco tarde para asustarse», pensó el señor Li. ¡Clic! Apretó el botón. Le gustó aquel sonido crujiente a cosa cara; un admirable ejemplar de tecnología extranjera.

–¿Quién te ha mandado venir?

–Nadie. Déjenme que me vaya, por favor.

–Le hemos encontrado esto –el capataz le tendió una cartera.

El señor Li la cogió y sacó lo que contenía: algunos billetes de cien yuanes y otros más pequeños, tarjetas de visita. Los fue dejando caer al suelo uno por uno. Una de las tarjetas era la suya: «Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra, Centro Comercial Dawei, Distrito de Chaoyang». Soltó una risa sarcástica. Desdobló un trozo de papel y vio en él la dirección de su almacén escrita con tinta negra.

El señor Li cogió del suelo un tablón que se había desprendido de una caja, con largos clavos marrones que sobresalían en uno de los extremos. Lo agitó delante del joven. El sonido del cuerpo al dar contra el suelo retumbó en el techo bajo.

«Nunca le dejes el trabajo importante a otro», murmuró para sí mismo el señor Li.

–¡Traedme un poco de luz!

El señor Li tiró el tablón al suelo y soltó una maldición. Se le había clavado una astilla.

Se encendieron varios mecheros.

–No tan cerca. A ver si es que me queréis quemar.

El señor Li se sacó la astilla con un movimiento cuidadoso de los dedos.

En el suelo, el cuerpo gimió.

El señor Li se arrodilló sobre una pierna y agarró al joven por las solapas de la camisa.

–Una vez más, ¿quién te manda?

–¿Quién? –chilló el capataz.

–O me lo dices o te mato –dijo el señor Li.

–La Casa del Espíritu Dorado –dijo el joven. Tenía la cara y la camisa empapadas de sangre–. Me contrató la Casa del Espíritu Dorado.

El señor Li lo soltó. Eso era, el acento era de Cantón, igual al de Beihe.

–Traedle una silla.

Arrastraron al joven al centro del almacén y lo dejaron caer sobre una silla.

El señor Li se sentó y se encendió un cigarrillo.

–¿Cómo te llamas?

–Qiu Gang.

–¿Para qué te ha mandado a Pekín el Espíritu Dorado?

–Soy... detective privado.

–Conque detective privado, ¿eh? –por un instante, el señor Li sintió pena por aquel chaval, que parecía demasiado joven para un trabajo tan peligroso.

–Por favor, déjeme marchar. Sólo estaba haciendo mi trabajo. Yo no sé nada.

El señor Li lanzó una bocanada de humo hacia Qiu Gang, que cerró los ojos y se echó hacia atrás.

–¿Qué es lo que quieren que averigües?

–Me dijeron que hiciera un informe sobre su empresa, con un montón de fotos. Yo no sé para qué.

–¿Tú te crees que yo me voy a tragar eso?

–Pero si es verdad.

–¿Y qué has averiguado?

–Sé quiénes son algunos de sus clientes y lo que ha hecho usted por ellos; tampoco mucho, sólo lo que me han contado sus empleados.

–Has estado en el Centro Comercial Dawei.

–Les dije que era un posible cliente.

Aquellos idiotas, maldijo el señor Li.

–¿Cómo has sabido de este sitio?

Los únicos que sabían de la existencia de aquel almacén eran sus hermanos del ejército y Beihe.

–Me lo dijeron los de la Casa del Espíritu Dorado. Me dejaron la dirección en el hotel.

–¿Eso cuándo fue?

–Ayer.

–¿Quién te la dejó?

–No lo sé. Dejaron el mensaje en la recepción.

El señor Li pensó que podía ir al hotel y conseguir que los de la recepción le dieran una descripción. La cara que se imaginaba era la de Beihe. El señor Li aplastó su cigarrillo a medio fumar con los dedos.

Qiu Gang sollozaba, sus hombros delgados y frágiles a la luz amarilla.

–¡Dadle una lección! –gritó el señor Li.

Sus hombres cayeron todos a una sobre Qiu Gang en una lluvia de puñetazos y patadas.

El inspector Zhao se sentó en el furgón, encorvándose sobre sus rodillas bloqueadas. Le llegaba el olor a sudor que emanaba de los cuerpos que le rodeaban. Cada vez que uno cambiaba de postura tenía que cambiar también el de al lado. Él sentía la necesidad de recolocar hasta el último músculo de su cuerpo. Miró hacia la inspectora Hua. No alcanzó a verla, pero saber que estaba ahí, dentro de los confines de aquella oscuridad, le reconfortaba. Se fijó en una lucecita roja: la luz de una cámara. Dong también estaba allí. Se imaginó sus hombros estrechos apretujados entre el tipo del vídeo y alguno de los policías jóvenes.

Una hora antes, cuando se reunieron a la puerta de la comisaría, Dong se había quedado apartada de los demás agentes, con el tipo del vídeo a su lado. Él llevaba la cámara en la mano, como un engorroso e innecesario talismán de su mal humor. La ciudad estaba tranquila, pero se la oía, traspasando las calles. Estaba llena de sueños y de lo desconocido. A lo lejos el campanario dio las doce. Dong se puso de pie a la luz de una farola, con la espalda tan derecha como siempre y su uniforme impoluto, pálido. Asintió con la cabeza y dijo que sí cuando la inspectora Hua le dio instrucciones. Se la veía más sola y más desprotegida de lo que el inspector Zhao la había visto nunca. Se prometió a sí mismo que la iba a proteger.

A una orden de la inspectora Hua, se metieron en el furgón. Había el regocijo habitual antes de una redada: los jóvenes que hacían bromas y soltaban tacos, sus voces amplificadas por la noche apacible. Dong y el tipo de la cámara entraron los últimos, los dos en silencio. La puerta se cerró con un golpe seco. Se pusieron en marcha. La ciudad se volvió fluida bajo las ruedas. Al cabo de un rato la conversación decayó. Los duros asientos vibraban de expectación.

Más tarde el traqueteo se detuvo. Apagaron el motor. La ciudad volvió a cobrar cuerpo y se hizo una vez más comprensible: supieron que habían llegado a la estación.

Esperaron, llenándose de aire los pulmones. La lucecita roja seguía allí. La oscuridad era total.

–Ha llegado el momento de moverse –resonó en un áspero susurro la inspectora Hua.

Por un instante se quedaron parados. Entonces se abrió la puerta y la luz entró a raudales. Salieron en estampida.

–¡Moveos! ¡Moveos! –les ordenó la inspectora Hua.

Se metieron por unos túneles largos que discurrían por debajo del suelo, que los fueron llevando hacia dentro, como los curvos brazos de un monstruo: corrían hacia sus tripas, asqueados de aquellos nauseabundos olores a orina y vómito.

–Por aquí –gritó la inspectora Hua.

El inspector Zhao la siguió. El túnel continuaba, dando vueltas, y las pisadas retumbaban por los muros cubiertos de pintadas. Ante su vista iban apareciendo las luces del techo, una tras otra. Un borracho que estaba sentado al pie de un muro levantó la mirada con los ojos vidriosos. Giraron hacia otro tramo del túnel y se detuvieron. Había algo que no iba bien.

–El primer grupo que venga conmigo. El segundo grupo, con el inspector Zhao –les espetó la inspectora Hua.

–¿Con qué grupo tenemos que ir nosotros? –preguntó Dong con voz aguda.

–¡Tú síguenos!

El inspector Zhao cogió a su grupo y empezó a correr. A los pocos pasos se volvió a mirar y vio que Dong y el tipo de la cámara venían siguiéndolos. Un vagabundo que estaba durmiendo abrió los ojos, desconcertado, y trató de levantarse. Uno de los hombres del inspector Zhao le dio una patada. El vagabundo volvió a hundirse sin un sonido.

El túnel los condujo a un aparcamiento subterráneo abandonado, un agujero oscuro por debajo de la estación. El lugar olía a óxido, a arena y a moho. Oyeron voces en el otro extremo. Fueron pasando en silencio, tropezándose unas veces con duro metal y otras con objetos blandos que resultaban inmediatamente espachurrados. Tenían los pies húmedos. Avanzaron a trompicones, tiznados de oscuridad, hacia unas luces pálidas que había al fondo, allí mismo casi.

–¡Policía!

Al inspector Zhao le bullía dentro la adrenalina. Corrió más deprisa, sin calibrar sus propias fuerzas, pendiente sólo de los hombres que corrían a su lado.

El cuarto estaba abarrotado de gente, eran muchos más de lo que se esperaban. En el suelo refulgían hileras de cuchillos y machetes.

¡Nadie les había avisado de que había armas!

El inspector Zhao echó mano a su pistola. Vio por el rabillo del ojo los rostros de sus hombres, que parecían desconcertados y aterrorizados. Los otros eran muchos más. En el borde de su campo de visión captó a Dong, y tuvo el descorazonador presentimiento de que todo estaba perdido.

—¡Soltad las armas!

Su voz se ahogó en los gritos de los gánsters que corrían hacia ellos con las navajas en la mano.

El inspector Zhao abrió fuego. Un joven matón se desplomó y el machete voló de su mano con un relámpago plateado. Era un chico de apenas diecisiete años quizá, flaco como un palillo.

Los policías cargaron.

Se oyeron gritos de dolor y se reventaron lámparas del techo. Las navajas se alzaban y caían, los cuerpos se empapaban de sangre. Un navajazo rasgó un uniforme. El cuchillo volvió a alzarse sobre el cuerpo que trataba de escapar a gatas. El inspector Zhao disparó. El cuarto pareció cambiar de forma, dilatándose el espacio. Los jóvenes matones venían de todas partes como escapados del mismísimo caos.

Vio con asombro que la propia Dong había agarrado un cuchillo largo. Luchaba no con fuerza pero sí con gracia y determinación, diminuta y delicada, cercada por el terror.

El inspector Zhao soltó un grito. Dong se dio la vuelta. Mientras caía clavó la mirada en los ojos del inspector Zhao. Él se precipitó hacia ella, aplastando los obstáculos a su paso.

—¡Policía! ¡Rendíos!

—¡Entregad las armas!

La inspectora Hua llegó con su grupo.

Resonaron los disparos.

El inspector Zhao encontró a Dong tirada en mitad de un lago de sangre. Se arrodilló y trató de levantarla, todavía caliente, inerte en sus brazos. La llamó por su nombre. La oyó gemir, no en respuesta a su llamada, sino de dolor.

Entonces él sintió un dolor penetrante. Las piernas le fallaron. Se vio a sí mismo de niño, aprendiendo a montar en bicicleta, a su padre acuclillado junto al pozo del pueblo. Recordó la cara de horror que había puesto su padre cuando él se estampó contra una pila de basura con aquella bicicleta prestada. Recordó la primera vez que vio a su hija Ren, un bebé sonrosado con el pelo negro y húmedo. Vio las lágrimas que tenía ayer mismo en los ojos, y la oyó diciéndole: «¡Yo no soy tonta, papá!».

El dolor y la muerte... eran una misma cosa tibia.

El Barrio Ruso cuando más animado estaba era al atardecer, antes de que en la Estación de Pekín estuviera preparado el tren nocturno, listo para salir hacia Siberia.

Mei aparcó el coche antes de llegar a aquella zona y fue con Gupin a pie. En la calle de la Hierba Fragante pasaron ante un Establecimiento Vecinal de Comida Rápida. Los vecinos de los *xiaoqu* cercanos hacían cola para llevarse la comida preparada: tortas de cebolleta y bolas de arroz fritas rellenas de puré de alubias rojas. Algunos se habían parado en el camino de vuelta a casa y habían dejado las bicicletas apoyadas contra algún viejo árbol retorcido.

–¡Revistas y periódicos viejos! –aullaba un recolector de desperdicios, tirando de una carreta y haciendo sonar una gran campana de latón.

De un *xiaoqu* salió corriendo un grupo de adolescentes que se perseguían y se hacían burla unos a otros, ruidosos como una bandada de pájaros.

–¡*Aiya*, mirad por dónde vais! –chilló una mujer de pelo blanco que iba andando a pasos lentos y cuidadosos hacia su casa con bollos al vapor en bolsas de plástico y muchas décadas en las arrugas. Los chicos se rieron y, corriendo más deprisa aún, pasaron volando por delante de la anciana y de un tipo que reparaba bicicletas en la esquina, que había extendido sus herramientas por el suelo como si fueran burdos sacrificios a los dioses.

Mei y Gupin doblaron por una calle sin árboles que tenía en una de sus aceras edificios bajos destinados a almacén y en la otra restaurantes de colores chillones y salones de masajes en los pies. Algunos de los carteles de las tiendas estaban escritos en ruso, o en una combinación de chino y ruso. A la puerta de los almacenes, jóvenes con el pecho desnudo desplegaban una actividad frenética, envolviendo con cinta transparente palés más altos que ellos mismos, arrastrando pesadas cajas repletas de palabras extranjeras. Los triciclos de reparto giraban en redondo desde el lado contrario de la calle para acercarse a cargar y descargar. «*Bu dui, bu dui!*», gritaba el capataz. «¡No, así no!»

Mei y Gupin se metieron en el restaurante que había enfrente del almacén del señor Li. Se sentaron junto a la ventana en una mesa desde la que se veía bien el número 11. En una mesa de un rincón estaban comiendo dos cocineros y un grupo de camareras con las espaldas encorvadas sobre los cuencos de arroz. Por encima de ellos daba vueltas un ventilador de techo.

–¿Qué estamos buscando? –preguntó Gupin.

–No estoy segura. Li puede aparecer o no aparecer. Pero da lo mismo –Mei le pasó a Gupin una instantánea del señor Li. La foto, aportada por Wudan, mostraba a un hombre entrado en carnes de cuarenta y pocos años, medio calvo por la coronilla, con el estómago en forma de pera y los labios finos.

Se acercó una camarera con una tetera y dos tazas de plástico apiladas una sobre otra. Llevaba el pelo sujeto con horquillas en la parte de atrás de la cabeza. Los primeros botones de su camisa *dajin* estaban desabrochados, revelando un triángulo de carne blanca. Mei se guardó la foto en el bolso.

–¿Qué quieren para comer? –les preguntó la camarera.

–Más tarde.

La chica les echó una mirada fría y se alejó.

El almacén del señor Li, el número 11, era un almacén estrecho con una oficina acristalada en un extremo. Los trabajadores estaban cargando mercancías en una camioneta. Mei y Gupin los contemplaban por la ventana mientras se tomaban un té. Gupin había estado poniendo a Mei al día sobre su cuñada embarazada. Continuó.

–Se escapó del pueblo de su prima en cuanto el Interventor de Control y Planificación familiar se enteró de que estaba allí.

–¿Y adónde va a ir? ¿De cuántos meses está?

–De siete. Ahora está viajando en tren. Ha conocido a otra mujer que está como ella. Se ayudan la una a la otra. Va a seguir huyendo hasta que nazca el bebé.

–Tu hermano debe de estar muy preocupado.

–Pues sí, y tiene que ocuparse de nuestra madre paralítica y de su hija, y trabajar en el campo. La cosecha

está cerca.

Entraron dos hombres. Se apresuraron a sentarse en una mesa pequeña que había en una esquina y sepultaron las cabezas juntas en un murmullo.

Los trabajadores del almacén del señor Li pararon para tomarse un respiro. Se pusieron en cuclillas en la franja de sombra del tejado de hojalata y se pasaron unos a otros toallas de manos para secarse el sudor de la frente y las axilas.

Pasaba el tiempo.

–Deberíamos pedir algo de comer para que no sospechen –dijo Mei.

Los culis volvieron al trabajo.

Llamó con la mano a una camarera.

La carta consistía en cuatro hojas mecanografiadas cubiertas de papel de celofán. Viendo la cantidad de erratas que tenía en chino, Mei se preguntó hasta qué punto sería correcta la parte que estaba en ruso. Lo estuvo hojeando y eligió unos cuantos platos sencillos: col salteada, tiras de patata con pimienta en grano y cerdo en rodajas con setas negras. La camarera le tomó el pedido y se marchó arrastrando las zapatillas por el suelo.

Mei le preguntó a Gupin por su novia Lisha. Lisha era propietaria de una pequeña peluquería en la zona norte de la ciudad.

–Quiere comprar un lavabo para lavarles la cabeza a sus clientes.

–¿Cómo se apañan ahora?

–Les corta el pelo sin mojárselo. A los trabajadores de provincias les da igual. Pero ella cree que si pone el lavabo, conseguirá más clientes.

–Lisha tiene ambiciones, es una buena empresaria.

–Cuando empezó, todo el mundo decía, ¿cómo se va a encargar una jovencita de una peluquería? Nadie creía que lo pudiera conseguir. Hasta la estuvieron acosando los de las bandas de la zona. Pero ella no se rindió. Trabajaba muchas horas por poco dinero. Ahora tiene dos sillones y una ayudante.

–Es una mujer fuerte como la comida de Sichuan, su tierra.

Gupin se ruborizó.

–¡Mira! –dijo Mei.

Un Audi negro acababa de detenerse ante el número 11. Un hombre bajo con panza de oso emergió del coche. Dos extranjeros, un hombre con una camisa hawaiana y una mujer, le siguieron.

–Es el señor Li.

Gupin metió la mano en su bolsa de lona para coger la cámara.

–No, aquí no –dijo Mei.

El señor Li y los dos extranjeros entraron en la oficina.

La puerta del restaurante se abrió con estrépito. Entró un pelotón de tipos que se apiñaron dentro, llamando a gritos a las camareras.

–*Guniang*, ¿dónde está tu jefe?

Arrastraron unas sillas hacia la mesa más grande.

–Olvídate de la carta. Traenos cerveza.

Los dos tipos que habían estado susurrando febrilmente al fondo se pusieron de pie. Se abrieron paso hasta el grupo grande. Se hicieron una especie de presentaciones. Los tipos les dieron la mano a algunos de ellos y se inclinaron, con las palmas juntas, ante un hombre de pelo plateado.

–¡Amigos! ¡Bienvenidos! –el dueño del restaurante salió como una exhalación–. ¡Cielos, si es el Gran Jefe Zhang!

»No se levanten. Siéntense, por favor –el dueño rodeó la mesa dando apretones de manos–. ¿Qué viento le ha traído por aquí, Gran Jefe Zhang?

–Pues qué iba a ser –dijo el hombre de pelo plateado–. Que los chicos se han portado bien. Se me ha ocurrido acercarme a comprobarlo por mí mismo.

–Aquí están bien atendidos, ya lo sabe.

–Sí, ya me han dicho.

La camarera trajo cerveza.

–¡Sírvela rápido! –le ladró su jefe.

Se repartieron toallas de manos. Los ventiladores de techo empezaron a girar a cierta velocidad. Las camisas

se desabotonaron, las mangas se remangaron. Dos altavoces mugrientos que había encima de la barra aullaban canciones pop chinas.

El amor son dos palomas,  
tú eres una y yo la otra.

Los dos tipos que al principio estaban en la mesa del rincón se marcharon sin haber probado bocado. Aparecieron más camareras trayendo la comida. A Mei y a Gupin les trajeron cerdo con setas negras y ensalada de medusa. Un pescado al vapor entero, magníficamente decorado, fue para la mesa grande. La Carne a las Cinco Flores chisporroteaba en las cazuelas de barro, lanzando al aire una nube de humo. El restaurante se fue poniendo todavía más ruidoso a medida que las conversaciones se deshacían en fragmentos, enredadas en las vueltas de los ventiladores eléctricos.

Mei y Gupin comieron despacio, con los ojos puestos en los almacenes de la acera de enfrente. Al parecer al fondo de la calle estaba a punto de estallar una pelea. Un chino menudo y un ruso ligeramente más alto pero mucho más fuerte se estaban dando empujones el uno al otro. Del almacén salió otro tipo y se puso a gritar. El ruso lanzó un puñetazo. Los dos hombres se enzarzaron. Un tercer tipo intentó meterse y fue inmediatamente derribado. Desde el otro extremo de la calle, Mei vio a un grupo de rusos que salían a la carrera del restaurante Moscú.

—¡Hay pelea! —gritó uno metiendo la cabeza en el restaurante.

Algunos de los tipos de la mesa grande se levantaron y corrieron afuera.

Todo a lo largo de aquel tramo los peones empezaron a salir de los almacenes con bates, barras de plomo y cadenas.

—No quites ojo de donde el señor Li —le susurró Mei a Gupin.

Echó un vistazo a su alrededor para comprobar si alguien los estaba observando. El restaurante estaba en calma. En la mesa grande no quedaban más que el Gran Jefe Zhang y otros dos hombres. Continuaban comiendo como si nada hubiera ocurrido.

—¡Ahí está Li! —dijo Gupin.

Mei se dio la vuelta y vio al señor Li que salía del número 11. Se detuvo en el bordillo, echó una mirada a la pelea de más al fondo, agachó la cabeza y se metió en el coche. Arrancó y se fue.

Al cabo de veinte minutos la pelea había terminado. Los rusos rescataron a su compatriota herido y se lo llevaron a rastras a su santuario del restaurante Moscú. La multitud se dispersó.

Mei y Gupin pagaron la cuenta y se marcharon.

Fueron paseando por la calle, sintiendo cómo iba refrescando el calor.

Al pie de un roble había dos hombres mayores en camiseta de tirantes y pantalón corto de pijama jugando al *qi* en una mesa de piedra. El juego acababa de empezar. Sobre la cuadrícula había un puñado de piedrecitas redondas blancas y negras, dispersas como gotas de pensamientos que aún no han terminado de formarse. Se juntó una multitud para mirar, hombres de mediana edad abanicándose con abanicos de paja, rascándose la tripa. Los entusiastas fruncían el ceño y hacían comentarios en voz baja cada vez que los jugadores hacían un movimiento. Mei y Gupin se unieron a ellos, vigilando el almacén del señor Li con el rabillo del ojo.

La luz del sol se fue atenuando. Los almacenes empezaron a cerrarse. Los triciclos de reparto se cargaron hasta los topes y se alejaron por última vez pedaleando. Los peones, con las cajas de aluminio en las que habían traído el almuerzo en la mano, se alejaron andando por la calle. Las persianas metálicas empezaron a caer, estruendosas como truenos.

—¿Has visto marcharse a los dos *laowai*? —preguntó Mei.

—¿Los dos occidentales? No.

—Yo tampoco.

—Igual han salido sin que los viéramos.

—Hemos estado vigilando el sitio todo el rato.

Cruzaron la calle y anduvieron contra la corriente de trabajadores de cuerpos sudorosos que resplandecían al sol del atardecer. Cuando llegaron al número 11 encontraron el almacén desierto y el candado de la persiana echado. Pasaron por delante, escudriñando atentamente y con los ojos bien abiertos, pero no vieron nada sospechoso.

Ya no les quedaba nada que hacer allí. Mei llevó a Gupin en coche hasta la parada del autobús 322 y siguió hacia su casa.

En la Segunda Vía de Circunvalación el tráfico estaba pesado. Mei repasó mentalmente los acontecimientos de aquella tarde. El coche negro se había detenido a la puerta del número 11. De él habían salido primero el señor Li y luego la pareja de rusos, la mujer con un bolso grande en la mano. Llevaba un vestido que le hacía juego con los reflejos del pelo castaño claro. Su compañero era alto, corpulento, y llevaba una camisa hawaiana que también le hacía juego con el pelo. La oficina tenía una ventanita estrecha. De vez en cuando se abría la puerta y salía alguien a darles unos gritos a los trabajadores.

Mei pisó el embrague para cambiar de marcha. El letrero de neón rojo de la Tienda de Arte y Artesanía Fénix de Pekín brillaba a su espalda. La Puerta de Desheng apareció en la calima del atardecer, oscura, antigua e imponente. En la Torre del Tambor sonaban tambores. Las farolas proyectaban su resplandor de un rosa infantil.

Se le tenía que haber escapado algo, pensó Mei. Dos extranjeros, y además tan llamativos como aquellos rusos, no se disuelven en el aire. Si no habían salido por la puerta delantera, pensó Mei, lo más probable era que hubieran salido por otro sitio.

Condujo hacia la salida de la autopista. Hizo un giro con el coche para cruzar por debajo del paso elevado y volvió a incorporarse al tráfico en dirección al lugar del que había venido.

Por aquel día se habían terminado no sólo los negocios sino también el calor. El Barrio Ruso estaba silencioso y oscuro. Mei se dirigió al número 11. El almacén, candado, se cernía sobre ella en la oscuridad. Le dio un par de tirones a la persiana metálica. Resonó, pero no se movió. La oficina contigua estaba cerrada con por lo menos tres candados y un cerrojo. La ventana, por la que podría haberse colado alguien no muy grande, tenía barrotes de hierro. Allí no había nada que se saliera de lo normal.

Detrás de los almacenes se veía el muro de un *xiaoqu*. Tras él las torres de apartamentos se amontonaban como fichas de dominó. Mei logró distinguir en las ventanas aparatos de aire acondicionado instalados por cada familia de forma independiente y por consiguiente muy variados en forma y tamaño. Era posible que hubiera una puerta trasera que daba al otro lado de aquel muro.

Se acordó de que había pasado por delante de puerta del *xiaoqu* aquella tarde con Gupin. Se dirigió hacia allí.

Los vecinos estaban volviendo de su paseo de después de la cena. Las madres iban del brazo con sus hijas adolescentes. Los vecinos se paraban en grupitos para cotillear en voz baja. Mei los siguió hasta el interior del *xiaoqu*, cuya puerta permanecía abierta.

Con su vestido de seda y el bolso de cuero colgado del hombro, Mei no desentonaba. Podía ser una esposa que volvía a casa después del trabajo. Se dio prisa para adelantar a un grupo de madres que llevaban bebés en brazos. Una de ellas le lanzó una sonrisa orgullosa.

Mei siguió un rugoso sendero de piedra hasta la parte trasera del recinto. Con la ayuda de la luz de las ventanas iluminadas encontró el muro que daba a los almacenes, pero resultaba imposible saber dónde estaba el número 11. Al pie del muro había plantas crecidas que se prolongaban en forma de enredadera. Mei vio tomates enanos suspendidos de los tallos bamboleantes. Aquella visión la sorprendió y se quedó parada un instante, sintiéndose nostálgica.

Cuando Mei tenía diez años, su madre las había llevado a vivir al campus de una universidad abandonada. Mei no sabía lo que era una universidad. No existían desde antes de que ella naciera. Las habían cerrado porque el Presidente Mao había dicho que la juventud china adonde tenía que ir era al campo, a aprender de los campesinos.

Tenían una habitación en la antigua residencia de estudiantes. Un trozo de tela a modo de cortina dividía el cuarto para que su madre pudiera tener su propia zona aparte. A tres kilómetros de allí había una tienda de comestibles. Todos los fines de mes, cuando a su madre le daban los cupones para la carne, iban corriendo a la tienda. A veces tenían suerte y lograban cambiar los cupones por carne. Otras veces se encontraban con el mostrador de la carne vacío. Las verduras no las racionaban más que en invierno, cuando a cada familia se le asignaba un número limitado de coles. Pero conseguir verduras en la tienda era tan difícil como conseguir carne, así que a cada familia le daban una pequeña parcela dentro del campus para que cultivara las suyas propias.

Mei, su hermana y su madre cultivaban tomates y patatas. Sus vecinos, que eran cuatro de familia, el padre un antiguo diplomático al que habían arrancado de su puesto, se las arreglaban para cultivar unas calabazas que eran la envidia de todo el mundo. En el descampado que había detrás del Edificio Número Cuatro, el Ejército de Liberación Popular, que había sido emplazado en el campus, cultivaba zanahorias. Mei se acordó de la vez que la pillaron robándoselas. Le dieron un aviso a su madre. Poco tiempo después de aquello su madre perdió su trabajo de organizar las autocríticas y las sesiones de lectura del Libro Rojo de Mao. Mei se sintió culpable y pensó que si tenían que trasladarse era porque ella les había robado zanahorias a los soldados.

—¡No quedan ya! —exclamó a su espalda una voz cascada.

Mei se dio la vuelta y vio el minúsculo resplandor de un cigarrillo.

—Ya no se ocupa nadie de ellos.

Mei se dirigió hacia la voz, entornando los ojos. Poco a poco empezó a distinguir a un grupo de ancianos sentados en taburetes plegables bajo el tejado de una caseta para bicicletas.

—Nosotros estamos demasiado viejos para trabajármolos, y a los jóvenes les importan un pimiento —dijo otra voz.

–Nosotras teníamos una parcela como ésta cuando yo era pequeña. Cultivábamos tomates –dijo Mei, tratando de verles las caras en la oscuridad.

–Eso sería en la Revolución Cultural, ¿verdad?

–Sí, cuando estaba a punto de acabarse.

–¡La Revolución Cultural! –dijo una voz en tono de conferencia–. La gente dice que fue mala. Pero también tuvo cosas buenas. En primer lugar, éramos todos más o menos iguales, ni siquiera los altos funcionarios tenían más dinero. Claro que les daban un apartamento más grande y un coche oficial, pero no tenían más dinero para gastar que nosotros. Hoy los ricos son mega ricos. Tienen diez o puede que cien veces más que los demás. Pueden comprar casas y coches y mandar a sus hijos a universidades de Estados Unidos. En segundo lugar, digan lo que digan del Presidente Mao, era un talento de primera categoría. Escribió buena poesía. Su caligrafía era excelente. ¡A los setenta y dos años se bañó en el río Yangtze! Los dirigentes de hoy no se le pueden ni comparar.

–¡Profesor, que están hablando de la parcela de las verduras! –dijo riéndose una nueva voz, con el resplandor rojo de un cigarrillo danzando en lo oscuro.

–¡Ya lo sé! –protestó el Profesor–. Estamos contando la historia.

–Para ti todo es historia –dijo la primera voz–. ¿Qué le ves de bueno al pasado? ¿En qué te benefició a ti el Presidente Mao? Las tiendas estaban siempre vacías, ¿te acuerdas? Ibas con un cupón para carne pero no tenían carne que vender. Por eso a nuestros hijos no les gustamos. Les horroriza el pasado. A ellos lo que les preocupa es el futuro.

–¡Demasiado le piden a ese futuro! ¡Coche, apartamento, dinero! Así no les queda tiempo para nosotros.

Con excepción del resplandor de los cigarrillos, no había luz alguna en la caseta de las bicicletas. A Mei le costaba distinguir sus rostros o el color de las zapatillas de plástico que llevaban. Pero sabía quiénes eran. Eran los desocupados de la ciudad, habitantes de pequeños cuartos en los que se acumulaba el calor. No podían irse a dormir porque sus hijos y sus nueras y sus nietos todavía estaban despiertos, viendo la tele, fregando los platos, haciendo los deberes, discutiendo. No tenían un espacio propio. Por eso salían a sentarse y a charlar. Por suerte ya no necesitaban dormir demasiado. Habían regresado a la infancia, con cortas y frecuentes siestas. Se sentaban con sus amigos, con los estómagos llenos, satisfechos, esperando a que decayera el calor y pasara el tiempo. Se sentaban a hacer *liaotian*: conversar el cielo. Hablaban de todo, de cualquier cosa que les pasara por la cabeza.

–¿Han visto a dos rusos, una mujer y un hombre con una camisa de palmeras? –preguntó Mei.

–¿Dentro del *xiaoqu*?

–Sí.

–Pues yo no. ¿Y vosotros?

–No.

–A mí los rusos me caen bien. Se reservan para sí mismos. Vienen, hacen sus negocios y se van.

–Y a veces se emborrachan. ¡Esos rusos sí que saben beber! Pero no te piden que te metas en sus problemas.

–¡Rusia! ¡Ése sí que es país con historia!

–¡Profesor! –le dijeron, dándose con los abanicos de paja en las rodillas.

Mei se despidió de ellos. Se preguntó si habrían sospechado que ella no vivía allí. Por otra parte, el *xiaoqu* era grande, con hileras de edificios de apartamentos separadas por viejos árboles. Ella bien podía ser una vecina de la otra punta del recinto. A lo mejor a aquellos ancianos les daba igual. Se sentaban todos los días con la misma gente en el mismo lugar a mantener más o menos la misma conversación. Estaban encantados de encontrarse con alguna novedad.

Al cabo de un par de vueltas, Mei encontró el camino de salida. El misterio de la pareja rusa seguía sin resolver. Allí no parecía que hubiera ninguna puerta trasera. Y aunque hubiera una salida secreta, resultaba poco probable que aquellos dos hubieran cruzado el *xiaoqu* sin que nadie se fijara en ellos.

Mei contempló otra posibilidad. Puede que no hubieran salido del almacén.

El inspector Zhao se despertó tumbado en una cama de hospital. Alguien que le pareció que era su mujer le dijo algo que él no entendió. Cerró los ojos. El dolor le martilleaba en la cabeza. Las caras chillaron. De los cuerpos rajados brotaba la sangre, caliente y pegajosa. Algo más tarde, una desconocida se acercó a él. Iba de blanco o había surgido de la blancura misma. Le cogió a él la mano. Él dijo: «Sí».

Otras veces se despertaba en un cuarto distinto, pero su mujer seguía estando allí. Le estaba diciendo algo y no le dejaba marcharse al cálido paraíso hacia el que a él le habría gustado ir. Eso era lo que significaba estar vivo, pensó, estar helado y muerto de dolor.

Al día siguiente, o puede que un par de días más tarde, se despertó con una lucidez que le resultaba nueva. Se alegró de ver a su mujer y a su hija. Habló con ellas. Estaba especialmente contento de ver a Ren. Vino el médico y dijo que tenía una herida en la cabeza, pero que se estaba recuperando. Por la tarde, o cuando a él le pareció que era por la tarde, o puede que al día siguiente, vino la inspectora Hua.

Se sentó en la silla que su mujer había dejado vacía, con las grandes manos apoyadas en el regazo.

–Parece que estás mejor –dijo.

El inspector Zhao recordó haberla visto usar aquellas dos manos para disparar dos pistolas al mismo tiempo.

–Gracias –dijo–. Me ha dicho mi mujer que me has salvado la vida.

–Ése es mi trabajo. Siento haber tardado tanto en venir.

–Yo siento lo de la redada. No estuve a la altura –dijo el inspector Zhao.

–No te echas la culpa.

–¿Qué le ha pasado a Dong?

–Está malherida.

–¿Puedo verla?

–Cuando te puedas levantar.

–¿Y quién más?

La inspectora Hua bajó los ojos.

–Necesitas descansar.

–Dímelo por favor.

–Xiao Wu está muerto, y hay otros seis heridos.

El inspector Zhao se hundió en la almohada y cerró los ojos.

–Lo siento.

–No, la culpa fue mía –dijo la inspectora Hua–. Tenía que haber vuelto a comprobar la información. Deberíamos haber estado al tanto de lo de las armas. Nos cogieron desprevenidos.

–¿Y qué ha pasado con la banda?

–Algunos murieron. A los demás los cogimos, incluido Yí el Padrino. Es uno de los cabecillas que el Ayuntamiento andaba buscando.

–Cuando vi los cuchillos en el suelo, me entró el pánico.

–Siento que tuvierais que ser vosotros los primeros en llegar. No sé lo que habría hecho yo en tu lugar.

–Por detrás no había salida. No tenían más remedio que luchar.

–Ha habido muchos errores. Yo estaba al mando de la redada. Asumo la responsabilidad.

–Yo perdí el control.

El inspector Zhao se sintió mareado. La inspectora Hua se revolvió en su silla. La luz blanca del sol, informe e inconmensurable, entraba por la sucia ventana. El inspector Zhao sintió el olor a lejía y notó la calidez del sol en la piel. Esa sensación y la voz de la inspectora Hua le reconfortaron.

Cuando volvió a abrir los ojos, ella le estaba mirando con la misma tristeza que una madre que sabe que la inocencia es cosa efímera.

–¿Se le han notificado a la familia de Xiao Wu?

–No te preocupes. Ya me he ocupado de todo.

El inspector Zhao le pidió un poco de agua hervida fría.

–Está en ese termo que tiene un dragón y un fénix pintados.

La inspectora Hua se levantó y sirvió el agua del termo en una taza de aluminio. Ayudó al inspector Zhao a sentarse en la cama y le pasó la taza. Él bebió un trago. El agua estaba templada.

–Vá a haber una investigación –le dijo la inspectora Hua–. Creo que es mejor que lo sepas.

El inspector Zhao asintió con la cabeza. Ya se lo esperaba. Le pareció un detalle que la inspectora Hua se tomara la molestia de decírselo ella misma. No era tarea fácil ser portador de malas noticias. Pero él prefería que se lo hubiera contado ella.

–¿Cómo está el comisario Chen?

–Nunca le había visto tan disgustado.

–¿Y qué pasó con el tipo de la cámara?

–Lo encontramos escondido debajo de una mesa. Había dejado la cámara por ahí tirada. Pero hemos encontrado alguna secuencia aprovechable.

–¿Y ha servido para algo?

–No creo que el comisario Chen esté de humor para ponerse a verlas.

El inspector Zhao pensó en Dong. Se preguntó si aparecería en aquellas secuencias. ¿Por qué se había torcido la redada? ¿Qué podían haber hecho ellos? ¿Habrían podido protegerla?

–Iré a testificar en cuanto salga de aquí.

–Tómalo con calma. Primero te tienes que poner mejor. Le he dicho al comisario Chen que yo asumo toda la responsabilidad.

–Yo llegue allí primero. Soy yo el responsable.

–Eso lo podemos discutir más tarde.

–Quiero volver al trabajo.

–No tengas prisa.

–Os he fallado.

–Te han suspendido temporalmente en el cargo.

–¿Qué?

–En espera de la investigación. Lo siento. Ya sé que es injusto.

Una sirena ululaba a lo lejos, acercándose. La luz del sol iba cambiando en el cuarto. El inspector Zhao se imaginó las nubes corriendo por el cielo.

Se abrió la puerta. Entró la enfermera y dijo:

–Ha venido su mujer.

La inspectora Hua se puso de pie.

Entró la mujer del inspector Zhao con una caja de laca roja en la mano.

–No estoy yo tan seguro –dijo el inspector Zhao.

–¿Que no estás tú tan seguro de qué? –preguntó su mujer.

–No estoy yo tan seguro de que sea injusto –dijo el inspector Zhao, mirando a la inspectora Hua.

–Tú descansa. Ya volveré a ver cómo sigues –dijo la inspectora Hua.

Le dijo adiós a la mujer y se marchó.

La enfermera le cogió la mano y con dos dedos le tomó el pulso. Los tenía calientes.

–Abra la boca –susurró, inclinándose.

Él obedeció y dejó que la enfermera le deslizara un termómetro plateado debajo de la lengua. Ella le sonrió y se quedó esperando.

Por detrás, su mujer andaba colocando las cosas. Se preguntó si mantenerse ocupada sería su fórmula para conservar la calma. Siempre estaba de aquí para allá, cambiando las cosas de sitio, hablando, ejerciendo su poder sobre el caos. Aquella energía le había resultado atractiva cuando eran jóvenes y estaban enamorados... o eso creyó recordar; cuando se conocieron le encantó su risa chispeante, bajo la atenta mirada de la carabina. Pero ahora aquella inquietud constante le irritaba.

La enfermera comprobó el termostato.

–Vá usted muy bien –le aseguró. Recogió sus instrumentos y se marchó.

Su mujer acercó la silla arrastrándola hacia la cama y se sentó.

–¿Y eso qué es, Mujer? –preguntó él al ver la caja roja que tenía ella en el regazo.

–Una fiambarrera japonesa.

–¿Y por qué japonesa?

–Te lo voy a enseñar –su mujer quitó la tapa, dejando escapar una columna de vapor. Revolvió el contenido con una cuchara–. He hecho unas gachas con dátiles, semillas de loto y cebada. Es para que te recuperes; receta de mi madre.

El inspector Zhao dejó que su mujer le diera de comer. Iba soplando cada cucharada para enfriar las gachas antes de ofrecérsela.

–Esta fiambarrera es maravillosa. Lo mantiene todo caliente, las gachas, el caldo, la sopa de tallarines...

–¿Ha sido muy cara?

–Pero es de lo más útil. Te puedo traer la comida de casa todos los días. Más vale no comer comida de hospital... aunque te hayan puesto en la zona para gente importante –bajó la voz como si alguien la estuviera escuchando–. Los ingredientes me los he traído todos de Dashanzi. Sí, he estado allí –volvió a elevar la voz–. Ma y Ba quemaron incienso y rezaron a Buda. Ni que decir tiene que están preocupados, pero también orgullosos, sobre todo Ba –su mujer apoyó la cuchara y se acercó más a él. Le apartó un mechón de pelo de la cara, demorándose un instante con los dedos en la barba incipiente de su cara sin afeitarse–. Date cuenta, acabamos de venirnos a la ciudad y mira en qué desastre te has metido.

El inspector Zhao intentó levantar la mano. Antes de que pudiera alcanzarla, ella retiró la suya.

–Lo siento –dijo él.

–Tú no tienes la culpa. Todo el mundo sabe que la ciudad es peligrosa –le metió en la boca más gachas dulces–. La que me preocupa a veces es Ren. No está acostumbrada a la forma de hacer las cosas de la ciudad.

El inspector Zhao se resignó a la cuchara y el monólogo de su esposa. Se resignó al hecho de que su esposa no le había entendido. No se había percatado, ni probablemente se percataría nunca, de la punzada de sentimiento que había puesto él en aquel par de palabras al decirle «Lo siento».

–Estoy segura de que de esto va a salir algo bueno –continuó su mujer–. Tú te has jugado la vida.

El inspector Zhao la contempló: tenía la piel gruesa y salpicada de manchas marrones. La frente le brillaba de sudor. Sus ojos eran la sombra de aquel luminoso día de verano. Se había puesto una camisa blanca de hilo pero, al contrario que las mujeres de la ciudad, la llevaba con torpeza, sin gracia. Hablaba abriendo mucho la boca, enseñando unos dientes amarillentos.

–Puede que te lo cuenten como un mérito –dijo.

Era una buena mujer, pensó el inspector Zhao, no se enteraba de nada pero era buena. ¿Cómo iba a ser él capaz de herirla? ¿Cómo le iba a contar lo de la investigación o lo de la suspensión en el cargo? Se acordó de la redada, de aquel caos enloquecedor que era sólo suyo y no debía compartir con su esposa. Se acordó de Dong y se sintió aún más culpable.

–¿Les parece bien a los de la fábrica que estés faltando tanto? –le preguntó a su mujer.

–Les parece perfecto. No te preocupes. Lo tengo todo arreglado.

–¿Qué tal está Ren?

–La he convencido de que vaya a una academia de matemáticas a la salida del colegio. Ya es algo.

El inspector Zhao sacudió la cabeza ante la cuchara que su mujer le acercaba a los labios y se preguntó cuánto iba a tener que pagar por aquella academia de matemáticas ahora que estaba suspendido en el cargo.

Los golpes en la puerta continuaron. Mei se levantó de su silla. Dio dos pasos y se detuvo. Levantó una mano para indicarle a Gupin que esperara él también.

La puerta se abrió de un empujón. Entraron unos hombres vestidos con monos grises, con las botas mojadas de lluvia. Tras ellos venía la figura en forma de poste de telégrafos del señor Fu.

–Id vosotros por delante –les dijo a los hombres.

Sin mediar palabra, se pusieron a abrir archivadores y cajones, a meter carpetas en sacos y a desenchufar ordenadores.

–¿Pero qué están haciendo? –Gupin corrió detrás de ellos–. ¡Paren!

El señor Fu, que parecía muy tranquilo con su traje oscuro y su corbata, se acercó con paso resuelto. Le tendió a Mei una hoja de papel cuajada de sellos rojos.

Mei la leyó.

–«Por disposición del Gobierno del Distrito de Chaoyang, del Comité Revolucionario de Chaoyang, de la Comisaría de Chaoyang, del Departamento de Reestructuración Económica y de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas, la Consultoría de Información del Loto debe suspender de inmediato su actividad. Cualquier incumplimiento de esta disposición podrá ser castigado por los tribunales...»

»¿Qué es esto?

–Recibió usted mi escrito.

–No hace ni dos semanas, ¿cómo va a ser eso tiempo suficiente para prepararme, cuando ni siquiera sé de qué trata la investigación?

El señor Fu hizo como si no la hubiera oído y se dirigió a sus hombres, que estaban saqueando la oficina.

–¿Y la tetera? –preguntó uno de ellos.

–Cogedlo todo –dijo el señor Fu.

Mei oyó protestas de Gupin en la minicocina y un ruido de tazas rotas. Dos hombres estaban revolviendo en el armario de la pared, sacando carpetas y haciendo volar papeles sueltos por los aires.

–¡Eso es mi bolso! –Mei se lo arrancó de las manos a uno de los hombres que salían de su despacho.

Gupin estaba otra vez en la antesala, detrás de un tipo de uniforme, haciendo con las manos gesto de llevar algo frágil.

–¡Con cuidado! Eso es una cámara muy cara.

Mei contempló cómo se llevaban su ordenador. Entró en su despacho. Lo habían dejado completamente pelado. Se habían llevado el teléfono. El archivador estaba vacío. Fuera caía la lluvia, salpicando de tierra el patio.

Se había olvidado de la lluvia. El sonido apremiante de una tormenta de verano le transmitió una especie de calma, recordándole los días en que no había colegio. Levantó la vista hacia la pintura de su madre que había en la pared: un solo loto blanco, imaculado e inocente, que brotaba del barro. Las flores de loto eran un tema común en la pintura con tinta china, pero su madre le había dicho: «Pocos las pintan bien. Imagínate lo difícil que tiene que ser pintar la fragilidad y la fuerza en un solo trazo».

El corazón en calma, pues nadie sabe su pasión,  
desciende con la luna tardía, libre como el viento.

Mei recordó el poema de Du Guipu, de la dinastía Tang, mientras descolgaba la pintura. Salió de su despacho. Gupin había dejado de perseguir a los hombres y se había puesto en cucullas en un rincón, con su gastada bolsa de lona bajo el pecho y los hombros encorvados.

El señor Fu estaba sentado en el sofá, en el mismo sitio que hacía dos semanas. En su cara plana había una sonrisa imprecisa, el hoyuelo que tenía entre las cejas se había aflojado. Cruzó las piernas y se recostó hacia atrás. La punta de sus zapatos negros resplandecía de betún.

–Aquí no tenemos nada que hacer –le dijo Mei a Gupin–. Vámonos.

Gupin se puso de pie despacio, con la bolsa de lona debajo del brazo. Salieron los dos por la puerta.

En el pasillo se había juntado una multitud, gente del despacho de abogados de la puerta del lado y de otros negocios que había en el edificio. Se quedaron mirando a Gupin y a Mei que se iban.

–¿Qué ha pasado? –preguntó uno de ellos.

Ni Mei ni Gupin respondieron. Gupin bajó la cabeza, haciendo crujir contra el suelo las suelas de sus zapatos. Mei siguió mirando al frente para no tropezarse con las miradas escudriñadoras de los curiosos. Intentó no escuchar los murmullos, pero no pudo evitar que algunas palabras o trozos de frases se le metieran por los oídos.

–Seguro que habrá violado alguna ley.

–Ya sabía yo que era ilegal.

La pintura de su madre estaba empezando a pesarle en la mano.

La lluvia caía en cortinas, llenando el aire de un frío olor a polvo. Llovía a cántaros sobre el camino de tierra de delante del Bar de Tallarines Cielo Azul. Mei puso las manos sobre la taza de té, tratando de retener el calor que se escapaba. Los finos muros y las ventanas desvencijadas parecían tener mil agujeros por los que el frío y la humedad se filtraban hacia dentro. Mei se volvió para mirar por la ventana. Había una zapatilla rosa de niño tirada de lado en mitad del barro del camino. Un conductor de carreta pedaleaba furiosamente bajo el aguacero. Luego todo se quedó vacío y en silencio durante mucho rato.

Mei no estaba segura de si el día se había convertido en tarde. El cielo estaba de un gris plomizo. En el bar de tallarines no había nadie más que Mei, Gupin y la joven camarera, que hasta que llegaron estaba arrodillada en una silla detrás de la barra, contemplando la lluvia.

–¿Qué vamos a hacer? –dijo Gupin haciendo girar su taza de té.

Mei bebió un sorbo. El té se había quedado insípido después de añadir agua caliente a la tetera por tercera vez. Gupin levantó la cara, con los anchos hombros alzándose por debajo de la camisa mojada. Por un instante, a Mei le dieron ganas de apoyarse en uno de ellos.

Todo había ocurrido demasiado rápido. El rostro delgado del señor Fu, su sonrisita fugaz y la orden de clausura llena de sellos rojos relampaguearon en la mente de Mei.

–No tiene sentido –dijo, apoyando la taza–. Ninguna de mis *guanxi* ha conseguido averiguar nada sobre esta investigación. La gente del departamento del señor Fu no sabía nada. Su jefe tampoco sabía nada. Y va y se planta aquí con una notificación formal de clausura cargada de sellos de todos los departamentos gubernamentales de Pekín.

–Supongo que la investigación será secreta.

–Pues ha hecho todo el ruido que ha podido.

–¿Por qué lo dices?

–Tú fíjate en lo que está haciendo. Trae una notificación de clausura aprobada por todo el mundo, cuando habría bastado con mucho menos. Se presenta aquí con todo un equipo a media mañana armando barullo, revolviéndome el despacho y arramplando con todo. Somos una empresa pequeña. No necesitan echarse encima de nosotros a lo bestia como han hecho. Está intentando que nos enteremos de algo, Gupin. Nos está lanzando una advertencia.

–¿Qué tipo de advertencia?

–No lo sé.

Gupin parecía desanimado.

–Vamos a pensarlo. Pero antes necesitamos comer.

–A mí se me ha quitado el hambre –dijo Gupin.

–Pues yo con el estómago vacío no puedo pensar.

La camarera se acercó. Se echó la larga trenza hacia un lado y basculó con la cadera sobre una pierna.

–¿Qué les apetece?

–Yo quiero tiras de cerdo con tallarines fritos en salsa –dijo Mei.

–Y yo un cuenco grande de tallarines picantes con falda de vaca, con doble ración de guindilla –dijo Gupin.

La camarera les tomó el pedido y se alejó.

–Vá a estar todo muy claro en cuanto consigamos averiguar a quién persigue el señor Fu –dijo Mei.

–Nos persigue a nosotros. Nos ha cerrado el negocio.

–Yo creo que la cosa es un poco más complicada. El señor Fu está tendiendo una gran red, demasiado grande para pescar peces pequeños como nosotros.

–Pero quién...

–Están buscando algo. Algo que puedan usar para pescar a peces más gordos. He estado repasando nuestros archivos. ¿Te acuerdas del señor Peng, el jefe de la compañía discográfica Guanghua? El dinero suscita envidias. Puede que al final alguien esté intentando relacionarle con el asesinato de Kaili.

–El señor Peng tiene las manos manchadas de sangre.

–Otro que podría tener enemigos poderosos es el General de División Yi.

–El General Yi es un tipo antipático. No me sorprendería que fuera él el que está detrás de todo este asunto. Quiere vengarse de nosotros por haber ayudado a su mujer –dijo Gupin.

–Yo también había pensado en eso. Pero si lo que quería era vengarse, no habría esperado tanto tiempo. El divorcio, aunque fuera un bochorno, fue una batalla pequeña para alguien de su posición. El ejército es un lugar que proporciona poder, pero también es un lugar que exige energía y habilidad para sobrevivir. Hay facciones, luchas por el poder, la gente tiene que estar constantemente atenta al peligro, asegurándose de ponerse en el bando bueno y calculando cada uno de sus movimientos. Yo creo que alguien está buscando información para hacerle daño al General Yi.

–¿Y qué información podemos tener nosotros?

–Podría ser algo que le relacione con algún elemento indeseable del ejército. También es posible que la jugada sea contra algún aliado del General Yi, algún superior suyo o algún amigo. Últimamente en el ejército la lucha por el poder está al rojo vivo por culpa del dinero. Es mucho lo que está en juego.

Mei bebió un trago de té y continuó.

–¿Tú sabías que el Ejército de Liberación Popular es el grupo empresarial más rico y más poderoso de China? El Departamento de Estado Mayor del Ejército de Liberación es propietario de China Poly, la sociedad de cartera de inversiones. El Departamento de Política General es propietario de China Carrie, que se dedica a inversiones y explotaciones mineras. La Marina del Ejército de Liberación es propietaria de la naviera Songhai de China. Está también Sanjiu, que es el mayor fabricante de productos farmacéuticos de China. Añádele a eso los negocios controlados desde niveles más bajos del Ejército de Liberación y los que pertenecen a militares retirados. La cantidad es enorme, son muchos billones de yuanes. El poder político y económico: por un premio así vale la pena tomarse muchas molestias.

Se quedaron en silencio, contemplando la lluvia.

–¿Qué nos va a pasar a nosotros?

–Ojalá yo lo supiera. Por lo menos no nos han detenido, lo cual ya es buena noticia. Eso significa que nos queda una esperanza.

Gupin soltó un gemido.

–Por el momento la agencia está cerrada. Eso no podemos remediarlo.

–Supongo que puedo buscarme algún trabajo por horas o echarle a lo mejor una mano a Lisha en la peluquería.

–Si necesitas dinero...

–No. Me apaña. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

–No estoy segura –dijo Mei.

Les trajeron los tallarines, humeantes de aroma a cilantro y guindilla. Mei tenía tanta hambre que habría podido comerse dos cuencos enteros. Gupin se echó pimienta en la sopa, que estaba llena de aceite rojo de guindilla. Por aquel día habían tenido suficiente agitación y suficiente frío. Ya era hora de entrar en calor.

Después de la comida, Mei y Gupin se dijeron adiós. Gupin se alejó pedaleando en su bicicleta, protegiéndose bajo un amplio impermeable. Mei lo miró disolverse en la lluvia y la grisura del día. Luego se metió en su coche y llamó por teléfono al inspector Zhao. No hubo respuesta. La ciudad estaba oscurecida y borrosa por la lluvia: obras con el suelo medio levantado, bloques anónimos de apartamentos grises, y el gran letrero del Hospital Kangwei Long. Mei se preguntó si no debería irse a su casa. Allí estaría calentita, sola, pero calentita. Contempló la lluvia que caía, áspera e interminable. Se preguntó cómo iba a poder enfrentarse a los cuartos vacíos de su apartamento, en un día como aquél, en el que todo se estaba desvaneciendo ante sus ojos. De pronto se sintió enfadada con el mundo. «Pues que se desvanezca y desaparezca todo lo que quiera», se dijo en silencio. «No me pienso asustar.» No quería darse por vencida, pero tampoco se sentía capaz de enfrentarse al tráfico de la

carretera de circunvalación con lluvia.

Volvió a marcar el número del inspector Zhao. Al final lo cogió su secretaria. Le dijo a Mei que su jefe no estaba y que iba a tardar un tiempo en volver. Su tono y su forma de decirlo hicieron sospechar a Mei. Le costó algo de tiempo y mucha persuasión, convenciendo a la secretaria de que se habían conocido hacía dos semanas en el despacho del inspector Zhao, enterarse de lo que le había ocurrido a su amigo.

Mei se dirigió en coche al hospital conduciendo a toda velocidad, con los limpiaparabrisas moviéndose tan frenéticamente como sus pensamientos. En las calles reinaba el caos. Inundaciones repentinas hacían peligrar la conducción. Los autobuses tenían que describir amplios giros. Los coches iban fundiéndose y divergiendo en todas direcciones. Dos conductores abandonaron sus coches en mitad del cruce de Guanghai y salieron a la lluvia a gritarse el uno al otro. Los ciclistas, con las capas impermeables aplastadas por la fuerza de la lluvia, maldecían, levantando un dedo acusador, cuando los coches los salpicaban al pasar.

La confusión de la calle no era nada comparada con el desorden que había en el hospital. El vestíbulo estaba inundado de gente: padres con bebés en brazos, niños que gritaban, largas colas por todas partes. Mei vio en la pared un letrero que decía «Información», pero el mostrador no logró verlo, porque se lo tapaba una multitud apretada y ruidosa.

Mei subió por las escaleras hasta el tercer piso, y de éste al quinto. Lógicamente, al ser un hospital, no había cuarta planta. *Si*, el número cuatro, sonaba igual que *si*, la muerte. Sentados en los rellanos de la escalera, parientes de enfermos o de heridos esperaban alguna noticia.

–Vengo a ver al inspector Zhao, de la Comisaría del Distrito de Chaoyang –le dijo Mei a la enfermera que había en el mostrador.

–¿Visita privada o del trabajo?

–Soy amiga suya.

–Diez yuanes.

–¿Y si fuera pariente suya?

–Lo mismo.

–¿Y si fuera una compañera del trabajo?

–Entonces sería gratis.

Mei pagó a la mujer.

–Zona reservada, habitación número 8.

Mei recorrió el pasillo, que había sido pintado recientemente, y vio su propia sombra, indefinida y distorsionada. Cuanto más se acercaba a la habitación número 8 de la zona reservada, más la asustaba el estado en el que pudiera encontrarse al inspector Zhao. Se imaginó un brazo sin mano, pies a los que les faltaban dedos, un rostro lleno de horribles cicatrices. «Y puede que sea aún peor», se advirtió a sí misma.

Dio dos golpecitos suaves en la puerta y esperó. Como no hubo respuesta, apretó el picaporte y abrió sin hacer ruido la puerta. El inspector Zhao estaba tendido en la cama, con los ojos cerrados y la cabeza envuelta en vendas.

Mei se acercó de puntillas hasta la cama y se inclinó sobre él. Tenía algunos cortes en la cara, que se le estaban curando. Escuchó su respiración, leve y rítmica. Se le veía pálido y desvalido.

–Ay, qué tonto has sido –dijo Mei, sintiendo el impulso de abrazarle–. Mira en lo que te has metido. ¿Por qué no podías quedarte en tu oficina?

El inspector Zhao abrió los ojos y sonrió.

–Mei, eres tú.

–Pero... –Mei respiró con fuerza, sintiendo los latidos de su corazón–. Vaya susto me has pegado.

El inspector Zhao se incorporó en la cama.

–¿Qué haces? Creí que estabas gravemente herido... tu secretaria me ha dicho...

–No le hagas caso –dijo el inspector Zhao moviendo una mano–. No tendrás por casualidad un cigarrillo, ¿verdad?

–No.

–Tengo unas ganas de fumar...

–¿Quieres que se lo diga al doctor?

–No –el inspector Zhao sacudió la cabeza–. No me dejan fumar hasta que salga del hospital.

–Tienes buena cara.

El brillo de los ojos de él se atenuó.

–Me han suspendido en el cargo.

–¿Qué ha pasado?

El inspector Zhao le contó a Mei lo de la redada. Su voz se fue volviendo más contenida y más solemne a medida que hablaba, hasta que el gorgoteo del agua en una cañería oxidada que había junto a la ventana se hizo superior a sus fuerzas. Paró de hablar.

Mei extendió la mano, queriendo consolarle, pero la detuvo antes de tocarle, al borde de la cama, sobre el blanco y húmedo edredón del hospital.

–La culpa no ha sido tuya –le dijo

–Pero eso da lo mismo, ¿no? A mí tampoco me apetece estar sentado en mi despacho mientras se resuelve la investigación. No puedo con los cotilleos y las miraditas.

–¿Por qué no te vas a casa?

–Eso estaría bien, lo único es que no le he contado a mi mujer lo de que me han suspendido en el cargo. Se ha hecho unas ilusiones enormes con mi ascenso. No me siento capaz de decepcionarla. Hasta se ha puesto a trabajar en el turno de noche para ganar más dinero.

–¿Cuánto tiempo crees que vas a poder estar aquí escondido?

–Mientras no me descubran...

–Lo que digo es que cuánto tiempo vas a poder tú aguantar.

El inspector Zhao miró a Mei con ojos tristes y lastimeros. Apartó el edredón y saltó de la cama.

–¡Estoy muerto de aburrimiento! No me dejan fumar. Cada vez que oigo pasos pego un salto. No soy capaz de comerme la comida. ¡No te rías! No sabes cómo me tratan. Me obligan a comérmela. La enfermera se sienta conmigo a vigilarme, y luego me sonrío cuando me he terminado hasta el último bocado. ¡Y además esto! –señaló las salpicaduras de sangre que había en las partes de la pared en donde había aplastado algún mosquito–. Los mosquitos están a punto de matarme. ¡Y esto! –el inspector Zhao cogió el libro que tenía sobre la mesilla y lo agitó violentamente ante la cara de Mei.

Mei se lo cogió de la mano.

–*El camino de la felicidad.* ¿Qué tiene de malo? Si no recuerdo mal, la última vez que te vi estabas interesadísimo.

–Te voy a decir lo que tiene de malo –el inspector Zhao le quitó el libro y lo tiró a la papelera–. No dice más que chorradas: todo ese rollo del karma, los pecados del pasado, la meditación. Mi padre tenía razón, aunque no fuera más que un campesino. Decía que la felicidad consiste en trabajar mucho. En hacer bien el trabajo de uno.

–Igual debería leerlo yo –dijo Mei, recogiendo de la papelera el libro–. Me he quedado sin trabajo.

–¿Qué?

–Me han cerrado el despacho. ¿Te acuerdas de lo del señor Fu, de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas?

–¿Cuándo ha sido?

–Esta mañana. Ha aparecido con una Orden de Clausura del Negocio. Llevaba el sello de la Comisaría de Chaoyang. ¿Sabes tú algo de eso?

–No. Pero puedo enterarme cuando vuelva a la comisaría.

El inspector Zhao le pidió que le devolviera el libro.

–Lo que tú necesitas no es eso. Tampoco es lo que necesito yo, pero tengo que quedármelo. Me lo ha regalado mi mujer. Si no, cuando venga de visita se va a dar cuenta de que no lo tengo.

Oyeron ruidos y pasos apresurados. El inspector Zhao se metió rápidamente en la cama y apenas se había tapado con el edredón cuando se abrió la puerta. Entró la inspectora Hua a paso de marcha. Una enfermera venía corriendo detrás de ella, rogándole:

–No se encuentra bien.

La inspectora Hua se acercó a la cama del inspector Zhao y dijo:

–Recoge tus cosas, Zhao. Te vienes conmigo.

Se volvió y le lanzó a Mei una mirada fría.

–Es una amiga –dijo el inspector Zhao.

–El comisario Chen quiere que vuelvas a la comisaría –dijo la inspectora Hua.

-Creí que me habían suspendido en el cargo.

-Pues ya no. Te necesitan. Ha habido un asesinato.

Mei fue conduciendo por la calle del Templo de los Lamas. La lluvia había amainado hasta quedarse en llovizna. Las tiendas que se encargaban de dar de comer a asiduos y a turistas estaban ya cerrando, descolgando amuletos y tapices de Buda de los postes de bambú. En los establecimientos de comida rápida se cocían caracoles en ollas llenas de guindilla. En las radios portátiles resonaba la ópera de Pekín. Había mucho tráfico. Los oficinistas esperaban en las aceras mojadas, lanzando una y otra vez la mano al aire en busca de unos taxis que de pronto se habían vuelto escasos.

Mei podría haber girado hacia el norte en cualquier cruce y habría llegado a su casa. Pero no era a su casa a donde quería ir. El inspector Zhao había vuelto a la comisaría de Chaoyang, Gupin se había vuelto con Lisha. Mei sintió que ella no tenía adónde ni con quién volver. La lluvia que llevaba todo el día cayendo y que enfriaba el aire parecía haberse llevado también todas sus fuerzas. La realidad con todo su peso le cayó encima de golpe: el negocio que había levantado con el sudor de su frente se lo acababan de quitar, así, como si tal cosa.

En la calle del Fantasma se veía a las chicas de alterne bajo los faroles rojos, preparadas para dar la bienvenida a los clientes. Mei dejó que la calle la llevara, curvándose en la Torre del Tambor. Estaba en el eje central que divide Pekín en dos mitades iguales, la línea de divina armonía que pasa por el punto más alto de la ciudad, Jing Shan: la Montaña con Vistas.

Gugongbeijie, la calle a la que daba la puerta norte de la Ciudad Prohibida, estaba vacía. Los conductores de triciclos taxi habían perdido la esperanza de recoger a algún último cliente y se alejaban pedaleando. Mei pensó en aquel muro de ocho metros de grosor que llevaba rodeando la Ciudad Prohibida más de quinientos años. Nadie había logrado traspasarlo, por más que las dinastías fueron cayendo y las puertas de aquel gran palacio se abrieron para los vencedores: manchúes, europeos, republicanos, comunistas.

En la calle Oeste de Jingshan pasó ante el Palacio de Cultura para los Niños y recordó una excursión con el colegio de cuando ella tenía siete años. Acababa de volver de estar viviendo en un campo de trabajo con su padre. La magnificencia del palacio y los niños, estrellas de la canción que ensayaban con un famoso profesor, pintores cuyas manitas apenas alcanzaban a sostener los grandes pinceles que se usaban para la pintura china de tinta sobre papel, la habían impresionado.

Su padre era un calígrafo consumado. Le habría encantado ver a aquellos niños. Le habría encantado conocer el nuevo Pekín con rascacielos, autopistas y coches. Hasta puede que le hubiera escrito alguna oda. Volvió a entristecerse, pensando en la derrota de las dinastías y la muerte de su padre. Pensó en su madre y en el novio de su madre, dos personas que se habían conocido en el crepúsculo de sus vidas, cerca ya del umbral de la muerte. Pensó en su hermana, con su marido, en el ático que tenían en el Bulevar de Chang'an, cenando con sus invitados, atendidos por criadas. Escenas de las vidas de otras personas, ¿era eso lo único que ella poseía?

La noche había llegado, bajo las farolas de la calle se agolpaban doradas agujas de lluvia. Mei detuvo el coche junto al bordillo. No había otro lugar al que le apeteciera o al que pudiera ir. Sacó el teléfono móvil y llamó a Wudan.

Mei abrió la puerta de su apartamento y encendió la luz. Ante ella apareció su salón, tan desordenado como lo había dejado aquella mañana. La ropa que tenía que llevar al tinte estaba amontonada en una silla. Sobre la mesita baja había una taza en la que aún quedaba té. Los sobres sin abrir y las facturas sin pagar seguían desparramados sobre la mesa del comedor. Mei soltó su bolso y se fue a abrir la ventana. El aire frío y el ruido del tráfico en la segunda vía de circunvalación, más fuerte que el de la lluvia, se colaron dentro.

Recogió la ropa sucia y la metió en un cesto que había en el cuarto de baño. Tiró los restos de té por el fregadero y fregó la taza. Juntó en un mazo los sobres y los papeles y los echó dentro de un cajón. Fregó el suelo y roció de ambientador todas las habitaciones. Puso derechos los cojines del sofá y les quitó el polvo a los alféizares. Se despojó de su ropa mojada y se puso un vestido seco de color rosa, pero luego se lo pensó mejor y se lo cambió por algo más sobrio, una camisa azul y unos vaqueros.

Sonó el timbre de la puerta. Fue a abrir. Ante ella estaba Wudan. Llevaba un traje de verano, y en la mano una bolsa de comida para llevar de Tiao-jiang-nan.

–Espero que no estés muerta de hambre –dijo.

–Pasa. No tenías que haberte molestado. Podíamos haber ido a un restaurante.

–No se me ocurriría hacerte pasar por eso después de un día como hoy –Wudan puso la bolsa en la mesa del comedor–. ¿Estás bien? –preguntó.

Ella habría querido decir que sí pero no le salieron las palabras. La mirada comprensiva de los ojos de él hizo que su determinación se derritiera. Las lágrimas le vinieron a los ojos. Wudan la abrazó.

Mei se quedó sorprendida. No se había imaginado la fuerza de su abrazo ni la calidez de su pecho. Por un momento se quedó envuelta en su protección, sin saber cómo reaccionar. Luego la asaltó su propia soledad. Notó lo frío que estaba el aire. Cerró los ojos, dejó caer la cabeza sobre el hombro de él y lloró.

–Lo siento. Te he mojado la chaqueta –dijo Mei cuando se hubo secado los ojos.

–No te preocupes.

Mei trajo de la cocina cuencos de arroz y palillos. Se sentaron y comieron de las cajas de plástico para llevar. Mei devoró aquella comida: Pollo con Guindilla, Berenjena en Aceite Rojo, Ternera Seca Prensada, Mapo Tofu... Le calentó el humor. Le contó a Wudan lo que había ocurrido. Él la escuchaba, interrumpiéndola a cada poco para pedir alguna aclaración; luego se quedó callado, pensando. Sus ojos fijos en ella, su voz calmante. Mei pensó que su apartamento ya no tenía un aspecto tan desvaído, o si lo tenía a ella ya no le preocupaba. El vacío de las paredes y la noche tampoco le importaban ya. Mei se sintió ligera como una pluma.

Cuando terminaron de cenar se trasladaron al sofá con un té. Mei encendió la lámpara de la mesita, que difundió un suave resplandor amarillento. Sintió la vibración en la voz de Wudan:

–¿Cómo puedes estar tan segura de que no va a por ti?

–No estoy segura. Es sólo una sospecha.

–A juzgar por los nombres de los organismos que han aprobado el Aviso de Clausura del Negocio, yo diría que la investigación va en serio.

–Pues mis *guanxi* son gente que tiene buenos contactos en el gobierno. Uno de ellos es un policía que trabajó conmigo en el Ministerio de Seguridad Pública. Tiene acceso a información confidencial de alto nivel. Y nadie ha conseguido averiguar nada sobre esta investigación –dijo Mei.

–Puede que estén asustados de lo que han averiguado y prefieran mantenerse a distancia. Ya sabes lo rápido que se dan la vuelta las corrientes políticas en esta ciudad. Y la gente se deja de lealtades en cuanto huele el peligro.

–Los conozco desde hace mucho tiempo.

–Pero la gente cambia. Vámos a pensar que tienes razón en lo del señor Fu. Eso tampoco significa que tú puedas estar tranquila. Verte envuelta en las luchas políticas de otros es igual de peligroso. Te pueden cerrar la agencia para siempre. Te pueden meter en la cárcel. Te pueden acusar de cualquier cosa que encuentren en los archivos de tu empresa o que ellos mismos se inventen. Cuanto mayor es la recompensa, más ansiosa se pone la gente.

Wudan dejó su taza en la mesa.

–No se lo digas a tus clientes. Les va a entrar el pánico. La gente no es capaz de razonar cuando tiene miedo.

–Tengo que proteger a mis clientes.

–Lo entiendo, y te respeto por ello. Pero no te precipites. Déjame que te ayude.

–No te puedo pagar. Ya no tengo ingresos.

–No hace falta que me pagues.

–Eso no lo puedo aceptar.

–Bueno, pues un yuan al día.

Mei sonrió. Wudan le tocó a Mei la cara. Ella contuvo el aliento. Él apartó un mechón de su largo pelo.

–Cuidado, se te está metiendo en el té.

Mei vio sus ojos cálidos y amables. Sintió la necesidad de cogerle la mano, o de salir corriendo.

Wudan dijo:

–Lo mejor que puedes hacer en este momento es conservar la calma y no revolver la hierba. La situación es delicada. Más te vale no cometer errores que te pongan aún más a tiro.

Mei agarró su taza de té como si fuera una cosa preciosa que hubiera que proteger. Wudan tenía razón. ¿Cómo

podía ella estar segura de nada? ¿Cómo iba a saber a ciencia cierta en quién podía confiar?

–¿Se lo has contado a tu hermana? –preguntó Wudan–. Seguro que ella conoce a alguien importante que te pueda ayudar.

–Es verdad. Pero no sé si ella y su marido querrán verse envueltos en esto. Ellos tienen mucho que perder si las cosas se tuercen.

–¿Y qué me dices de tu amigo policía de la comisaría de Chaoyang?

–El inspector Zhao no tiene tiempo para ayudarme. Han descubierto un cadáver en Pingfang.

Le contó a Wudan su visita al hospital.

–¿Un asesinato?

–Sí.

–¿Quién es la víctima?

–Todavía no lo saben.

Sonó el teléfono móvil de Wudan. Él miró la pantalla.

–Perdona, pero tengo que cogerlo. ¿Te importa?

–No. Puedes hablar en el dormitorio.

–Gracias.

–*Wei?* –gritó al teléfono. Se metió en el cuarto de Mei y cerró la puerta.

Mei le dio un trago al té y soltó el aire despacio, dejando que los hombros se le relajaran. Hasta entonces no se había dado cuenta de que estaba tensa, ni de que se había hecho de noche. Se puso de pie, cerró la ventana y corrió las cortinas. Barajó por un instante poner algo de música pero al final decidió no hacerlo. Contempló la parte del sofá donde hacía sólo un minuto o dos estaba sentado Wudan, su taza de té que seguía sobre la mesa, llena hasta un centímetro por debajo del borde. ¿Qué tipo de situación era aquella? ¿Era él un amigo que acudía en su ayuda cuando lo necesitaba, o era algo más? Cerró los ojos y volvió a sentir la presión de su abrazo.

–¿Estás cansada? Perdona lo de la llamada, cosas del trabajo –dijo Wudan saliendo del dormitorio.

–No, estoy bien –dijo Mei poniéndose roja.

–Sigue contándome lo del caso de asesinato, que nos han interrumpido –dijo Wudan, sentándose y cogiendo su taza de té para darle un sorbo.

Mei volvió a sentarse en el mismo sitio que antes, apoyada contra el brazo del sofá.

–El cadáver lo han encontrado en un edificio en construcción, en Pingfang. Según ha dicho la inspectora Hua, tiene la cara destrozada. Cerca del cadáver encontraron algo que podría ayudar a identificarlo. Pero la inspectora Hua no dijo qué era. Mi amigo el inspector Zhao es muy buen detective de homicidios. Él va a resolver el caso.

–Me alegro.

Se quedaron callados. Cuando Mei levantó los ojos vio que Wudan la estaba mirando como si buscara y hubiera encontrado algo en ella. Con las fuerzas flaqueándole, notó cómo la examinaba. Apartó la mirada.

Wudan dijo:

–Cuando he entrado en tu dormitorio no he podido evitar fijarme en una foto que tienes al lado de la cama. ¿Quién es el hombre que está contigo?

Mei sabía a qué foto se refería. Se la habían hecho el pasado Año Nuevo chino. Yaping había venido de visita y habían ido juntos a ver el espectáculo de los faroles encendidos.

–Es mi novio –dijo Mei–. Vive en Chicago.

–¿Y cómo os conocisteis, si él vive en Chicago y tú en Pekín?

–Nos conocemos desde hace quince años. Fuimos compañeros de clase en la universidad. Cuando terminamos la carrera, Yaping se fue a Estados Unidos a hacer el doctorado. La idea era que volviera al cabo de un año o dos, en cuanto hubiera terminado, y que nos casáramos. Pero no volvió. Conoció a otra persona, otra estudiante china de la Universidad de Chicago, y se casó con ella.

–Lo siento.

–Hace dos años volvió a Pekín en viaje de negocios. Se había separado de su mujer.

–Y habéis vuelto a estar juntos.

–Sí.

Mei volvió a llenar las tazas de té vacías.

–¿Le has perdonado?

–¿Por qué todo el mundo me habla de perdón? ¿Qué es lo que tengo yo que perdonar? Todos nos enamoramos

y todos cometemos errores.

Mei se mordió el labio. ¿Qué le pasaba aquella noche? ¿Dónde estaban sus defensas, la máscara tras la que tan bien se le daba ocultarse? Sabía lo que debía de estar pensando Wudan. Había aprendido lo suficiente de su hermana psicóloga para saberlo: pero si hubiera estado tan dolida no habría podido hacer las paces con Yaping, ni consigo misma.

–Creo que nunca dejé de quererle –se sintió obligada a explicar–. Puede que la palabra «amor» no sea la más exacta. En realidad puede que sea imposible seguir amando durante más de uno o dos años cuando la relación se ha terminado. Pero es como cuando a uno lo hieren en una pelea de navajas, que le quedan las cicatrices. El amor no correspondido es de lo más romántico, ¿no te parece? Pero qué estoy diciendo. No sé. Supongo que lo que estoy intentando decir es que no es tan sencillo como perdonar o dar una segunda oportunidad. Es más complicado.

–El amor siempre es complicado, sea la primera oportunidad, la segunda o la que sea.

–¿Cómo podemos saber que no nos estamos equivocando?

–No podemos, y tampoco podemos aprender para la próxima. Es como jugar a la ruleta. Cada turno tiene sus propias particularidades, nada que ver con lo que haya hecho uno antes.

–¿Y eso no te asusta?

–Sí.

–¿Y qué haces?

–Echarle fe ciega. ¿Te acuerdas en *Indiana Jones y la última cruzada*, cuando él tenía que cruzar un precipicio y no encontraba el puente, y dio un paso en el aire y apareció un puente bajo sus pies? Eso es lo mejor que podemos hacer: dar un salto de fe... encontrar el Grial o morir.

–¡Eres un romántico!

–Pues como tú, que sigues enamorada desde hace muchos años del mismo hombre por más que él te haya traicionado.

Mei sacudió la cabeza.

–No sé por qué ha sido así. Puede que porque la gente a la que he querido siempre me ha dejado, y por eso yo intentaba seguir ahí. Puede que lo de hace todos esos años fuera un salto de fe. No salió bien. No apareció delante de mí un puente para poder llegar al otro lado. Esta vez todo el mundo dice que es el destino, pero yo ya no estoy segura de seguir teniendo fe.

–¿Y él qué dice?

–Se va a volver a vivir aquí, para llevar la sucursal de su empresa en China.

–¿Significa eso que está preparado para dar el paso?

–No lo sé. Lo gracioso es que igual sí sé lo que haría el Yaping de veintidós años, pero no lo que piensa hacer el de treinta y dos –dijo Mei intentando quitarle importancia, porque de pronto se sentía incómoda hablándole a Wudan de Yaping. Pero sus propias palabras la habían asustado. Ella sabía que había dicho la verdad.

–Tienes cara de cansada –dijo Wudan.

Lo vio inclinarse hacia ella, con los ojos prendidos de los suyos. La rodeó con sus brazos. Seguía mirándola, hablando todavía, con ternura. Ella sintió que se ahogaba. Al contacto con él las fuerzas le fallaron. Y luego ya no vio nada.

Él la besó y ella sintió sus labios suaves y apremiantes. Se apretó contra el pecho de Wudan. El asalto de aquel abrazo le infundió valor, como un solo acto de valentía, de él con ella, que los atara el uno al otro. Lo entendió y se lo agradeció. Le besó, sus bocas se apretaron una con otra.

Cuando él aflojó la presión de sus brazos, Mei volvió la cara, con la cabeza todavía apoyada en el pecho de él.

–Ha sido un día horrible –susurró.

Él no se movió. No se apartó ni le negó su apoyo. Continuó con ella, sin reconocimientos ni ceremonias. Mei comprendió que iba a seguir allí mientras ella le necesitase.

–Duerme un poco. Este fin de semana te llevo a jugar al golf –Wudan la besó una última vez y la soltó.

Mei se despertó en mitad de la noche. Se dio la vuelta e intentó volver a dormirse. Pero tenía la mente ocupada. Estaba demasiado oscuro para ver la foto de la cómoda, pero se la sabía de memoria. Estaban Yaping y ella al pie de unos farolillos de papel pintados a mano. Él llevaba un abrigo de pelo de camello y una bufanda gris, y unas gafas sin montura apoyadas en la nariz. El mentón se le había puesto más estrecho con los años. Tenía los ojos fijos en algún punto más allá de la lente de la cámara, y un remolino de pelo cayéndole por la frente.

En sus adormecidos pensamientos se metió una imagen de dos maletas, llenas de trajes de Brooks Brothers, libros en inglés, regalos, en el suelo de una casa de Chicago, de la que le habían enseñado fotos, que acababa de venderse. Yaping iba a llegar muy pronto, para vivir en Pekín. Por fin iban a estar juntos. Pero ¿era eso lo que ella quería: una cama compartida bajo la que se guardaban dos maletas que pertenecían a un hombre que había viajado a lugares lejanos y había vivido una vida que ella no podía ni imaginar? ¿Era el recuerdo de un amor de juventud, por apasionado que fuera, suficiente para ser felices?

Se acordó de la voz de Wudan, del contacto de su piel. Se acordó de la fuerza de su abrazo. Pensó en las palabras que le había dicho. Le sonaban a algo conocido. Ya las había oído antes, quizá dichas por ella misma, sobre el amor y la fe.

No era capaz de volver a dormirse. Era una noche negra de sentimientos y exceso de cansancio. Se quedó tendida en la oscuridad, esperando y deseando que la suave luz del amanecer viniese a llevarse su soledad.

El señor Li sintió que caía. La noche estaba de una negrura espesa. Su cerebro se estaba disolviendo.

Abrió los ojos. Estaba sonando el teléfono

–*Wei?* –dijo, cogiendo. La sangre se le agolpó en la cabeza.

–Li, ¿estás durmiendo?

–Pero quién coño...

–¡Levántate, que es casi la hora de comer!

El señor Li se levantó de un brinco. Reconoció la voz de Mao.

–Me... me quedé hasta tarde anoche.

–¿Está todo bajo control?

–Sí, sí. Ningún problema.

Un escalofrío le bajó por la espalda. ¿Se habrían enterado de lo del detective privado?

–El Hermano Mayor quiere hablar contigo. Ven al Liangma Qiao en una hora.

–¿Qué problema hay?

–¿Por qué iba a haber ningún problema?

–No, por nada. Yo ya estoy despierto.

–El sol te está quemando el culo.

Mao colgó.

El señor Li salió de la cama. Estaba empapado de sudor frío. Se quedó parado en mitad del cuarto, hipnotizado por la claridad que se filtraba por los bordes de las cortinas. Tuvo miedo de que el día comenzara.

No tenía tiempo para andarse con titubeos. Como hubiera tráfico, podía tardar más de una hora en llegar al Liangma Qiao. Abrió de un tirón las cortinas y se quedó un momento allí parado, en cueros, como si fuera un mártir, disfrutando la cálida sensación de la luz del sol.

Revolvió en su armario y sacó una camisa de nailon y un par de pantalones oscuros. Se vistió, se metió el teléfono móvil, la cartera y las llaves en los bolsillos y salió a toda prisa del apartamento.

Sentado en el taxi, el señor Li se pasó los dedos por la cabeza y se le quedaron unos cuantos pelos en la mano. Los contempló, negros sobre su piel rosada, antes de tirarlos al suelo. Se sintió extrañamente reconfortado, como si llevara tiempo esperando un signo de deterioro como aquél. Se revolvió en el asiento, muerto de ganas de fumar. Algo no marchaba bien. Si no, el Hermano Mayor no le habría mandado acudir al Liangma Qiao.

El señor Li salió del taxi y siguió a pie por la calle privada. El sol resplandecía en las tejas naranjas de lo alto del muro que flanqueaba la calle. La verja estaba cerrada; la barrera para coches, bajada. Cuando los guardias vieron aproximarse a Li, uno de ellos se acercó a hablar con él desde detrás de la verja de barrotes de hierro. El señor Li le dijo a qué número iba. El guardia se metió en la garita a hacer la llamada.

A los pocos minutos apareció Mao.

–Llegas tarde.

–Lo siento, me ha costado mucho encontrar un taxi.

–¿Qué le ha pasado a tu coche?

–Lo tengo en el taller.

–Creí que era nuevo.

–Y lo es. No le pasa nada. Necesitaba una buena limpieza –«para hacer desaparecer las huellas del cadáver», completó para sí mismo el señor Li.

El guardia abrió la verja. Mao y el señor Li subieron por un camino que daba vueltas, con flores y palmeras a ambos lados. En dirección contraria venía, riéndose, un niño en triciclo, empujado por su niñera.

–¿Qué ha pasado? –preguntó el señor Li, incapaz de seguir conteniendo los nervios.

–Espérate a que llegemos a la casa –dijo Mao.

El señor Li sintió calor por debajo del cuello de la camisa. «El perro rabioso muerde hasta a su propia familia», maldijo en silencio. ¿Por qué se daba Mao tanto pisto? ¿Qué había hecho él, aparte de convertirse en la sombra del

Hermano Mayor?

El chófer del Hermano Mayor estaba delante del garaje sacándole brillo al Mercedes. Le hizo un saludo con la cabeza a Mao cuando pasaron por delante. La casa tenía doble vestíbulo y dentro hacía fresco. Una criada les alcanzó unas zapatillas de cuero. El señor Li se preguntó cuántos invitados se las habrían puesto antes que él. Metió los pies en ellas y siguió a Mao hasta una sala en la que había un imponente piano y un gran ventanal que daba al jardín.

Apenas se habían sentado cuando por otra puerta entró el Hermano Mayor.

–No os levantéis. ¿Tú habías estado ya aquí? –le preguntó, sentándose con Mao en el sofá, al otro lado de la mesita baja.

–No –respondió el señor Li.

Bien sabía el Hermano Mayor que él nunca había estado allí. Nunca le había invitado, pensó el señor Li.

–Dice Mao que anoche tuviste algún problemilla –dijo el Hermano Mayor.

–Qué va. Ningún problema. Todo va perfecto. No podría ir mejor.

–No queremos problemas en este negocio, Li.

–Puedes confiar en mí, Hermano Mayor.

–¿Qué tal fue la cosa con los rusos?

–Me encargué yo de ellos, ya sabes. No hay de qué preocuparse. Tú sólo dime lo que quieres que haga.

–Por eso quería verte. Tenemos un problema –dijo el Hermano Mayor.

–¿Qué problema?

–El Ministerio de Defensa. Alguien nos quiere buscar un lío.

–¿Un lío? ¿Quién?

–¿Tienes miedo? –babeó Mao, mirándole como un pasmarote.

–¿Yo? ¡No!

El Hermano Mayor nunca había mencionado el Ministerio de Defensa. El tráfico de armas no era un juego de niños. Como algo se torciera se podía encontrar con una bala en la cabeza.

–Es imposible ganar mucha pasta teniendo pocos cojones –dijo Mao.

–Yo me ocuparé del problema –dijo el Hermano Mayor–. Mientras tanto lo que quiero es que no te hagas notar.

«Me parece que llega un poco tarde el aviso», pensó el señor Li. Paseó la vista por la sala, las cortinas amarillas, el piano. Su única protección eran aquellos dos tipos que tenía sentados delante. «Por favor», rezó, «que no se me desmorone el castillo de naipes».

–¿Qué quieres que haga con los rusos? –preguntó el señor Li, empezando a sudar.

–Mantenlos encerrados hasta que yo haya arreglado las cosas –dijo el Hermano Mayor.

–Cómo no.

–Asegúrate de que no se tuerzan las cosas por tu lado –dijo Mao–. El Hermano Mayor no puede dejarse ver por ese barrio. Si algo sale mal, nosotros no tenemos nada que ver con todo esto.

–Entiendo –el señor Li intentó que la voz le sonara firme y la mandíbula no le temblara.

–En realidad no hay de qué preocuparse –dijo el Hermano Mayor.

Se pusieron de pie.

El Hermano Mayor se acercó al señor Li y le puso una mano en el hombro.

–Tengo una reunión en el Ministerio. ¿Tú has comido? ¿Te apetece una sopa de tallarines? Le puedo decir al cocinero que te haga algo de comer.

El señor Li tenía tanta hambre que podría haberse desmayado. Pero no quería seguir allí. Se sentía como una pulga atrapada en una telaraña. Lo único que quería era escapar.

–Prefiero que no te molestes –dijo, apartando el hombro de debajo de la mano del Hermano Mayor.

–¿Estás seguro? ¿Puedes encontrar tú solo el camino de salida?

–Yo te acompaño hasta fuera –dijo Mao.

La criada estaba esperando en el recibidor con los zapatos del señor Li.

–Vigíalo –le susurró el Hermano Mayor a Mao en cuanto el señor Li estuvo donde no podía oírle.

Mei contempló la pista de golf que se desplegaba ante ella. Todo un mundo de belleza pacífica, sin amenazas ni problemas. ¿Por qué no esa vida?, pensó. ¿Por qué no darse a la buena vida y abandonar su lucha? Podía renunciar a su agencia y casarse. Podía olvidarse del señor Fu, de andar a las tantas por el Barrio Sur y de la angustia de tener que estar mirando siempre si alguien la seguía. La vida sería más sencilla.

Ésa era la vida que su madre habría querido para ella, que estuviera casada para tener quien se ocupara de ella... No en un sentido físico, pero sí para tener con quién compartir el peso de la vida. Mei se había resistido a eso, pero ahora veía las cosas de otra manera. Contemplando la hierba, las banderolas rojas, las montañas y el agua, con la luz del sol calentándole la cara, Mei empezó a apreciar la sabiduría de su madre.

Wudan se acercó y le puso los brazos alrededor.

–Apártate de la pelota, un poco más. Gira así el palo. Intenta no balancearte demasiado.

Su serenidad desapareció. Mei se sintió otra vez frustrada: había que recordar demasiadas cosas: la posición de los pies, la de las manos al agarrar el palo, la del cuerpo; cómo girar sobre uno mismo al dar el golpe; cómo hacer bascular el palo; cómo no moverse, cómo no hacer bascular el palo... Mei sintió que no era capaz de hacer bien nada.

–Relájate –dijo Wudan.

Pero cómo iba a relajarse teniéndolo a él tan cerca, con sus manos agarrando el palo por encima de las de ella.

–Déjate llevar –le susurró Wudan–. No te resistas.

Mei dejó que él la guiara. La minúscula bola blanca voló por el aire, brillando al sol.

Después cenaron en la terraza, igual que el día que se conocieron. La luz se fue suavizando, dando a entender que se acababa del día.

–¿Has sabido algo del señor Fu? –preguntó Wudan, quitándole con los palillos las espinas a un pescado en salsa de jengibre.

–No.

–¿Qué crees que va a pasar ahora?

–No lo sé. O a lo mejor es que me da lo mismo.

–¿Por qué dices eso?

Mei miró hacia las montañas del horizonte.

–No te estarás dando por vencida, ¿verdad? –preguntó Wudan.

–Igual sí.

–No puedes.

–¿Por qué?

–¿Qué pasa con tus clientes?

–A mis antiguos clientes ya les proporcioné los servicios que necesitaban. Y por mis clientes actuales no puedo hacer nada. La agencia está cerrada.

–A la Casa del Espíritu Dorado le gustaría que continuaras.

–¿No les has contado lo que ha ocurrido?

–Tu agencia está cerrada, pero puedes trabajar por tu cuenta. Te pagarán sin factura. Venga, Mei, no te vas a dejar derrotar tan fácilmente por el señor Fu, ¿verdad?

–Tampoco es que esté derrotada.

–Los Song están muy impresionados contigo. Sin tu ayuda no lo van a conseguir.

La camarera les trajo un té nuevo y se llevó la fuente, en la que sólo quedaba la espina del pescado. La terraza se estaba empezando a quedar vacía. La gente se iba marchando. El día se terminaba. Pronto ellos también tendrían que irse, de vuelta a la ciudad. Mei olfateó el frescor del aire.

–He estado investigando el trasfondo de señor Fu –dijo Mei, como para demostrar que no estaba derrotada–. Su padre es jefe de equipo en una fábrica y su madre es profesora. En el colegio sacaba buenas notas y era el mejor de su clase. Estudió en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de Pekín; su mejor amigo era el sobrino

del Secretario Delegado del Partido en el Ministerio de Telecomunicaciones. Al salir de la universidad estuvo trabajando para el Ministerio de Higiene Alimentaria durante tres años y fue ascendiendo rápidamente. Ahora dirige la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas.

–Pues es joven.

–Pero no está solo. Hay más gente implicada. Eso es lo que me dice mi instinto. Así es como funcionan en los ministerios.

–¿Y qué vas a hacer?

–He comprobado si había algo sobre mis clientes en el Ministerio de Higiene Alimentaria y en el Ministerio de Teleco, para ver si por ese lado podía haber alguna conexión, pero hasta el momento no he sido capaz de encontrar nada.

–Pero vas a seguir intentándolo, ¿a que sí? No te rindas –dijo Wudan.

Volvieron en coche hacia la ciudad iluminada. El atardecer tenía muchos matices: de oro, rosados y de color lila. A veces sus manos se tocaban, cuando se estaban riendo o después de hacerse algún reproche en broma. No hablaron de lo que había pasado en aquella noche de lluvia. Se sentían satisfechos con estar juntos. Cuando Mei miró a Wudan, supo por sus ojos, velados por las gafas de sol, que todo lo que había visto y sentido aquella noche seguía estando ahí, si ella lo necesitaba, si ella se lo permitía.

En lo alto de los rascacielos brillaban los letreros publicitarios. Las tiendas, los restaurantes y los edificios de apartamentos estaban iluminados. El tráfico era intenso pero fluido, en las carreteras de circunvalación y en todas las calles. La ciudad retumbaba de energía. Mei se sintió rejuvenecida. Aquello era para ella, pensó, las posibilidades y la gloria de aquella enorme y laberíntica ciudad, con todo el brillo de sus luces y la oscuridad de sus sombras. No pensaba renunciar a ello por ningún lujo. Ella quería la emoción de estar haciendo algo que valiera la pena con su vida.

Después de no haber intercambiado más que mensajes de voz durante toda la semana anterior, Mei habló por fin con Yaping. Él tenía malas noticias. Su viaje se había retrasado.

–Lo siento. Hay demasiado que hacer antes de que pueda irme, proyectos que dejar bien atados, detalles legales y de logística. Además, la sucursal de Pekín tampoco está preparada para el lanzamiento. Por eso no te he podido llamar más veces. Ha sido agotador.

–No pasa nada, tres semanas más, tampoco es tanto.

–Antes de que nos demos cuenta estaré de camino en el avión. Además, ¿qué son tres semanas en toda una vida? Piénsalo... vamos estar juntos para siempre. Ya no puedo esperar.

–Sí. No te preocupes por llamarme si no tienes tiempo. Escríbeme un correo electrónico.

–Eso haré. Nos vamos a ver muy pronto.

–Sí, muy pronto.

–Te quiero.

–Ya lo sé.

Colgaron. Mei se sentó en el sofá con el cerebro entumecido. Cerró los ojos. Se quedó sin pensamientos al mismo tiempo que sus miembros se quedaban sin energía.

Al cabo de un rato, abrió los ojos. Tenía ganas de irse, de salir de allí. Agarró su bolso y salió. Abajo, fuera del frío edificio, hacía sol.

Mei se fue a ver a Gupin al Parque para Familias de Yao: una nueva zona entre urbana y rural. Era lunes. En la peluquería de Lisha no había demasiada gente, así que Mei y Gupin fueron a una tetería. Cruzaron la calle, que tenía un extremo pavimentado pero se convertía en un sendero embarrado al llegar a la entrada del pueblo. Gupin le contó a Mei que aquella calle era la línea divisoria entre las zonas desarrolladas y las que intentaban desarrollarse: en el lado sur se alzaban bloques de apartamentos; en el lado norte, las construcciones bajas y destartaladas de las granjas.

–Éstas son viviendas para inmigrantes y desplazados –dijo Gupin señalando a los apartamentos que había por encima de la tetería–. Antes ésta era una zona de campos y granjas, igual que al otro lado de la carretera. Ahora se ha desarrollado mucho. Los campesinos que vivían en esas casitas bajas se han mudado a estos apartamentos.

La tetería era minúscula, con dos mesas y un puñado de sillas. La carta era sencilla, más o menos una docena de té. La desnudez de aquel lugar hizo que Mei se acordara de su infancia. Cuando ella era niña no había más que té negro o té verde. Su padre bebía té negro, su madre té verde. Ahora la gente ya no hablaba de té negro o té verde, sino de Primavera de Biluo, Buda de Hierro, Mono Blanco, Aguja de Plata...

Pidieron Aljibe del Dragón. Era un té corriente, nada extraordinario, y su precio también. Gupin le dijo a Mei que el tipo que estaba sentado en una silla a la puerta escuchando en una pequeña radio ópera de Pekín era el dueño.

Mei le preguntó a Gupin cómo le iba en la peluquería.

–Para ser sincero, creo que Lisha prefiere que yo no esté. No me necesita. Tiene a una chica que trabaja para ella por tan poco dinero que casi le sale gratis.

–Estoy segura de que tú también la ayudas.

–Lisha prefiere que no haga nada. No me lo dice, pero yo lo sé. Cree que no soy capaz de hacer nada bien.

–Ya irás mejorando con la práctica.

–Yo no quiero lavarle la cabeza a la gente.

–¿Y qué quieres hacer?

–Estoy buscando alguna otra cosa.

–La Casa del Espíritu Dorado me ha pedido que continúe con lo del señor Li. Quieren que se haga sin llamar la atención, y pagan en negro. Yo lo voy a hacer. Tú no tienes por qué hacerlo si no te sientes a gusto con la idea.

–Me da miedo –dijo Gupin–. No tengo los papeles que hacen falta para trabajar en Pekín. Si ocurre cualquier cosa...

–Lo entiendo. He conseguido un abogado para nosotros, por si las moscas –añadió Mei al ver el temor que destelleaba en los ojos de Gupin.

Dos días más tarde, Gupin sorprendió a Mei presentándose en su apartamento vestido de rojo encendido.

–¿Y esto qué es? –preguntó Mei, levantando unas manos enfundadas en guantes de goma. Se estaba dedicando a limpiar su apartamento para calmar la frustración. El señor Li había desaparecido. Su investigación sobre el señor Fu no había llegado a ninguna parte. Hasta el inspector Zhao parecía haberse esfumado.

–Soy mensajero... del Pequeño Halcón Rojo –Gupin le señaló lo que ponía en su uniforme.

–Anda, Halcón, pasa y tómate un té –dijo Mei, quitándose los guantes.

–No puedo, tengo que estar en la parte oeste de la ciudad en veinte minutos. He venido a traerte esto –Gupin le tendió a Mei un ejemplar de las *Noticias de la Mañana de Pekín*.

Mei dejó los guantes encima del radiador y agarró el periódico.

Gupin señaló el artículo de la primera página:

–¡Lee!

El título del artículo era: «Hallado el cadáver de un detective privado, la policía bajo presión para resolver el caso».

Mei recorrió rápidamente con la vista las primeras líneas:

Se acaba de confirmar que el cadáver que fue descubierto hace una semana en las afueras de la ciudad es el de un detective privado de la provincia de Cantón. Qiu Gang, de veintiún años de edad, se encontraba en Pekín por encargo de una compañía farmacéutica, La Casa del Espíritu Dorado...

Levantó la vista. Gupin asintió.

–He pensado que tenías que leerlo. Yo me tengo que ir. Pero llámame luego por teléfono si me necesitas –dijo velozmente adiós con la mano y desapareció por las escaleras.

Mei cerró la puerta y se fue a toda prisa con el periódico al sofá. Se sentó y leyó con avidez el artículo.

Se acaba de confirmar que el cadáver que fue descubierto hace una semana en las afueras de la ciudad es el de un detective privado de la provincia de Cantón. Qiu Gang, de veintiún años de edad, se encontraba en Pekín por encargo de una compañía farmacéutica, La Casa del Espíritu Dorado. En el cadáver, que fue hallado en un edificio en construcción al norte del municipio de Pingfang, se aprecian terribles lesiones. Tiene la cara y el cráneo aplastados, y diez costillas y tres dedos rotos. Se ha hecho un llamamiento a la policía para que resuelva este espantoso crimen lo antes posible, para calmar el miedo y la indignación de la gente.

En los últimos años, el orden y la seguridad ciudadanos se han deteriorado. Se han extendido los atracos y los robos, algunos cometidos a plena luz del día. También se producen con regularidad delitos más graves, como secuestros y asesinatos. Hace unos meses, tres trabajadoras domésticas murieron apuñaladas por el novio de una de ellas. Un número creciente de trabajadores de provincias, comerciantes y gente de paso sigue llegando a Pekín a trabajar, creando una sociedad de tránsito. La expansión de la ciudad y la fusión de las áreas rurales con las urbanas han permitido a los delincuentes actuar con más libertad. Entre la ciudadanía ha cundido el sentimiento de que la policía está perdiendo el control. Los delincuentes se están volviendo cada vez más atrevidos, ante la impotencia cada vez mayor de la policía.

La Comisaría del Distrito de Chaoyang en particular ha tenido que enfrentarse en los últimos años a más de un reto, en un área que sufre el aumento de población más rápido de la ciudad. El inspector Zhao, que se encarga de la investigación, es un recién llegado. Procede de la Comisaría de Dashanzi, donde tenía ya un buen historial como detective de homicidios. Hemos preguntado al comisario de la Comisaría de Chaoyang si la relativa inexperiencia del inspector en los barrios del centro no estará dificultando el progreso de la investigación. El comisario Chen nos ha garantizado que no ahorrarán esfuerzos en su

determinación de llevar a los autores ante la justicia. No se va a dejar con vida a criminales capaces de cometer un asesinato tan espantoso.

Mei dejó el periódico y llamó a Wudan.

–*Wei?* –le llegó, breve, su voz por el auricular.

–Soy Mei. ¿Has leído las *Noticias de la Mañana de Pekín*? ¿Te acuerdas del asesinato del que te hablé? Pues han identificado a la víctima.

–Sí, ya lo he visto. Me alegro de que me llames, Mei. ¿Puedes venir a mi despacho?

–¿Ahora mismo?

–Sí, necesito que vengas. Cógete un taxi.

–¿Qué ha pasado?

–Te lo explico en cuanto estés aquí.

Mei colgó. Fue corriendo al cuarto de baño y se lavó la cara. Se cepilló el largo pelo y se lo recogió en una cola de caballo, que acentuaba aquella prominente nariz de los Wang, alta y con el puente curvo, que Lu tenía la suerte de no haber heredado.

El conductor del taxi era educado. Llevaba guantes de algodón e iba sentado con la espalda muy derecha. Las telas que cubrían los asientos estaban impolutas.

–A que no adivina usted la edad que tengo, señorita –dijo, conduciendo con calma por la Segunda Vía de Circunvalación.

Mei, como no quería ser descortés, le dijo:

–Cuarenta años.

–Tengo cincuenta y cuatro, señorita.

–Pues no los aparenta –dijo Mei, y era verdad.

–Tengo un hijo de veintiún años. Está estudiando en la Universidad del Acero y el Hierro.

–Eso está muy bien.

–Sí, es una universidad de segunda categoría, señorita –hablaba sin apartar los ojos del tráfico, con las dos manos en el volante. Conducía con el esmero de un chófer.

–Tiene que estar usted orgulloso –dijo Mei. El hombre hablaba lo bastante correctamente como para hacer pensar a Mei que tenía estudios, o que era quizá una persona a la que le gustaba leer.

–Es una bendición para su madre y para mí. Yo me quedé sin trabajo doce días después de que mi hijo recibiera la carta de admisión. Trabajaba en una fábrica de tintes. La cerraron. Yo le dije a mi mujer que era el destino del cielo el que nos había dado un hijo tan inteligente. Que lo íbamos a mandar a la universidad aunque tuviéramos que endeudarnos y trabajar hasta que nos muramos. Pero pasó mucho tiempo y yo seguía sin encontrar otro trabajo. Así que hice de tripas corazón, me compré este coche y aprendí a conducir. De eso hace tres años. Pagamos dieciocho mil yuanes al año de matrícula.

–Me alegro de que las universidades fueran gratuitas cuando yo fui –dijo Mei. Su madre no habría tenido dinero para pagar. Hacía once años que ella tenía la misma edad que el hijo del taxista.

–¿A qué universidad fue usted, señorita?

–A la Universidad de Pekín.

–Ésa es mejor, y más cara.

Señaló a un pequeño retrato de Mao Zedong que colgaba del espejo retrovisor.

–Por eso llevo esto. Las cosas eran diferentes cuando el Presidente Mao estaba vivo.

Mei no dijo nada. Su simpatía se convirtió en aprensión. ¿Cómo era posible que gente que había sobrevivido a algunos de los peores movimientos políticos de Mao siguiera idolatrándolo hoy en día, como si hubiera sido su protector y salvador? ¿Acaso sus bonitas frases acuñadas de *Que se abran mil flores*, el *Gran Salto hacia Delante* y la *Revolución Cultural* no habían supuesto años de terror? En su nombre, los Guardias Rojos habían torturado y asesinado a sus propios profesores. En su nombre habían matado a su padre.

Mei contempló los vidriados rascacielos que se alzaban junto a la carretera de circunvalación. Un bosque urbano había reemplazado los pueblos y los campos. Pensó en los supermercados provistos de marcas de todo el mundo, en el apartamento de lujo de Lu y en su Mercedes, y en el Club de Golf Changping. Su padre no había vivido lo suficiente para ver nada de aquello, ni a sus hijas crecer. No había llegado a conocer los taxis... que a una persona corriente, no ya un dirigente, la pudieran llevar en coche. A él lo habían excluido de la posibilidad de

aquel mundo nuevo a la edad de cuarenta y un años porque era escritor y había firmado críticas a Mao.

En la sombra de la Torre Jian, en cuya mitad superior se reflejaba metálicamente el sol, Mei le dio al conductor treinta yuanes en lugar de los veinticuatro que marcaba el taxímetro. Él le dio efusivamente las gracias.

—De nada —dijo Mei. No era capaz de calcular cuántos viajes iba a tener que hacer aquel hombre para pagarle a su hijo los dieciocho mil yuanes anuales.

Había una atmósfera de actividad, rayana en el pánico, en las oficinas del Despacho de Abogados Buena Esperanza. Los teléfonos sonaban, una y otra vez, en la zona de las secretarías, en alguno de los despachos o sobre la mesa de Wudan. La secretaria de Wudan entraba y salía a toda prisa de su despacho con papeleo y mensajes. Hombres de traje oscuro, que Mei supuso que serían abogados, entraban o eran convocados. Intercambiaban unos con otros veloces e incomprensibles acrónimos y jerga legal.

A Wudan se le veía todo agitado, moviéndose y hablando de forma atropellada. Intentó explicarle a Mei lo que había ocurrido. Era una conversación intermitente, interrumpida por la corriente de gente y papeles que pasaba de un lado a otro.

—A Beihe se lo ha llevado la policía. Me he pasado toda la mañana al teléfono con su familia. No sabemos a dónde se lo han llevado ni por qué. De hecho, la información que tenemos hasta el momento es bastante limitada. El encargado del edificio dice que ha sido muy temprano por la mañana. Ha llegado la policía y se lo han llevado. El portero era joven y de provincias. Estaba demasiado asustado para hacerles ninguna pregunta.

—¿Beihe está detenido?

—No lo sabemos. Es posible que sólo se lo hayan llevado para interrogarle. Hemos llamado a unas cuantas comisarías de la zona, pero no hemos conseguido averiguar dónde lo tienen.

—¿Tú crees que esto tiene algo que ver con el asesinato de Pingfang?

—No quiero hacer suposiciones. Pero sí, eso es lo que pienso. ¿Podrías llamar a tu amigo el inspector? A nosotros la policía no nos quiere decir dónde está Beihe. A lo mejor él nos puede ayudar.

Mei le llamó. La secretaria del inspector Zhao le dijo que estaba ocupado. Mei le dejó recado de que la llamara con urgencia.

Mei se comió una caja de comida con Wudan en el despacho de él y bebió té. Constantemente entraba gente con documentos, mensajes y preguntas. Algunas veces Wudan iba un momento a hablar con los otros en sus propios despachos. Despachaban a equipos de trabajo a las comisarías de la zona, contactaban con las *guanxi*, hacían averiguaciones.

Al cabo de tres horas, el inspector Zhao todavía no le había devuelto la llamada.

—Creo que es mejor que vaya a ver al inspector Zhao —dijo al final Mei—, porque si no no vamos a averiguar nada, aunque esperemos todo el día.

—¿Te recibirá?

—Estoy segura de que sí.

—Yo te acompaño. La familia Song está desesperada por tener noticias de Beihe.

En la entrada principal, a la sombra de la torre, esperaba una fila de taxis. Los conductores estaban fuera de los coches charlando en grupitos de tres o cuatro, fumando y riéndose. Cuando vio que Mei y Wudan se acercaban, el conductor del primer coche de la fila volvió a meterse en él a toda prisa, frotándose las cejas con la mano.

—A la comisaría de Chaoyang —dijo Wudan, y le dijo al tipo la dirección.

Se metieron dentro.

—Encienda el aire acondicionado, ¿quiere? —dijo Wudan.

—No es muy lejos —dijo el conductor.

—Pero hace calor.

El conductor encendió el aire acondicionado y dejó de sonreír.

Wudan se revolvió en el asiento, tironando de la chaqueta de su traje.

—Hace diez años, la Casa del Espíritu Dorado pasó por un momento difícil. La familia había vuelto a poner en marcha el negocio después de casi veinte años. El Anciano Maestro se estaba haciendo viejo, y Beihe tampoco podía decirse que fuera un hombre de negocios. No sabían cómo manejarse en la nueva economía. Nadie sabía. Lo del libre mercado era un misterio, y todo el mundo quería cruzar el río apoyándose en las piedras. Resumiendo: la familia Song luchaba por su supervivencia. Ben Ben no tenía más que un año. Jin se pasaba el día

trabajando en la fábrica, intentando mantener la empresa a flote, y se ocupaba de su hijo por las noches. Beihe salía, a veces volvía por la noche borracho, a veces no volvía hasta por la mañana. Decía que estaba trabajando en proyectos para ganar dinero. Lo que decían los rumores era que se dedicaba a las apuestas y que tenía otras mujeres. Un día le dieron una buena paliza. Resultó que se había comprometido con los cabecillas de la mafia local y le habían salido mal sus tratos con ellos. A la familia le costó un montón de dinero sacarlo de aquel embrollo. Pero esta vez no creo que puedan.

–¿Es eso lo que te ha dicho la familia Song, que están dispuestos a pagar?

–Pero no serviría de nada.

El coche giró. La luz del sol, reflejada en un trozo de cristal roto que había en el suelo de la calle, destelleó un instante en la ventanilla del taxi.

El barrio ruso era un hervidero de camiones de reparto, camionetas y carretas. El aire seguía húmedo de la noche anterior. Los culis iban saliendo de los almacenes, con el paso torpe de por las mañanas. Los proveedores de desayunos habían instalado sus utensilios en la acera. Los picatostes chisporroteaban en el aceite. La leche de soja borboteaba en grandes ollas.

Tres coches de policía y un furgón se acercaron a toda velocidad por la calle, atronando con las sirenas. Los culis tiraron lo que estaban transportando y salieron corriendo por la cuenta que les traía. Los coches pararon delante del almacén número 11. Varios hombres y una mujer uniformados saltaron fuera y atraparon con las esposas a los culis.

El inspector Zhao y sus hombres echaron abajo la puerta de la oficina.

–¿Es usted el señor Li? –le preguntó el inspector Zhao al tipo bajo y de aspecto porcino que intentaba marcharse.

–Yo soy –respondió.

–Está usted detenido –dijo el inspector Zhao.

Dos de sus hombres se acercaron y le pusieron las esposas al señor Li.

–¿Qué es esto? –gritó el señor Li.

Lo sacaron a empujones hacia el coche, que estaba esperando.

La detención había ido como una seda, pensó el inspector Zhao.

El inspector Zhao había dado orden a sus hombres de que registraran con todo cuidado las instalaciones, aunque dudaba que allí fueran a encontrar nada útil para los forenses. El asesinato había ocurrido hacía días. Lo más probable era que hubieran limpiado el lugar.

–Señor, venga a mirar esto –dijo un policía.

El inspector Zhao lo siguió al interior del almacén, que con la luz de la mañana estaba oscuro. Había cajones, cajas y paquetes amontonados por todas partes. Algunos de ellos los habían apartado hacia un lado, dejando al descubierto una puerta candada en la pared del fondo.

El inspector Zhao dio unos golpecitos en el muro. Sonaba a hueco. La pintura era nueva.

Asintió con la cabeza. Los policías se aplicaron a echar la puerta abajo. El muro tembló y se tambaleó. Cuando la puerta se desprendió, se llevó parte del muro. Por la abertura vieron un colchón en el suelo. Tiradas sobre él había dos personas: dos extranjeros, un hombre y una mujer. Estaban amordazados, con las manos atadas a la espalda.

Los policías agrandaron el agujero del tabique y sacaron a rastras el colchón.

El inspector Zhao se inclinó y les tomó con la mano el pulso. Les levantó los párpados para mirarles las pupilas.

–¿Están muertos? –preguntó un policía.

–No. Los han drogado –dijo el inspector Zhao.

El taxi condujo a Mei y a Wudan a la Comisaría del Distrito de Chaoyang, pero no pudo entrar en la calle. Unos cuantos coches de policía, con las luces de emergencia parpadeando, les cortaban el paso.

Un barbero había salido a la puerta de su establecimiento, secando la navaja en una toalla, y entrecerraba los ojos mirando hacia la comisaría. De las ventanas del edificio de apartamentos de la acera de enfrente asomaron algunas cabezas, por encima de las cuerdas de ropa tendida. A la puerta de la comisaría se había juntado una pequeña multitud, atraída por la curiosidad y el potencial de cotilleo. Wudan y Mei pagaron al taxista y se apearon.

–Disculpe –decía Mei, tratando de pasar. La severidad de sus atuendos (el traje de Wudan, la elegancia oficinesca y femenina de Mei) sobresaltó a los curiosos. La multitud se dividió para abrirles paso.

–¿Qué relación tiene usted con el inspector Zhao? –le preguntó la mujer policía de la entrada.

–Somos buenos amigos.

–Estamos muy ocupados.

–Necesito verle. Es importante.

La mujer policía volvió a mirar a Mei y a Wudan y llamó por teléfono.

Les dijeron que esperaran en el vestíbulo. Se quedaron allí de pie bajo el ventilador del techo, cuyo lento girar hacía el único ruido que se oía. No hablaron.

Después de lo que les pareció un rato muy largo, apareció el inspector Zhao. Se le veía maltrecho, sin afeitarse, con el pelo enmarañado y círculos oscuros bajo los ojos. Se estiró cuan largo era, con los brazos en jarras.

–Estás aquí, Mei. Lo siento, no he podido comprobar lo que me pediste. Ha sido una semanita infernal.

–Tienes peor cara que cuando estabas en el hospital.

–Hay muchas formas de enfermedad –dijo el inspector Zhao frotándose una ceja. Se quedó mirando a Wudan.

–Éste es mi amigo Wudan. Es abogado. La razón por la que hemos venido... ¿podríamos hablar en tu despacho?

El inspector Zhao los llevó escaleras arriba a su despacho. Quitó una pila de papeles para que pudieran sentarse.

–Os ofrecería agua hervida fría si tuviera un poco –dijo el inspector Zhao. Se acercó a la mesa que había junto a la ventana y sopesó el termo que estaba encima de ella–. Parece que agua caliente tampoco me queda. Pero lo puedo pedir a mi secretaria que os haga un té.

–Muchas gracias, pero no te preocupes por favor –dijo Wudan.

–Yo creo que tu secretaria tiene algo contra mí –dijo Mei–. ¿Te ha dado mi recado?

–No. A veces yo también pienso que tiene algo contra mí –el inspector Zhao introdujo ambas manos en una palangana de aluminio que había encima de la mesa y se salpicó agua en la cara para humedecérsela. Luego se la secó con un pañuelo.

–Bueno, y ¿qué puedo hacer por vosotros? –preguntó, mirando primero a Mei y luego a Wudan.

–Es por lo del asesinato del detective privado que ha salido hoy en los periódicos.

–¡Ay, los periódicos! –se lamentó el inspector Zhao–. Me están destrozando la vida.

–Wudan es el abogado de la Casa del Espíritu Dorado.

–A mi cliente Beihe Song se lo ha llevado esta mañana la policía. Hemos buscado por toda la ciudad, pero no hemos podido encontrarlo. ¿Tú sabes dónde está? –preguntó Wudan.

El inspector Zhao se sentó. La silla soltó un crujido al recibir su peso. Sus ojos se desviaron hacia Mei. Intercambiaron una mirada. Mei vislumbró lo que tenía miedo de ver: angustia.

–Beihe Song está bajo mi custodia –dijo el inspector Zhao. Hablaban en tono tranquilo y realista.

–¿Es sospechoso del asesinato del detective privado? –preguntó Wudan.

–¿Por qué motivo iba a serlo?

–Lo tienen retenido, así que supongo que habrá algún motivo.

–Tenemos algunas preguntas que nos gustaría que respondiera.

–Se lo llevaron esposado.

–Podríamos acusarlo de unos cuantos delitos, en particular de intentar sobornar a agentes de la policía y resistirse a que lo detuvieran.

–¿Está detenido?

–¿Cambia eso algo, si no es en la jerga legal?

–¿Se ha mostrado Beihe dispuesto a cooperar? –preguntó Mei.

–¿Tú lo conoces? –preguntó el inspector Zhao mirándola.

–Me lo presentaron.

–Yo conozco a la familia Song desde hace muchos años, desde que era niño –dijo Wudan–. No te voy a decir que Beihe sea el que mejor me cae. Pero soy su abogado, comprendes.

Al parecer al inspector Zhao le gustó el tono conciliador de Wudan. La ronquera de su voz se suavizó.

–Nos está costando conseguir que coopere.

–No me sorprende –dijo Wudan.

–¿Podríamos verle? –preguntó Mei.

El inspector Zhao sacudió la cabeza, pero no dijo que no. Mei sintió no haber pedido un té para no sentirse incómoda en momentos como aquél. Cruzó las piernas hacia el lado contrario y se mordió los labios de la forma en que lo hacían las mujeres de la familia Wang cuando estaban nerviosas. Wudan tenía las manos apoyadas en el regazo.

–Sólo puede ser un momento –dijo al final el inspector Zhao.

–Gracias –dijo Mei.

Tardaron un rato en llevarles a Beihe, y en cuanto entró en el despacho comprendieron por qué. Tenía un lado de la cara magullado. Le temblaban las manos cuando las levantó para ponerlas encima de la mesa como le ordenaban.

Beihe vio el gesto de la cara de Mei y se rió.

–¿Es que nunca habías visto un tipo al que le han pegado una paliza?

Wudan esperó a que el guardia se marchara y la puerta se cerrara a su espalda.

–No tenemos mucho tiempo. Cuéntanos lo que ha ocurrido.

–¿Lo que ha ocurrido? ¿Es que no lo ves? Te presentas aquí con tu traje elegante y una mujer guapa...

–Te he buscado por toda la ciudad. Tu familia está preocupada.

Beihe intentó cambiar de sitio la mano, pero le temblaba de tal forma que tuvo que renunciar.

–Yo no lo he hecho. Dicen que he matado al detective. Si ni siquiera lo conocía.

–¿Por qué piensan que lo has matado?

–Dicen que porque el detective había descubierto que le he estado robando dinero a mi familia.

–¿Lo has hecho?

–Ésa no es la cuestión. Yo no maté a ese gilipollas.

–¿Qué pruebas tienen?

–¿Desde cuándo les hacen falta pruebas?

–El sarcasmo no te va a servir de nada en el juicio.

Beihe se quedó callado. Mei tuvo la esperanza de que estuviera reflexionando, pensando en decir, por una vez, la verdad.

–Le encontraron al cadáver mi cartera. Pero yo no había estado allí. No he estado nunca en Pingfang.

–¿Y cómo llegó hasta allí tu cartera?

–No lo sé. Puede que la perdiera o que me la robaran. Puede que alguien me esté tendiendo una trampa.

–¿Tienes enemigos?

–Y quién no.

–Beihe.

–No lo sé.

–Piensa. Puede que sea importante.

–¿Tienes un pitillo? –preguntó Beihe.

–No.

Beihe miró a Mei.

–Lo siento –dijo Mei negando con la cabeza.

–Ahora me acuerdo de ti. Tú eres la detective que contrató mi mujer para espiarme.

–Estamos aquí gracias a Mei. Es ella quien ha conseguido que podamos verte –dijo Wudan.  
–Yo estaba con Anna y Leila. Wudan, tú estabas con nosotros. Cenamos juntos.  
–Yo me marché temprano. ¿Qué pasó después de que me fuera?  
–No me acuerdo. Debía de estar borracho. Recuerdo que a la mañana siguiente me desperté en mi cama. Pero ¿cómo llegué hasta allí? Y ¿dónde se habían metido las dos chicas?  
–Puede que fueran ellas las que te cogieron la cartera. Son prostitutas.  
–No lo son.  
–¿Podemos localizarlas?  
–Tengo su número de teléfono en el móvil. Me lo ha quitado la policía.  
Se abrió la puerta. El inspector Zhao se detuvo en el umbral, fumando un cigarrillo. Entraron dos policías uniformados.  
–¡Me van a condenar a muerte! Soy inocente. ¡Ayúdame!  
–Lo que necesito es que me lo cuentes todo, y que le digas la verdad a la policía.  
Mei y Wudan se pusieron de pie. Beihe intentó levantarse pero los policías lo empujaron hacia abajo para que se quedara sentado.  
El inspector Zhao saludó a Wudan y a Mei. Cuando ya se iban, oyeron a su espalda un gemido, que podía ser un llanto. La puerta se cerró.  
–A los delincuentes les viene bien ver las cosas desde otra perspectiva –dijo el inspector Zhao–. El miedo puede hacer maravillas.  
–Avísame si se le acusa de algo –Wudan le dio su tarjeta al inspector Zhao.  
–Podría ser muy pronto.  
En el vestíbulo de la comisaría, el inspector Zhao le agarró la mano a Mei.  
–¿Puedo hablar contigo en privado? –dijo, bajando la voz, y tiró de ella hacia un lúgubre pasillo.  
–¿Qué está pasando? –preguntó el inspector Zhao.  
–¿A qué te refieres?  
–¿Qué sabes tú del asesinato?  
–No sé nada. Lo he leído en el periódico esta mañana.  
–Mira, Mei, tú hace dos semanas me pediste que investigara al señor Li. Ahora los tengo a él y a sus matones entre rejas por haberse cargado a ese detective privado. Sí, los hemos detenido esta mañana. Y para terminar te presentas aquí con el abogado de Beihe. ¿Qué está pasando?  
–La Casa del Espíritu Dorado me contrató para que investigara al señor Li. Él era su representante en Pekín. Les había estafado mucho dinero.  
–¿Y para qué contratan a dos detectives?  
–No lo sé. Puede que no confiaran en mí.  
–Mei, este caso lo están siguiendo los periódicos y gente de más arriba. Espero que me estés diciendo la verdad.  
–Por supuesto –dijo Mei–. No estarás sospechando de mí, ¿verdad?  
–Pues no sé, Mei. No sé.

Mei y Wudan salieron de la comisaría. La multitud y los furgones de policía habían desaparecido de la calle. Pasaron unos pocos ciclistas. Había un hombre durmiendo a la sombra de un álamo, sobre cajas de cartón aplastadas. Una hoja de periódico le tapaba la cara, pero no el pecho desnudo.

–Eso ha estado bien. Lo hemos encontrado –dijo Wudan.  
–¿Para qué contrató la Casa del Espíritu Dorado a dos detectives privados?  
–Yo no sabía que lo hubieran hecho. No sabía nada de Qiu Gang.  
Las cigarras se desgañaban en los árboles, denunciando el calor.  
Wudan se detuvo.  
–Hay una cosa que me gustaría contarte, pero no aquí. Conozco un sitio.  
Mei levantó la vista hacia el cálido sol, protegiéndose los ojos con un brazo.  
–¿Adónde vamos?  
–Enseguida lo vas a ver.

Aparecieron ante ellos árboles y casas bajas. Las calles se estrecharon. Cuando hubieron pasado el Estadio de los Trabajadores, Wudan le dijo al taxista que se detuviera a la entrada de un *hutong*. Se bajaron y se metieron andando en el largo callejón.

Se pararon ante un portón en el que no ponía nada. Wudan golpeó la aldaba de latón, un par de dragones entrelazados. Una mujercita de poco más de un metro cincuenta abrió la puerta.

–¡Wudan! –exclamó, aunque tenía la voz suave–. ¿Qué te trae por aquí?

–Me gustaría que conocieras a una amiga mía.

–Pasad –dijo la mujer.

La siguieron, subiendo el alto escalón de la puerta, hasta un pequeño patio.

–Ésta es Mei –las presentó Wudan–. Fai es una vieja amiga.

Fai se disculpó porque tenía las manos manchadas de tinta y por eso no podía darles la mano.

–Bienvenidos –sonrió, y los condujo a un jardincillo protegido por altos pinos en forma de parasol.

Se sentaron en taburetes de madera ante una mesa cuadrada. Fai parecía serena y frágil con su fino pelo peinado en una especie de neblina blanca.

–¿Y si os hago un té? –preguntó dubitativa, como si ella no viviera allí ni pudiera reclamar la propiedad de sus dominios.

–¿Estabas pintando? –preguntó Wudan.

–Ahora mismo, no. Estaba haciendo mis ejercicios diarios de muñeca.

–Fai es calígrafa.

–¡Qué bonito! –dijo Mei, contemplando el idílico jardín y sintiendo la fresca impresión de aquellas sombras exuberantes en la piel–. Mi madre pinta aguadas con pincel y tinta china. A mi padre se le daba bien la caligrafía. Pero murió hace mucho tiempo.

Fai asintió y dijo:

–Por favor, dejadme que os haga un té.

–¿Quieres que te eche una mano?

–Te agradezco que lo preguntes, Wudan, pero ya sabes que el té es mi vocación. Tú quédate aquí y haz compañía a tu amiga.

Fai se metió en la casa.

–¿De qué la conoces?

–Fai es cliente mía. Su marido era un erudito, de una familia acaudalada que poseía tierras por esta zona antes de la Revolución. Estuvieron viviendo muchos años en Japón, donde él daba clase en la universidad. Hace unos años la zona empezó a desarrollarse. Vinieron los problemas de propiedad de la tierra. La cosa se complicó. Su marido se estaba muriendo. Ella acudió a nosotros. Ganamos para ella esta casa. Fai puso mucho de su buen gusto en el diseño al reformarla. Está llena de espacio y de aire, especialmente este jardín.

–¿Por qué hemos venido aquí?

–Suelo venir a ver a Fai cuando estoy preocupado y necesito aclararme. Ella tiene ese efecto en mí. Es la persona más delicada que conozco, y aun así me da fuerza. Es eso... ella es la serenidad y la fuerza. Y ¿qué es lo que me preocupa hoy? No, no es Beihe. Por supuesto, le voy a defender. Es mi obligación. Estoy preocupado por mí mismo. Hoy has hecho una cosa increíble por mí: te has puesto de mi parte.

–Pues claro, ya sabías tú que lo iba a hacer.

–Quiero contarte una cosa que no le he contado a nadie, una cosa que sólo sabe la familia Song. Es que... entre la familia Song y yo hay una cosa más. Durante casi toda mi vida, desde que era niño, estuve enamorado de la hermana de Beihe, Beili. Nos criamos juntos y fuimos a la misma escuela. Yo le hacía los deberes y le llevaba los libros. Ella era guapa y le caía bien a todo el mundo. Yo era el estudiante modelo. Hacíamos buena pareja. Cuando terminamos el instituto ella se fue a la Universidad de Cantón y yo me vine a Pekín a estudiar Derecho. Nos veíamos en las vacaciones de verano y en el Año Nuevo chino. Fuimos de viaje a Sichuan para comer su

comida preferida. Yo quería hacer el amor con ella. La quería mucho. Ella se negaba. Decía que teníamos que esperar a estar casados, como debe ser.

»Cuando íbamos a empezar el último año, vino un grupo de sacerdotes tejanos a su universidad. Beili era la encargada de recibirlos. Antes de que yo volviera a mi casa a pasar el verano, ella rompió conmigo. Fui a verla a la Residencia de los Song. Se negó a salir. Y entonces me enteré (porque ella no me lo había dicho) de que había estado saliendo con uno de los sacerdotes. Se llamaba Martin. Todos mis amigos lo sabían. Era la comidilla de toda la ciudad. Decían que con él sí que lo hacía. Que los estadounidenses no esperan a estar casados. Se me rompió el corazón y me sentí humillado. Le escribí, la llamé. Les supliqué a su padre y a su hermano que me ayudaran. Para el Año Nuevo chino, Martin y Beili ya estaban casados. Beili se fue a vivir a Tejas. No la he vuelto a ver.

»Probablemente al Anciano Maestro no le pareció bien lo que había pasado y sintió pena por mí. No, tienes razón, puede que tampoco fuera eso. Necesitaban un abogado para enriquecerse todavía más, y ahí estaba yo para ayudarles, el niño que hasta entonces había seguido como un perrito a su preciosa hija, llevándole los libros. Ahora estoy bien. Ya no me amargo por eso. A veces me cuentan noticias de ella para ver cómo reacciono, igual que si fuera un test. Hace mucho tiempo le prometí a Beili que la protegería, a ella y a su familia. Todavía lo pienso hacer, porque quiero mantener mi honor. Ellos lo saben. También saben que el amor es un sentimiento en el que no se puede confiar. Por eso me siguen vigilando con ojos suspicaces mientras por el otro lado me ponen delante de la cara un buen montón de dinero.

»Pero se equivocan. Yo nunca traicionaría mi amor, aunque no pudiera perdonar el dolor y la humillación. ¿Tú lo harías? Por un tiempo hasta juré que nunca me iba a volver a enamorar.

–Pero te enamorarás y perdonarás.

–Perdonarás tú, Mei, porque yo no.

Sentados en el jardín, al pie del pino, notaba el aire en la piel fresco y al mismo tiempo cálido. Mei pensó que aquello podía ser la felicidad, estar allí sentada con Wudan. Pero ¿qué iba a pasar con Yáping?

Estaban los dos en silencio, perdidos en sus pensamientos, y no oyeron a Fai que se acercaba con la tetera y las tazas en una bandeja de madera.

–Ya está hecho el té –depositó la bandeja y sirvió el té de una tetera de cerámica en una taza del tamaño de la palma de su mano. Hizo girar el té dentro de la taza y luego, sujetando la tapa contra el borde de la taza, atrapó las hojas de té. Escurrió el té. Repitió el ritual, y en la tercera ocasión sirvió el té en tazas no más altas que un huevo. Les ofreció aquellas tacitas en miniatura a Mei y a Wudan.

Bebieron. Era un té fresco y calmante.

–Esto también sirve para ejercitar la muñeca –dijo Fai haciendo girar la taza–. Me encanta el movimiento. Es tranquilizante.

–¿Pinta usted todos los días? –le preguntó Mei.

–Nunca más de una o dos horas seguidas. La caligrafía requiere mucha energía. El resto del tiempo practico los movimientos de mano y de muñeca, y la respiración.

–Me encantaría ver algún trabajo suyo –dijo Mei.

–Sí, cuando nos terminemos el té –Fai le sirvió a Mei más té–. A mi marido le encantaba la ceremonia japonesa del té. Ojalá yo la hubiera aprendido mejor.

Mei vació aquella taza de té fragante, cálido y húmedo. Fai volvió a servirle. Tenía la piel traslúcida, marcada por la edad. Su mano se movía sin ruido de una taza a otra, como si estuviese acariciando un recuerdo. Su forma de girar la muñeca confería fuerza a su fragilidad.

–Era imposible reproducir la casa en la que vivíamos en Japón. Yo hice todo lo que pude. Mi marido estaba muy enfermo cuando nos vinimos a vivir aquí. Pocas veces llegó a sentarse en este jardín. A él le gustaba. No sé si le recordaba a nuestra casa de Japón. Nunca me atreví a preguntárselo.

–¿Por qué no? –preguntó Mei.

Fai soltó una risita y sacudió la cabeza.

–Me daba miedo que me dijera que no –dejó su taza en la mesa–. Si quieres, puedo enseñarte algunos de sus libros.

Wudan y Mei siguieron a Fai al interior de la casa. Las paredes eran blancas y estaban decoradas con pinturas japonesas montadas en grandes paneles. Al fondo había un murete de ladrillo, de dos metros por dos metros, con los bordes cincelados. Ante él se abría una alberca de roca. El agua goteaba sobre un estanque en el que nadaban

peces de color naranja. Junto al estanque había un pequeño cubo de madera con un cucharón.

Atravesaron aquella sala y un estrecho pasillo flanqueado por ambos lados de ventanas que daban a la biblioteca.

—Éstos son los libros de mi marido —Fai hizo un gesto señalando a una librería con puertas de cristal. Abrió una de las puertas y sacó una caja envuelta en una tela. Extrajo de ella unos libros, bastante gordos todos. Estaban escritos a mano en un papel de arroz que con el tiempo se había puesto amarillento—. Éstos son los de su padre.

Estaban escritos en chino antiguo, del que Mei sólo sabía leer unos pocos caracteres.

Volvió las páginas cuidadosamente, admirando la belleza de la escritura.

—Hay muchos más. Estoy pensando en donarlos a un museo o a una biblioteca. Wudan, ¿me harías tú el favor de encargarte?

—Claro que sí —dijo Wudan.

—Mi marido era lingüista. Su vida eran las viejas escrituras —dijo Fai, barriendo la fina capa de polvo hacia el borde de la mesa. Le levantó la tapa para enseñarle a Mei las piedras de tinta y los pinceles de su difunto marido, alineados por tamaños en sus ganchos—. Siguió trabajando hasta dos días antes de morir —dijo.

Salieron de aquel cuarto y recorrieron otro pasillo. Había rollos de caligrafía por las paredes, suspendidos del techo. Mei se sintió avergonzada del repiqueteo de sus tacones en el suelo de piedra, que resonaba en la casa silenciosa.

El estudio de Fai daba al jardín. Las ventanas estaban abiertas de par en par. La brisa levantaba el borde del fino papel de arroz que había encima de una larga mesa. Fai dejó caer dos gotas de agua sobre la piedra de tinta y le preguntó a Mei si le apetecía hacer la tinta.

Mei cogió la barra de tinta desgastada por un lado y la frotó metiéndola en el agua. Empezaron a fluir veladuras de tinta negra. Fai le guió la muñeca con un ritmo suave.

—Utiliza la muñeca, que si no te vas a cansar.

La tinta se fue espesando poco a poco. A Mei empezó a dolerle la muñeca y a crispársele el brazo. Se le puso la cara roja y le brotaron perlas de sudor en el puente de la nariz.

Fai sonrió.

—Deshacer la tinta es un trabajo duro, y el primer ejercicio para la muñeca y la respiración. Por eso antiguamente los grandes maestros tenían a los jóvenes aprendices haciendo esto durante años antes de permitirles tocar un pincel. Id a descansar al jardín. Ya termino yo de deshacer la tinta. Wudan, ¿podrías por favor llevar el incienso fuera y encenderlo? Están empezando a venir mosquitos.

En el jardín, Wudan encendió el incienso, un manojo de cuatro o cinco varitas. Dejó que ardieran un instante y luego apagó la llama de un soplido. Las pinchó bien derechas en el quemador de incienso y contempló el humo que se elevaba hacia el anochecer fresco y azul.

—Mei, si prefieres no comprometerte, ahora es el momento de abandonar.

—¿De qué me estás hablando?

—Tú no estás obligada a trabajar en el caso de Beihe. El acuerdo que tuviéramos antes con la Casa del Espíritu Dorado ya no cuenta. Las cosas han cambiado. Esto es un asesinato. Podría resultar peligroso para ti.

—Tampoco más que para ti.

—Yo ya estoy demasiado metido en los asuntos de la familia Song, me temo. Es demasiado tarde para salirme. Pero tú sí puedes.

—Voy a seguir —dijo Mei.

—¿Estás segura?

—No. Pero de todas formas voy a dar el salto.

—Espero que no sea por culpa mía.

Wudan se estiró hacia el otro lado de la mesa y le cogió a Mei la mano. Ya no hablaron más.

Vino Fai y dejó sobre la mesa una hoja de papel de arroz.

—Esto es para ti —le dijo a Mei—. Cógelo cuando esté seco.

En el papel, Fai había escrito una sola palabra: «Viento», con las curvas enérgicas de un pincel grande.

—El viento es muy poderoso —dijo Fai, con voz ligera como el aire—. Pero tiene que ser libre.

El inspector Zhao se alisó por delante el uniforme, cogió aire con fuerza y entró.

–Siéntate. ¿Has leído el periódico? –le preguntó el comisario Chen.

–¿Cuál de ellos?

–El *Diario de Pekín*, el *Diario de la Juventud de Pekín*, las *Noticias de la Mañana de Pekín*, las *Noticias de la Tarde de Pekín*, el *Diario de la Sanidad*, las *Noticias de la Salud de los Mayores...* –el comisario Chen los echó todos encima de su mesa, delante del inspector Zhao.

–No.

–Eres famoso. Somos famosos todos. Se ha enterado todo Pekín de lo del asesinato. Tengo entendido que has hecho algunas detenciones.

–Qué remedio. Los periódicos iban a publicar la historia.

–Pues ya has tenido veinticuatro horas...

–Necesito más tiempo.

–La situación es grave. Esto ya no es un homicidio normal. Acabo de volver del Ministerio. Quieren que el caso esté resuelto lo antes posible. No podemos permitir que los ánimos de la gente se sigan exaltando. Tú escucha estos titulares: «Corrupción y fraude, explotación y dinero negro»; y esto: «La policía entra en la carrera por el dinero, descuidando la seguridad pública». Las noticias de los periódicos van a estar censuradas a partir de mañana. Diles a tus hombres que no tiene que hablar nadie con los periodistas.

–Sí, señor.

–Y ve preparando la acusación. Tenemos que demostrar que somos implacables con el crimen.

–Todavía no estoy listo.

–Tienes las confesiones de los matones.

–Estoy esperando los últimos resultados del examen forense.

–Pero si la historia es muy sencilla. El señor Li estaba harto o asustado de ver a la víctima fisgoneando por allí, haciendo preguntas. Sus matones le pegaron al chico una paliza para darle una lección. Se lo cargaron. Después tiraron el cadáver en Pingfang. Junto al cadáver se encontró la cartera del socio del negocio del señor Li, Beihe Song.

–Sí, así fue cómo los relacionamos y descubrimos que el muerto había sido visto por última vez en el almacén del señor Li. Había testigos que vieron cómo lo metían a rastras en el número 11. Registramos su habitación de hotel y encontramos fotos y grabaciones.

–Entonces ¿cuál es el problema?

–Beihe Song lo niega. Dice que tiene una coartada.

–Ya se sabe cómo son estos asesinatos de las mafias. Es difícil señalar exactamente al que lo hizo. Todos tuvieron algo que ver. Son culpables todos. Hay que proceder. Tenemos confesiones y testigos y pruebas. Tenme el informe para mañana por la mañana.

–Sí, señor.

–Ah, y no menciones en él a los rusos. Son órdenes del Ministerio. Lo de los extranjeros es un asunto más complicado... no es problema nuestro.

El comisario Chen se puso de pie, el inspector Zhao también.

–En esta ciudad hasta los crímenes son un problema político –dijo el comisario Chen solemnemente, levantando una mano–. No creo que sea necesario que te recuerde lo importante que es este caso para la imagen de nuestra comisaría.

El inspector Zhao juntó de un taconazo los talones y le hizo el saludo a su jefe.

Se volvió a su despacho y se puso a trabajar en el informe. Dos horas más tarde, todavía no había terminado.

El sonido de los grillos, que le llegaba por la ventana, le irritaba. Oyó un coche que arrancaba, las ruedas que chirriaban y se alejaban a toda velocidad. Más tarde fue el tintineo súbito del timbre de una bicicleta lo que le hizo perder la concentración. Dejó caer el bolígrafo y se acercó a la ventana. Por la calle pasaba retumbando un

tractor. ¿Qué hacía un tractor en la ciudad?

En aquel preciso instante no le habría importado poder tomarse una cerveza, pensó, acariciándose el cuello.

Se volvió arrastrando los pies a su escritorio, pero no fue capaz de escribir nada más. Se sentía como si estuviera otra vez en el colegio, cuando no sabía lo que tenía que hacer en matemáticas: los números le parecían un lío, no tenían sentido. La vieja profesora Guo pasaba dando vueltas, mirando hacia delante, hacia atrás y hacia los lados. Él fingía que estaba pensando, con la barbilla apoyada en la mano, pero por dentro sabía que iba a catear el examen.

El inspector Zhao llamó a su secretaria para que le trajera un té.

«Y así es cómo un tipo de un metro ochenta se viene abajo», pensó, «tomándose un té caliente en un día de bochorno».

La secretaria apareció con la taza, que soltaba humo como la boca de un dragón. Le sonrió.

–Dicen que los héroes no sudan ni al enfrentarse a la muerte, y es verdad.

¿Y quién había dicho que el calor seca las lenguas afiladas?

Fue a cogerle la taza, pero se les escurrió entre las manos. Su secretaria chilló, con el té derramándosele por el pecho. El inspector Zhao se apresuró a pasarle las manos por los pechos, tratando de quitarle el té que la estaba escaldando. Su secretaria volvió a chillar.

Cuando por fin se tranquilizó, el inspector Zhao seguía exclamando «Lo siento». Ella le lanzó una mirada de odio y salió como una tromba, pegando al salir tal portazo que por un instante pareció que la puerta se iba a desprender de sus goznes.

Quedó, como un regustillo desagradable, el silencio.

El inspector Zhao permaneció un momento allí parado, escuchando a los grillos enloquecidos por el calor. Luego se fue a su silla y se sentó. La profesora Guo tenía razón: pretender dejar a un lado un problema real sólo llevaba al desastre.

Cogió el bolígrafo.

Trabajó en el informe durante una hora más y luego ya no fue capaz de seguir. Una cosa le estaba molestando. Miró su reloj. Eran casi las cinco en punto, la hora en que casi todo el mundo se marchaba a su casa. Bajó las escaleras. La comisaría parecía estar desierta. Cruzó a paso rápido el patio interior hacia Detenciones y les dijo a los guardias que estaban de servicio que quería interrogar al señor Li.

Le llevaron al señor Li al cuarto de interrogatorios. Iba vestido con un polo y pantalones oscuros, los suyos propios: «Pero por última vez», pensó el inspector Zhao. Los guardias lo habían esposado. El inspector Zhao les dijo que le quitaran las esposas.

Se sentó al otro lado de la mesa.

–Tus hombres han confesado. Mañana recibirás la acusación de asesinato –el inspector Zhao sacó un pitillo y se lo encendió.

–Son unos idiotas, su testimonio no se sostendría delante de un juez.

–Salvo por el hecho de que puede que no haya juicio.

Una sombra cruzó el rostro del señor Li.

–No debiste haber secuestrado a esos rusos.

–¿Secuestrado? Estábamos haciendo negocios de manera normal.

–¡Estaban atados y amordazados!

El señor Li se encogió de hombros, como queriendo decir que no le había quedado más remedio.

–¿Qué estabas haciendo con los rusos?

–Ya se lo he dicho: negocios.

–Estás aguantando porque crees que va a venir alguien a sacarte del apuro, ¿verdad? Piénsalo bien. ¿Sabes lo que va a pasar con lo de los rusos? Lo van a encubrir: como si nunca hubiera sucedido. Te das cuenta de cuál es el problema, ¿verdad? Tú sabes demasiado.

El inspector Zhao contempló cómo se le encogían los ojos al señor Li.

–Tu mejor defensa es decir la verdad, en todo.

–¿Me está ofreciendo una salida?

–¿Es que no quieres salvar el culo?

–Usted no tiene tanto poder.

–Pero puede que alguien lo tenga, alguien lo bastante importante.

El señor Li parecía estar considerando lo que acababa de decirle el inspector Zhao.

–Hemos estado hablando con tu amigo Beihe.

–Él no sabe nada.

–Ésa no es la impresión que me ha dado a mí.

–Beihe es un mentiroso y un cobarde.

–Dime lo que pasó de verdad la noche del asesinato.

–Ya se lo he dicho un montón de veces.

–Llamaste a Beihe, y luego qué.

El señor Li se quedó callado. No quiso decir nada. Se había dado cuenta de que allí no se iba a hacer justicia. Más le valía poner sus esperanzas en sus hermanos del ejército.

Era ya tarde cuando el inspector Zhao terminó de mecanografiar su informe. En la caseta de las bicicletas la única que quedaba era la suya. Se dirigió hacia su casa, con la noche fresca acariciándole la cara. La luna llena, brillante como un farol blanco, iba apartando nubes finas en el cielo. Había otras bicicletas, gente que se volvía a casa o que salía a trabajar en turnos de noche. En la calle había poco tráfico, algún faro aquí y allá, como una fisura en la oscuridad.

El silencio de la noche le recordó a su pueblo y su antigua forma de vida. Pensó en la casa que habían compartido con sus suegros, sus cuñados y los hijos de éstos. La cocina era un tejadillo de hojalata sobre el fogón del patio. Cuando llovía se ponía uno de barro hasta los tobillos. Los urinarios comunales eran agujeros en el suelo. En verano tenía que taparse la nariz para protegerse de aquella peste. Se acordó de los viajes en bicicleta que había hecho con su mujer para ir a mirar la nueva urbanización de Dashanzi, soñando con un apartamento que nunca iba a ser para ellos. Eran tiempos más fáciles y días más felices.

La caseta para bicicletas de la entrada de su edificio de apartamentos estaba llena. Dejó la bicicleta junto a la entrada y le puso el candado por las ruedas. Levantó la vista hacia el cielo. Había estrellas. No iba a llover al día siguiente.

Trepó por las escaleras hasta su apartamento. En la cocina habían dejado una pequeña luz encendida para él. En el fregadero había platos sucios, con moscas volando alrededor. La ropa lavada se estaba secando en un tendedero colocado en medio del salón. En una esquina del sofá había un montoncito de pañuelos perfectamente doblados. Parecía que su mujer había estado organizando la colada antes de irse a su turno de noche. Se sacó del bolsillo del uniforme una botella y la puso encima de la mesa. Vio una nota de su mujer que decía que le había dejado la cena en la nevera: berenjenas fritas. Se quitó la chaqueta y la tiró en el sofá. Arrugó el papel y lo lanzó a la papelera.

Fue a la habitación de Ren y llamó con suavidad a la puerta. Apretó el picaporte sin hacer ruido. El cuarto estaba a oscuras. Su hija estaba durmiendo. A la luz del pasillo, le vio la cara, lacia como la suya, tranquila como un bebé. En el cuarto hacía calor. Ren llevaba un camisón con un ribete de encaje. Ahora era una niña de ciudad. Tenía una sábana enrollada alrededor. Vio las piernas delgadas que le llegaban hasta el borde de la cama. Se preguntó cuándo se había puesto tan grande. Se acercó a la ventana y apartó la cortina de algodón. Miró una vez más la luna. Del otro lado de la rejilla había mosquitos.

Salió del cuarto de Ren y se dirigió al salón. Sacó un vasito de licor de un juego de cuatro que había en el aparador. Puede que fueran un regalo de boda de su suegro o de alguno de los hermanos de su mujer, ya no se acordaba. Hacía mucho que tenía aquellos vasitos. Depositó el que había sacado al lado de la botella de color ámbar y se sentó en el sofá, mirándolos. Llevaba bebiendo desde que salió del hospital. La botella no le había costado mucho. El *Erguotuo*<sup>9</sup> era un licor de campesinos, una bebida de pueblo. Desenroscó el tapón y se sirvió en el vaso el líquido dorado. Hecho de maíz en lugar de arroz, el color era demasiado oscuro para un licor refinado. Notó el sabor marcado en la garganta. Se sirvió otro. «*Ganbei!*», dijo, no para nadie en particular, y desde luego tampoco para sí mismo, y vació el vaso. La garganta se le suavizó. Comprendió que iba a seguir bebiendo un rato.

Se hizo público que había ocho personas acusadas de asesinato: Beihe Song, vecino de la provincia de Cantón, empresario; Fuyou Li, del condado de Changping, en Pekín, empresario también; y seis de los trabajadores del señor Li, tres de los cuales eran delincuentes con antecedentes penales de diversa gravedad. Todos los periódicos de la ciudad publicaron y celebraron la noticia. De acuerdo con la forma de proceder habitual en casos como aquél, la prensa no divulgó la situación del almacén en el que se había cometido el asesinato.

Pronto la mayor parte de los pekineses estuvieron al tanto del caso, aunque muchos decían que les daba lo mismo.

—Son todos unos sinvergüenzas —era el sentimiento común al final de una larga charla al pie de los viejos árboles, al ponerse el sol, entre el movimiento de abanicos de paja y los tortazos a los mosquitos en las piernas desnudas.

—El señor Li ese, les cogió el dinero a los de la Casa del Espíritu Dorado, pero no hizo nada por ellos.

—Menudo pájaro.

—Hay muchos empresarios que hacen eso. Ganan dinero engañando a la gente.

—Pero ¿qué hijo sería capaz de robar a su propia familia?

—El detective privado en realidad hizo el idiota, dando vueltas por el sitio aquel y haciéndose notar tanto.

Tres días más tarde salió la noticia de que los seis matones que con tanta crueldad habían apaleado y asesinado al detective privado acababan de ser ejecutados, con una bala en la nuca cada uno. A nadie le importó que no hubiera habido juicio. Aquellos tipos eran unos criminales y les habían dado su merecido. La gente se alegró de la noticia y luego se olvidó de los tipos.

En la ciudad la memoria era muy corta, y más aún con aquel calor que les secaba la garganta a los que hablan demasiado.

La Casa del Espíritu Dorado se convirtió en una marca conocida. Las ventas de sus famosas píldoras se dispararon.

Para Wudan la ejecución de los seis matones no fue motivo de alegría. Un camarero del restaurante La Cocina Privada de la Familia Tian les llevó la comida en cajas como de costumbre. Wudan no tocó la suya.

—¿Por qué no comes?

—Porque no son buenas noticias. Podían haber testificado en el juicio —dijo Wudan, refiriéndose a los tipos ejecutados.

—Habrían sido testigos de la acusación.

—Ésa es la cuestión. O la policía está muy segura de sí misma, o igual es que no va a haber juicio.

—Pues claro que va a haber juicio. Está todo el mundo pendiente de este caso —dijo Mei.

—Entonces Beihe se puede dar por muerto.

Le pidió a su secretaria que llamase al alguacil del juzgado y le preguntara si se había fijado fecha para el juicio de Beihe. Luego salió del despacho para discutir aquello con sus socios principales.

Cuando volvió el humor no le había mejorado, pero ahora había certidumbre en su voz.

—Vá a ser un juicio corto. Le voy a pedir a la familia Song que venga.

—¿Quieres que testifiquen?

—Fue a su detective privado a quien asesinaron —dijo, y luego, como explicándose—: Es mejor que sean testigos nuestros.

Al día siguiente, Jin, la mujer de Beihe, Ben Ben, su hijo de diez años, y su madre, la Anciana Señora Song, llegaron en avión a Pekín. El Anciano Maestro estaba demasiado enfermo para hacer el viaje: la noticia de la detención de Beihe lo había dejado destrozado, la ya frágil salud del anciano se había desmoronado casi por completo.

Mei fue con Wudan al hotel Palace. Los Song estaban en la Suite Royal, desde la que se veía la Ciudad

Prohibida. Al entrar en la habitación, Mei vio, recortada contra un fondo de tejadillos dorados que centelleaban al sol poniente, a una mujer delgada, con el pelo recogido al desgaire. Vino hacia ellos. Llevaba un vestido de veladuras de seda... del color de los nenúfares de Monet. En el hueco del cuello, donde se cerraba el vestido, brillaba suavemente un broche de granates, rubíes y diamantes. Mei se esperaba una mujer guapa, pero no se había imaginado semejante esplendor. Jin tenía los ojos transparentes como el agua de un lago. Y tenía un brillo en ellos, y en la sonrisa. Andaba a paso ligero pero firme. Era como si ella intentase reprimir la alegría que le brotaba de dentro y aun así acabara desbordándosele igual.

Le dio a Mei un apretón con sus pequeñas manos y le dijo:

–Por fin nos conocemos.

Jin miró a Wudan. Aunque no cruzaron palabra, Mei volvió a ver en los ojos de ella la misma chispa, como queriendo decir lo contenta y lo encantada que estaba de verle.

–Me temo que te debo una explicación –dijo Jin, cogiendo a Mei de la mano y llevándola hacia el sofá–. Cuando Wudan te conoció, yo ya había contratado a Qiu Gang. Cuando nos sugirió que quizá podríamos contar con tu ayuda, me di cuenta de pronto de que tenía razón y de que tú eras la persona más indicada. Me sentí estúpida por no haber pensado antes en buscar a alguien en Pekín y comprendí que había sido un error mandar a Qiu Gang. Por pura vanidad, no le conté nada de esto a Wudan. Una vez que tú accediste a hacerte cargo de la investigación, traté de ponerme en contacto con Qiu Gang para que se olvidara del caso. Como no conseguía dar con él, di por hecho que todo había ido según lo previsto –Jin suspiró–. Luego resultó que lo habían asesinado. Wudan se llevó un disgusto y pensó que la familia Song no había tenido confianza en él. Y tú te has visto envuelta en este embrollo. Lo siento.

–No ha sido culpa suya.

–Pero yo me siento responsable.

Se abrió la puerta de la habitación contigua. Entró una anciana, débil, apoyándose en el brazo de un niño y con un bastón en la mano.

–Mamá –Jin se levantó–. Deberías estar descansando.

Wudan y Mei se levantaron también.

–Aquí yo soy la cabeza de familia –dijo la anciana, sin mirar a su nuera–. Ben Ben, llévame al sofá.

Su nieto la condujo hasta el sofá y la ayudó a sentarse entre cojines amarillos bordados de dragones y fénix. Era el amarillo del Emperador: Hijo del Cielo.

–Hola, señora Song –dijo Wudan.

–Siéntate aquí a mi lado, hijito –dijo ella, y les dio unas palmaditas a los cojines con su mano nudosa. Wudan fue a sentarse a su lado.

Mei y Jin volvieron a sentarse en sus asientos.

–Tengo el corazón destrozado –gimoteó la Anciana Señora Song. Dos lágrimas bajaron por los desfiladeros de su cara arrugada. Ella no se las secó–. ¿Qué le va a ocurrir a mi Beihe?

–Va a haber un juicio. Ya sabe usted que lo han acusado de asesinato.

La señora Song señaló a Jin, con la voz un punto más aguda:

–¡Tú contrataste a ese detective privado para que espiera a mi hijo! –los regueros de las lágrimas centellaban en su viejo rostro cual resplandecientes estandartes de su amor de madre.

–Ben Ben, ¿por qué no te vas a tu habitación a jugar con los videojuegos? –le dijo Jin a su hijo.

–No –dijo el niño. Era de la cabeza a los pies tan guapo como su madre, a pesar del pelo enmarañado.

–Ben Ben no tiene por qué irse a ningún lado. Es el hijo de Beihe. Debería enterarse de lo que está pasando.

–Contraté a Qiu Gang pensando en la empresa. Beihe estaba robando dinero.

–¿Robando? Pero si el dinero es suyo, es el dinero de la familia Song, no tuyo. Y ¿qué haces con esa pinta? Tu marido está hecho polvo y tú te pones como un pavo real.

–Mamá.

–Si le hubieras querido, aunque sólo fuera un poquito, no estaría hoy donde está.

–Señora Song –dijo Wudan–, le prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para defender a Beihe. Tenemos que estar juntos, no ponernos unos contra otros. Ahora no es momento de discusiones. Nuestra suerte depende de ello.

La señora Song se tranquilizó, aunque la cara todavía le ardía del enfado. Pidió agua. Jin se la trajo. La anciana le cogió con brusquedad el vaso.

–Yo conozco a mi Beihe. Es buena persona. Nunca mataría a nadie.

–Voy a contrastar las pruebas con Jin. Usted está cansada.

–Sí, creo que voy a ir a tenderme.

Jin le cogió a la Anciana Señora Song el vaso de agua y trató de ayudarla a levantarse. Ella rechazó la mano de Jin y murmuró:

–Mi nieto.

Ben Ben se acercó y puso de pie a la anciana. Mei le alcanzó el bastón.

–¿Y tú quién eres? –la Anciana Señora Song miró por primera vez a Mei.

–Soy Mei.

–Ése es un nombre muy bonito. ¿Eres la novia de Wudan?

Mei no supo qué responder. Bajó los ojos.

–Yo sé que te acuerdas de mi Beili –le dijo la Anciana Señora Song a Wudan–, pero ella no era para ti. El Cielo tenía otros designios –dio con el bastón en el suelo–. Sí, hablad vosotros. Ayudad a Beihe. La familia Song no lo olvidará.

–Descanse usted, Señora Song.

–¡Jin!

Jin acudió a la llamada. Le sacaba más de una cabeza a su suegra.

–Pórtate bien con él. Piensa en lo bien que has vivido gracias a él –la señora Song levantó el bastón como si pensara hacer algo con él.

–Sí, Mamá.

–Tú sin él no eres nada, no eres nadie.

–Eso –la secundó Ben Ben.

–Estoy preparada –dijo la señora Song, agarrándose al brazo de su nieto.

Ben Ben ayudó a su abuela a ir a su habitación. La anciana andaba despacio, con la cabeza caída.

Cuando su hijo y su suegra hubieron salido, Jin llamó al servicio de habitaciones para pedir café. Wudan empezó a sacar documentos y a ponerlos sobre la mesa.

–El juicio va a ser dentro de dos semanas. La policía quiere ver el caso resuelto. Eso significa que estamos totalmente en desventaja.

Jin ojeó los papeles.

–¿Esto tiene validez legal? –cogió de la mesa un documento.

–Sí, está firmado, y en presencia de testigos.

–Esa vieja estúpida –Jin le pasó el papel a Mei–. Mi suegra; le había dado sus acciones del Espíritu Dorado a Beihe.

Vino el café. Jin le dio las gracias a la camarera y les sirvió ella misma el café a Wudan y a Mei.

–¿A qué nos enfrentamos?

–Según la policía, Qiu Gang había estado por el Barrio Ruso haciendo preguntas y sacando fotos. Cuando apareció por segunda vez, el señor Li empezó a sospechar. Hubo testigos que vieron cómo metían a Qiu Gang a rastras en la oficina del señor Li a eso de las cuatro de la tarde. Esa noche, el señor Li, Beihe y sus matones interrogaron a Qiu Gang. Le pegaron y le mataron. Después se deshicieron del cadáver en Pingfang, lejos del Barrio Ruso. La cartera de Beihe se encontró cerca del cadáver. Pero él insiste en que no participó. Dice que no estuvo en el almacén ni tampoco en Pingfang.

–Beihe dice que tiene una coartada –dijo Mei, lanzándole una mirada a Jin–. Esa noche estaba con dos prostitutas.

Hubo un largo silencio.

–¿Y están dispuestas a testificar? –preguntó Jin.

–No lo sabemos. Ni siquiera sabemos si es verdad que pasaron esa noche con Beihe. Beihe estaba demasiado borracho para acordarse con claridad de nada. Y no consigo encontrar a las prostitutas –dijo Wudan–. Es como si hubieran desaparecido. Después de las redadas de Limpieza de lo Amarillo no quedan prostitutas en Pekín.

–Yo creo que podría ser una maniobra de distracción de la policía: no quieren que las encontremos. Anna y Leila podrían convertirse en un problema si consiguen que ganemos el caso –dijo Mei.

–¿Qué podemos hacer? –preguntó Jin.

–Yo voy a intentar encontrarlas –dijo Mei.

–¿Puedes?

–Hay cuatro posibilidades: podrían estar muertas, o fuera de Pekín, detenidas por la policía o escondidas hasta que haya pasado el torbellino de la Limpieza de lo Amarillo. Mientras estén vivas y en Pekín, hay una oportunidad de encontrarlas.

–Aun en el caso de que las encontremos, tampoco es seguro que puedan ser de ayuda –dijo Wudan.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Jin.

–Son testigos poco fiables. Eso a los jueces no les gusta, y menos aún en el caso de Beihe, con todo el mundo pendiente. El gobierno querrá que el juicio sea transparente. Y no estoy seguro de que lo de meter a las prostitutas vaya a favorecer a Beihe. Vá a dar una mala impresión de su carácter.

–¿Y qué otra cosa podemos hacer? –preguntó Jin.

–Lo de la cartera de Beihe es una prueba circunstancial. Sería difícil que la acusación lograra que lo condenen basándose nada más que en eso. Podemos hacer algunas cosas. Podemos intentar encontrar agujeros en los argumentos de la acusación. Por lo que he visto, haberlos haylos.

–¿Te parece si los repasamos? –dijo Jin.

–Eso podemos hacerlo mañana en mi oficina. Hoy descansa un poco –dijo Wudan.

Mei y Wudan se despidieron de ella y bajaron en el ascensor. Cruzaron el vestíbulo, exuberante de ramos de flores frescas. Las paredes las habían frotado hasta hacerlas brillar. Grupos de turistas volvían después de un día entero de excursión.

Salieron al cálido y bullicioso atardecer de la ciudad.

–Sé que te estás enfrentando al sistema entero –dijo Mei–. No te des por vencido. Acuérdate de lo que me dijiste en el club de golf Changping.

Wudan mantuvo el rostro inmóvil. Ante ellos, el tráfico se agolpaba en la calle.

Ella le tendió la mano, para ofrecerle su apoyo o quizá para que él le diera fuerzas. Wudan le cogió la mano y no se la soltó.

Cuando Mei llegó a su casa, llamó por teléfono a su amiga Shiyi, que trabajaba en el Comité de Gobierno de la Ciudad de Pekín.

Gupin llegó con su llameante uniforme del Pequeño Halcón Rojo. Mei le estaba esperando a la puerta de la cafetería, bajo la sombra de un árbol. Él le tendió un sobre en el que no había nada escrito. Dentro había un informe con un sello que decía «Confidencial».

–¿Tienen helados? –le preguntó Gupin al dueño de la tienda.

–Dentro –dijo el hombre–. En la nevera.

Gupin agachó la cabeza y desapareció detrás de las cajas de tallarines instantáneos, amuletos de la suerte y camisetas colgadas del techo. Al cabo de unos minutos volvió a salir, con una botella de agua y un helado de judías verdes. Pagó al hombre y éste desapareció hacia el interior. Gupin se quitó el uniforme y lo dobló encima de su bolsa de reparto. Se sentó en un cajón de botellas vacías.

Mei sacó del sobre el informe y leyó:

–«Informe sobre el Éxito del Movimiento de Limpieza de lo Amarillo.»

–Tu amiga me ha dicho que tienes que ir a ver a un tipo que se llama el Primo. Dice que te volverá a llamar ella cuando lo tenga arreglado.

Gupin se levantó.

–Ahora me voy a devolver el uniforme.

–¿Estás seguro de que lo quieres dejar?

–Segurísimo –dijo Gupin.

Se alejó balanceando la botella de agua medio vacía, más contento que un niño al que le acaban de decir que puede entrar en el juego.

Mei y Gupin se encontraron con el Primo (el Teniente Xu, de la Brigada Especial Antiamarilla) en la Torre del Tambor.

–¿Por qué te llaman el Primo? –le preguntó Mei al barbudo policía, que iba vestido con una camisa de rayas y unos pantalones holgados.

–Porque cuando voy de incógnito siempre digo que soy el primo de alguien. Da muy buen resultado. Todo el mundo tiene algún primo al que la gente no conoce o del que no ha oído hablar –el Primo se secó las manos en el pañuelo–. De todas formas soy de verdad primo de Shiyi.

–¿Pertenece a la Policía de Pekín?

–No. Nosotros recibimos órdenes del Ministerio de Seguridad Pública. Somos un cuerpo especial de la Policía Nacional.

Estaban sentados en una tetería de la calle del Bazar, en la parte sur de la Torre del Tambor. De fondo se oía ópera de Pekín. De cuando en cuando entraban compradores a preguntar el precio de los juegos de té del escaparate y a regatear. Del otro lado de las ventanas de celosía, pasaban en triciclos taxi turistas armados de videocámaras.

Tomaron té y tarta de alubias rojas. Mei le contó al Primo lo de las dos prostitutas que estaba buscando.

–No creo que Anna y Leila fueran sus nombres de verdad –le dijo.

–Si las hemos cogido nosotros, estarán retenidas en alguno de los centros de detención que figuran en el informe que te ha dado Shiyi. Cuando vayas di que es de mi parte.

–Gracias. Parece que esta vez la Limpieza de lo Amarillo ha sido muy eficaz.

El Primo sacudió la cabeza.

–Ojalá fuera tan sencillo acabar con el porno amarillo, pero luego vuelven. Siempre pasa lo mismo. Detenemos a un montón de gente de cada vez, procesamos a los cabecillas de las bandas y rescatamos a las prostitutas. Mandamos de vuelta a sus casas a las mujeres que habían venido contra su voluntad. Pero es como si nunca terminara de haber bandas, delincuentes y mujeres que por la razón que sea acaban vendiéndose por dinero.

–Si los hombres no pagaran por el sexo, las prostitutas no existirían –dijo Mei.

–En teoría, es verdad. En realidad, el sexo es un artículo de consumo más. Si los hombres pueden pagarlo lo van a hacer, y llevan siglos haciéndolo. ¿No dicen que la prostitución es el oficio más antiguo del mundo? En nuestra cultura, hay una tendencia a aceptarlo y hasta a verlo con buenos ojos que dificulta mucho nuestro trabajo.

–Deberían juzgar a los clientes –le espetó Gupin.

–Mi trabajo no es juzgar a nadie. Pero sé que han juzgado a mucha gente por frecuentar prostitutas. Parece que tampoco sirve de mucho –el Primo le hizo una seña a la camarera para que les llevara más té–. Por lo menos, con cada Limpieza de lo Amarillo que hacemos les estamos poniendo las cosas más difíciles, aunque sólo sea por un tiempo.

–¿Adónde van las prostitutas cuando hay una Limpieza de lo Amarillo?

–A la clandestinidad. Algunas se trasladan a Tianjin y vuelven al cabo de unos meses. Tianjin está a poco más de cien kilómetros y muchas de las bandas de prostitución tienen conexiones allí.

–Anna y Leila eran habituales del Susie Wong.

–El Susie Wong es territorio de Yi el Padrino. Es uno de los dos grandes cabecillas que hemos conseguido atrapar esta vez. Con él entre rejas, su banda tiene muy poca capacidad de acción. Es posible que esas prostitutas estén todavía en Pekín, escondidas en alguna casa del camino. Igual ya no pueden conseguir trabajo en los clubs nocturnos, pero hay otras posibilidades, como hacer negocios con antiguos clientes, por ejemplo.

Al Primo le sonó el teléfono. Lo cogió.

–Intentaré estar ahí lo antes posible –dijo.

Guardó el teléfono y les dijo a Gupin y a Mei que estaba de incógnito, haciendo de taxista en hoteles, clubs nocturnos y karaokes.

–Ahí es donde está el negocio de las bandas.

Luego se volvió hacia Mei.

–Te puedo presentar a una persona que quizá pueda ayudarte. Ella es uno de nuestros contactos para vigilar los garitos de Yi el Padrino, una *da ma*.

El Primo escribió la dirección en un papel y se lo dio a Mei.

En el patio del centro de detención Puente Rojo se fueron juntando los detenidos. Había hombres que llevaban en el rostro sufrimiento, indiferencia, muecas de orgullo algunos y otros de rebeldía. Llevaban blusones azules y pantalones anchos. Se movían despacio y sin cuidado, con los cuerpos doblados. Los guardias les dieron a gritos orden de formar.

–Los detenidos por la mañana tienen una amonestación verbal y entrenamiento disciplinario –dijo la mujer policía que acompañaba a Mei y a Gupin–. Después de comer les toca su sesión de reforma del pensamiento a las detenidas, y luego a los hombres.

La mujer andaba a paso enérgico.

–La mayor parte de las prostitutas que nos mandan de las redadas del Barrido de lo Amarillo se quedan unos pocos días, o como mucho unas pocas semanas.

–¿Y luego? –preguntó a Mei.

–A algunas les hacen un juicio. A otras las mandan a la cárcel o a sus casas. A las demás las dejamos marchar. No podemos retenerlas. No tenemos espacio.

Llegaron a la zona de las detenidas, gris y abarrotada. Las mujeres llevaban las mismas camisolas y los mismos pantalones que los hombres. Trabajaban haciendo plantillas para zapatos en una estancia grande. Algunas se ocupaban de ponerles pegamento, otras de coserlas. Otras llevaban y traían telas de unas grandes bolsas de plástico.

–Algunas de las detenidas llevan años entrando y saliendo de aquí; sobre todo las que empiezan de adolescentes. Necesitarían ir al Instituto de la Reforma del Pensamiento para Delincuentes.

Pasaron por un pasillo en el que había un grupo de mujeres fregando el suelo y restregando las paredes. Se quedaron mirando a los visitantes. Alguien silbó.

–¡Seguid trabajando! –gritó una de las guardias que las estaban vigilando.

Arriba, en lo alto, una fila de ventanas dejaba entrar una tenue luz del sol.

–Las mujeres de los Barridos de lo Amarillo son poco disciplinadas y poco trabajadoras –dijo la mujer policía–. A las recién llegadas las mantenemos separadas de las demás.

Mei las distinguió desde lejos, en grupos, con su propia ropa de colores y los labios pintados.

La sala tenía un olor ácido, había clínex sucios y tampones usados tirados junto a la pared.

–Eh, guapetón –dijo una de ellas–. ¿Es a mí a quien buscabas? –sacó pecho hacia Gupin y soltó un ronroneo gutural.

Las mujeres se rieron.

–Eres demasiado atrevida para él. Mira, se está ruborizando.

–Ay, ay.

–¿Están aquí? –preguntó la mujer policía.

Mei negó con la cabeza.

Allí no estaban.

Anna y Leila no estaban en ninguno de los centros de detención que había visitado Mei.

Wudan fue a recoger a Mei para ir a la fiesta de Lu.

Se había peinado con raya a un lado y se había puesto gomina. Olía a una cosa extranjera, a una colonia almizcleña. Se le veía delgado, atractivo y sofisticado, con su traje bien cortado y su camisa de un blanco resplandeciente. Al llegar a la puerta se le notaron ligeramente los nervios. Sonrió y dijo:

–Estás muy guapa.

Mei llevaba un vestido largo rojo, como Lu le había pedido, con lentejuelas por la parte de arriba. Le había costado más de lo que podía pagar.

Seguro que se refería al vestido, pensó Mei, cerrando la puerta. Se acordó de Jin, de su gracia y su elegancia. Ella sí que era guapa.

Wudan la ayudó a entrar en su BMW, recogiendo la falda del vestido, que empezó a crujir y enseguida se descontroló entera. Trataron de volver a colocarla para que no se arrugara. Al final Mei tuvo que sujetar con las manos una seta de tules y encajes.

No hablaron de Beihe. Mei no le contó a Wudan lo del Primo. Era como si hubieran decidido, por separado pero al mismo tiempo, olvidarse de sus preocupaciones y sus frustraciones y disfrutar por una noche del tiempo que pasaban juntos.

El club estaba en un lugar escondido y no tenía ningún cartel, por razones de discreción. En la calle el tráfico estaba parado, los coches hacían cola para entrar, los taxis dejaban a sus viajeros. Hombres trajeados y damas con joyas centelleándoles alrededor del cuello se abrían paso hacia el portón. Mei y Wudan los siguieron. En cuanto traspasaron la puerta en forma de media luna, Mei oyó el retumbar de la música.

–Esto es impresionante –dijo Wudan, resplandeciente ante la visión del jardín y de lo mejor de la alta sociedad. Le cogió a una camarera dos copas largas de champán y le dio una a Mei.

–¡Sería aún mejor si pudiéramos oír lo que estamos diciendo! –dijo Mei.

Fueron andando por el borde de un riachuelo, con el champán burbujeándoles en la lengua. La luz era todavía lo bastante fuerte como para poder ver las caras de la gente, los detalles de los vestidos de las mujeres, lazos y pliegues de seda. Cuando Wudan la miró, Mei le notó el entusiasmo en los ojos. Verle feliz le daba alegría, y se estiró, orgullosa. Pasaron junto a grupos de personas que hablaban unas con otras inclinándose hacia delante por culpa de la música.

–¡Mei! ¡Qué guapa estás! –les gritó alguien–. Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo va ese negocio?

–Hola, señor Hua –Mei se detuvo y se dio la vuelta para mirar a un hombre de mediana edad.

–Dejadme que os presente. Mei es la hermana de nuestra anfitriona, y otra próspera empresaria de esta familia. El señor Hua le apretó a Mei el hombro con la mano.

–Mei, éste es el Subsecretario Liang Jiabao, del Ministerio de Seguridad Pública. ¿No os conocisteis cuando tú trabajabas en el Ministerio? Y la señora Liang.

La señora Liang se ajustó las gafas.

–No creo que nos hayamos visto antes –dijo el Subsecretario.

Mei presentó a Wudan.

–¿Abogado, eh? Espero que no estés metida en ningún lío –dijo el señor Hua guiñándole un ojo.

–Soy yo el que necesita los servicios de ella –dijo Wudan.

–Pues claro.

–¿A qué te dedicas? –preguntó una mujer joven, alta, que estaba al lado del señor Hua.

–Eh... soy consultora de información –dijo Mei.

–Señorita Wang, ¿sabe usted qué tipo de nuevo negocio es el que está montando su cuñado? –preguntó el Subsecretario Liang.

–Dice mi hermana que tiene algo que ver con los teléfonos móviles.

–Cuánta intriga; muy típico de Lining –dijo el señor Hua.

–Hay que ver lo callado que se lo tiene.

–Ya nos enteraremos muy pronto.

–Yo he oído decir que lo ha patrocinado con capital de riesgo estadounidense, de Silicon Valley.

–¿Qué es capital de riesgo, cariño? –preguntó la mujer joven.

–Capital de riesgo es cuando una empresa pone dinero para iniciativas nuevas –dijo el señor Hua.

–¿No es eso lo que haces tú?

–Huy –se rió el señor Hua, mirando a su alrededor–. No, querida, no exactamente.

Se volvió hacia Mei y cambió de tema.

–¿Cómo sigue tu preciosa hermana? Hace tiempo que no la he visto, si no es en la televisión. Tengo que decir que cada día está más deslumbrante.

–Tengo que ir a decirle hola.

–La hemos visto antes con el ministro Yao –dijo la señora Liang.

Mei y Wudan se despidieron con una inclinación. Los demás, a excepción del Subsecretario Liang, les devolvieron la inclinación.

En cuanto estuvieron donde no podían oírles, Mei le dijo a Wudan:

–No me fio del Subsecretario Liang. Me lo encontré hace dos semanas en el Barrio Sur.

–¿Y qué pintaba él en el Barrio Sur?

–Fue a encontrarse con otras personas, todo supersecreto. Yo estaba trabajando en un caso. Un marido que se dedicaba a actividades cuestionables. Los seguí a él y a su amante hasta el Barrio Sur. Me alegro de que el Subsecretario Liang no me haya reconocido. Me pregunto qué relación tendrá con el señor Hua –dijo Mei. Bebió un sorbo de su copa. Ya no tenía burbujas.

–¿De qué conoces tú al señor Hua?

–Es amigo de mi hermana. Me dio algunos consejos cuando puse la agencia. Él llevaba una especie de «empresa del maletín»: una cáscara vacía sin activo ninguno que se dedicaba a estafar a inversores extranjeros. No sé qué habrá pasado, pero parece que le ha ido muy bien. Me contaron que había absorbido las empresas en las que era copropietario. Ahora está entre los grandes. Su empresa se cotiza en la Bolsa de Valores de Shanghai –Mei le apretó a Wudan la mano–. Creo que sabe que estoy metida en un lío.

–No, qué va. Lo ha dicho sólo por darte conversación. Estaba intentando ser gracioso.

–Lo sabe. Se lo he notado en la forma de decírmelo –dijo Mei, y el nudo del entrecejo se le apretó aún más–. Pero ¿cómo puede haberle llegado un rumor como ése a un tipo como él?

A una de las mesas estaba sentado Lining, el marido de Lu, hablando con más gente. Cuando vio a Mei la saludó con la mano.

–Lu está dentro con tu madre –le dijo–. Llevas un vestido precioso.

Mei habría querido presentarle a Wudan, pero Lining ya se había vuelto a su conversación.

–La industria pesada es el pilar de este país. No se la puede privatizar. Tú imagínate lo que sería que la producción de acero, o la extracción de carbón, pertenecieran a empresas privadas –oyó Mei.

–Pero dime: ¿cuál es la diferencia fundamental entre la industria ligera y la industria pesada? –dijo Lining–. ¿Qué diferencia hay entre, por ejemplo, la industria del acero y la industria textil?

Wudan y Mei se alejaron de allí.

Un aire fresco, vapor casi, se elevaba de la superficie del riachuelo. Faroles cubiertos de seda roja resplandecían en las ramas de árboles vetustos, derramando sobre el agua reflejos centelleantes. Una fila de casas de dos pisos de estilo tradicional, de ladrillo gris y con ventanas de celosía de madera, se alzaba en la ribera. Las puertas, de paneles que llegaban hasta el techo, estaban todas abiertas, con las cortinas de muselina ondeando al viento. Había luz de velas. De las habitaciones entraba y salía gente.

Mei y Wudan se metieron dentro. Llegaron a un bar. Encima de la barra parpadeaban luces de colores cambiantes, de un cuadrado a otro. Había gente joven y guapa tomando cócteles y tapas. Pasaron a otra sala en la que había mesas de secuoya, sillas de respaldo alto y dos camas chinas suntuosamente cubiertas de cojines. Por las puertas abiertas entraba una brisa fresca, levantando los pliegues de seda. Había una pequeña multitud allí reunida.

Al acercarse, Mei y Wudan vieron a dos policías de uniforme.

Uno de ellos era de estatura y complexión medianas. Estaba allí de pie muy erguido, con las estrellas que llevaba en los hombros resplandeciendo. Llevaba dos medallas prendidas en el pecho y lo sacaba todo lo que podía. Se había puesto bien derecha su gorra nueva. Lu le estaba presentando a gente. A los oídos de Mei llegó la

palabra «héroe». A su alrededor se veían las caras, en especial las de las mujeres, emocionadas y llenas de admiración. El otro policía era el inspector Zhao, alto y encorvado, con el rostro serio y tenso, agarrado a su gorra con resquemor, como si fuera a explotar.

—¿Cómo pudieron llegar a averiguarlo? Yo creía que con la paliza que le pegaron resultaba imposible reconocerle.

—Extraordinario —intervenían otras voces.

Cuando Lu vio a su hermana, dejó a los héroes de la policía con sus entregados admiradores y se acercó a ella. Lu también iba de rojo, pero sin abalorios ni lentejuelas. Era un vestido largo, sencillo, de seda, cortado al bias, que le caía elegantemente desde los hombros delgados. Ella era más alta que la mayoría de la gente. Sus ojos destelleaban tanto como sus diamantes. Se la veía un tanto aturullada de la emoción y la ansiedad.

—Me alegro de que hayas venido, hermana. ¿Quieres que te presente al comisario Chen, de la Comisaría del Distrito de Chaoyang, y a su inspector?

—El inspector Zhao es amigo mío.

Lu miró a Wudan.

—¿Cómo estás? —le saludó, con todo el entusiasmo y la gracia de una anfitriona que no recuerda el nombre de su invitado. Su sonrisa no decaía nunca.

—Nos conocimos en el club de golf Changping.

—Me acuerdo. El abogado. Me alegro de volver a verte.

—Qué fiesta tan impresionante.

—Gracias.

Luego Lu le agarró la mano a Mei.

—Mamá está arriba. Ha venido con su novio.

—¿De verdad?

Lu se volvió hacia Wudan.

—¿Te apetece que te presente a algunos de mis amigos?

—Me encantaría.

—Entonces ven conmigo —dijo Lu. De camino hacia el jardín se vio a sí misma reflejada en el cristal, y estiró el cuello para parecer aún más alta.

Las escaleras que llevaban a la primera planta estaban hechas de madera oscura. Crujieron bajo los pies de Mei. En el descansillo brillaba un farol rojo con el carácter «suerte» escrito. Ardía incienso en una larga mesa de bambú. El pasillo tenía paneles también de bambú. Flotaba allí una atmósfera de calma, una atmósfera de fantasmagórico abandono.

Mei empujó la puerta para abrirla. La sala estaba oscura, del techo colgaba una araña de cristal. Había una larga mesa vacía y sillas de estilo europeo. Cerró la puerta. Pasó una camarera con una bandeja de bebidas. Le hizo a Mei una inclinación.

En la siguiente puerta, Mei apartó un juego de cortinas de satén verde y cruzó un portón interior en forma de luna llena con marquetería de bambú tallado. Aquella sala estaba iluminada con velas y tenía espejos en las paredes. Buscó con la mirada a su madre en aquel revoltijo de invitados a la fiesta. Pero no la encontró. Pasó dos cuartos de formas extrañas, subió unos cuantos escalones, y por fin vio a su madre, sentada a una mesa con más gente. Ling Bai se abanicaba con un abanico de satén azul.

Mei se acercó y le dijo hola.

—Has venido —dijo su madre—. Siéntate un ratito con nosotros. Tú no tendrás tanta prisa como tu hermana, ¿no?

Mei cogió de otra mesa una silla vacía y se sentó. Miró a la gente que estaba con su madre, preguntándose cuál de los dos hombres sería el novio.

—Este sitio es un laberinto —dijo.

—Sí, bastante caótico y bastante ruidoso —dijo su madre.

—Las fiestas de la gente joven siempre son ruidosas —dijo uno de los hombres. Era más o menos de la edad de su madre, o puede que algo mayor, y el cutis moreno le daba un aspecto saludable. Tenía el pelo completamente blanco, cosa que en opinión de Mei proporcionaba cierta dignidad a los hombres de esa edad.

No podía decir que no le gustara, aunque desde luego tampoco podía decir que le gustara. Pero cuando vio que miraba a su madre con una chispa en los ojos, se sintió inmediatamente ofendida. ¿Qué derecho tenía él a

entrometerse de aquella manera en sus vidas? «Yo me he pasado más de treinta años con esta mujer, queriéndola, escuchando sus insufribles regañinas y preocupándome por sus sentimientos», pensó Mei. «Ésta era mi familia, forjada con el tiempo y el sufrimiento.» Y ahora aparecía aquel hombre y sin más ni más, con un guiño del ojo o un susurro suave al oído de su madre, pretendía quedársela para él. ¡No!

–Deberías estar contento de que te hayan invitado. O es que no ves el latazo que es para ellas que estés aquí – dijo la otra mujer mayor que había a la mesa.

–Pero si yo todavía soy joven –respondió él, tratando de tomárselo a risa.

–Me parece que ya has bebido bastante –la mujer le sujetó la mano, que, según vio Mei, le temblaba.

En ese momento, Mei se dio cuenta de que se había equivocado y se volvió a mirar al segundo hombre. ¡Cielo santo, era un anciano! Había perdido casi todo el pelo, y el poco que le quedaba lo llevaba en una plasta de sudor sobre el cráneo rosado. La cabeza se le caía hacia abajo: se había quedado dormido. ¿Estaba babeando? ¿Era el sonido de los ronquidos del viejo lo que salía de aquellos finos labios temblorosos? A Mei la visión le pareció insoportable, pero no podía apartar los ojos de él. ¿Era aquél el hombre que hacía feliz a su madre? No se lo podía imaginar, ni aun que hubiera estado despierto.

–¿Has sabido algo de Yáping? –preguntó su madre, abanicándose, preocupada por la felicidad de su hija.

–Los preparativos de la nueva sucursal están tardando más de lo que pensaban, así que su viaje se ha retrasado.

–Eso no es bueno.

–No tiene nada de malo, mamá. Las cosas van cambiando; hay veces que por más planes que uno haga...

–No es necesario que levantes la voz.

Mei paró de hablar. ¿Por qué estaba discutiendo con su madre?

Siempre había sentido la necesidad de defenderse de las opiniones de su madre. Miró al novio. «Si esto es la prueba de su buen criterio», pensó Mei, «de verdad que no tengo de qué preocuparme».

–Quédate aquí un poco conmigo. Shaolu se va a despertar. Te lo presento.

Mei contempló al anciano que roncaba doblado sobre su propio pecho y sintió una punzada de aversión. Los otros dos, que seguían intentando desengancharse el uno del otro, se estaban poniendo cada vez más violentos.

–Me temo que me tengo que ir. Lo siento. He venido con un amigo.

–No importa. Puede que sea mejor así. Cuando se despierta se pone siempre de un humor de perros.

El camino de salida resultó aún más complicado que el camino de entrada, pero a Mei le daba igual. Pensaba ir a dondequiera que la llevara.

Salió al jardín y respiró el aire limpio y frío. El resplandor de los faroles rojos estaba ahora atenuado, sus sombras formaban parte de la noche fluida. Mei cogió una copa de vino y picó unos canapés de los que ofrecían las camareras ataviadas con vestidos *qipao* rojos.

La música era ensordecedora. Al pie de un grueso árbol retorcido se veía al pinchadiscos sudoroso y febril. A su espalda había dos tipos sentados, con la vista clavada en unos ordenadores portátiles, haciendo mezclas de sonido. Al fondo del jardín habían instalado una pantalla. Aparecieron imágenes: fábricas, obreros, cadenas de montaje, actores con la cara pintada cantando ópera de Pekín, programas de noticias.

Wudan estaba hablando con el inspector Zhao al pie de un árbol, cerca de la pantalla. El inspector Zhao le escuchaba con la espalda, como de costumbre, encorvada. Llevaba la gorra debajo del brazo izquierdo, y con la mano derecha estaba fumando un cigarrillo. Cuando vieron a Mei, ambos pusieron cara de alivio, las expresiones de tensión de sus rostros se aflojaron.

–¿Qué tal está tu madre? –preguntó Wudan.

Mei se estremeció.

–Muy bien. Espero –dijo. Se volvió hacia el inspector Zhao–. ¡Eres la estrella de la noche!

El inspector Zhao parecía avergonzado.

–Tú lo has dicho: de la noche. Mañana querrán darme de puñetazos y pisotearme todos a la vez, como no lo declaren culpable.

–¿Tan mal están las cosas?

–¿Has visto a mi jefe? Está que no caga de miedo.

–Pues lo disimula muy bien.

–Es un talento que tiene.

–¿Os apetece algo de beber? –preguntó Wudan.

–Yo me tomaría una cerveza –dijo el inspector Zhao.  
–Y yo un vino blanco, por favor –dijo Mei.  
–Enseguida vuelvo –dijo Wudan, y le tocó fugazmente el brazo a Mei.  
Mei se dio cuenta de que algo no había ido bien entre los dos hombres. Contempló a Wudan mientras se alejaba y deseó que, hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido, no fuera irremediable.  
–¿Es tu novio? –preguntó el inspector Zhao.  
–No –Mei lo dudó por un instante y el inspector Zhao se dio cuenta.  
–El tal Beihe es un delincuente de lo peorcito, un niño rico mimado, inmoral y cruel. ¿Por qué te pones de su parte?  
–Él no mató a Qiu Gang. No deberían castigarle por una cosa que no ha hecho.  
–¿Y tú cómo lo sabes? Se encontró su cartera junto al cadáver.  
–Podría haberla puesto allí alguien, el señor Li, por ejemplo. Beihe tiene una coartada. La noche del asesinato estaba con dos prostitutas. Sólo con que me pudieras dejar su teléfono móvil...  
–Ya sabes que eso no puedo hacerlo. Es una prueba.  
–Las prostitutas han desaparecido. ¿Estás seguro de que no puedes hacer nada con eso?  
–¿Qué me estás sugiriendo?  
–Me da la impresión de que estás intentando convencerte a ti mismo. El juicio va a toda velocidad, todo bien atado. ¿De qué se trata, de ganar a toda costa?  
–Mei, no creo que estés en posición de cuestionar mi integridad. Beihe está mintiendo. No se ha podido verificar ninguna de sus afirmaciones. Ni siquiera el portero le vio con esas mujeres con las que dice que pasó la noche.  
–Yo las voy a encontrar.  
–Es por Wudan, ¿no es eso? Es él quien te ha convencido.  
–Pero ¿y si Beihe no es culpable?  
–Lo que no es es inocente. Piensa en toda la gente que se pasa la vida trabajando para mantener a su familia. Piensa en el chico. ¿Qué había hecho él para morir de esa manera? Tenía veintiún años, era un chaval. No puedes estar defendiendo a un tipo como ése. Es culpable de muchos pecados.  
–Puede que sea una persona horrible. Pero no se lo puede condenar a muerte por una cosa que no ha hecho. Es una cuestión de justicia.  
–Tú no tienes por qué ayudar a Beihe. Puedes elegir.  
–Y tú también.  
El inspector Zhao le dio una calada profunda a su cigarrillo y exhaló el humo. A la luz de la pantalla la cara se le veía pálida.  
–Lo han convertido en un problema político. Todo el mundo tiene prisa por conseguir que condenen a alguien –dijo Mei.  
–La ley y el orden son problemas políticos. Siempre lo han sido y siempre lo serán. Y tú más que nadie deberías saberlo –dijo el inspector Zhao.  
Por supuesto que lo sabía. Ella había trabajado en el Ministerio de Seguridad Pública. La primera vez que se cruzó con el inspector Zhao fue en una entrega de premios a la policía por su actuación ejemplar en la represión de Tian'anmen. Lo sabía.  
–Razón de más para que intentemos salvaguardar la justicia –dijo Mei.  
–Contigo no hay forma de ganar porque eres muy lista hablando. Pero esta vez creo que te has puesto del lado que no es. Te lo digo porque eres mi amiga. Los consejos de corazón hacen daño en el oído. Abre los ojos, Mei.  
Mei miró a su amigo, que se alzaba por encima de ella, con ojos brillantes, sinceros. Se sintió triste.  
–Lo mismo te digo yo a ti –respondió.  
A veces la gente está demasiado ciega para ver la realidad y no hay manera de convencerla. A ella le parecía horrible perder su amistad con el inspector Zhao por culpa de aquel caso. Pero cuanto más discutía con él, más convencida estaba de estar haciendo lo que debía. Lo sintió por su amigo, y aun después de haberse alejado de él siguió sintiendo un nudo de lástima en la garganta. Se le habían quitado las ganas de hablar.  
–Mei, llevo toda la noche buscándote –alguien desde atrás la agarró del brazo.  
–¿Gordo? –Mei se volvió para mirar mejor a la persona que tenía enfrente. Estaba segura de que era su antiguo compañero de la universidad. Pero ¿qué había hecho con sus kilos?-. Hala, estás... buf.

–Muchas gracias. Bonito vestido. Nunca pensé que fueras de las que les gusta emperifollarse.

Mei se rió.

–Me han contado que has hecho carrera en el *Diario de Pekín*. Pero esto otro... ¿cómo lo has logrado?

–He dejado de comer carne y hago *qigong* tres veces a la semana.

–No me lo puedo creer; ¿tú, abandonando los placeres de la comida?

–Era el único camino.

–¿Para llegar a dónde?

–A estar como estoy ahora. Me he convertido en el encanto de las nenas.

–Tú estás chalado.

–Me alegro de ver que sigues tan moderada en tus opiniones como siempre –se inclinó más hacia Mei y dijo–. Te he visto hablado con el inspector Zhao.

–Es amigo mío.

Mei se preguntó si aquella afirmación era cierta.

–¿Podrías conseguir que hable conmigo? Ya sé que no somos más que despreciables periodistas, pero... ¿Tú sabes que encontraron a dos rusos en el almacén del señor Li? Según los rumores estaban drogados, y Asuntos Exteriores lo ha encubierto.

–¿Es verdad eso?

–Eso es lo que quisiera yo saber. Igual tu amigo puede decírmelo.

De repente se calló la música. Por los altavoces habló una voz pidiendo a la gente que fuera hacia el fondo del jardín. La pantalla mostraba el logotipo del holding de Lining.

–Creo que ahora van a hacer el anuncio que estábamos esperando –dijo el Gordo.

Los focos se encendieron, iluminando el puente de piedra que había al final del riachuelo. Bajo las luces apareció Lining, de pie en lo alto del puente, delante de la pantalla. Mei alcanzó a ver a Lu con su traje largo rojo en el borde del círculo de luz.

Lining empezó a hablar por un micrófono. En la pantalla empezaron a pasar diapositivas.

–Hoy anunciamos la inauguración de la Compañía de Comunicaciones Móviles de China. La CCMC es fruto de nuestra determinación de proporcionar a los consumidores una alternativa al monopolio de la Red Telefónica e Informática de China. Las comunicaciones móviles se van a convertir en la infraestructura central que conecta a la gente en este país... Con nuestra red pretendemos ofrecer un servicio mejor y más rápido. Con nosotros, llamar por el móvil será más barato y habrá menos fallos en la línea. Puede que no tengamos las ventajas de la Red Telefónica de China, pero creemos en la economía de mercado y en dar el mejor servicio a nuestros clientes. En los sistemas de comunicación móvil chinos vemos una gran oportunidad... Acaba de dar comienzo lo que auguramos que va a ser un largo y fructífero proceso...

–Cielos –oyó Mei que exclamaba la gente a su alrededor–. ¡Se está enfrentando al poderoso Ministerio de Telecomunicaciones!

–Van a por Lining –dijo Mei en cuanto Lu cogió el teléfono, sin darse cuenta de que no le había dado ni los buenos días a su hermana.

–¿Quién es? –preguntó Lu con voz débil. Todavía se estaba despertando.

Mei le contó a Lu lo del señor Fu.

–Me di cuenta anoche en tu fiesta. Ahora me cuadra todo. ¿Te acuerdas del Volkswagen blanco que nos vino siguiendo desde Changping?

Lu se rió.

–Ese señor Fu no es más que un ratoncito... No es el tipo de persona que pueda enfrentarse con Lining.

–Si no es él. Detrás tiene al Ministerio de Telecomunicaciones. El mejor amigo del señor Fu de la universidad es sobrino del Secretario Delegado del Partido en el ministerio.

–¿Y en eso te basas, en que fue a la universidad con el sobrino de no sé quién?

–No. Todo encaja. Sabes, eso explica por qué me están haciendo una investigación de la que nadie sabe nada, y por qué se ha tomado tantas molestias para meterme miedo. ¿Te han estado siguiendo? Piensa.

–Pero Mei, esto es absurdo.

–Yo pensaba que el señor Fu andaba detrás de alguno de mis clientes. Pero anoche me di cuenta de golpe: su verdadero objetivo es Lining.

–No me puedo creer que me hayas despertado para esto –dijo Lu.

–Si no me crees a mí, pregunta a tus mejores *guanxi*. Apuesto a que hay una campaña secreta contra Lining. Están buscando algo que le pueda hacer daño.

–No pretenderás que llame al ministro y le pregunte quién está complotando contra Lining en el Ministerio de Telecomunicaciones. Iba a pensar que me he vuelto loca. Además, nos enemistaríamos con el Secretario Delegado. ¿Tú sabes lo malo que puede ser eso?

–Lining está en peligro.

–Querida hermana, me vuelvo a la cama. ¿Estás segura de que ayer no bebiste demasiado?

–Espera, Lu.

Se cortó la llamada.

Mei se hundió en el sofá, con el auricular todavía en la mano. La luz del sol le estaba tocando los pies. Se quedó mirando la franja de sol del suelo.

Dejó el auricular en su sitio y se metió en el cuarto de baño. Se quedó parada delante del espejo, mirando la cara pecosa que se reflejaba en él. Tenía el pelo despeinado y los ojos rojos. Se frotó la frente.

Encendió la ducha y escuchó su sonido, como si fuera una tormenta de verano. Dejó caer en el suelo el camisón.

Se metió debajo de la ducha. Era una calidez que se derramaba acariciándole el cuello, la espalda. Se pasó las manos por el cuerpo sintiendo la suavidad de su piel, con el agua que le corría entre los dedos. Su cuerpo empezaba a despertarse. El espejo se empañó. Ella fue desapareciendo. Se acordó de la noche anterior, al volver de la fiesta, Wudan parado en la puerta, su pecho apretándose contra ella. Recordó la presión en los pulmones y en la boca. Ella le había abrazado con la misma desesperación. Le dieron ganas de tirar de él hacia dentro. Él la habría seguido.

Mei escondió la cabeza en el agua de la ducha. No le debía nada a Yaping, ¿no? Era su vida.

Mei sacó el papel del Primo y volvió a comprobar la dirección que tenía escrita.

El edificio que se alzaba ante ella era una caja de cerillas de cuatro plantas con la pintura desconchada por todas partes. Las ventanas de la planta baja tenían barrotes. En una de ellas, un cartel de cartulina escrito a mano ofrecía masajes en los pies.

Mei entró. Los pasillos estaban oscuros y cubiertos de pintadas. El suelo era de cemento desnudo. Mei subió al segundo piso. El aire estaba cargado y olía a carne podrida. Por allí no había nadie. Al final del pasillo una estufa de carbón supuraba humo.

Mei se acercó a una puerta que había cerca de la estufa y llamó con los nudillos. Una mujer bajita y pálida abrió una rendija en la puerta.

–¿Busca usted a alguien? –preguntó, mirándola con el ceño fruncido.

–¿Es usted la señora Kai?

–¿Tiene usted algún asunto que tratar con ella?

–Vengo de parte del Primo.

La puerta se abrió un poco más.

La mujer tenía los dientes manchados y tos de fumadora. Mei sacó un paquete de cigarrillos. La mujer pareció complacida al ver la marca de importación. Sacó uno y se lo puso en los labios. Mei se lo encendió.

La señora Kai levantó las cejas.

–Si vienes preguntando por éstos, has llegado demasiado pronto. Vienen por la noche, y no son siempre los mismos. Estoy intentando averiguar lo que hacen ahí dentro. Pero son muy listos... y muy rastreros. La gente no piensa más que en el dinero: ni se preocupan de a quién le alquilan los cuartos.

–¿Y qué hacen?

–Siempre hay gente entrando y saliendo. Pero hacen menos ruido que un ratón. Eso es lo que más miedo me da.

–Tiene que tener cuidado.

–Una vez vino uno de ellos y me llamó espía. Era un tipo grandullón. «*Laotaitai*, ¿qué estás mirando?», me dijo. ¡Yo no soy una vieja! ¿Parezco vieja? Si sólo tengo cincuenta y un años. Le dije: «A ti no te estoy mirando. Ésta es mi casa y hago lo que a mí me dé la gana» –inclinó la cabeza–. Vuelve otro día a verme. El cuarto es ése, el número 246.

Mei le dio las gracias y salió. Cenó en un bar de tallarines que había por allí cerca. Era tan minúsculo que dentro hacía calor hasta con las ventanas abiertas. Había un adolescente esperando que le trajeran comida para llevar. Estaba apoyado en el mostrador y tamborileaba con los pies. Hacía como que le daba igual, pero, consciente de que le estaban mirando, no paraba de alisarse el largo pelo. Mei se comió un cuenco de tallarines picantes fríos, sudando como una condenada.

Volvía hacia el edificio cuando empezó a oscurecer. Las farolas de la calle centellearon y se encendieron. La basura abandonada en pleno calor le daba al aire un olor ácido. La ventana del número 246, la tercera por la izquierda, estaba encendida.

Mei se sentó en su coche y esperó. Desde el final de la calle llegaba el ruido de la ciudad: el tráfico de las calles, un perro que ladraba. No había hablado con Wudan desde la noche anterior. Estaba agobiado con los preparativos del juicio y ocupándose de la familia Song. Mei quería encontrar a las dos prostitutas. Se imaginó lo contentos y lo aliviados que se sentirían Wudan y Jin cuando les diera la noticia. Se imaginó que Wudan sonreía.

Pero ahí había otro sentimiento, más pesado y más oscuro. ¿Sería de culpa?, se preguntó a sí misma. Pensó en Yaping y recordó las líneas de su rostro: el contorno suave, los ojos sensibles, el mechón de pelo que le caía por la frente.

Pasó un coche, iluminando con los faros la calle oscura. Mei miró hacia arriba. En la ventana seguía habiendo la misma luz amarilla, como si nada se moviera detrás. El coche desapareció al final de la calle y la oscuridad regresó, más densa aún que antes. Mei dejó que se le acostumbraran los ojos.

Cuando Yáping decidió casarse y quedarse en Estados Unidos, Mei pensó que no lo iba a volver a ver nunca. Habían pasado diez años como una brisa, sin hacer mella en las estaciones ni las horas. Volvieron a encontrarse y volvieron a enamorarse el uno del otro como si nada hubiera cambiado... o al menos así lo vivió Mei. Cuando él le preguntó si todavía le quería, la palabra «Sí» le salió de la boca de forma tan mecánica y con tanta naturalidad como una gota de lluvia.

—¿Qué sabes de Wudan? —le había preguntado Lu en la fiesta. ¿Y qué sabía? «Un salto de fe», oyó que le decía la voz de Wudan en su interior.

Aquella ventana amarilla del segundo piso era igual que cualquier otra ventana de cualquier edificio de viviendas de Pekín, igual que la del apartamento de su madre, que antes fue su propia casa. Mientras ella vivió allí nunca le preocuparon la cortina de tela floreada ni el sofá que su madre cubría con una funda hecha por ella misma. Ahora los viejos muebles habían desaparecido. El pasado había desaparecido. Mei sintió el roce del aire del anochecer en los brazos desnudos. Sintió la soledad de su madre.

La ventana del 246 se oscureció. Mei se incorporó en el asiento.

El sonido de las calles empezaba a extinguirse. Los minutos pasaban con un tictac.

Dos siluetas emergieron del edificio, un tipo grande y corpulento y otro más bajo, llevando entre los dos una caja pesada. Cruzaron la calle hasta un Volkswagen que estaba allí aparcado y depositaron la caja en el maletero. El tipo corpulento se metió en el asiento del conductor. El tipo bajo se encendió un cigarrillo y se metió en el asiento del copiloto. El motor se encendió. El coche se alejó.

Mei lo fue siguiendo por la calle Sur del Parque de Chaoyang, manteniéndose a distancia. A los diez minutos, el Volkswagen salió a la Cuarta Vía de Circunvalación. Se dirigían hacia el sur. Los edificios de apartamentos se fueron haciendo más bajos y menos frecuentes. El cartel luminoso del Hospital Tiantan resplandecía al oeste, en medio de la contaminación. Debajo de la autopista había campos y casas de pueblo.

Salieron de la vía de circunvalación por la Puerta de Nancheng. De pronto estaban en el Barrio Sur: la antigua zona química e industrial.

Cuanto más se adentraban, más estrechas se hacían las calles. Viejas fábricas que habían quebrado y chimeneas que llevaban años frías se alzaban ahora en mitad de un descampado. Pasaron ante edificios con forma de cajas de cerillas al estilo soviético, construidos en los años cincuenta y sesenta, en los que solían vivir los investigadores, los ingenieros, los trabajadores y sus familias. Ahora la gente había perdido sus antiguos empleos, y algunos, con la ayuda de un empleo nuevo, se habían marchado de aquel barrio.

El Volkswagen se detuvo delante de uno de aquellos edificios. El tipo bajo se apeó y se dirigió a la entrada de un *zhaodaisuo*, un hostel propiedad del estado. Mei logró vislumbrar parte del cartel que había colgado junto a la puerta, letras rojas sobre un tablón largo blanco. Pasó por delante conduciendo despacio, intentando leerlo: «Hostal del Departamento de Investigación del Ministerio de Industrias Químicas».

Un par de ojos la contemplaron desde el asiento del conductor del Volkswagen.

Puso el pie en el acelerador. Las luces del Volkswagen se encendieron. Oyó el rugir del motor. Mei apretó con fuerza el pedal. Su Mitsubishi empezó a coger velocidad.

El Volkswagen la estaba alcanzando, sus faros se hacían cada vez más grandes en el espejo retrovisor. Mei sintió que la carretera descendía bruscamente.

De la noche brotó una masa oscura: un pueblo de muros de adobe y chimeneas negras.

Mei sujetó con fuerza el volante. El coche pegó un bote a pesar de su firme control. Se sumergió en uno de los estrechos callejones del pueblo. Estaba demasiado oscuro para ver nada. Los callejones daban vueltas y revueltas. De pronto vio que iba derecha contra un muro.

Chilló y giró con desesperación el volante. ¡Malditos campesinos! ¿Cómo se les ocurría poner un Muro de Protección contra Fantasmas en mitad de la calle?

No había salida. Mei se detuvo y metió la marcha atrás. El Volkswagen se acercaba. Vio un callejón que se abría en un lado y se metió por él. Oyó un ruido fuerte al rozar los costados del coche contra los muros de adobe.

El espejo retrovisor salió volando. El coche dio contra un muro y siguió golpeándose a todo lo largo de costado. Uno de los faros se apagó. Miró por el retrovisor: el Volkswagen se había parado, era demasiado ancho para meterse en aquel callejón. Mei apretó con más fuerza el volante. Antes de que pudiera volver a coger aire había salido de aquel estrecho pasillo de muros de adobe, a otra oscuridad desconocida.

Varias curvas más tarde logró salir del pueblo. Condujo, con el coche traqueteando, de nuevo por la carretera,

en dirección a la ciudad.

La luz de la mañana rompió el ritmo de sus pesadillas. Mei se incorporó y apagó la lamparilla, que se había quedado toda la noche encendida.

Se vistió y bajó a la calle. Su Mitsubishi estaba destrozado. Se quedó mirando la chapa abollada. Sintió hacia el pequeño coche lástima y al mismo tiempo agradecimiento.

Fue a desayunar a un pequeño restaurante que había a la entrada del *xiaoqu*. Lo llevaban una mujer de mediana edad y su familia. Se frotó los ojos mientras estudiaba las tablillas de bambú que había en la pared, en cada una de las cuales estaba escrito un tipo de bollo relleno de carne o de sopa de arroz. Pidió sopa de arroz morado dulce y bollos de cerdo con gambas secas.

La comida reavivó sus energías y sus pensamientos. Estaba segura de que la noche anterior el Volkswagen se había parado en el hostel para descargar. Puede que aquel hostel fuera uno de los escondrijos de la banda. Podían haber escondido allí a las prostitutas, en espera de que se apaciguara la Limpieza de lo Amarillo.

Llamó a Wudan. Su secretaria le prometió que la llamaría él en cuanto saliera de la reunión. Cuando lo hizo, justo en el momento en que Mei terminaba de desayunar, ella le contó lo que había ocurrido la noche anterior.

–Quiero volver al hostel. De hecho le voy a decir a mi ayudante que se quede allí esta noche. Es de la provincia de Henan y le va perfecto el papel de funcionario de provincias al que sus negocios le han traído a Pekín. ¿Podrías conseguirme una carta de presentación del Ministerio de Industrias Químicas? Sí, con el membrete y el sello. ¿Me puedes prestar tu coche? El mío está para el arrastre. Y además no puedo volver a ese sitio con el mismo coche.

–Está bien. Pero Mei, ¿estás segura de que quieres continuar con esto? Las bandas amarillas son gente peligrosa. Y puede que ya no sirva de nada. Tengo malas noticias: han cambiado la fecha del juicio. Va a empezar el lunes.

–¡Sólo faltan cuatro días!

–¿Y qué podemos hacer? La cosa está más que podrida.

–Entonces es mejor que nos demos prisa.

Mei llamó a Gupin, que estaba en la peluquería de Lisha esperando noticias suyas, como habían acordado. Le dijo que pasaría a recogerle en una hora.

–Por favor, ponte un traje, y trae una bolsa con lo necesario para quedarte a pasar la noche –le dijo.

Mei había montado antes en el BMW de Wudan, pero conducirlo era una experiencia completamente distinta. Bastaba con rozar apenas el pedal con el pie para que el coche acelerara. Todo en él era elegante: el rugido del motor, la suavidad de la conducción y los espejos retrovisores que se ajustaban solos al dar marcha atrás. Gupin parecía incapaz de separar la mano del reposabrazos de cuero.

Resultaba magnífico llegar al Hostel del Departamento de Investigación del Ministerio de Industrias Químicas conduciendo un BMW 520. Antes de que el polvo hubiera vuelto a posarse, salió el hospedero del hostel. Se puso una mano encima de la ceja y sonrió.

Condujo a Mei y a Gupin adentro. Como en todas las pensiones propiedad del estado, el vestíbulo era muy elemental. La oficina del encargado hacía también las veces de recepción. En ella había un escritorio, tres sillas, dos archivadores verdes y una caja fuerte que se abría tirando de una palanca para hacer girar los números.

–Hemos llamado antes. El señor Gupin se va a quedar una noche –Mei sacó de su bolso un sobre. Extrajo de él la carta de presentación, escrita en papel timbrado del Ministerio de Industrias Químicas y sellado con un sello rojo, y se la dio al hospedero.

Éste leyó la carta y dijo:

–Parece que está todo en orden.

–¿Qué tipo de habitaciones tiene?

–Tengo una muy grande –dijo el hospedero–. ¿Les gustaría verla?

–Sí, si no le importa que cojamos antes la bolsa.

El hospedero siguió a Mei hasta el coche. Ella abrió el maletero y le señaló el pequeño equipaje de Gupin, que estaba junto a la bolsa de golf, marca Callaway, y los palos de golf de Wudan. Al hospedero le hicieron los ojos chiribitas.

Los llevó a la tercera planta y les enseñó la habitación.

–Desde aquí hay buenas vistas –señaló a la ventana que daba a la ciudad. Le enseñó a Gupin la ducha que había en el cuarto de baño y dijo–: Está nuevecita, la acaban de poner.

»Puede usar el teléfono que hay en mi oficina. No tenemos cocina, pero por la carretera hay unos cuantos restaurantes. Si prefiere comer aquí le puedo decir los que sirven a domicilio. La puerta principal se cierra a las doce en punto. Aquí tiene la llave de su habitación –le dio a Gupin la llave, que iba atada a un bloque de madera. Luego se fue, cerrando la puerta a su paso.

Mei miró por la ventana. Se veía la calle, y el coche de Wudan delante de la entrada. Gupin se sentó en la cama. Los muelles chirriaron.

–¿Estás bien?

–Perfectamente. No te preocupes –dijo Gupin.

Bajaron otra vez las escaleras.

–Son ochenta yuanes la noche –dijo el hospedero–. Páguenme ahora.

Mei le tendió el dinero. El tipo lo metió en uno de los cajones de su mesa y rellenó en una libreta un recibo. Sacó su sello, lo mojó en tinta roja y lo estampó en el papel. Se chupó el índice, arrancó el recibo y se lo dio a Mei.

–Cuide bien del señor Gupin –dijo Mei.

–Por supuesto, somos todos camaradas del Ministerio. Todo irá bien.

Gupin acompañó a Mei hasta el coche.

–Buena suerte –dijo Mei.

Gupin se quedó con las manos en los bolsillos del pantalón, las mangas de la camisa blanca remangadas.

–Nos vemos mañana –dijo. Al sol poniente, su sonrisa resultaba cálida.

Mei se alejó en el coche. El crepúsculo dorado proyectaba una suavidad indulgente sobre los descampados del Barrio Sur. Fábricas abandonadas, tiendas de colores chillones, casitas bajas de tejado inclinado y el aleteo de las coladas tendidas se revestían de una belleza errónea.

Mei condujo más deprisa por la carretera de circunvalación. Vio por el este llanos que se extendían hasta el horizonte; por el oeste, los tejadillos dorados de los palacios antiguos. La puesta de sol se reflejaba en las cubiertas de cristal de los rascacielos. El BMW ronroneaba.

Al cabo de media hora se vio metida en un atasco. Tardó cuarenta minutos en avanzar un kilómetro. Al cambiar de carril para salir de la carretera de circunvalación, se dio cuenta de que el coche azul que venía detrás de ella también se desviaba. Bajó por el desnivel, giró a la derecha y se paró en un semáforo, esperando a que se abriera. Al final de la calle giró a la izquierda y, dos manzanas más allá, otra vez a la derecha. Volvió a pararse en un semáforo. El Citroen azul seguía detrás de ella.

Hizo una parada en el supermercado Dongfang. El aparcamiento estaba lleno. La gente venía a la salida del trabajo, para aprovisionarse de comida o porque había quedado con sus amigos en alguno de los restaurantes que lindaban con el mercado. Mei compró champú, que se le había acabado. Salió del aparcamiento y giró a la derecha para meterse en la calle Dong'an. Cuando miró hacia atrás volvió a ver el mismo Citroen.

Pisó el acelerador. El coche respondió nada más tocarlo. Al cabo de unas pocas calles, había dejado al Citroen detenido en un semáforo de Landao. Mei cruzó Chaoyangmenwai Dajie y se alejó a toda velocidad.

Cuando estuvo segura de que se había quitado al otro coche de encima, se metió en el aparcamiento de un cine. Llamó al hostel y dijo que quería hablar con Gupin. El hospedero le dijo que había salido. Ella le dejó recado de que la llamara en cuanto volviera. Se quedó un rato sentada en el coche, con la esperanza de que le sonara el teléfono.

«Mi integridad y mi lealtad no se han puesto en cuestión en ningún momento», concluyó el inspector Zhao. Pensaba en lo que Mei le había dicho en la fiesta de Lu. Sopló el humo del cigarrillo por la ventana. Abajo, en la acera, una anciana iba andando con un bastón. Llevaba una bolsa de la compra en la mano y la espalda doblada. «Ésa podría ser mi madre, o una mujer pobre cualquiera», pensó el inspector Zhao. Era a ellos a quienes había que hacer justicia.

Vertió agua del termo en una taza y le dio un trago. Estaba templada: la mejor temperatura, de acuerdo con la medicina china. Frunció el ceño y dejó la taza en la mesa. Estaba asquerosa.

Se acercó a su mesa pero no se sentó. Fue a coger el teléfono, pero luego se detuvo. Le dio unas cuantas caladas al cigarrillo.

*Hora de la muerte: entre las dos y las cinco de la mañana.*

*Causa de la muerte: dos golpes letales en la cabeza con un arma contundente de metal.*

*Residuos encontrados en la herida: hierba.*

¿Qué significaban aquellos detalles? Le echó una mirada al informe que tenía encima de la mesa. Se lo había leído tantas veces que era capaz de recitarlo párrafo por párrafo. O sea que se estimaba que la muerte se había producido dos horas más tarde de lo que habían pensado al principio; ¿y qué? Eso tampoco cambiaba nada. Seguían pudiendo haber matado a Qiu Gang en el almacén. A saber por qué tendría hierba en la herida. En todos los casos hay un montón de detalles que no tienen importancia. No tenía ningún motivo para sentirse inquieto.

Rompió el cigarrillo que acababa de terminar. Ni siquiera se planteaba sentarse a trabajar. Era como si el informe le atrajera y le asustara al mismo tiempo. Lo metió en el cajón y salió de su despacho.

Le dijo a su secretaria que iba a salir. Ella le respondió con un asentimiento inexpresivo. Las relaciones entre ellos se habían congelado desde el incidente del té caliente. «¡Fue un accidente!», había intentado el inspector Zhao explicarle a todo el mundo en la comisaría.

En la escalera se tropezó con uno de los jóvenes cadetes que aquel día quisieron invitarle a una cerveza.

–¿Qué, todo preparado para el caso estrella del lunes? –preguntó el cadete alegremente.

–Ah, sí.

–Debe de estar usted cansado de que todo el mundo le hable de eso, ¿eh? –dijo el joven, dándole con el puño, y se rió.

–Ja –dijo el inspector Zhao riéndose también.

–Buena suerte –el joven cadete le dijo adiós con la mano y subió los escalones de dos en dos.

El inspector Zhao se dirigió hacia abajo con la cabeza gacha. Aquel joven acababa de quitarle el poco optimismo que le quedaba.

Cuando llegó al final de la escalera torció a la derecha y recorrió el pasillo hasta el despacho de la inspectora Hua. La puerta estaba entornada. Llamó con los nudillos.

–Hola –dijo la inspectora levantando la vista desde detrás de su mesa.

El inspector Zhao se quedó en el umbral de la puerta.

–Aquí se está mucho más fresco.

–Será porque este edificio es de ladrillo.

Él asintió.

–¿Vas a entrar?

El inspector Zhao no sabía lo que quería, así que se quedó donde estaba, con las manos en los bolsillos.

–Es casi la hora de comer –dijo la inspectora Hua–. ¿Te apetece que vayamos a algún sitio?

–Vale.

«¿Cómo se las apaña esta mujer para mantener el despacho así de limpio y ordenado?», se preguntó el inspector Zhao, como si no se hubiera sorprendido de eso mismo cada vez que había entrado allí.

La inspectora Hua le echó la llave a su puerta. Salieron juntos.

La comisaría tenía su propia cafetería, que era donde comía normalmente el inspector Zhao. Cuando estaba

recién llegado de Dashanzi comía casi siempre solo. No conocía a nadie y al parecer nadie tenía interés en conocerle a él. Pero desde la redada fallida, y ahora con lo del asesinato, ir a la cafetería le resultaba abrumador y a veces insoportable.

Durante un tiempo se había traído la comida de casa. La fiambreira japonesa que su mujer compró cuando él estaba en el hospital resultaba útil de verdad. En ella había comido magro de carne con sopa de arroz y huevos milenarios, ensalada de tallarines fríos, arroz frito con huevo y cerdo del revés. Sin embargo, al cabo de algunos días, su mujer protestó. Prepararle la comida era una cosa más que tenía que hacer antes de salir para el turno de noche.

–¿Vamos al mismo restaurante al que fuimos la última vez? –sugirió la inspectora Hua mientras iban por la calle.

–Muy bien.

Fueron andando en medio del calor, ahogándose en sus uniformes. Mi Pueblito era un restaurante pequeño escondido detrás de un viejo árbol inclinado. Puede que fuera ésa la razón por la que lo frecuentaba tan poca gente. El señor y la señora Pan eran los dueños. El señor Pan se encargaba de cocinar. La señora Pan se dedicaba a alentar el cotilleo y prodigar consuelo.

–¡Bienvenidos, Camaradas! –saludó la señora Pan cuando vio entrar a los dos inspectores.

El inspector Zhao se sintió aliviado al ver que el restaurante estaba vacío. Se sentaron a una de las seis mesas que había. La inspectora Hua puso sus largas manos sobre la mesa y esperó. El inspector Zhao se encendió un cigarrillo.

La señora Pan les trajo la carta: una sola hoja de papel. La inspectora Hua la estudió punto por punto.

–Yo voy a tomar ensalada fría de pepino de mar, berenjenas guisadas y carne de vaca doblemente picante con judías verdes –dijo.

El inspector Zhao recorrió la carta con los dedos.

–Yo voy a tomar pollo Gongbao, me parece, y una botella de cerveza Qingdao.

La inspectora Hua se le quedó mirando. El inspector Zhao se encogió de hombros como diciendo que uno tiene derecho a ir a un restaurante y no tener hambre.

La señora Pan recogió las cartas y se fue. El inspector Zhao vio por el rabillo del ojo que antes de entrar en la cocina se volvía para mirarles.

–Hoy te invito yo a comer –dijo la inspectora Hua.

–¿Por qué?

–Estoy de celebración. Mi hijo ha conseguido el certificado de aprendizaje.

–No sabía que tenías un hijo.

–Tiene diecisiete años. Va a ser mecánico. Su padre es contable. No puede entender por qué a su hijo no le ha dado por estudiar. Según piensa ha salido más a mí que a él. Xiao Xiao quiere ver contento a su padre. Le llamamos Xiao Xiao porque cuando nació era muy pequeño. Ahora es grande, una cabeza más alto que su padre. Un joven grandullón decepcionado de sí mismo.

El inspector Zhao la escuchaba, fumando, sin saber qué hacer con toda aquella información personal que la inspectora Hua parecía haber decidido confiarle. Nunca había pensado en ella como una madre o una esposa. En realidad, nunca había pensado en ella como nada que no fuera una agente de la policía. Que de pronto se pusiera a hablarle de su familia lo dejó helado de sorpresa.

El señor y la señora Pan les trajeron la comida.

–¿Es usted el policía ese famoso? –le preguntó la señora Pan–. ¿El que sale en la foto de los periódicos?

El inspector Zhao sonrió. Nunca sabía qué hacer cuando la gente le reconocía. Últimamente le ocurría con frecuencia.

–Sí –dijo tímidamente.

–Buen trabajo. Es estupendo que los cogieran tan rápido. ¿Cómo supieron quién lo había hecho? Lo hemos leído en los periódicos, pero no lo explican. Son horrendos, esos asesinos. Se merecen que les peguen un tiro a todos –dijo el señor Pan.

La señora Pan sonrió y asintió con la cabeza, secándose las manos en el delantal.

–¿Y nuestras bebidas? –le preguntó la inspectora Hua.

–Huy, me olvidaba de su cerveza –exclamó la señora Pan, y se alejó a toda prisa.

El señor Pan hizo una inclinación y dijo:

–Coman despacio.

El inspector apagó el cigarrillo. Cogió sus palillos y dio con ellos un golpecito en la mesa.

–Ya ves lo que me toca aguantar últimamente. Es ridículo.

La inspectora Hua cogió un par de hileras de rodajas de pepino de mar y las hizo crujir en la boca.

–Ayer fui al hospital a ver a Dong –dijo.

Era una simple afirmación. Lo dijo con la misma calma con que hablaba siempre. Pero él comprendió al instante lo que quería decir. Sintió un cambio, como si un viento frío hubiera disuelto el calor del verano. Un sentimiento que no era capaz de describir, más fuerte, más puro y más agudo que el desasosiego, la ira o el desconcierto, se instaló en su pecho.

–Está bastante mal –dijo la inspectora.

Vino la señora Pan con sus bebidas. Sirvió la cerveza en un vaso. El líquido frío siseó e hizo espuma.

–A la cerveza le invita la casa –dijo, alcanzándole el vaso al inspector Zhao.

–¡Pan *da ma*!

–Por favor –dijo ella con la sonrisa más amplia que le cabía en la cara.

Aquella comida le pareció al inspector Zhao la más agradable en muchas semanas. No hablaron ni una sola vez de su caso, cosa que él agradeció. Después de comer se volvieron andando despacio hacia la comisaría. El calor se había intensificado. Las calles estaban blancas y vacías.

La inspectora Hua, como si adivinara lo que estaba pensando, dijo:

–Puedo decirle yo a tu secretaria que esta tarde no vas a volver.

El inspector Zhao le lanzó una mirada a su colega, con la gratitud reflejándosele en los ojos. No dijo nada sino que se limitó a asentir con la cabeza.

–Hasta luego –dijo ella, y continuó andando.

El inspector Zhao dio media vuelta y se fue hacia el lado contrario.

La enfermera llevó al inspector Zhao a la habitación de Dong y salió llevándose las flores que él le había traído. El inspector se acercó de puntillas a la cama con una caja de bombones y la dejó encima de la mesilla. Cogió una silla y se sentó.

Contempló aquella cara, que solía ser tan expresiva, ahora desprovista de vida. Se acordó de la primera vez que la vio, estirando el cuello para mirar al recién llegado. Tenía una chispa en los ojos ya entonces, cuando nada podía saberse del futuro. Se acordó del momento en que entró en el despacho del comisario Chen, del brillo especial que traía consigo y que había dado a su vida. Pensó en la noche de la redada, en el zumbido de las farolas de la calle, su silueta, su sombra solitaria...

El doctor le dijo que estaba en coma. Las heridas se le estaban curando pero su corazón al parecer seguía buscando el camino de vuelta a la vida.

–Hola –la llamó, suavemente. Estaba arropada con una sábana blanca y conectada a máquinas.

Ella no sabía que él estaba allí, esperando, para pedirle perdón y para contarle su historia. Lo que le habría gustado era dibujarle un mapa de su vida y enseñarle dónde había estado y de qué estaba hecho. Le habría gustado contarle cosas que no le había contado a nadie. Le habría gustado que ella conociera hasta el último detalle de su existencia, si era capaz de escucharlo.

–No sé qué pensarías de mí antes, si es que has pensado alguna vez en mí. Pero sé que cuando te despiertes, cosa que espero que hagas, me vas a odiar. No te echo la culpa. Yo he metido la pata. Debería haberte protegido. Lo siento. Ya sé que con eso no basta. Pero, aun así, lo siento.

»Me habría gustado venir antes a verte. Pero primero estabas en cuidados intensivos. Luego me sacaron a mí del hospital. Me necesitaban en la comisaría. Sí, ya sé que eso no es excusa. Cuántas veces usamos los hombres el trabajo como pretexto. He estado muy ocupado... Te prometo que es verdad. El caso de asesinato en el que estoy trabajando es uno de los más gordos que han pasado por nuestra comisaría. Es demasiado gordo para mí, y puede que para la propia comisaría. De todas formas el comisario Chen está contento. Sale su foto en los periódicos y se codea con los grandes jefes del Ayuntamiento y el Ministerio.

»Hemos ejecutado ya a seis de ellos. Bueno, claro, que tú no sabes de qué va el caso. Una empresa de productos farmacéuticos chinos contrató a un detective privado para que investigara a un empresario que los estaba estafando. Al detective le dieron una paliza y lo mataron. El cuerpo lo tiraron en unas obras.

»A los matones les han pegado un tiro en la nuca. Los propietarios del negocio, el señor Li y Beihe Song, que es el heredero de la empresa de productos farmacéuticos, van a ir a juicio el lunes. Todo el mundo está encantado. La gente nos aclama. El Ayuntamiento y el Ministerio están aliviadísimos. Y el comisario Chen, pues ya sabes tú cómo es. El juicio va a ser una exhibición.

»¿Que por qué no estoy contento? Pues déjame que te lo diga... Porque soy un aguafiestas. Nos acaba de llegar la autopsia del laboratorio del Ministerio. Fija la hora estimada de la muerte entre las dos y las cinco de la mañana. ¿Sabes lo que significa eso? Significa que a Qiu Gang no lo mataron en el almacén. Y hay otra cosa que no tiene sentido: tenía hierba en las heridas.

»¿Qué tengo que hacer yo? ¿Prendo la mecha y me cargo mi carrera? Al final no va a servir para nada, ¿sabes? Esto se ha convertido en un asunto político. No me estoy enterando ni de la mitad. El señor Li estaba metido en algo muy peligroso. Pero se le ha acabado el tiempo. Alguien quiere una condena rápida y verlo muerto.

»Hombre, se merece morir. Es un criminal de verdad y no se va a rehabilitar nunca. Y Beihe Song también se merece morir. Es un tipo de la peor especie, egoísta, cruel, inmoral y presuntuoso. ¡Les robaba a sus propios padres! En cierto modo es hasta peor que el señor Li. Por lo menos el señor Li se dedicaba algo. Pero ¿qué hacía Beihe Song? Nada más que despilfarrar, estafar, jugarse el dinero, mentir y andar con prostitutas.

»Estoy enfadado. Tienes razón. Y eso no es bueno. Igual es que estoy demasiado sensible últimamente. Me preocupo demasiado. Pienso en las cosas que hacen que valgamos la pena, sabes, el amor a la verdad, el honor, el valor, ese tipo de cosas. Eso fue lo que a mí me enseñaron. ¿Qué pretenden?

»Llevo un tiempo sin dormir bien. Mi hija y yo nos hemos distanciado. No tiene más que once años pero ya va

mal en el colegio. Se junta con compañías bastante cuestionables. Estoy preocupado por ella. Ni que decir tiene que cuando un niño hace las cosas mal la culpa es de los padres. Tanto su madre como yo trabajamos demasiado. Su madre, mi mujer, se ha metido a trabajar en el turno de noche para ganar más dinero. Sale de casa antes de que yo llegue y vuelve por la mañana cuando ya me he ido. Igual lo que quiere es no encontrarse conmigo. No lo sé. Ya no la veo nunca. Nos dejamos notas el uno al otro.

»Ésa no es forma de vivir, ¿a que no? Desde luego no es la vida que yo me había imaginado. Mi padre siempre decía que mientras uno trabaja, está feliz. Yo llevo toda mi vida trabajando. No robo. No me juego el dinero. No deshonro a mis antepasados. Pero ¿dónde está mi felicidad?

»Perdóname. No sé por qué soy tan cascarrabias. La gente parece que se apaña con lo que hay. ¿Por qué tengo yo que ser diferente? Mira lo que te ha pasado a ti. La inspectora Hua tenía razón: a veces perdemos la perspectiva. Te he traído flores y bombones. Es una estupidez, ya lo sé. No puedes ver ni comer. Ni siquiera sabes que estoy aquí. No puedes oír lo que te estoy diciendo –el inspector Zhao paró de hablar.

Extendió su mano para tocar la de ella.

Mei condujo el BMW a todo motor por la carretera, dejando al hospedero envuelto en una nube de polvo.

–Gupin, cuéntame qué ha pasado. He estado toda la noche preocupada. La próxima vez te traes un teléfono móvil.

–Estoy bien –dijo Gupin, que al parecer estaba tan tranquilo como el día anterior, aunque peor afeitado–. Por lo visto el tipo que salió persiguiéndote me dejó a mí solo.

–¿Estás seguro?

–Supongo que sólo les interesabas tú.

–Bueno, eso es muy halagador, pero no tiene sentido. Habría preferido que lo dejaras. No he podido pegar ojo en casi toda la noche.

–Estaba haciendo progresos.

–¿Qué has averiguado?

–¿Quieres que te cuente los detalles?

–Sí, todos.

–Cuando tú te marchaste, estuve charlando con el hospedero. Mi acento de Henan le debe de haber causado auténtica impresión. Me preguntó qué cargo tenía en mi comarca. Le dije que era vicepresidente del comité revolucionario. Me respondió que parecía muy joven para eso, como haciéndome la pelota. Le pregunté si había algún lugar cerca donde pudiera comprar regalos. «¿Qué tipo de regalos?», me preguntó. «Joyas», le dije. «Según me han dicho, aquí en Pekín lo que hay que comprar es oro.» Cuando me llamaste estaba fuera, dándole un repaso a la zona.

–¿Y qué tal?

–¿A ti qué te parece? Esto es el Barrio Sur. No había mucho movimiento, ni siquiera a la hora de cenar. Encontré tres salones de masajes, uno a continuación del otro, en la calle principal.

»Al volver al hostel vi un minibús que traía a un grupo de hombres trajeados. Parecía que acababan de salir de una reunión. Saludé al hospedero, y él me preguntó por mis compras. Le dije que había visto los tres salones de masajes. Que igual les hacía una visita más tarde, cuando abrieran. Dijo que no iban a abrir por el momento. Que había habido una Limpieza de lo Amarillo hacía poco. Pregunté por las chicas que daban los masajes. Me dijo que no me iban a gustar. «No se lo diría si no fuera usted tan joven. Pekín no es Henan», dijo, «la gente de su posición no va a salones de masajes. Hay chicas que pueden venir al hotel, chicas jóvenes, guapas. Yo se las busco», me dijo. También me dijo que me había llamado.

–Por eso no querías irte.

–No iba a tirar por la borda una ocasión como ésa. Subí a mi habitación y esperé, pero no pasó nada. Al cabo de una hora volví a bajar a la planta baja, pero el hospedero se había marchado. Fui a la sala de la televisión. Había un grupo de huéspedes. Estaban viendo *Matriarca de Tong Ren Tong*, con Liu Xiaoqing, el episodio número veintinueve. Eran de la provincia de Liaoning, y habían venido en viaje de estudios. Les pregunté si sabían de algún sitio para «divertirse». No sabían nada.

Acababan de girar y se dirigían hacia el norte por la carretera de circunvalación. Había un hotel de cinco estrellas en construcción. En la obra, una valla publicitaria prometía que iba a ser más glamouroso que sus vecinos.

–Más tarde encontré al hospedero en su oficina. Cuando me vio puso cara de que lo sentía. Dijo que no era posible. Yo le dije que tenía que pasar unos días más en Pekín, aunque en otro hotel. Que sólo quería un número de teléfono y que estaría encantado de pagar. Dijo que, sintiéndolo mucho, no dependía de él. Le dije que se lo pensara. En mitad de la noche bajé a la planta baja y me intenté colar en su oficina.

–No me digas.

–Sabía que tenía sus cosas guardadas en el cajón del centro de su escritorio. La cerradura era de esas normales que yo sé abrir con un trozo de alambre. Por desgracia el candado de la puerta no fui capaz de abrirlo tan fácilmente. Lo tuve que dejar. No quería arriesgarme a que apareciera alguien, ni romper la cerradura de

forma que el tipo se alarmara. Por la mañana me presenté con mi equipaje en la oficina. Tú ya estabas en camino. Saqué el dinero que me habías dado y le dije que agradecería no tener que marcharme con las manos vacías. Pensé que, dada la cantidad, o el tipo empezaba a sospechar o se arriesgaba.

–¿Y qué hizo?

–Me dio el teléfono de las chicas. Anna y Leila.

Mei sonrió. Se volvió a mirar a su ayudante, cuyo rostro cincelado resplandecía de orgullo.

Wudan no pareció emocionarse mucho al oír la noticia.

–No sé cómo las vamos a convencer de que testifiquen, aun en el caso de que las encontremos.

–¿Tú les puedes dar dinero? –preguntó Gupin.

–Nada de dinero, o si no el juez no admitirá el testimonio. Tienen que ir a testificar por su propia voluntad, o porque las hayan citado judicialmente. La citación judicial no la vamos a conseguir, sobre todo con tan poco tiempo. Y aunque la consiguiéramos, las chicas podrían largarse sin más... Irse de la ciudad, desaparecer. Y la policía no iba a poder hacer nada.

–O no iba a querer.

Gupin y Mei se quedaron callados. Toda su emoción se vino abajo.

–Tenemos que intentarlo –dijo Mei.

–Podemos intentarlo. Pero también tenemos que ser realistas. No por esforzarnos más vamos a ganar el caso... al final, lo que cuenta es el resultado.

Mei sintió que nunca había estado tan deprimida.

Jin llevaba un sencillo vestido de algodón, zapatos planos y el pelo suelto por los hombros. El color castaño claro de sus ojos ponía de relieve su vivacidad. Había reservado una suite en el Hotel Gran Muralla, que era moderno y limpio. La idea de encontrarse allí con Anna y con Leila había sido suya. Ella, como esposa y madre, se encargaría de convencerlas.

–¿Un poco de té? ¿Unos pasteles? –le preguntó a Mei, que estaba sentada en el sofá con Wudan. Jin no era capaz de quedarse sentada. A pesar de su elegancia, una sombra flotaba sobre ella, como un soplo de aire.

–Gracias –Mei cogió un trozo de tarta.

–Me tengo que disculpar por su forma de comportarse y pedirles que le perdonen –dijo Jin.

Wudan parecía nervioso. No paraba de cambiar de postura los pies.

–¿Creéis que me harán caso? Tampoco les voy a decir que amo a Beihe. Pero Ben Ben necesita a su padre. Él quiere muchísimo a Beihe. Sería una crueldad privarle de él. Es sólo un niño.

Se acercó a la ventana y escudriñó la ciudad que estaba a sus pies. El vestido se curvó por donde su espalda se estrechaba.

Mei se preguntó si estaría viendo el tráfico de la carretera de circunvalación. ¿Sabría ella que los domingos hay menos tráfico de lo normal? Al fin y al cabo, aquélla no era su tierra, sino la ciudad por la cual su marido la había abandonado. ¿Se sentiría sola y abandonada, por más que estuviera rodeada de lujos? ¿Qué estaría contemplando, qué sentimientos la asaltarían en aquel momento, mientras esperaba para encontrarse con las prostitutas con las que su marido la había traicionado?

Mei miró a Wudan, que estaba con la cabeza baja. Ojalá a él se le ocurriera algo para disipar la tristeza de aquella mujer.

Al cabo de un rato, Jin se acercó al sofá, pero no se sentó.

–Me gustaría echarles una mano cuando todo esto haya pasado. ¿Eso se lo puedo decir? –se lo estaba preguntando a Wudan–. Sabes que tengo medios para hacerlo. Se pueden marchar y vivir de forma honorable en algún lugar.

–No sé por qué no ibas a poder, siempre que no hagas de eso condición para que testifiquen.

Jin se sentó.

–¿Cuánto dinero crees que costaría? –dijo una cantidad. Wudan asintió–. Supongo que querrán casarse y tener hijos –continuó Jin.

Sonó el teléfono. Las dos mujeres miraron a Wudan. Él se levantó del sofá y lo cogió.

–Están abajo –dijo–. Voy a bajar a recogerlas –cogió la llave de la habitación, sin la cual no se podía usar el ascensor, y se marchó.

–Tú las conociste –le dijo Jin a Mei, buscando con la mirada, pensó Mei, alguna muestra de simpatía o de consuelo.

–No se pueden comparar con usted –dijo Mei.

Jin se rió.

–Eres un encanto, pero eso no me preocupa. Me da lo mismo con quién se acueste mi marido. ¿Tú crees que podré convencerlas?

–Si alguien puede, es usted.

–¿Y Wudan? ¿Qué crees que le parece a él?

–No sé si está muy convencido.

Jin asintió.

–A veces le cuesta creer en las cosas. Pero eso es lo que me gusta de él. Siempre tiene los pies sobre la tierra, y me ayuda a mí a tenerlos.

–Es prudente y se piensa mucho las cosas.

–¿Te gusta?

–¿Que si me gusta? –«¿Qué quiere decir?», pensó Mei. «¿Qué sabe ella? ¿Le habrá contado Wudan algo?» Mei

sintió un calor en la nuca.

–Es encantador, ¿no te parece?

–Sí –dijo Mei.

Jin hizo un mohín.

–Wudan dice que eres muy inteligente. Has estudiado en la Universidad de Pekín. Ojalá yo hubiera podido ir a la universidad; habría tenido otras posibilidades en la vida.

–No hace falta ir a la universidad para ser inteligente. Desde luego, la universidad no le hace a uno inteligente.

–Cuando yo tenía dieciocho años, no había universidad a la que ir. Tuve suerte de que no me mandaran al campo a trabajar. Gracias a Dios, la Revolución Cultural acababa de terminar. Yo hice lo mejor que podía hacer: concertar un buen matrimonio –se sirvió un té–. Pero a veces, por más planes que uno haga...

–No tiene usted por qué seguir con Beihe.

Jin se rió.

–¿Y qué hago? ¿Adónde voy? ¿A buscar un trabajo? Nunca he trabajado más que para la familia Song y su negocio. Por más que me duela, la Casa del Espíritu Dorado ha sido mi casa. Mis padres son pobres y se están haciendo viejos. Necesitan mi ayuda. Tampoco puedo dejar a Ben Ben, aunque él a mí no me quiera –se recostó hacia atrás y cruzó las piernas hacia el lado contrario–. Sabes, yo no tengo posibilidad de elegir, pero tú sí. Es bueno estar soltera y ser independiente.

–Yo no estoy tan segura de que eso sea verdad.

La puerta se abrió. Entró Wudan con dos mujeres, muy maquilladas las dos, con vestidos ceñidos y tacones altos. Al ver a Mei y a Jin torcieron el gesto.

Mei gritó:

–¡Pero vosotras no sois Anna y Leila!

–¡Pues no! –replicó una de ellas, mirando a Mei de arriba abajo–. Ni ganas que tenemos.

–Es lo mismo que les he dicho yo –explicó Wudan.

–Pero ¿esto qué es? –murmuró la segunda prostituta, más joven, agarrándose del brazo de su compañera.

–¿Dónde están Anna y Leila? –preguntó Jin.

–Dicen que no lo saben –respondió Wudan por ellas.

–No conocemos a nadie que se llame así.

–Pero si habíamos preguntado especialmente por ellas –dijo Mei.

Las dos prostitutas se miraron. Llevaban los labios pintados de un rojo chillón.

–Nosotras no sabemos nada –dijo la mayor de ellas–. Llamad a nuestro jefe.

Wudan llamó y tuvo un rifirrafe con quien hubiera al otro lado de la línea. Cuando colgó les dijo a las dos prostitutas que se marcharan.

–¿Y quién nos va a pagar?

–Eso no es problema nuestro.

–Pero hemos venido.

Jin sacó dinero de su cartera y se lo dio.

La mayor de las dos mujeres contó los billetes. Tiró del brazo de su pupila y se la llevó por la puerta.

–¿Qué ha pasado? –preguntaron Mei y Jin.

–A Anna y a Leila no las encuentran. Han desaparecido.

Bajaron y se quedaron los tres en el vestíbulo. Wudan dijo que iba a llevar a Jin a su hotel.

–No te pongas tan seria. Ya sé que nos hemos llevado un chasco, pero qué le vamos a hacer. Olvídate, Mei.

Jin le acarició a Mei el brazo.

–En todo caso era sólo una posibilidad remota.

–Has hecho un trabajo estupendo para que llegáramos hasta aquí –dijo Wudan–. Pero Jin tiene razón. Vamos a tener que defender a Beihe sin ellas. Vete a tu casa y descansa un poco. Mañana empieza el juicio.

Mei contempló cómo Jin y Wudan salían por la puerta giratoria.

Ella no sabía adónde ir. No había previsto que el día pudiera pegar aquel vuelco. Todo lo que habían dicho Jin y Wudan era verdad. Lo mejor era que se olvidara y siguiera adelante. Ella no tenía la culpa. Más aún: si habían llegado tan lejos era gracias a ella... Lo había dicho Wudan. Él sabía lo que habían pasado Gupin y ella. Pero no le resultaba fácil. Ella había cumplido perfectamente con su parte. ¿Por qué se sentía tan mal?

Cuando era adolescente, su madre solía decirle: «No empieces nada que no vayas a ser capaz de terminar». La forma que tenía de decirlo hacía pensar a Mei que su madre prefería que ni lo intentara. Su madre decía que sería mejor que Mei hiciera menos cosas, pero que las hiciera bien; sin duda, la retórica habitual en una madre. A Mei le parecía que su madre creía que ella tenía expectativas poco realistas de sí misma, sueños de grandeza.

Se dirigió al bar del hotel. Necesitaba sentarse y ocupar las manos con algo, como un vaso, para poder deprimirse por su fracaso.

El bar tenía asientos de cuero naranja y lámparas de techo en forma de hongo. Se sintió como en una película, en una nave espacial, en algún punto del futuro. Vio a las prostitutas sentadas a una mesa, esperando a que vinieran a recogerlas.

«Quien no arriesga, no gana», pensó Mei. Se acercó a ellas.

–¿Puedo hablar con vosotras, por favor? –se sentó en un asiento vacío que había a su lado–. Necesito vuestra ayuda. Por favor, escuchadme. La vida de un hombre está en peligro y sólo Anna y Leila pueden salvarle. ¿Sabéis el caso del detective privado al que asesinaron? ¿Habéis oído hablar de él? Uno de los hombres que están acusados de matar al detective, Beihe Song, estaba con Anna y con Leila aquella noche. No estuvo en el lugar del crimen ni mató a nadie. Por favor, ayudadme a encontrarlas.

–Nosotras no las conocemos.

–Pues yo creo que sí. No le habrían dado el trabajo de Anna y Leila a alguien que no pertenezca al mismo grupo de alta categoría. Yo creo que sabíais que este trabajo era para Anna y Leila. Ha tenido que ser muy fuerte para vosotras encontraros con nosotros tres en la habitación del hotel. Vosotras no sabíais lo que estaba ocurriendo. Pero os acabo de contar por qué las buscamos. Creedme, os lo pido. Yo conocí a Anna y a Leila en el Susie Wong. Parecían chicas majas, sobre todo Leila, que era tan joven. ¿No sabéis qué les ha podido pasar? Mira, no os estoy amenazando, ¿verdad? Vosotras sois dos y yo soy una. Podéis decirme la verdad. No sé cómo os llamáis ni os lo pienso preguntar. Y estoy más que deseosa de pagaros por la información.

Mei se detuvo a coger aliento y esperó a ver si había logrado que le hicieran caso.

La mujer más joven miró a su jefa.

–¿Y tú quién eres? –preguntó la mayor.

–Trabajo para el abogado de Beihe Song.

Vino un camarero y Mei le pidió un té con hielo.

–Lao Er debe de estar a punto de llegar –murmuró la más joven. Mei pensó que estaba hablando de su chulo o de algún ligue.

–Decidme dónde puedo encontrar a Anna y a Leila y os podéis quedar con esto –Mei sacó de su bolso un fajo de billetes. Era lo que había sobrado del fondo para pagar el hostel. Lo llevaba encima porque pensaba devolvérselo a Wudan.

–Salieron ayer a un trabajo, pero no volvieron. Le oí al jefe decírselo al conductor. Todas tenemos miedo. Somos muchas haciendo este tipo de trabajo. Mi hermana y yo no queríamos salir hoy, pero el jefe nos ha obligado.

–¿Sabéis adónde fueron?

–Al Susie Wong.

–Hermana, ahí veo a Lao Er.

–Dame el dinero –la mayor de las prostitutas agarró los billetes y se los metió en el sostén.

Se levantaron y se marcharon a toda prisa.

El camarero le trajo a Mei su bebida. Ella cogió el largo vaso por el borde y bebió un sorbo de aquel jarabe exageradamente dulce.

A las diez en punto de la noche, Mei entró por la puerta negra de la calle Oeste del Parque de Chaoyang al Mundo de Susie Wong. A pesar de que era domingo por la noche, estaba lleno. La mayor parte de las mesas y las camas estaban ocupadas. Aquí y allá se oían risas y el sonido de los dados al agitarlos en cubiletes de bambú. Mujeres vestidas con vestidos atrevidos se inclinaban sobre sus cócteles ofreciendo un cariño vacío en chino, en inglés, en ruso, en alemán... El aire olía a una mezcla de alcohol e incienso.

Steve estaba más en forma que nunca, ocupándose de la barra y de los tipos que había tras ella, comprobando los pedidos, charlando con los clientes.

–Eh, Mei. ¿Qué viento te ha vuelto a traer por aquí? –Steve se acercó a ella. Llevaba el pelo de punta más brillante aún de lo habitual. Se enganchó del brazo de Mei y la llevó hasta la barra.

–Te veo muy ocupado.

Steve se tocó los pinchos del pelo.

–A simple vista puede parecer que está lleno, pero luego tampoco es tanto. ¿Quieres tomar algo? ¿Un Cosmo?

–Vale.

Steve llamó con la mano a un barman y se lo pidió.

–¿Dónde estuviste anoche? –le preguntó Mei.

–Pues aquí, como todas las noches.

–¿Te acuerdas de si viste a aquellas dos mujeres de las que te hablé? ¿A las que te pedí que les echaras un ojo? Anna y Leila... sabes quiénes son, las prostitutas que estoy buscando.

–Sí. Estuvieron aquí anoche.

–¿Y por qué no me llamaste?

–Cuando las vi me dije a mí mismo: tengo que llamar a Mei. Pero luego se me olvidó. Ahora que te veo me he vuelto a acordar.

Llegó la bebida de Mei.

–¿Con quién estaban?

–Con un tipo, de estatura media, más o menos joven, más o menos atractivo, pero no era mi tipo... demasiado acicalado.

–¿Lo habías visto antes?

–Es posible, pero no sé. Pasa demasiada gente por este garito. No es de los que vienen siempre, eso seguro. ¡Eh, ésa no es forma de hacer un Buda Flambeado! Discúlpame un minuto –y se alejó a toda marcha.

Volvió diez minutos más tarde, secándose las manos con una servilleta.

–Es difícil encontrar buenos camareros últimamente.

–Háblame de Anna y Leila. ¿Qué hicieron?

–¿Que qué hicieron? –exclamó–. Estuvieron hablando. Me dio la impresión de que estaban un poco nerviosas. Hay formas y formas de hablar: tú ya me entiendes. El tipo no sé a qué se dedica. Debe de ser rico o famoso, pero no de los de la televisión, porque si no yo lo conocería. La televisión me encanta. Por cierto, ayer vi el programa de tu hermana. Te puedo decir que fue el mejor de todos los que ha hecho hasta ahora. Yo lloré y todo. Bueno, ¿le has dicho lo mío? Más vale que no te olvides. Que yo aquí me estoy dejando la piel por ti. Dile que me encanta su programa, ¿quieres? Bueno, dile que me encanta ella también.

–¿Qué pasó después de que estuvieran hablando?

–Ay, Mei, pues qué iba a pasar. Se fueron, a casa, a la cama... yo qué sé, lo que te quieras imaginar.

–Prométeme una cosa –le dijo Mei.

–¿Qué?

–Que me vas a llamar si vuelves a ver a Anna y Leila, o al tipo que iba con ellas. ¿Lo reconocerás?

–No estoy seguro.

–Inténtalo. Es importante. Y no te olvides de llamarme.

Steve le apretó la mano a Mei.

-Consígueme una invitación para el programa de tu hermana.

El juicio contra Beihe Song y el señor Li, acusados de asesinar a Qiu Gang el día 14 de junio, ha comenzado hoy en los Tribunales del Pueblo de Pekín ante un comité de jueces. Se espera que dure cuatro días y no se permite el acceso al público. Si son hallados culpables, los acusados se enfrentan a la pena de muerte.

El inspector Zhao enrolló el periódico y se lo metió debajo del brazo. Se limpió la nariz con un pañuelo. Como volviera a llamarle alguna empresa de construcción, pensó el inspector Zhao, le iba a pasar el auricular a su secretaria y se iba a largar para su pueblo. En aquella maldita ciudad, donde todo se achicharraba en verano y se congelaba durante meses en invierno, los edificios en construcción eran las tumbas. Los trabajadores de provincias se lanzaban desde ellos a la muerte cuando no les pagaban su salario. Los amantes suicidas saltaban de la mano. En sus fosas se arrojaban cadáveres para ocultar los crímenes.

El inspector Zhao se acercó a donde sus detectives le esperaban. Los trabajadores se apelotonaban para mirar, a lo largo de las pasarelas de sus viviendas improvisadas, al borde del hoyo. El sol ardía en el cielo. «Ya he tenido bastante de los mismos días de sol, el mismo calor y las mismas muertes.»

–Son dos mujeres –dijo uno de los policías al ver al inspector Zhao.

El inspector Zhao asintió.

Los uniformes se apartaron para abrirle paso. Vio los cuerpos al pie de la torre a medio construir, blancos y desnudos como guijarros deslavados en la orilla. Buscó su pañuelo.

–¿Está el equipo forense en camino?

–Están viniendo.

Rodeó los cuerpos. No llevaban mucho tiempo muertas. La piel todavía tenía elasticidad, aunque habían acudido las moscas.

–¿Qué le parece a usted, jefe? ¿Suicidio?

Le sorprendería que se hubieran matado ellas mismas. Había aprendido de su instructor de la academia de policía y de su propia experiencia que las mujeres al parecer prefieren una muerte más lenta, más doméstica, un veneno por ejemplo, a saltar de un piso número veinte.

Pero aquello era la ciudad. Habían ocurrido muchas cosas que él no era capaz de comprender. A saber lo que eran capaces de pensar o hacer las jóvenes de hoy en día. Él no entendía ni a su hija de once años. Una de las mujeres muertas parecía muy joven, tenía la cara y el cuerpo de una niña de catorce años. Igual habían decidido las dos desnudarse y declarar la muerte al mundo.

–¿Habéis encontrado la ropa?

–Sí, en lo alto del edificio.

Subieron en el montacargas. Traqueteaba y temblaba como si de un momento a otro fuera a desprenderse y caerse al suelo. A través de la rejilla de alambre vieron la ciudad, primero las casas bajas, los callejones estrechos y las calles abarrotadas, luego una vasta masa urbana de calles, edificios y azoteas, aquí un templo, allá un palacio, el centelleo del sol, la fealdad derrotada.

«Polvo eres», pensó el inspector Zhao.

En la azotea, donde se amontonaban las vigas y las columnas, estaba todo sucio. El inspector Zhao se quedó mirando las prendas tiradas por el suelo: vestidos, pantys y sujetadores. Había un montón de huellas, incluidas las suyas propias, añadidas ahora. «Esto es un desastre», pensó. Miró si había sangre o señales de lucha.

–Ya está aquí el equipo forense –dijo uno de sus hombres, llegando en el ascensor.

–Ya era hora. Vamos a hablar con ellos.

El doctor Hu y su ayudante, con sus batas blancas y sus mascarillas, eran el equipo forense al completo. La joven, con la concentración de una equilibrista, se puso a examinar los cadáveres con sus instrumentos.

–¿Dónde están todos los demás? –preguntó el inspector Zhao.

–En una ceremonia de entrega de premios del Ministerio.  
–¿Y tú por qué no has ido? Eres el director.  
–Ha ido el comisario Chen con mi equipo. Cuanto más viejo me hago, más me cuesta aguantar sentado esas ceremonias de entrega de premios. Duran siempre un siglo, con tantos discursos. Yo prefiero quedarme a vigilar la trastienda.  
–¿Qué te parece? –dijo el inspector Zhao mirando a los cuerpos.  
–Desastroso, ha pasado ya demasiada gente por aquí.  
–Las encontraron los obreros.  
–¿Dónde está su ropa?  
–En la azotea.  
–¿Y qué más hay ahí?  
–Suciedad, me temo.  
–Una doble muerte, justo cuando está todo el mundo fuera.  
–¿Para cuándo me puedes tener los resultados?  
–Para mañana como muy pronto, y estoy hablando sólo de lo básico.  
–¿Te puedo llamar luego?  
–Por lo que más quieras.  
–Me gustaría tenerlas identificadas lo antes posible.  
–No hay ningún problema, si están en la base de datos; pero si no...  
–¿Qué piensas que ha sido?  
–Un doble asesinato, o un doble suicidio, quién sabe. Estoy ya demasiado viejo. Ya no entiendo el mundo en que vivimos.

«Pero ¿en qué clase de mundo vivimos?», pensó el inspector Zhao, encendiéndose un cigarrillo. Estiró las piernas y se echó hacia atrás. No alcanzó a ver estrellas en el cielo. Su mujer, mucho antes de empezar a trabajar en el turno de noche, había dejado de limpiar el balcón y había preferido ir amontonando cada vez más trastos en aquel espacio de tres metros por uno, como forma de mantener ordenado el apartamento. Desde entonces, él no había vuelto a salir a sentarse en el balcón.

Pero esta vez sacó una silla plegable y despejó entre el polvo un espacio suficiente para colocarla. Aquella noche, pensó, no iba a beber. Se iba a fumar unos cuantos cigarrillos sin tener que preocuparse de estar atufando el apartamento para disgusto de su mujer. Se dio el gusto, mientras su cuerpo extendido entraba en un trance inmóvil, de dejar que sus pulmones filtraran el humo dulce del tabaco y su mente languideciera.

El doctor Hu se estaba haciendo viejo. Se podía medir lo viejo que se estaba haciendo por lo mucho que rememoraba el pasado. Asesinatos había siempre, siempre los había habido y siempre los iba a haber. Puede que fuera cierto que hacía cuarenta años la gente podía dejar la puerta de su casa abierta y los niños podían salir solos a jugar a la calle, si es que tenían puertas en las casas y un tejado sobre sus cabezas. Puede que en aquellos tiempos las personas fueran más amables unas con otras porque no tenían motivo para matar o robar: no había nada que ganar. La pobreza y la desesperación eran absolutas. Incluso entonces, pensó el inspector Zhao, resoplando con fuerza, la gente se mataba. Los niños se mataban entre ellos en nombre de la revolución. Recordó una historia que le había contado su padre sobre un grupo de Guardias Rojos, chicos y chicas de la escuela del pueblo, que mataron a su maestra metiéndole un atizador al rojo vivo en la vagina.

Pensó en su hija Ren, que estaba durmiendo en su cuarto. Muy pronto iba a ser una adolescente, o puede que ya hubiera entrado en la adolescencia, disimulándola en su oscuro silencio. La gente decía que en estos tiempos modernos los niños maduran temprano. Pero ¿qué era la madurez? ¿Es que era necesario volverse cruel para convertirse en adulto?

Ojalá Ren supiera que él estaba allí para protegerla. Por más que no quisiera hablarle ni mirarle, podía contar con su amor. Él daría su sangre y su corazón por mantenerla a salvo de la crueldad humana.

Se terminó el cigarrillo, se levantó y se metió dentro. Allí estaba el desorden habitual: la colada a medio doblar sobre la mesa del comedor, un plato pequeño de verduras en vinagre y un cuenco con bollos al vapor resecándose. En el sofá había una revista de cotilleo abierta por una página en la que se veía a una joven posando delante de un coche, con una pierna levantada hacia atrás y una gran sonrisa, señalando con el dedo a su propia mejilla. No parecía mucho mayor que Ren.

El inspector Zhao cerró la puerta del apartamento con toda la suavidad que pudo y bajó las escaleras. Los descansillos estaban iluminados con mortecinas lámparas de techo. Las polillas se apretujaban contra la parte de abajo de la pantalla en forma de mazorca. El inspector Zhao oyó la televisión a todo volumen que venía del número siete. ¿Quién vivía ahí? No lo sabía.

Llegó al rellano del vestíbulo. La luz estaba rota. Se encendió otro cigarrillo. Vio en la pared el teléfono comunitario. Alcanzó a vislumbrar los números de teléfono que la gente había garabateado en el muro. La luz de una farola de la calle entraba en el edificio, proyectando en el suelo un resplandor.

El inspector Zhao descolgó el teléfono y marcó.

–¿Mei? Soy Zhao. Perdona que te llame tan tarde. Espero no haberte despertado.

–No te preocupes, no estaba durmiendo. ¿Qué pasa?

–El laboratorio ha identificado a tus prostitutas.

Se hizo un silencio en el lado de ella.

–¿Cuándo ha sido?

–Anoche.

–¿Tú crees en las coincidencias?

–No –dijo el inspector Zhao–. Por eso te llamo.

–¿Cómo han muerto?

–El examen forense todavía no está completo. Por lo poco que sabemos ahora podría ser cualquier cosa, drogas, juegos sexuales que se tuercen...

–Puede que las mataran porque sabían algo sobre el asesinato de Qiu Gang.

–Es posible –dijo el inspector Zhao.

–¿Tú crees que sabían algo de lo de los rusos?

–¿Cómo te has enterado tú de lo de los rusos?

–Lo sabe medio Pekín.

El inspector Zhao fumó y contempló su sombra. Una mosca volaba en la noche fresca.

–Necesito hablar contigo –dijo.

Segunda jornada del juicio por el asesinato de Qiu Gang que se celebra en los Tribunales del Pueblo de Pekín. Se espera que la acusación presente sus testigos...

Mei y el inspector Zhao se detuvieron en los escalones de la entrada del Cuartel General de la Policía Municipal y la Policía Armada del Pueblo de Pekín, con el sol calentándoles la cara. El edificio, con sus anchas columnas, sus gigantescos emblemas dorados y sus banderas nacionales rojas, se alzaba tras ellos como un monumento.

El inspector Zhao se tiró del cuello de la camisa y cambió el peso de un pie al otro.

–Qué calor –dijo.

–Sí, ¿eh? –dijo Mei.

El inspector Zhao sacó un paquete de tabaco.

–¿Puedo fumar?

–Yo creo que sí –dijo Mei, con la vista fija en la entrada del aparcamiento.

El inspector Zhao extrajo un cigarrillo, pero se lo pensó mejor y lo volvió a meter. Miró los imponentes edificios y a las hileras de funcionarios que pasaban.

–Mei, tú conoces a gente poderosa.

Mei habría preferido que dejara de preocuparse.

Un Citroen azul se metió en el aparcamiento. Mei lo siguió con los ojos. El coche se detuvo delante de los escalones. De su interior salió el Primo, con la estrella roja resplandeciente en su gorra. Subió en dos zancadas la escalera.

–Hola, Mei –dijo, dándole la mano. Mei le presentó al inspector Zhao.

–Su reputación le precede –dijo calurosamente el Primo, y le dio la mano al inspector Zhao.

Mei contempló el Citroen.

–Fuiste tú quien me siguió desde el hostel.

–Fue uno de mis equipos –el Primo les hizo gesto de que fueran andando con él–. Tenemos ese hostel bajo vigilancia desde hace un tiempo. Ellos no sabían quién eras. Comprobamos la matrícula, pero nos salía un abogado.

–Era el coche de un amigo que me lo había prestado.

–Cuando vi las fotos de la vigilancia les dije que se mantuvieran al margen.

Pasaron por el detector de metales y entraron en el edificio. La altura del techo del vestíbulo y los relucientes suelos de mármol impresionaron al inspector Zhao. Subieron en ascensor hasta el despacho del Primo, en la planta número once.

La secretaria del Primo les trajo un té. Se sentaron alrededor de una mesa. El inspector Zhao hizo un breve resumen de las circunstancias de la muerte de Anna y Leila, que, según se acababa de confirmar, había sido un asesinato.

–Gracias –dijo el Primo cuando el inspector Zhao hubo terminado–. Esto podría ser una prueba importante en contra de Yi el Padrino. Llevamos un tiempo tratando de dismantelar su organización.

–Yo creo que la muerte de las prostitutas está relacionada con el asesinato del detective privado Qiu Gang –dijo Mei–. Ellas eran la coartada de Beihe.

–Yo a quien no creo es a Beihe –dijo el inspector Zhao.

–Es un caso delicado.

–El señor Li tenía negocios con Yi el Padrino. Yi les proporcionaba prostitutas a las *guanxi* del señor Li. Algunos altos funcionarios han resultado estar implicados –dijo el Primo.

–¿Y por qué nosotros no sabíamos nada? –preguntó el inspector Zhao.

El Primo se encogió de hombros.

–Somos una brigada especial. No rendimos cuentas al Ayuntamiento.

- Es posible que Anna y Leila tuvieran información para poner al descubierto a esa gente.
- Esto podría ser lo que necesitábamos para acabar con la organización de Yi el Padrino. Llevamos dos años intentándolo. Ya nos falta poco –dijo el Primo.
- A Anna y a Leila las vieron en el Susie Wong la noche en que las mataron. Se encontraron allí con un tipo y se fueron con él.
- ¿Hay testigos?
- Estamos intentando que el encargado del bar nos dé una descripción.
- El dibujante de retratos robot viene para acá.
- ¿Y qué pasa con el lugar del crimen? ¿Alguien vio algo, un coche, por ejemplo?
- Mis agentes de protección ciudadana están hablando con la gente –dijo el inspector Zhao.
- Voy a movilizar a la Brigada Especial Antiamarilla –dijo el Primo.
- Lo que cuenta es el tiempo –dijo Mei.

Mei y el inspector Zhao estudiaron detenidamente diagramas, planos, fotografías e informes del laboratorio.

–Las pruebas del laboratorio del Ministerio sitúan la hora estimada de la muerte entre las dos y las cinco de la mañana, y eso parece indicar que a Qiu Gang no lo mataron en el almacén sino en algún otro sitio, más tarde.

–Si en el almacén no estaba muerto, ¿por qué los matones que trabajaban allí confesaron que lo habían matado?

–Igual no sabían que no estaba muerto. Le habían dado una paliza. Pensarían que lo habían matado.

–Pero si no fueron ellos, ¿quién fue?

–Eso es lo que tenemos que averiguar.

–Dos golpes letales con un objeto contundente y hierba en las heridas.

–Podría ser un ladrillo, o una barra de plomo.

–¿Y la hierba de dónde sale?

El inspector Zhao se puso de pie. Llenó dos tazas de agua hervida fría y le pasó una a Mei.

–A lo mejor deberíamos volver al almacén, para empezar por el principio –dijo Mei–. ¿Tienes todavía la llave?

Se acercaron al almacén del señor Li, ante la mirada de una multitud de culis. El inspector Zhao llevaba las llaves tintineando en la mano. La anilla de metal llevaba prendido un papel que decía: «Almacén número 11, Barrio Ruso».

–La gente en cuanto ve pararse un coche de la policía se junta a mirar –dijo el inspector Zhao.

Mei volvió la vista hacia el coche. El conductor le hizo una seña con la cabeza. Era un joven agente recién llegado, hacía sólo dos semanas, de la Academia de Policía. Bajó el cristal de la ventanilla y se quitó la gorra.

–Vamos a entrar por la oficina –dijo el inspector Zhao.

La entrada delantera del almacén había sido precintada por la policía.

El inspector Zhao abrió la puerta con la llave. Dentro, el aire estaba caliente y viciado. Una capa de polvo había cubierto los muebles. El inspector Zhao condujo a Mei por la puerta lateral al almacén contiguo.

Encendió la luz.

El lugar estaba completamente vacío. Del extremo de dos cables suspendidos del techo pendían dos bombillas. Su resplandor le daba a aquel sitio un aspecto fantasmagórico.

–Había cajones. ¿Qué ha pasado con los cajones? –dijo el inspector Zhao.

–Alguien ha hecho limpieza.

–Eso es imposible.

Mei se dio una vuelta. Por el suelo había clavos sueltos, astillas y trozos de cartulina desperdigados. Sus zapatos dejaban huellas pequeñas y curvas sobre el polvo del suelo.

–Y de eso hace ya unos cuantos días –dijo.

El inspector Zhao se paseó de un lado para otro.

–En este lugar se ha cometido un crimen. Nadie más tiene permiso para entrar aquí.

–Pues han entrado.

–Tenemos que ir a ver ahora mismo al comisario Chen –dijo el inspector Zhao.

Salieron del almacén.

La multitud seguía allí. La gente estaba hablando. Algunos señalaron con el dedo cuando vieron al inspector Zhao y a Mei.

El inspector Zhao se metió en el asiento del copiloto. Mei se sentó detrás.

–Volvemos a la comisaría –dijo el inspector Zhao.

El joven agente se puso la gorra y accionó la llave. El coche arrancó.

–¿Todo en orden, Inspector? –preguntó.

El inspector Zhao no respondió.

En Chaoyangmenwai Xijie había tráfico. Los autobuses abarrotados se arrimaban a las paradas o salían de ellas. Los taxis se arremolinaban tratando de adelantarlos.

–Hora punta –dijo el conductor.

En la calle Zhenghuai, el tráfico estaba parado.

El inspector Zhao miró su reloj.

–¿No hay otro camino?

–Podríamos intentar por la calle Dehuai.

Pero allí también pillaron atasco.

–¿Quiere que ponga la sirena, señor, si tiene prisa?

El inspector Zhao sonrió y asintió con la cabeza.

Resonó el estruendo de la sirena. Una luz azul centelleó por encima de sus cabezas, cada vez más rápido. Los coches que tenían delante empezaron a apartarse. El conductor, con gesto decidido, hizo avanzar el coche, primero despacio y luego a toda velocidad.

Diez minutos más tarde se detenían bruscamente delante de la Comisaría del Distrito de Chaoyang. Mei estaba a punto de vomitar. El inspector Zhao estaba clavado a su asiento, inmóvil.

–Hemos llegado –dijo el joven conductor con una gran sonrisa–. ¡No sabe el tiempo que hace que quería hacer esto!

–Muchas gracias, Xiao Ye –dijo el inspector Zhao con la respiración acelerada.

–Es Xiao Yang, Señor. Ha sido un placer.

El inspector Zhao y Mei salieron del coche. Cuando iban por la acera oyeron a sus espaldas el chirrido de las ruedas de Xiao Yang al alejarse.

Mei siguió al inspector Zhao escaleras arriba hasta el despacho del comisario Chen.

–Ha salido –dijo su secretaria.

–¿Adónde ha ido?

–Al juicio. ¿No debería estar usted también allí?

–He tenido que hacer una cosa. Espera un momento... la sesión de hoy ya debería haber terminado.

–Al comisario Chen le van a hacer una entrevista para Telepekín.

–¿Y cuándo va a volver?

–No va a volver. Esta noche está invitado a una cena.

Al inspector Zhao y a Mei no les quedó más remedio que marcharse. El oscuro pasillo tenía un aspecto aún más lúgubre que de costumbre.

Mientras bajaban por la escalera, a Mei le sonó el teléfono. Era el Primo.

–Tengo una cosa para ti: Anna y Leila figuran como empleadas del señor Li durante los últimos dos meses.

–Entonces ¿cómo pudo quedar Beihe con ellas en el Susie Wong?

–Lo había preparado el señor Li. Probablemente las utilizaba para espiar a Beihe.

–Gracias, Primo.

–¿Qué tal van las cosas por tu lado?

–Pues no precisamente bien.

–No hay que darse por vencidos.

–Eso en ningún caso.

Mei y el inspector Zhao se metieron en el restaurante de Pan *da ma*, detrás de su árbol inclinado. El señor y la señora Pan se emocionaron al ver allí otra vez al inspector Zhao. La señora Pan examinó a Mei tan de cerca que la hizo sonrojarse.

–Necesitamos encontrar al tipo que mató a Anna y a Leila –dijo Mei, cuando hubieron pedido–. Él es el eslabón perdido.

–El juicio se va a terminar enseguida.

–¿No se puede aplazar?

–No hay manera.

–Pide que lo suspendan, di que tienes pruebas nuevas.

–El juicio está amañado. El comisario Chen va a hacer lo que le digan los de arriba que haga.

–Pero le encanta ser famoso y que le consideren un héroe, ¿verdad?

–Esas cosas le privan.

–¿Y qué pasa si la gente quiere que el caso se investigue correctamente?

–¿Qué me estás queriendo decir?

–Me gustaría que conocieras a un amigo mío, el Gordo. No te preocupes de por qué le llaman así. Es un periodista del *Diario de Pekin*. Hace tiempo que quiere hablar contigo. Le podemos dar lo de los rusos y lo de las prostitutas.

Vinieron sus bebidas, dos botellas de cerveza Pequeño Ángel.

–Sabes que lo que estás haciendo es peligroso, ¿verdad? –el inspector Zhao sirvió la cerveza en los dos vasos–. Una vez que se metan los periódicos no habrá vuelta atrás.

–¿Tienes miedo?

–No.

Brindaron con los vasos y bebieron.

–Vamos a hacer un poco de ruido. Igual nuestro asesino se revuelve. Lo podemos cazar.

El juicio por el asesinato de Qiu Gang continúa, en su tercera jornada, en los Tribunales del Pueblo de Pekín. La defensa va a presentar sus pruebas...

Cuando el ordenanza abrió la puerta de la sala número cinco del tribunal, el gran panel cedió con un potente crujido. El inspector Zhao vio que la gente se volvía para mirarle. La bella mujer que estaba sentada en el banquillo de los testigos paró de hablar. Los jueces pusieron cara de consternación. En lo alto, por encima del estrado, flanqueado por todas partes por una fila de Banderas Rojas con Cinco Estrellas, estaba el emblema nacional, Tian'anmen en dorado.

El inspector Zhao sonrió y dijo moviendo los labios: «Perdón». Reconoció algunos de los rostros. De algunos nombres no era capaz de acordarse. La cara le ardía.

La puerta se cerró. El juicio continuó.

–Señora Song, ¿podría por favor recordarle a este tribunal cuánto tiempo lleva casada con el acusado? –preguntó el fiscal.

Se oyó el tecleo de una máquina de escribir.

–Catorce años –dijo la mujer del banquillo con un acento suave y profundo. Estaba sentada con las piernas cruzadas bajo una falda estrecha blanca. Tenía un cuello largo y elegante. Sus ojos eran enormes y fascinantes.

El inspector Zhao encontró un asiento libre y se sentó. Le costaba creer que aquella mujer guapa y sofisticada fuera la esposa de Beihe.

–Usted declaró antes que su marido le había dicho que estaba con dos prostitutas la noche del asesinato. ¿Cuándo se lo dijo?

–Cuando vine para asistir a este juicio.

–En otras palabras, sólo lo dijo para inventarse una coartada.

–Protesto –dijo Wudan.

El fiscal se acercó a Jin.

–¿Le sorprendió a usted que su marido hubiera estado con prostitutas?

Jin le miró directamente a los ojos y dijo:

–No.

–¿Le había sido él infiel alguna otra vez?

–Sí.

–¿Muchas veces?

–Protesto –dijo Wudan–. Eso no tiene relación con el caso.

–Señoría, la acusación está tratando de poner de manifiesto el carácter del acusado.

–He perdido la cuenta –dijo Jin.

–¿Le ha mentido él alguna vez?

–Sí.

–Entonces es posible que esta vez también esté mintiendo.

–Yo creo que esta vez está diciendo la verdad.

La gente se rió.

–¿Es su marido una persona violenta?

–¿En qué sentido?

–¿Le ha pegado a usted alguna vez, por ejemplo?

–Sí. Es de temperamento fuerte.

–¡Bruja! –chilló alguien. El inspector Zhao se volvió y vio a una anciana con un bastón.

–¡Orden! –pidió uno de los jueces.

–¿Es cierto que ha estado usted hospitalizada varias veces por lesiones de ese tipo?

–Sí. Pero eso no significa que Beihe matara a Qiu Gang.  
–Límitese a responder a la pregunta. Tenemos un montón de pruebas que demuestran que Beihe participó en el asesinato de la víctima –dijo el fiscal.  
–Protesto.  
–¿Contrató usted a Qiu Gang? –preguntó el fiscal.  
–Sí –dijo Jin.  
–¿Por qué motivo?  
Jin hizo una pausa, mirando hacia la mesa de la defensa. Luego se volvió a mirar al fiscal y dijo:  
–Beihe llevaba tres meses en Pekín. Nosotros no sabíamos qué estaba pasando. De la cuenta de la empresa iba saliendo dinero. Él no nos contaba nada. Cada vez que le hacíamos alguna pregunta se enfadaba.  
–O sea que Beihe tenía varios motivos para querer matar a la víctima. No quería que le descubrieran. Quería el dinero para invertirlo en sus nuevos negocios con el señor Li.  
–Protesto. Eso son especulaciones.  
–No tengo más preguntas –dijo el fiscal.  
Jin se puso de pie. La sala se llenó de murmullos. Ella bajó del banquillo de los testigos. Al pasar junto a la mesa de la defensa, intercambió una mirada con Wudan.  
El inspector Zhao vio la cabeza calva del comisario Chen.  
–Comisario Chen –le llamó.  
El comisario Chen volvió la cabeza. El inspector Zhao le pidió por gestos a su jefe que saliera con él de la sala. El comisario Chen frunció el ceño. Se levantó de mala gana.  
–¡Orden!  
El comisario Chen siguió al inspector Zhao al otro lado de la puerta, que se cerró con un ruido sordo.  
–¿Qué pasa?  
–Lo siento, comisario Chen. Es urgente.  
El ordenanza les pidió que se apartaran de la puerta. Su mirada severa obligó a sus voces a reducirse a murmullos.  
–Tenemos pruebas nuevas –dijo el inspector Zhao.  
–¿Qué pruebas?  
El inspector Zhao le contó al comisario Chen los últimos resultados de la autopsia y lo del asesinato de las prostitutas.  
–Aquí tiene mi informe.  
El comisario Chen le echó una ojeada al papel.  
–Los rusos no son problema nuestro.  
–Si tienen alguna relación con el asesinato sí que lo son.  
–No lo puedes demostrar.  
–Alguien ha limpiado el almacén. ¿Sabes algo de eso?  
El comisario Chen paró de mover los dedos.  
–Es nuestro lugar del crimen. Todavía estamos en plena investigación –dijo el inspector Zhao.  
–Los forenses ya han repasado ese sitio. Ya no nos sirve para nada –dijo el comisario Chen con un gesto de la mano–. La orden nos vino con alta prioridad. La tuve que autorizar.  
–¿De dónde venía?  
–No te lo puedo decir. No tienes rango suficiente en el Partido.  
–Soy el encargado de la investigación.  
–No se puede meter a los rusos –dijo el comisario Chen–. Y en cuanto a lo de las prostitutas... no tienes pruebas.  
–¿Has leído el *Diario de Pekín* de hoy? –el inspector Zhao le enseñó un ejemplar.  
El artículo del Gordo estaba en la primera página:

### **El caso de la Justicia del Pueblo**

por Chen Bin

El juicio por el asesinato de Qiu Gang continúa por tercer día consecutivo en los Tribunales del Pueblo de Pekín. Mientras la defensa se prepara para presentar sus pruebas, una nueva e importante información

ha salido a la superficie. Dos prostitutas a las que se ha relacionado con los acusados fueron halladas asesinadas la víspera del comienzo del juicio. Fuentes cercanas a la investigación nos informan de que hay testigos materiales pendientes de encontrarse con la defensa para preparar su testimonio. A esto se añade que también podemos confirmar que fueron hallados dos ciudadanos rusos en el almacén del señor Li durante la redada que se hizo en sus instalaciones. Se encontraban atados y drogados.

Estos descubrimientos han suscitado muchas preguntas sobre la investigación del asesinato. Hasta el momento buena parte del juicio se basa en las confesiones de los seis matones previamente ejecutados y en pruebas circunstanciales. Las dos prostitutas asesinadas podrían haber estado en posesión de información determinante para el caso. Una de nuestras fuentes sugiere incluso que es posible que Qiu Gang no fuera asesinado por los matones en el almacén, sino que muriera algún tiempo más tarde en un emplazamiento distinto. ¿Tienen las prostitutas o Qiu Gang alguna relación con los ciudadanos rusos encontrados en el almacén? ¿Por qué se ha ocultado durante tanto tiempo al público la información relativa a estos últimos, y por qué no figura en el sumario del juicio?

Está previsto que el juicio por el asesinato de Qiu Gang dure sólo cuatro días. No parece un plazo muy adecuado ni para el caso menos conflictivo, y resulta desconcertante a la luz de la nueva información.

El comisario Chen, de la Comisaría de Chaoyang, ha dicho en una entrevista para Telepekín que están resueltos a responder con mano dura ante la avaricia y la brutalidad. Ha dicho que tiene confianza en que el caso ha sido investigado e instruido de forma competente por la policía, con pruebas abrumadoras, y en que los criminales van a ser condenados. Ha dicho que el juicio por el asesinato de Qiu Gang es un caso ejemplar para la justicia del pueblo...

El comisario Chen paró de leer.

–Piense en el sentimiento de la gente –dijo el inspector Zhao.

–A mí lo que piense la gente me da igual.

–Pues a los jefes de arriba no creo que les dé igual. Éste es un caso importante. Estoy seguro de que lo están siguiendo.

El comisario Chen se quedó callado. Parecía estar reflexionando.

–Podríamos pedir que suspendan el juicio mientras estudiamos las nuevas pruebas –dijo el inspector Zhao.

–Supongo que sí –dijo el comisario Chen.

El asunto se discutió con el fiscal. En cuanto dieron comienzo las diligencias de la tarde, la petición les fue concedida.

Mei se apoyó en la pared. Sintió una brisa en la curva de la espalda, donde no la tocaba el vestido. Vio a Wudan que salía de la sala de audiencias, con Jin agarrada del brazo. Su secretaria iba detrás de ellos dando traspies, con documentos y un maletín en las manos.

Wudan se sorprendió al ver a Mei.

–¿Qué tal ha ido? –le preguntó ella.

–Jin está cansada –dijo Wudan.

A sus espaldas se abrió la puerta. Salió la Anciana Señora Song, apoyándose en Ben Ben y agitando el bastón en la mano.

–¡Bruja! –chilló.

Wudan le dijo a su secretaria:

–Lleva a Jin de vuelta a mi apartamento.

Jin no se movió.

–¡Tú lo que quieres es verlo muerto! –gritó la Anciana Señora Song, con todo el cuerpo temblándole.

Jin miró a su hijo y extendió una mano.

–Ben Ben, lo que he dicho era verdad. Tenía que decir la verdad.

Ben Ben se la quedó mirando. En su cara brillaba el rastro seco de las lágrimas.

–Te odio.

Por un instante, Mei pensó que Jin se iba a venir abajo. La cara se le abrió como se abren las heridas al dolor y dejó caer las manos.

Luego la herida se cerró. Jin le dijo a la Anciana Señora Song, en un tono que se iba reafirmando con cada palabra:

–He hecho lo que tenía que hacer.

La gente empezó a salir de la sala de audiencias. En el pasillo resonaron voces y pasos.

–¿Puedo hablar contigo? Es importante –le dijo Mei a Wudan.

–Yo me voy con tu secretaria –dijo Jin.

–Espérame allí –dijo Wudan–. Y descansa un poco.

Jin asintió con la cabeza. Le echó otra mirada a Ben Ben y se alejó, con los tacones repiqueteando en el suelo.

Wudan se volvió hacia la Anciana Señora Song.

–No puede usted hacer eso.

–Fuera de mi vista –la mujer hizo un intento de empujarle.

–Como me haga eso otra vez, voy a hacer que le prohíban la entrada en la sala de audiencias.

–Mi hijo, mi último hijo –sollozó la anciana.

Wudan agarró a Mei y salieron los dos pitando de los Tribunales del Pueblo de Pekín. Cuando bajaron los escalones, Mei miró hacia atrás. En lo alto, al lado del comisario Chen, entre las altas columnas del edificio de los Tribunales, estaba el inspector Zhao. La estaba mirando.

Wudan llevó a Mei a una cafetería que había en la acera de enfrente. Pidieron dos cafés y con la taza en la mano fueron a sentarse en un banco con cojines.

–La acusación ha pedido que se suspenda el juicio –dijo Wudan.

–De eso es de lo que te quería hablar. Piensan que el asesinato de Anna y Leila está relacionado con el caso.

–¿Tienen alguna prueba?

–Están buscando al tipo que estuvo con ellas en el Susie Wong la noche en que murieron. El encargado del bar se acordaba de ellos.

Wudan apartó la vista hacia el tráfico que se veía por la ventana.

–Ojalá no hubieran muerto –dijo.

Mei puso una mano encima de las de Wudan. Las tenía frías.

–¿Te encuentras bien? No tienes buena cara.

–Estoy cansado –dijo Wudan.

El inspector Zhao y el comisario Chen estaban sentados cada uno en un extremo de una mesa larga y por lo demás vacía. Estaban bebiendo cerveza de sus botellas y, evitándose el uno al otro, mantenían la vista fija en un par de mujeres rusas semidesnudas que bailaban con tacones altos sobre el escenario. Los blandos pliegues de sus tripas blancas suscitaron en el inspector Zhao atracción y rechazo.

Habían ido vestidos de paisano, el inspector Zhao con camisa blanca y pantalones grises, el cinturón rígidamente abrochado en la cintura. El comisario Chen, con sus ojos inexpresivos y su cabeza medio calva, tenía un aspecto casi indecente sin la protección de su gorra. Los pantalones le colgaban de las caderas. El inspector Zhao se preguntó si el comisario Chen se estaría excitando. El pensamiento le puso tenso. Rezó para que las mujeres no siguieran quitándose ropa.

La danza terminó de repente. Las bailarinas recogieron su ropa del suelo y se marcharon. Sobre el escenario se materializó un joven delgado con la cabeza afeitada que empezó de inmediato a cantar en ruso. El inspector Zhao hizo una escapada a los lavabos. Por el camino tropezó con una mesa en la que se agolpaban tres generaciones de chinos y un hombre ruso que parecía estar casado o comprometido con la joven que había sentada a su lado. La comida que tenían sobre la mesa era china. Zampaban y contemplaban el espectáculo de forma intermitente, la abuela mordisqueando sonriente una pata de pollo.

El inspector Zhao le preguntó al gorila de la puerta dónde estaban los lavabos. El tipo señaló con la mano, con un tatuaje hinchándosele en el brazo, a una puerta dorada.

En los lavabos todo era negro: el suelo, el techo, las baldosas y los muebles. En las paredes había espejos dorados. El inspector Zhao se puso delante del urinario y se bajó la cremallera del pantalón. Miró hacia arriba. En el techo había un magnífico revólver dorado.

La puerta se abrió. El inspector Zhao miró por el espejo pero no vio a nadie. Luego oyó pisadas de tacón metálico. Se dio bruscamente la vuelta, salpicando la pared de orina. Miró hacia abajo.

Un enano le amenazaba con el puño, gritando en ruso. El inspector Zhao no entendió lo que decía, pero el tono de voz resultaba inconfundible. Se disculpó. El hombrecillo bajó el puño pero continuó gruñendo, ahora mirando a la pared, y empezó a peerse con la virulencia de una boca de riego. El inspector Zhao terminó, se cerró la cremallera y se abrochó bien el cinturón. Salió de allí. Al cerrar la puerta a su espalda oyó todavía al enano, que no había terminado aún de despacharse.

Se lavó las manos en uno de los lavamanos dorados que había a la puerta de los lavabos. El joven ruso continuaba cantando, agitando los volantes de las mangas de la camisa. El inspector Zhao se imaginó que así debían ser los clubs nocturnos en Moscú: oscuridad, melancolía y una mezcla de cutrerío (en el escenario) y opulencia (en los lavabos).

Ahora había otro hombre, vestido con camisa de seda, sentado a su mesa. Estaba hablando con el comisario Chen. Cuando el inspector Zhao se acercó, su conversación a gritos de un lado a otro de la mesa, para sobreponerse a los ruidos y la música, se detuvo.

—Éste es el camarada Mao —dijo el comisario Chen.

—Hola, Inspector —dijo Mao como si fueran viejos amigos.

El inspector Zhao dijo *nihao* y le dio la mano a Mao.

Se sentó. Su botella vacía seguía sobre la mesa.

—¿Qué te parece el Barrio Ruso? —le preguntó Mao.

—Bueno... —el inspector Zhao buscó la palabra exacta—. Es diferente.

—Pues no es muy diferente de los clubs nocturnos que hay en Rusia. Excepto que aquí les ponen a las chicas un maquillaje que parecen chinas.

—¿Ha estado en Rusia?

—Sí, muchas veces. Buena gente, aunque beben demasiado.

El joven ruso terminó de cantar. No aplaudió nadie. Un grupo de ejecutivos de provincias, la mayor parte de mediana edad, empezó a acomodarse en la mesa de al lado. Hablaban con el acento de su tierra mientras tiraban

de una silla y empujaban otra. El inspector Zhao se fijó en un joven de ojos brillantes que había entre ellos.

Vino un camarero. Mao pidió vodka. El comisario Chen y el inspector Zhao pidieron cerveza.

–¿Conoces a un periodista que se llama Chen Bin, del *Diario de Pekín*? –preguntó Mao.

–No puedo decir que lo conozca –dijo el inspector Zhao, cogiendo aire rápidamente. Ése era el amigo de Mei, el Gordo.

–Es el que escribió lo de los rusos y lo de que supuestamente se estaba encubriendo por motivos políticos.

–El Camarada Mao es de la Segunda División de Estrategia General del Ejército –dijo el comisario Chen.

–¿De dónde crees tú que saca la información?

–Esos periodistas –murmuró el inspector Zhao–, tienen sus informadores, ¿no?

–¿Y lo de la muerte de las prostitutas?

–Todo el mundo sabe que fue un asesinato.

–Hasta las revistas de cotilleo traen una reseña.

–A los periodistas no se les escapa una.

–Y supongo que queréis que me crea que lo del vínculo entre las muertes de las prostitutas y el asesinato del detective privado Qiu Gang lo ha deducido Chen Bin solito.

Les trajeron sus bebidas. El comisario Chen se puso enseguida a beber. El inspector Zhao se sirvió la cerveza en el vaso, despacio, tratando de templar sus nervios.

Mao le dio un trago a su vodka, chasqueando ruidosamente la lengua.

–Alguien de vuestra comisaría ha estado filtrando información.

–¡Imposible! –gritó el comisario Chen.

Mao dejó su vaso sobre la mesa.

–Gracias a la alta jefatura hemos podido interceptar las actividades antirrevolucionarias del tal Chen Bin. Ya no volverá a escribir.

El comisario Chen se inclinó nerviosamente, como si quisiera recibir el perdón.

–Voy a encargarme de investigar esas filtraciones.

Las luces se apagaron. Empezó a sonar la música. Una mujer no demasiado joven apareció en escena bajo la luz de los focos. De un solo movimiento se encaramó a la barra vertical que había en el centro del escenario, con el bikini dorado centelleando sobre su piel de marfil. Una exclamación ahogada recorrió la sala.

La mujer extendió medio cuerpo sobre la barra y dobló el otro medio. Soltó los brazos y los movió como si estuviera volando. Los focos la seguían.

–El juicio no se puede retrasar –dijo Mao.

–Necesitamos tiempo para examinar las pruebas.

–Tonterías –Mao dejó su bebida–. Lo que necesitáis es preguntaros a vosotros mismos si estáis del lado del Partido –le echó una mirada al inspector Zhao.

El inspector Zhao se sintió como si hubiera vuelto a tener diez años y estuviera en el patio con una bufanda roja enrollada en el cuello. Sus profesores habían formado una fila, todos con el libro rojo de Mao en la mano. Oyó al director gritando esa misma pregunta: «¿Estáis del lado del Partido?». Ya entonces por primera vez había entendido que no se trataba de una pregunta, sino de una amenaza.

A partir de ahí, él se había puesto del lado del Partido, en la escuela, en la Academia de Policía, en los sucesos de Tian'anmen, aunque tenía la misma edad que los estudiantes que se manifestaban. Se había quedado del lado del secretario del Partido en la oficina del Comité del Partido de la Comisaría de Dashanzi, con su estufa de carbón echando humo y su lámina de hojalata repicando en el alféizar. Con el paso de los años, las palabras fueron perdiendo brillo. Él se hizo más viejo y llegó a saber lo letales que podían ser las consecuencias.

–Camarada Mao, no estaría bien que cometiéramos un error y que la gente nos acuse de ser injustos –dijo el inspector Zhao.

–Haremos lo que la jefatura ordene –dijo el comisario Chen, atravesando a Zhao con la mirada.

–A la alta jefatura le preocupa mucho este caso y quieren que os transmita esa inquietud. Es esencial que consigamos la condena y la pena de muerte. La gente quiere un ajuste de cuentas. Tenemos que hacerles ver que se hace justicia.

Luego Mao se volvió hacia el inspector Zhao.

–Tú, Inspector, tienes una hija. ¿Sabes a qué se dedica en el colegio y quiénes son sus amigos?

–¡¿Ren?! Es buena chica.

–Pues si yo estuviera en tu lugar, tendría cuidado. La ciudad es peligrosa.

La bailarina de la barra vertical se había puesto casi en horizontal. Sus blancos muslos se enroscaban, temblorosos, alrededor de la barra vertical. Al inspector Zhao le dio un vuelco el estómago. Extendió la mano para coger la botella de cerveza, con ganas de estampársela a Mao en la cabeza.

–Ni rusos ni prostitutas –declaró el comisario Chen–. No existen.

–La gente tampoco necesita conocer todos los detalles... con eso lo único que se consigue es confundirlos aún más –dijo Mao.

La bailarina se deslizó hasta el suelo, con la cara resplandeciente de sudor. El lápiz negro de ojos se le había corrido y más que china lo que parecía era una enferma. La sala prorrumpió en aplausos. Ella hizo una reverencia y recogió su capa.

–El Partido lo sabe todo; pero es generoso –dijo Mao, aplaudiendo.

La mujer salió corriendo del escenario. El público se levantó y se puso a andar de aquí para allá y a charlar, entre el tintineo de botellas y vasos.

El inspector Zhao sintió que le daban una patada en el tobillo por debajo de la mesa. El comisario Chen estaba sonriendo y mirándole. Comprendió que tenía que decir algo, hacer una declaración de lealtad. Pero no la hizo.

Dos empleados chinos sacaron un gran marco dorado y lo colgaron de unos cables suspendidos del techo. Luego empujaron una tarima redonda hasta dejarla justo debajo del marco.

–Lo mejor del espectáculo viene después de medianoche –dijo Mao, poniéndose de pie–. No vais a encontrar un club como éste en todo Pekín. Los rusos tienen permisos especiales.

El comisario Chen y el inspector Zhao se levantaron.

–Sabemos que el Partido no comete errores –dijo Mao.

–Por supuesto –dijo el comisario Chen, y le dio a Mao la mano.

Luego Mao le tendió a él la mano. El inspector Zhao le dio la suya y sintió la fuerza de su apretón. Bajó los ojos. De pie, Mao resultaba mucho más bajo.

–El Partido tiene razón –dijo por fin el inspector Zhao.

Mao ladeó la cabeza y sonrió.

–Pasadlo bien. Pero no os metáis con el enano. Tiene muy mal carácter.

Contemplaron cómo se alejaba Mao, hasta que al volver la esquina desapareció de su vista.

Se sentaron.

–«El Partido no puede tolerar...» «El Partido lo sabe todo...» Pero quién demonios se habrá creído él que es –rezongó el comisario Chen.

–¿Y tú a qué coño estás jugando? –el inspector Zhao estaba enfadado.

–¿De qué me hablas?

–¿Cómo se te ocurre hacerme venir a este tugurio para que ese gusano me amenace con hacerle algo a mi niña?

–Yo no sabía que iba a hacer eso.

–¿Y entonces se puede saber qué sabes?

–Pues nada. Oye, que yo estoy tan asustado como tú. Te puedes imaginar lo que me puede pasar a mí como meta la pata: seré el chivo expiatorio y se cebarán conmigo.

–¿No será que piensa que soy yo el que ha filtrado la información? ¿Tú lo crees?

–Yo no sé quién lo haría, pero espérate a que lo descubra. ¡Lo pienso descuartizar con mis propias manos!

Se quedaron un instante callados.

–Todo esto son puros pedos de perro<sup>10</sup>, pero qué le vamos a hacer –gruñó el comisario Chen.

–Vamos a beber.

Pidieron vino de arroz Viejo Blanco y bebieron hasta que les empezó a arder la cara.

–Somos las patatas del fondo del saco.

–Tú no; sólo yo –dijo el comisario Chen, y vació su vaso.

Una joven rusa se sentó en la mesa de al lado. Tenía los ojos grandes, los pómulos prominentes y la piel de un blanco transparente. Resultaba guapa cuando sonreía. No tenía pinta de saber chino. Llegó acariciando un pequeño teléfono móvil y al poco estaba hablando por él en ruso. Luego apagó el teléfono y esperó, sonriendo otra vez, pero sólo al joven de los ojos brillantes.

–Me largo de este agujero de mierda –el comisario Chen se levantó.

–Yo me quedo un poco más. ¿Estás bien?

–Soy demasiado viejo para esto.

«No es tan mal tipo, en realidad», pensó el inspector Zhao.

Sospechaba que la mujer rusa de la mesa de al lado estaba esperando a que llegara su chulo, que podría negociar con los chinos. Mientras tanto ella seguía sin tener ojos más que para aquel joven, que al ver cómo le miraba se ruborizó, sonrió tímidamente y puso cara de no enterarse de lo que estaba pasando.

Al inspector Zhao le habría gustado estar en el lugar de aquel joven.

«Disfrútalo», le dijo en silencio al afortunado chico, «antes de que se convierta en algo feo».

El juicio por el asesinato de Qiu Gang se dio ayer por concluido en los Tribunales del Pueblo de Pekín. Los dos acusados, Beihe Song, de la Casa del Espíritu Dorado, y su socio Li han sido condenados. Los jueces han dictado sentencia de muerte, añadiendo que debe cumplirse sin demora, para reforzar el castigo.

¿Qué diferencia había, reflexionó el señor Li, entre morir de una forma o de otra? La gente decía que algunas formas de morir son horribles. Si a él le hubieran dado a elegir, cosa que no habían hecho, no habría sido capaz de decidir cuál era la mejor opción. ¿Cómo podía él saber si era mejor morir de un tiro en la nuca o decapitado con una espada, como en los tiempos de los emperadores? Nunca se había muerto. No podía comparar.

Se frotó la cabeza afeitada y se acordó de una cosa que había leído hacía mucho tiempo... o al menos le pareció que hacía mucho tiempo. Todo lo que había ocurrido daba la impresión de pertenecer a un pasado lejano. Hasta su recuerdo del juicio parecía antiguo.

Había leído en algún sitio una entrevista con un pariente de un tipo al que habían ejecutado. A la familia le había molestado que les obligaran a pagar la bala. ¡Cuando le acababan de pegar un tiro en la nuca a un tipo! Seguro que dejaba a alguien detrás, una madre, una hermana, algún hijo. ¿Y la vergüenza que la muerte de aquel hombre había hecho caer sobre su familia y sus antepasados? Con tantas cosas de las que podrían haberse preocupado, y lo único que hacían era protestar por el precio de la bala: quince yuanes, con la subvención del estado. Qué pensarían comprarse con quince yuanes, ¿un desayuno para el muerto?, ¿o unos helados para unos pocos parientes? La gente, en cuanto la dejaban, protestaba por cualquier cosa.

Así de estúpido se había vuelto el mundo. En cierto modo, no le daba pena abandonarlo.

Su próximo mundo sería mejor si lograba reencarnarse en... ¿qué preferiría él ser, una pulga, una flor, una vaca o un tigre? Tampoco es que en eso le hubieran dado a elegir: no era así como hacían las cosas los Dioses del Cielo. Estaba todo predestinado: la forma de evolucionar de una vida a otra, dependiendo de nuestras obras, no sólo las obras de esta vida, sino también de las de todas las pasadas. Él no recordaba gran cosa de su vida, y le costaba saber lo que era verdad y lo que no. Pero había una cosa de la que estaba seguro: había conocido a un montón de gilipollas... demasiados para una sola vida.

Pero sólo por si acaso le dieran a elegir, en la puerta que separa esta vida de la siguiente, lo que le gustaría a él ser, más le valía tener pensada una respuesta. Pon que no le dieran más que un segundo para responder a los Dioses, o más probablemente a la voz de los Dioses, o puede que aquel fuera un trabajo demasiado poco importante para que lo hicieran los Dioses en persona; no sería más que la voz de alguien que trabajaba para los dioses, un joven oficial del tribunal de los Dioses, algún personaje de poca categoría que probablemente, igual que él, no tendría estudios, ni un diploma de la universidad. Más le valía tener la respuesta preparada.

Se empezó a poner nervioso. Le habría venido pero que muy bien un cigarrillo. Tenía ganas de gritar. En algún punto del cuerpo tenía una zona sensible. Eso le recordó lo que le pasaría si volvía a gritar. Se quedaría sin cigarrillo. Y eso era lo más triste de todo, una certeza tan fuerte como la de su propia muerte inminente. Dejó caer la cabeza. Ése era su problema. Seguro que encontraba una respuesta si tuviera un cigarrillo.

Se puso de pie y se acercó a la ventana. Alcanzaba a ver nubes en el cielo, espeso y gris. ¿Qué hora sería?

La puerta de la celda del señor Li se abrió. Los guardias gritaron:

—¡Ya es hora de irse!

¿Qué necesidad tenían de hablarle a grito pelado? Todavía no estaba muerto. Les oía perfectamente. Tampoco es que fuera un niño ni un imbécil. Pero entendió lo que le decían. Había llegado la hora de irse.

Las cadenas que llevaba en los pies hicieron un ruido metálico. Vio las caras de los presos en sus puertas. Algunos se reían. Otros miraban, ¿con miedo, con envidia?

Sacaron de su celda a Beihe, también con su camisola de preso, también afeitado, esposado y encadenado. Se miraron los dos. Beihe estaba pálido, y eso proporcionaba a sus bellos rasgos un refinamiento añadido. En su forma de andar se notaba el peso del pesimismo. Su robusta estructura le prestaba un aire de grandeza triste. El

señor Li soltó un gruñido. ¿Por qué tenía Beihe que estar guapo hasta en el camino a la muerte?

En el patio, la fuerte luz del día obligó al señor Li a guiñar los ojos. Se paró, aspirando el aire polvoriento, la polución y el olor de la ciudad. Los guardias le dieron un empujón y le gritaron que se metiera en el furgón que estaba esperando.

El señor Li tenía la convicción y la esperanza de que se iban a encontrar con dos furgones, uno para llevar a Beihe a la ejecución y otro para ponerle a él a salvo, con sus hermanos del ejército esperándole dentro. Pero en el patio no había más que un furgón aparcado. Tuvo un instante de vacilación, que le acarrió una inmediata y violenta respuesta de los guardias.

Se metieron con los guardias en el furgón. La puerta se cerró y arrancaron.

Tampoco había de qué preocuparse, se dijo a sí mismo el señor Li, todavía quedaba tiempo. Seguro que había un furgón esperándole en el lugar de la ejecución, con todo planeado al milímetro.

Levantó la cabeza. Por debajo de él el furgón traqueteaba. Oyó la sirena. Se imaginó a la gente volviéndose por la calle a mirar.

Beihe estaba acurrucado en su sitio, como una planta rota. Menudo espectáculo que estaba dando, se rió para sí mismo el señor Li, el muy inútil de él. Sentado en el furgón, entre dos guardias, sin que nadie le hiciera caso, Beihe gimoteaba.

–Cállate –le ordenaron los guardias.

Beihe continuó lloriqueando, con los hombros temblorosos. Un guardia le soltó un puñetazo. Pero él no era capaz de parar, y siguió llorando.

El señor Li apartó los ojos, asqueado.

Pasó mucho tiempo antes de que el furgón se detuviera. Habían llegado al lugar de la ejecución, un terreno desolado y polvoriento a las afueras de la ciudad.

Se había congregado una multitud. Algunos eran grupos de ciudadanos o de escolares en visita programada para aprender sobre el sistema legal. Otros habían venido para ser testigos del poder de la justicia del pueblo.

El señor Li barrió el lugar con la mirada. Allí no había furgón ni plan de rescate. No había hermanos del ejército viniendo en su ayuda. Sintió que las piernas le fallaban. Los guardias lo llevaron a rastras hasta donde los esperaba el pelotón de fusilamiento. Una ola de excitación recorrió a la multitud.

No se movía nada, ni el polvo, ni el viento, ni los pájaros, ni las cigarras. El cielo estaba inmenso y turbio.

Hicieron arrodillarse a Beihe y al señor Li delante de sus verdugos. Se leyeron en voz alta sus sentencias. El señor Li levantó la vista. «¿Y quiénes son éstos, toda esa gente que ha venido a verme morir?»

Vio a Jin, guapa y serena, de rojo contra el fondo gris. Había venido con aquel abogado a ver morir a su marido y a recoger el cuerpo, como buena esposa.

Recordó el cálido tacto de la mano de su joven madre cuando era niño. Oyó su voz que le llamaba. Todo lo que alguna vez había amado le volvió como en una inundación. Eran muchas las cosas que había olvidado. Y ahora que sus recuerdos habían vuelto, no quería volver a separarse de ellos. Pero ya era demasiado tarde.

Le lanzó a Jin una sonrisa como diciéndole: «Míranos a Beihe y a mí, somos hermanos. Nos vamos juntos».

*Cuando el último rescoldo de sol cae, en pedazos  
 Hierba silvestre pintada de sangre  
 Puente rojo Hojas de otoño  
 Prolongándose eternamente  
 Corazón roto*

«Qué apropiado», pensó Mei, «que justo me llegue este poema, como surgido de los vapores de la memoria, en un día como hoy».

Había pasado muchos de sus años de juventud memorizando poemas centenarios, que era la forma en que los estudiantes habían aprendido durante siglos. Su corazón de adolescente había sentido que ella en realidad era tan vieja como aquellos poemas, y se imaginaba que su alma había vivido una vida anterior como joven cortesana de la corte de la dinastía Tang. Se sentía sola en este mundo, en esta vida.

Su sentimiento de soledad fue desapareciendo con el tiempo y llegó a creer que la poesía no había dejado en su vida ninguna impresión duradera. Pero lo equivocada que estaba lo comprendió sólo en ese momento, mientras escuchaba el enloquecido soniquete de las cigarras al calor de la tarde. Somos los que somos, aunque algunas partes permanezcan invisibles. Estamos hechos de nuestro pasado tanto como de nuestro presente, y todo ello está predestinado.

Le sonó el móvil. Lo cogió.

–Steve. ¿Cómo estás? Lo siento, no he tenido tiempo de hablar con mi hermana, pero te prometo...

–No te preocupes por eso, de momento. Te llamo por otro motivo –Steve parecía excitado.

–¿Por cuál?

–¿Te acuerdas de que me dijiste que te llamara sin falta si volvía a ver al tipo que estaba con Anna y Leila?

–Sí.

–Lo tengo delante ahora mismo. Estoy seguro de que es él.

–¿Dónde estás?

–En mi casa, sentado en el sofá, tomándome un café. Me acabo de levantar.

–¿Y el tipo está en el salón de tu casa?

–No. Lo estoy viendo en el periódico.

–¿Qué?

–En las *Noticias de la Mañana de Pekín*. En el artículo sobre el juicio por el asesinato del detective privado ese. A los condenados los han ejecutado. Hay una foto del juicio. Uno de los que salen es el tipo que estuvo en nuestro club. Estoy bastante seguro.

–No te muevas de donde estás. Bajo a comprar el periódico y te vuelvo a llamar.

–Vale.

Mei bajó a toda prisa las escaleras. A la salida del portón del *xiaoqu* había un quiosco de periódicos. El quiosquero estaba dormitando, sentado en un taburete, con la cabeza apoyada en la pared. Mei lo despertó y le compró un ejemplar de las *Noticias de la Mañana de Pekín*. El hombre metió el dinero en una caja de hojalata y se volvió a su siesta.

Mei corrió a su casa, agarrando con fuerza el periódico. En cuanto entró por la puerta llamó a Steve.

El teléfono sonó y sonó sin que nadie lo cogiera.

–¿Dónde estás, Steve? Cógelo. Soy Mei. Tengo el periódico delante. ¿Cuál de ellos es? –le gritó Mei al contestador automático de Steve en cuanto saltó–. Llámame.

Mei miró la fotografía del periódico y las caras que se veían en ella. Se paseó por su apartamento. Abrió la ventana y aspiró el aire de la mañana. Sintió que la energía le bullía por dentro.

El teléfono no sonaba.

Estudió la fotografía. En primer plano estaban el señor Li y Beihe, esposados. Con las cabezas bajas. Detrás de ellos se veía a los alguaciles. Al fondo, en los asientos, Mei logró distinguir dos filas de personas: el fiscal con su secretario, Wudan y su secretaria, el comisario Chen, el inspector Zhao, el Subsecretario Liang, unos cuantos a los que ella no conocía, Jin, la Anciana Señora Song, Ben Ben.

Intentó recordar la descripción que había hecho Steve: un hombre de estatura media, más o menos atractivo, acicalado, pero que no era su tipo.

Mei se abalanzó sobre el teléfono. Tiró tan fuerte del auricular que estuvo a punto de arrancar el teléfono de la pared. Le dio al botón de «rellamada».

—¡Cógelo, Steve! —gritó.

El tono del teléfono seguía sonando, y el tono cada vez parecía más largo y más fuerte. El miedo le atenazó el corazón. Se sentía como si alguien la empujara hacia abajo. Le estaba empezando a costar respirar.

Otra vez el contestador automático.

—«Hola. Soy Steve. Ahora no estoy en casa. Por favor, deja un mensaje...»

Un grito silencioso se escapó de la boca de Mei.

Mei salió del taxi y miró a su alrededor. Los edificios eran de ladrillo, de menos de diez pisos, con números pintados en un lado. Había ropa tendida en las cuerdas, bajo las ventanas, y latas de cerveza vacías, cajas de comida preparada y papeles tirados por el suelo.

Apretó el paso. Cuando se detuvo a la entrada del edificio de Steve y miró hacia arriba, el sol la deslumbró por un instante. En el interior, la escalera estaba a oscuras y olía a vino de arroz. Subió corriendo hasta la última planta y se paró, jadeando, ante el número diecisiete. Alrededor de la basura acumulada en el rellano zumbaban las moscas. Dobló el brazo y le dio a la puerta un golpe con el hombro. La puerta se abrió. El apartamento estaba en silencio.

–¿Steve? –llamó Mei, no muy alto. Su voz retumbó en el silencio que salió a recibirla.

El salón era pequeño y entraba de lleno el sol. Sobre un mueble había un televisor, con un sofá y dos sillas delante. Wudan estaba allí, sentado en el sofá.

–¿Qué le has hecho a Steve? –Mei apretó su bolso. Notó dentro el largo tubo de su spray antivioladores.

Wudan la miró con gesto inexpresivo, como si no la reconociera.

La puerta del dormitorio se abrió. Mei vio un cuerpo tirado en el suelo junto a la cama. Se acercó. Bajo la cabeza de Steve había un charco de sangre.

Oyó ruidos a su espalda. Antes de que pudiera volverse, Wudan la agarró, aplastándole los brazos con el suyo. Dejó caer el bolso. La estaba levantando del suelo.

–¡No te vas a escapar! –gritó Mei.

–¡Lárgate! –dijo Wudan. Tenía en los ojos un brillo febril.

–Me temo que eso no es posible –dijo una voz de mujer con un suave acento del sur.

Pararon de forcejear.

Wudan soltó a Mei. Se dieron la vuelta. Ante ellos estaba Jin, con un revólver en la mano.

–¿De dónde has sacado el arma?

–Se la compré al viejo comisario de la policía, ¿te acuerdas de él?

–Baja eso, Jin. No sabes usarlo.

–Pues resulta que sí. Fui la campeona de tiro de mi instituto. Nuestro instructor de Aprendizaje Militar pensaba que yo podía llegar a ser una buena tiradora.

–¡Es un asesino! ¡Ha matado a Steve! –bramó Mei.

Jin no se movió.

–También mató a las dos prostitutas, y a Qiu Gang.

–No me lo creo.

–Qiu Gang no murió en el almacén. Los matones pensaron que lo habían matado y tiraron su cuerpo en Pingfang. Pero seguía vivo. Más tarde, alguien fue y lo mató. Los últimos resultados del examen forense decían que Qiu Gang no murió hasta por lo menos las dos de la mañana –dijo Mei.

–¿Y cómo sabes que fue Wudan?

–El arma homicida. A Qiu Gang lo mataron de dos golpes en la cabeza, y había residuos de hierba en la herida. Fue un palo de golf, uno de los palos de golf que lleva Wudan en el maletero del coche.

–Pero en el lugar del crimen encontraron la cartera de Beihe.

–La puso allí Wudan para tenderle una trampa. Era para eso para lo que había ido a Pingfang. Wudan estaba con Beihe y con las dos prostitutas cuando llamó el señor Li. Le cogió él el teléfono. Fue a Pingfang, donde esperaba encontrar a Qiu Gang muerto, y para su sorpresa se encontró con que todavía estaba vivo. Lo remató con uno de sus palos de golf y dejó la cartera de Beihe junto al cadáver.

–Pero qué motivo iba a tener él para matar a Qiu Gang o para tenderle una trampa a Beihe.

–Pues resulta que sí los tenía. La hermana de Beihe le había roto el corazón. Él nunca llegó a perdonarla. La muerte de Qiu Gang era la ocasión que había estado esperando para vengarse. Con Beihe en la cárcel o, mejor aún, muerto, Wudan podría tener más control sobre la familia Song y su fortuna. Motivos desde luego tenía: la

ambición y la venganza.

Mei se volvió hacia Wudan. Él no la miró.

–Pero yo estaba equivocada –añadió Mei, posando la mirada en la pistola que Jin tenía en la mano–. Ha sido usted. Usted lo planeó todo. Usted contrató a Qiu Gang para tenderle una trampa a Beihe. Usted y Wudan juntos.

–Siempre había querido ver cómo le funciona el cerebro a una licenciada de la Universidad de Pekín –dijo Jin–. No está mal.

Luego hizo un gesto con la pistola.

–Vete hacia atrás despacio y siéntate en el sofá.

Ella se acercó una silla y se sentó.

–La idea se me ocurrió cuando Wudan me contó que había conocido a una detective: a ti, Mei. Escogí a Qiu Gang porque no tenía experiencia y era joven y torpe, cosa que yo sabía que le iba a traer problemas en Pekín. Yo conocía al señor Li. Era un matón y un animal. Y una cosa que hacen los animales es que cuando sienten pánico, matan. Decidí que Wudan te contratara para que hicieras un poco más de presión sobre el señor Li y le ayudaras a sentir pánico. También podías ser una buena tapadera para Wudan cuando encontraran el cadáver de Qiu Gang.

–¿Pero usted quería que Li matara a Qiu Gang?

–Esas cosas no puede uno planearlas. No podíamos depender enteramente de lo que hiciera una persona como el señor Li. Teníamos un plan alternativo. Si el señor Li no mataba a Qiu Gang, el propio Wudan se aseguraría de que la cosa quedaba hecha y de que Beihe cargara con la culpa. Beihe había cometido la estupidez de darle más de la mitad de la Casa del Espíritu Dorado al señor Li... una fortuna que debía haber sido para mí... He trabajado desde que me casé, como una esclava, para hacer de la empresa un éxito. Qiu Gang era mi oportunidad.

–Era una forma de matar dos pájaros de un tiro: así podía deshacerse de su marido y quedarse con la fortuna de la familia –dijo Mei.

–Y ha dado resultado. En cuanto se muera la Anciana Señora Song, cosa que va a ocurrir muy pronto, yo me convertiré automáticamente en la propietaria de la Casa del Espíritu Dorado. Desde un punto de vista estricto, la empresa va a ser de mi hijo. Pero sólo tiene trece años, y está todavía bajo mi custodia. Tenías razón al decir que no es necesario ir a la universidad para ser inteligente. Todo ha salido exactamente como yo quería.

–No, qué va, no todo. De hecho, la cosa empezó a torcerse casi desde el principio. Usted no había contado con Anna y Leila. Ellas sabían lo que había ocurrido y querían estropearle el plan.

–Esas zorras estúpidas. Se creían que nos iban a hacer chantaje.

–Usted fingió estar de acuerdo con lo que le pedían, las hizo ir a aquel edificio en construcción y las mató.

–Fue Wudan. Hizo un trabajo estupendo. Qué convincente resulta, ¿eh? Mira la cara de persona sincera y digna de confianza que tiene, y lo guapo que es. Todo lo que hace te crees que lo está haciendo de corazón. Debería ser actor. Su despacho trabaja para la empresa que está construyendo el edificio, por eso eligió aquel lugar.

–No debimos haberlas matado –intervino por primera vez Wudan–. Si las hubiéramos dejado marchar no nos habrían pillado nunca.

–¿Y darles el dinero que pedían? Para ti es muy fácil decirlo, cariño. Tú no te has pasado catorce años sufriendo para ganarlo. ¿Y dejar que esas zorras nos decidieran la vida, que rieran ellas las últimas? Eso jamás.

–Wudan tiene razón. Fue una equivocación matar por segunda vez. Hubo errores. Steve vio a Wudan con Anna y con Leila en el Susie Wong. Y luego lo reconoció en la foto de las *Noticias de la Mañana de Pekín*.

–Por eso Steve tenía que morir –dijo Jin. Se apoyó la pistola en el regazo–. Fuiste tú quien le contó a Wudan lo de Steve. Así que, ya ves, tú eres la responsable. Yo ya le había dicho antes a Wudan que se deshiciera de Steve, pero él es demasiado blando. Decía que a Beihe ya lo habían condenado y que nosotros ya teníamos lo que queríamos. Que Steve no nos iba a traer problemas. Pero yo no confiaba en él. Me fui al Susie Wong y me hice amiga de Steve. ¿Tú sabías que era un romántico, y virgen? Esta mañana, en cuanto vi el periódico, me di cuenta de lo que iba a pasar. Vinimos para acá directamente. Steve al verme se emocionó y creyó que tenía el cielo abierto –Jin se echó a reír–. Y en cierto modo era verdad.

–Para, Jin –dijo Wudan.

–Entró Wudan y le rompió el cráneo con un martillo.

–¡Para ya! –gritó Wudan.

–Te oímos dejándole a Steve mensajes en el contestador. Yo sabía que ibas a adivinar de quién hablaba Steve. Pero con todo lo lista que eres, Mei, tienes un punto débil: resultas demasiado predecible. Estaba segura de que

ibas a querer salvar a tu amigo. Íbamos a hacer que pareciera un atraco que se había torcido: dos amantes en una sola cama, una mañana trágica...

Jin se puso de pie.

–¿Por qué no has hecho lo que habíamos dicho? Mírame, Wudan. ¿Por qué no la has matado?

–Ya basta. He hecho de todo por ti, todo lo que me has pedido. Ya tengo las manos bastante manchadas de sangre.

–Un poco más tampoco se va a notar.

–No quiero.

–¿Y eso a qué viene? ¿Es que sientes algo por ella? ¿No la puedes matar ni aunque sea por mí?

Mei se puso de pie.

–Puede que no le cueste mucho encontrar hombres, pero no es capaz de conservarlos. Al final se acaban dando cuenta de lo mala que es usted y no pueden quererla. Por eso tiene miedo.

–¡Siéntate! Yo no necesito amor. Tengo dinero. El amor lo puedo comprar si quiero, igual que a los hombres.

Jin apuntó el arma hacia Wudan.

–A ti te he querido. Lo he hecho todo por ti, por nosotros. Yo habría continuado matando si fuera necesario. Pero tú no. Tú tienes tu conciencia. Tu amor tiene sus límites. No eres capaz de llegar conmigo hasta el final. No debería haber confiado en ti, ni en ningún hombre. Me decepcionas, Wudan. Esto es una traición. Ahora vas a morir. Y cuando te haya matado a ti, voy a matar a tu amiguita en el dormitorio. Luego te pondré la pistola en la mano. La policía pensará que es un triángulo amoroso: celos, asesinato y suicidio. Lo bonito, Wudan, es que este revólver lo compraste tú. Tengo el recibo. Lo encontrará la policía, entre otros objetos comprometedores, en tu apartamento.

–No le va a salir bien. La gente oirá los disparos. No podrá escapar –dijo Mei.

Jin vaciló. En esa fracción de segundo, Mei dio un salto y se abalanzó sobre el revólver. Wudan se lanzó también. Se estamparon los tres contra el televisor, que se cayó y se rompió en pedazos.

Unos golpes fuertes en la puerta retumbaron en la habitación.

–¿Estás ahí, Mei? –llamó la voz del inspector Zhao.

–¡Sí! –gritó Mei, sujetándole a Jin el brazo.

Jin forcejeó y disparó.

La fuerza del disparo la hizo retroceder. Cayó una parte del techo. Una lluvia de cascotes se les vino encima, Jin bajo el peso de Mei y Wudan. El revólver cayó al suelo con un ruido metálico.

La puerta se abrió de un golpe. Entraron a la carrera el inspector Zhao y sus hombres, deseosos de acción. Muy pronto Jin y Wudan estaban sujetos en el suelo, con los brazos retorcidos a la espalda.

–¿Estás bien?

El inspector Zhao ayudó a Mei a levantarse.

–¿Por qué has tardado tanto? –preguntó Mei, sacudiéndose los escombros de la ropa.

–Hasta hace diez minutos no me han dado tu mensaje.

–¡De verdad que necesitas un teléfono móvil!

Los policías les pusieron a Wudan y a Jin las esposas.

Mei recogió el revólver de Jin agarrándolo por la punta del cañón y se lo pasó al inspector Zhao.

–Parece que a nuestra campeona le falta práctica –dijo.

–¿Qué?

–Pregúntale a Wudan. Él te lo contará todo.

Mei y Lu cenaron en la terraza del Restaurante del Tribunal, con el sol, de un naranja vivo, reflejándose en el foso de la Ciudad Prohibida. En la ribera, al pie de los sauces llorones, se veía a un grupo de viejos y niños pescando.

–Todo se va a arreglar –dijo Lu, con un vaso de vino entre los dedos–. No sé cuándo te dejarán volver a abrir, pero por lo que me han dicho va a ser pronto. Gracias por avisarnos de lo del señor Fu y el Ministerio de Telefonía y Comunicaciones. Esta vez Lining se había hecho enemigos poderosos.

–¿Qué le va a pasar al señor Fu?

–Le están investigando por uso indebido de un cargo oficial.

–Bien.

–Pero me temo que ahí no acaba la cosa –dijo Lu.

–¿Por qué no?

–El señor Fu es el cabeza de turco. La gente que estaba detrás de él sigue ahí. Hay gente en las alturas a la que no le gusta que en los últimos tiempos algunos nos hayamos enriquecido. Piensan que el dinero tiene que ser para ellos. Lining trabaja muchísimo para poder tener lo que tiene, pero por lo visto eso no cuenta.

–Las cosas irán mejorando con el tiempo. La gente se está enriqueciendo. Eso es una realidad de la vida.

–No sé yo. Un amigo de Lining que tiene una empresa de muebles ha desaparecido. Nadie sabe dónde está. Su empresa ha quedado en manos de la Administración.

Mei no sabía qué decir para reconfortar a su hermana.

Lu sonrió con esfuerzo.

–Me alegro de que hayamos podido venir aquí a comer. La carta de vinos es impresionante, ¿a que sí? ¡Y la luz! –miró hacia el agua.

Cuando eran niñas, aquél era el momento del día que más les gustaba. Para Mei era la hora de los libros y de los viajes imaginarios. Lu acompañaba a su madre a dar largos paseos después de la cena. A veces Mei dejaba el libro en una silla y se acercaba a la ventana a mirar sus siluetas gemelas andando de la mano por los caminos del recinto de viviendas. Se preguntaba de qué estarían hablando.

–¿Cómo está mamá?

–Muy bien. Hablé ayer con ella por teléfono.

–¿Sigue con el mismo novio?

–Creo que estaba allí con ella.

–Mientras ella sea feliz –dijo Mei, tratando de convencerse a sí misma.

–¿A ti qué te pareció él?

–No es que sea especialmente atractivo.

–¿Tú crees que mamá se siente sola?

Mei dejó pasar la pregunta.

Llegaron los primeros platos, vieiras con salsa de menta.

–¿Sabes que es el primer vaso de vino que bebo en casi un año? –dijo Lu, dorando la vieira con el tenedor–. Y también he dejado el café.

–¿Para ver si te quedas embarazada?

–Sí, para tener un niño... concretamente uno regordete, con los mofletes redondos y unas manitas pequeñas muy suaves. Que tenga los ojos de su padre y mis labios. Es una locura, ¿verdad? Estoy convencida de que va a ser niño. Me lo imagino ya gateando, y también de mayor. Es como si ya lo hubiera concebido y lo hubiera criado unas cuantas veces.

–Todo llegará.

–Eso es lo que me digo a mí misma. Y lo que dice Lining. Pero yo no sé si crérmelo. Igual hay algo que no me funciona bien. La gente dice que los hijos son un regalo del Cielo. Es posible que yo no vaya a recibir nunca ese regalo.

El camarero se llevó sus platos. En el sitio de Mei puso una pala de pescado y para la carne roja que había pedido Lu, un cuchillo.

–Hoy me siento salvaje –dijo Lu–. Le viene bien a mi espíritu, de vez en cuando.

Mei contempló a su hermana, que vaciaba el vaso como si pudiera lavar con vino su decepción. Le habría gustado consolarla, ahuyentar la sombra que planeaba sobre su hermoso rostro.

Mei se acordó de cuando eran niñas, cuando cuatro años de diferencia suponían media vida. Ella solía cruzar un campo de lotos, un camino de tierra y un campo de maíz, pasando ante los guardias de la unidad de trabajo asociada, para ir a recoger a Lu de su estancia semanal en la guardería. Su madre estaba demasiado ocupada trabajando. Una vez, Mei se había pasado una semana entera tallando una espada enana de un trozo de madera que había encontrado cerca del colegio. Cuando la tuvo terminada, la forró con un trozo de papel de plata.

En la entrada de la guardería le dio la espada a Lu. Se despidieron de los profesores diciéndoles adiós con la mano. Lu estaba tan emocionada que no paraba de gritar, agarrando con su mano minúscula la resplandeciente espada plateada. Volvieron andando hacia su casa, Lu dándole una de las manos a su hermana y con la otra empuñando la espada, cantando canciones revolucionarias. Atravesaron el campo de maíz y el camino de tierra y fueron bordeando el campo de lotos, en el que las flores rosas se elevaban sobre las hojas exuberantes, y las cigarras cantaban, y las libélulas trazaban con las alas largas y graciosas líneas antes de aterrizar, completamente inmóviles, en la hierba crecida.

Mei pensó que ojalá todavía tuviera ese poder, el de sembrar felicidad y hacerla florecer en aquella cara tan bonita. Pero no sabía qué podía darle ahora a su hermana.

El vino le había dejado en la lengua su dulzor helado. La luz se fue mitigando sobre el agua, las siluetas de los pescadores de la otra orilla se hicieron más borrosas. Las farolas de la calle se encendieron.

El camarero les trajo el segundo plato.

–Tenga cuidado, el plato está caliente –le dijo a cada una al ponerle el suyo, y cogiéndolo con una servilleta blanca hacía girar el plato para presentar la comida en el ángulo más favorable para el cuchillo.

–Ayer fui a ver a Wudan –dijo Mei–. Quería saber cómo pudo hacer lo que hizo, utilizándome a mí de esa manera.

–¿Qué tal está?

–Como te puedes imaginar, no muy bien. Ha estado cooperando con el fiscal. Pero un asesinato es un asesinato. Está esperando el juicio.

–Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué se desnudaron las prostitutas? –preguntó Lu.

–Jin quería que murieran como perras. Que le suplicaran, desnudas y de rodillas, que las dejara vivir, y burlarse de su desnudez y escupir sobre ellas incluso cuando ya estaban muertas. Ella cree en todo ese rollo de la otra vida y la condenación eterna.

–Menuda chaladura.

–Fue entonces cuando Wudan se empezó a dar cuenta de que Jin estaba tocada, de que era mala. Parece que en el momento de matarlas tirándolas al vacío, ella se reía.

–Wudan estaba entre la espada y la pared. Una vez cometido el primer asesinato, ya no podía detenerse –dijo Lu.

–Estaba enamorado de Jin –dijo Mei, cortando el pescado con una energía un punto excesiva.

–Pero al final ya no.

–Me cuesta creer que yo les ayudé.

–Tampoco te echas la culpa. Tú lo único que hiciste fue confiar en Wudan.

¿Por qué había confiado en él? Ella sabía que el mundo está lleno de traiciones. Se había pasado años esperando a un padre que no volvió nunca y preocupándose por una madre que había traicionado a su marido. Había estado enamorada de un hombre que mantuvo rotos la promesa que le había hecho y su corazón durante diez años.

Puede que fuera por eso por lo que le apetecía confiar en alguien, pensó Mei, para demostrar que aquellas realidades no eran verdaderas. Puede que en lo más hondo de su corazón ella prefiriera creer que la gente es buena. Si pudiera dar eso por cierto, quizá podría mirar al pasado y rescatar de él algo más que meros recuerdos.

–Creí que había encontrado a una persona especial. Teníamos mucho en común, me sentía identificada con todas las cosas que decía. Pero resulta que sólo las decía porque sabía que era lo que yo quería escuchar.

–Pero Wudan sentía algo por ti.

–Eso es lo que le he dicho cuando he ido a verle. Le he preguntado si me estuvo diciendo todo aquello, ya sabes, del amor, sólo por tenderme una trampa. Me ha dicho que no mintió. ¿Y sabes lo peor? Que cuando me ha mirado, con esa cabeza afeitada y vestido de preso, y me ha dicho que todo aquello lo había dicho de verdad, yo le he creído.

–A todos nos gustaría creer que existe algo muy grande, como el amor absoluto. Queremos vivirlo, o al menos soñar con él. Oye, eso es lo que nos contaban de niñas, lo de los cuentos de hadas, y todos felices para siempre. En cierto modo, Wudan y Jin personifican esa creencia en que el amor puede vencer al miedo y a la razón y remodelar el mundo. Pero eso no es más que una ilusión. Quítales todas esas palabras bonitas de amor hasta la muerte y verás que lo han hecho todo por dinero. Por dinero se han compinchado y han matado. Tú piénsalo: si se hubieran querido de verdad, podrían haber vivido sin dinero.

–Todo este asunto se parece demasiado a uno de tus programas.

–Pues sí. Pero no te preocupes, que no lo pienso usar para el programa. Es un buen espectáculo cuando se trata de las vidas de otras personas, no de la de alguien que te importa.

Mei sonrió a su hermana. Le habría gustado darle las gracias pero no le salió la palabra.

–¿Y qué vas a hacer con lo de Yáping? –preguntó Lu.

–Le he dicho que voy a ir a recogerle al aeropuerto, y eso es lo que pienso hacer.

–No me refería a eso.

–¿Te refieres a qué voy a hacer con mi vida? Pues, para serte sincera, no lo sé. No estoy segura.

A la puerta de la floristería, el inspector Zhao vaciló. El aire de por la mañana estaba fresco, como un vestigio de la noche que acababa de terminar. Barajó mentalmente los ramos que había en el escaparate, y la variedad de flores cuyos nombres no sabía. Eran criaturas de invernadero, distintas de las flores silvestres que él conocía de los campos de su infancia. Le habían contado que las semillas de algunas de aquellas plantas procedían de otros países. Por lo visto se trataba de flores caras y consentidas. Algunas incluso parecían tropicales. Se imaginó que no podrían sobrevivir más que en un invernadero, o en algún sofisticado y resplandeciente jarrón. Luego vio las rosas. Podía llevarle a Dong un montón de rosas, rosas rojas.

Pero ¿qué iba a pensar ella? Se dice que las rosas rojas son símbolo del amor. La última vez que le llevó flores a Dong él todavía no se había enterado de que las flores significan cosas. Más tarde, cuando se enteró, se quedó horrorizado. Luego se dio cuenta de que lo más probable era que ella ni siquiera hubiera visto sus flores. Estaba en coma, y seguro que la enfermera ni siquiera se había molestado en ponerle el ramo en su cuarto: ¿para qué desperdiciarlas con una persona que lo único que hace es dormir?

Repasó otra vez las flores con la mirada. Sus ojos y su mente volvieron a las rosas rojas. Se imaginó lo bonitas que iban a estar cuando se abrieran los capullos. Se imaginó la cara que pondría Dong al inclinarse sobre ellas, tocando con la delicada punta de la nariz los pétalos. Les echó a las rosas una última mirada y luego se marchó. Para Dong no era capaz de imaginar ninguna otra flor que no fueran las rosas rojas; y como ésas no podía regalárselas, prefería no llevarle flores.

Miró su reloj. No le quedaba mucho tiempo. A Dong le iban a dar el alta y se iba a ir enseguida del hospital. Apresuró el paso.

Entró en una tienda de té. El té era un regalo más seguro, pensó, aparte de que le iba a durar algo más que un par de días. Se acordó de que ella para el té tenía un gusto sofisticado, del mismo modo que era impecable en muchas otras cosas. ¿Cuál le gustaría? ¿Aguja de Plata? ¿Primavera de la Concha de Jade? Ésos parecía que le pegaban: tés con nombres delicados.

—¿Le puedo ayudar en algo? —le preguntó la joven dependienta. Llevaba una blusa de seda fruncida en la cintura, con el alto cuello chino envolviendo su largo cuello.

—Quería Primavera de la Concha de Jade —decidió sobre la marcha el inspector Zhao. Le gustaba ese nombre.

—Sí, tenemos Biluochun<sup>11</sup> —le condujo hacia las latas donde se guardaba el té—. ¿Qué cosecha estaba buscando?

—¿Cosecha?

—Sí. La primera cosecha es lógicamente más cara que la segunda, y la segunda es más cara que la tercera.

—¿Qué diferencia hay?

—La primera cosecha se recoge al comienzo de la primavera, cuando la tierra se acaba de calentar. Son las hojas más tiernas. Son caras porque se recogen muy pocas cada año.

—¿A cuánto sale la primera cosecha?

—A 300 yuanes el gramo.

Al inspector Zhao le dio un escalofrío, que se reflejó en el gesto de la mujer.

—La segunda cosecha es mucho más barata. Y luego está la tercera cosecha. De hecho, yo diría que en todo caso ya es tarde para la primera cosecha, se ha pasado la época. Biluochun es un té excelente, al margen de la cosecha.

«Es buena vendedora», pensó el inspector Zhao. Compró té de la tercera cosecha y le pidió que lo empaketara en la famosa caja verde con dos lazos.

—A ella le va a encantar —dijo la mujer. Tenía los dientes de un blanco resplandeciente.

¿Cómo sabía ella que el té se lo iba a regalar a una mujer?

El inspector Zhao sonrió, pensando en Dong. Él esperaba que le gustara.

Pensó en todas las cosas que le habría gustado decirle y en las conversaciones que había mantenido con ella

en aquellas largas noches solitarias, sentado a solas con su botella.

Cuando ella se echara agua caliente en la taza y las hojas se ablandaran y se abrieran, recuperando la forma que tenían originalmente en las montañas, ella podría aspirar el aroma, el recuerdo de las noches frías, de la tierra, de los siglos de cultivo y de recogida del té con delicados dedos de mujer, pero no llegaría a saber con qué cariño se había quedado contemplando cómo colocaba la dependienta aquellos lazos.

–Muchas gracias –le dijo la dependienta tendiéndole la bolsa con las dos manos como si se tratara de una ofrenda.

El inspector Zhao cogió la bolsa y le dio las gracias. Salió de la tienda de té. La bolsa le pesaba tan poco en la mano que daba la impresión de que dentro no había nada.

Mei se quedó detrás de la barrera en la zona de llegadas internacionales, con un ramo de flores en la mano: rosas y claveles. Le había parecido que hacían un bonito contraste con su vestido blanco. Tenía la esperanza de que con ellas en la mano Yáping la vería más fácilmente cuando la buscara. Observó la pantalla. Junto al vuelo de American Airlines procedente de Chicago parpadeaba una luz: el avión había aterrizado y estaban saliendo las maletas.

Las puertas automáticas vomitaban gente, con carritos de equipaje cargados de bolsas. Había gritos de alegría, manos levantadas saludando, caras que se encendían en grandes sonrisas. Los turistas parecían nerviosos y perdidos. Los ejecutivos salían a paso rápido, como si se encaminaran hacia la batalla. Mei buscó a Yáping entre las oleadas de gente que se precipitaba hacia fuera, aunque en realidad no se acordaba de su cara. Lo había intentado una y otra vez, pero seguía teniendo ese vacío, como si de aquel hombre no existiera más que el nombre, como si fuera sólo un concepto.

A pesar de todo, cuando por fin Yáping apareció, lo reconoció. Se miraron el uno al otro. Ella se sintió aliviada.

–¿Dónde está tu equipaje?

¿Le habrían perdido las maletas? ¿O sería que al final no se iba a trasladar a vivir allí?

Yáping se dobló por encima de la barrera para besarla.

–Lo he mandado por delante –dijo, dando la vuelta para acercarse–. Quería verte lo antes posible.

La abrazó.

Mei le dio las flores.

–Bienvenido otra vez.

–¡Estoy en casa! –exclamó él, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

–Debes de estar cansado.

–No he podido dormir nada en el avión, pero no estoy cansado. Me siento estupendamente. Podría correr quince kilómetros ahora mismo.

Mei tampoco había podido dormir la noche anterior. Puede que fuera el vino que había bebido con Lu, o la buena cena. Más le habría valido no tomar postre. Además, la tarta de queso ni siquiera le gustaba. Pero Lu quería quedarse un rato más. Ella decía que el vino y las calorías eran buenos para el espíritu. Cuando la noche se puso oscura y los mosquitos vinieron a zumbar alrededor de ellas, se cambiaron a una mesa en la parte de dentro del restaurante. Hubo gente que reconoció a Lu, y la invitaron a sentarse con ellos. Siguieron bebiendo vino. Aunque había insistido en que tenía que acostarse pronto, Mei se había quedado. Continuaron de fiesta como si aquélla fuera la última noche y nunca se fuera a hacer de día.

Y cuando, de hecho, se hizo de día, Mei estaba en su cama y le dolía todo el cuerpo. Su cerebro estaba agotado de todo lo que había pensado la noche anterior. ¿Qué había sido? No habría sido capaz de decirlo. Pero ¿para qué servían las ruinas de la memoria si no era para remover al azar las mentes empapadas en alcohol? En ella había pesadumbres, cargas inenunciables, dolores sin cura. Cuando abrió los ojos recordó que había gritado. ¿Era aquello la vida?, pensó, mirando a la luz del sol que irrumpía dentro. ¿O «la vida» era el nombre que usaba la gente para referirse de forma abreviada a los fragmentos de nuestra existencia?

–Le he dicho a mi chófer que pase a recogernos –dijo Yáping, apretando el paso.

–¡Pero si he venido en mi coche! Ya lo habíamos hablado.

–He cambiado de opinión. Ha sido todo en el último momento, pero quería que fuera una sorpresa. No te preocupes. Mañana recogeremos tu coche.

Mei trataba de seguirle el paso.

–Pero ¿qué pasa?

–Ya lo verás. Ahí está el señor Liu –Yáping saludó con la mano al chófer.

El señor Liu les abrió la puerta del coche con sus guantes blancos.

–Bienvenido otra vez, señor.

–Gracias. Me alegro de estar otra vez aquí.

Yaping ayudó a Mei a entrar y se sentaron los dos en el asiento de atrás. El señor Liu les cerró la puerta, dejando los ruidos fuera. El Mercedes negro se puso en marcha.

–Y ahora dímelo.

–Espera –Yaping abrió su maletín y sacó una cajita. La abrió. Dentro había un anillo con un diamante.

–¿Quieres casarte conmigo?

Mei se quedó mirando el anillo. Las palabras le fallaron.

–Había pensado hacerlo de otra forma, llevarte a algún restaurante agradable y hacer que te trajeran el anillo en una copa de champán o algo así. Pero luego he pensado, qué va, eso sería demasiado corriente. Cuando estaba esperando para embarcar en el avión, me he dado cuenta de que lo que tenía que hacer era esto. ¿Por qué esperar? Todos mis sueños se están haciendo realidad. Estoy emocionado con lo de la nueva sucursal. Tenemos por delante diez o veinte años fantásticos. Esto es un nuevo capítulo, un punto de inflexión. Y quiero celebrarlo así: con una vida completamente nueva, a partir de hoy.

Yaping sacó el anillo de la caja y se lo puso a Mei en el dedo. Le estaba grande y no se le mantenía derecho.

–Por supuesto, haremos que te lo ajusten.

El diamante, redondo y brillante, refulgió en su dedo. Era lo bastante grande como para que hasta Lu se fijara en él. Su madre se alegraría, pensó Mei.

–¿Qué me dices? Podemos ir directamente a contárselo a tu madre o a tu hermana.

Ella levantó la mano y miró el destelleante anillo. «Es una de las cosas más bonitas que he visto en mi vida», pensó. Se lo quitó y volvió a ponerlo en su cajita.

–Lo siento –dijo mirando a Yaping a aquellos ojos resplandecientes de expectación.

A él se le cayó la cara. Se hizo el silencio. Se quedó un rato largo con la caja en la mano, sin moverse, como si no supiera qué hacer con ella, o con aquella vida de la que tan seguro se sentía.

«Le he hecho daño», pensó Mei. «Le he hecho daño al hombre al que amaba desde hace tantos años. Qué horror», pensó Mei, «ni siquiera es capaz de mirarme. Qué seria tiene la cara. Espero que todavía respire. Por favor, di algo».

¿Qué decía la gente en casos como aquél?

«De momento no, puede que más adelante.»

«No estoy preparada.»

«Es demasiado pronto.»

Pero ella sabía que nada de eso era verdad. Se sintió triste, casi con ganas de llorar. Sintió un dolor como si a su cuerpo le acabaran de cortar algo que formaba parte de ella. Sangró y se flageló por ello.

–Lo siento –repitió. Aunque lo dijo con voz suave, fue como si retumbara dentro del coche.

Yaping no se movió. El diamante centelleaba en la cajita abierta, sobre su mano.

–Señor Liu –dijo, con una voz que Mei no reconoció–. Pare el coche.

Se estaban acercando al control de salida del aeropuerto. El señor Liu detuvo el coche a un lado. Mei se bajó. Le habría gustado decir algo, pero la puerta se cerró. El coche se alejó, dejándola allí plantada, con su bolso en la mano.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el aparcamiento. Las lágrimas le rodaron por las mejillas. Bajó la cabeza, consciente de los ojos que la miraban desde detrás de los cristales de los coches que pasaban. El sol estaba invisible entre las nubes y la polución, pero al poco el calor hizo que el vestido blanco se le quedara pegado al cuerpo.

Al cabo de un rato le empezaron a doler los pies dentro de los zapatos. Había parado de llorar. El dolor que antes sentía en el corazón disminuyó. Le entró una sensación de alivio. Miró la cuesta que tenía por delante y cogió aire con fuerza.

<sup>1</sup> En China el color amarillo simboliza la pornografía y la prostitución, más o menos como el color verde en España. (*N. de la T.*)

2 Tras la ocupación (1950), los chinos rebautizaron con el nombre de «Tíbet» a algo más de la mitad de los territorios tibetanos; el resto lo repartieron en varias provincias. Hasta entonces, Qinghai formaba parte del Tíbet. *(N. de la T.)*

3 La expresión *gongxi* [felicidades] se acompaña a menudo de la coletilla *facai* [y que nos hagamos ricos]. (N. de la T.)

[4](#) Xi'an es la capital de la provincia de Shaanxi. *(N. de la T.)*

[5](#) Se llaman «tallarines de cristal» porque son transparentes. Se hacen con almidón de soja verde y de patata.  
(*N. de la T.*)

6 La palabra *ba* (el número ocho en chino) se escribe con sólo dos trazos: 八. Hacer algo cuando a uno no le ha dado tiempo ni de escribir el primer trazo de *ba* es hacerlo de forma precipitada. (*N. de la T.*)

7 En chino la expresión «comprar verduras» significa «hacer la compra» (de cualquier tipo de comida). (*N. de la T.*)

[8](#) En China los niños no llevan pañales, sino un pantalón abierto que les deja el culillo al aire. *(N. de la T.)*

[9](#) El Erguotou es un aguardiente de sorgo, de color transparente, típico de Pekín y especialmente apreciado por los pekineses. (*N. de la T.*)

[10](#) En chino un «pedo de perro» es algo absurdo, que no tiene sentido. (*N. de la T.*)

[11](#) En chino Biluochun significa «Primavera del caracol de jade», porque sus hojas en espiral recuerdan la forma de un caracol. (*N. de la T.*)

Título original: *The House of Golden Spirit*

Edición en formato digital: septiembre de 2011

© Diane Wei Liang, 2011

© De la traducción, Lola Diez, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-735-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)



# Índice

Cubierta	2
La Casa del Espíritu Dorado	9
Notas	174
Créditos	185